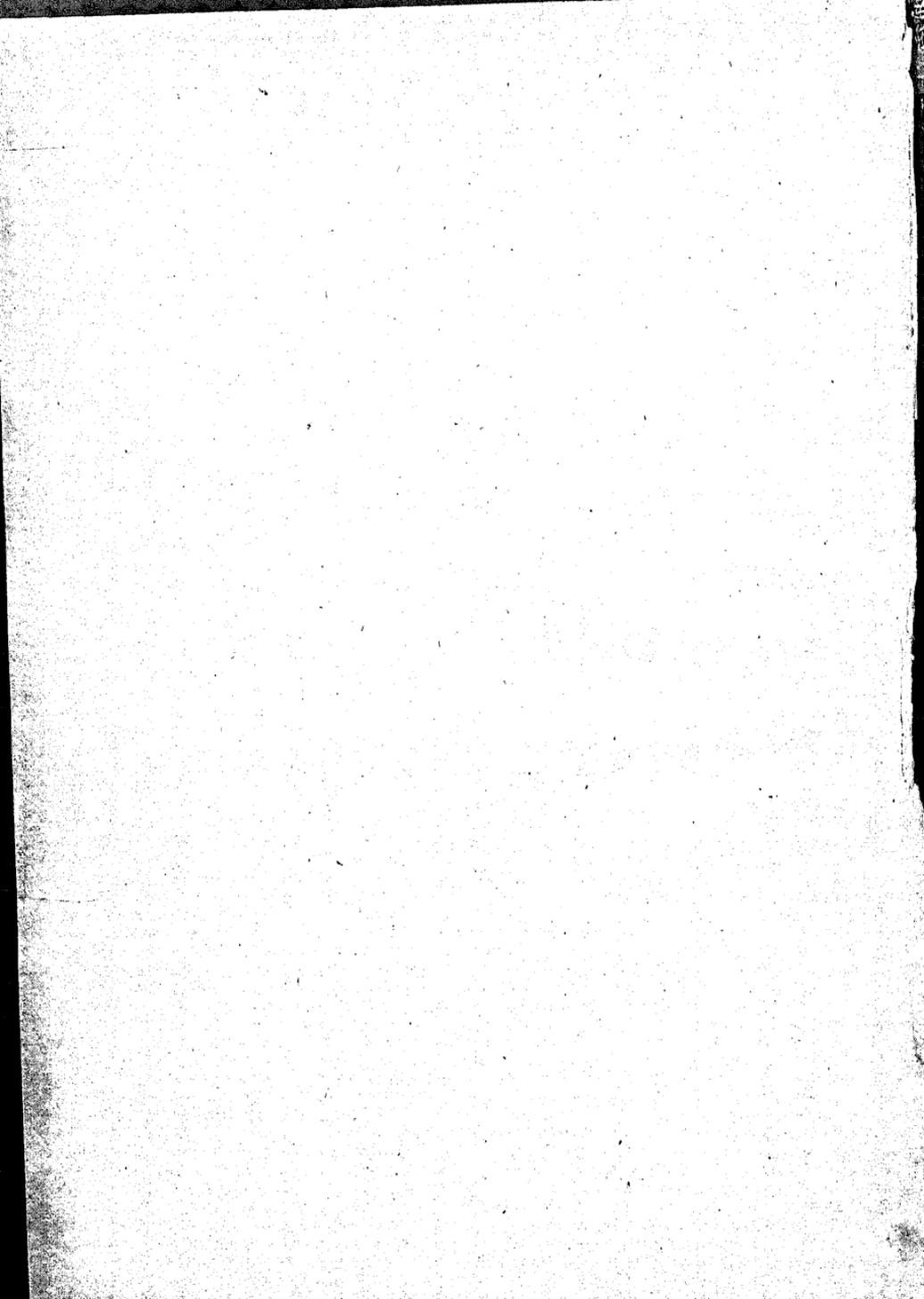


EL CAPITAN RELAMPAGO



RAMON ORTEGA Y FRIAS

R-91245

EL CAPITAN RELAMPAGO



EDITORIAL TESORO

Av. José Antonio, 43

MADRID

DERECHOS RESERVADOS
NOVIEMBRE 1952

INTRODUCCION

Saliendo de Valladolid con dirección a la heroica y coronada villa, y cuando se han andado tres leguas, pueden verse a distancia de unos cuarenta pasos a la derecha del camino, los restos de una cruz de piedra toscamente labrada y de la que el tiempo no ha dejado más que un pequeño trozo y la base compuesta de dos cuerpos por entre cuyas uniones crece la hierba. En el segundo de ellos, que es de forma cuadrada, se distinguen aún algunas letras mal trazadas y que milagrosamente ha respetado la mano del tiempo. Difícilmente pueden verse a no mirar con sumo cuidado; pero si se limpia el musgo que las cubre en su mayor parte se presentan entonces claras y distintas. Estas letras que por casualidad vi, y que tanto excitaron mi atención, son las siguientes:

I. P.
A. Y. F. D. A.

Un día de otoño descansaba yo sentado en aquellas pobres ruinas que ninguna importancia han tenido para los arqueólogos, pero que son de mucha para el novelista. Las letras que dejamos copiadas me entretuvieron algunos instantes porque me sobraba tiempo y me faltaban ocupaciones, lo cual no podré decir dos veces en mi vida; pero a fuerza de examinarlas y de querer adivinar su significado, llegaron a excitar mi atención hasta tal punto, que sentí una necesidad de saber por qué se habían grabado. Descifré fácilmente las dos primeras, traduciéndolas con las palabras *in pace*; pero no así las segundas. Entonces pregunté a la gente de aquellos contornos, y cuando ya desesperaba de poder satisfacer mi curiosidad, una

anciana, abuela de un pastor de cabras, me contó una historia, en la cual, aunque llena de exageraciones, se traslucían sucesos de mucho interés. Mi curiosidad creció en vez de satisfacerse y guiado por algunas indicaciones de la anciana, averigüé sin descanso, inquirí, y al cabo llegué a saber lo que tanto deseaba.

El relato de la vieja y los párrafos de un casi indescifrable manuscrito, me dieron asunto para llenar este libro.

El sitio donde estaba la cruz había sido un corral, y el corral dependencia de un casuco de piedra y barro, de negras paredes y que era conocido por la *Venta del Cuervo*.

El dueño de esta venta, ventorrillo o posada, porque de todo tenía, era un viudo a quien había quedado una hija.

Esta hija era Juana, que asistía a los transeúntes y llevaba las cuentas del establecimiento, calculando con su rosario y trazando con la punta de un cuchillo líneas más o menos rectas en la pared. Como el padre era viejo había tomado en su compañía a un campesino de dieciocho años que cuidaba de la cuadra y hacía los viajes a Valladolid cuando se concluían las provisiones.

Este era Juan.

El retrato de nuestros héroes está hecho pronto.

Juan era robusto, de cabellos y ojos negros y moreno rostro de cándida expresión. En sus gruesos labios vagaba siempre una sonrisa inalterable como la calma de su espíritu.

Juana era de poca estatura, pero más abultada que Juan. Sus cabellos eran rubios, azules sus ojos, y su tez, aunque blanca en otro tiempo, estaba oscurecida por los ardores del sol. No era alegre ni muy dulce su carácter; pero sí habladora en extremo, curiosa como ninguna mujer, no poco maliciosa y muy astuta.

Cierto día fregaba Juana, y Juan acariciaba un mastín. Callaban ambos, pero el silencio era para él embarazoso y para ella mortificador.

Transcurrió así largo rato sin que se oyese otra cosa que el ruido, nada grato, producido por el choque de los platos y pucheros entre los cuales bailaban en todas direcciones algunas cucharas de madera.

—¿Sabes lo que pienso? dijo al fin Juan a la moza.

—Ni lo sé, ni quiero saberlo, contestó la presunta mesonera.

—Escucha Juana, repuso el mozzo, dirigiéndole a su interlocutora una furtiva mirada. Tu padre me da pan, y por eso lo quiero y lo sirvo. Tú me has dado algún bofetón y sueles guardarme alguna tajada de cabrito cuando se guisa para los

hidalgos que alguna vez se hospedan aquí. El trato engendra cariño, y... ya me entiendes, Juana, por eso te quiero y de buena voluntad me casaría contigo. Tú tienes un buen dote, es verdad, pero en cambio yo tengo una mula y algunos ahorros.

—Mula y ahorros que no te envidio, contestó Juana dejando el estropajo para hacer un ademán de despreciativa altivez.

—¿Es decir que no me quieres?

—No es eso, Juan.

—Pues no te comprendo.

—Es que nada tienen que ver tu mula y tus ahorros ni mi casa y mi taberna con nuestro cariño.

—Ahora te entiendo menos.

—No me extraña, porque eres bastante duro de cabeza.

—Si te has de casar conmigo...

—Mucho es eso para un pobre diablo como tú.

—¿Conque es decir, que no? Está bien.

Y levantándose Juan, se dirigió a la puerta.

Juana dejó el fregado y le salió al encuentro.

—No hemos concluído, le dijo.

—¿Pues qué falta? Te pregunto si quieres casarte conmigo, dices que no, y yo me marchó.

—No he dicho tal cosa, Juan.

—¿Pues qué has dicho?

—Que era mucho para tí.

—¿Y cómo se entiende eso?

—¿Cómo? Es muy sencillo. Que habías tenido la suerte de que te quisiera una mujer como yo.

* * *

A los dos meses Juan y Juana estaban casados, y a los diez tenían un hijo. El padre de Juana murió al poco tiempo, por lo cual ésta quedó soberana del establecimiento, y Juan soberano consorte.

Doce años se pasaron, sin que se alterase la paz doméstica. Una noche de diciembre de 1594, en que Juan sentado al fuego, dormía roncando al compás de la lluvia, y Juana hilaba al compás de los ronquidos de su esposo, el mástín, que no hacía nada, levantó primero la cabeza y luego dejó escapar un gruñido.

—Calla, *Leal*, dijo su dueña.

El perro se lamió el hocico y continuó atento. A poco se

dejó oír un relincho, después otro, y luego se sintió el pisar de caballerías.

—Razón tuvistes, pobre *Leal*—musitó Juana—y por cierto que no sé como hay quien se atreva a caminar a estas horas con el tiempo que hace. Suenan por el lado de Valladolid, de donde habrán salido bastante tarde. Mucha prisa deben tener para no haberse quedado allí. Vendrán mojados, querrán calentarse, y... vamos, Juan, prosiguió moviendo a este que no había despertado.

El ventero bostezó, y estirando los brazos, preguntó a su cara mitad.

—¿Qué hay, mujer?

—Nada, contestó esta con mal humor. Como siempre estás durmiendo, no sabes lo que pasa. Levántate, trae leña y prepárate a abrir.

—¿Quién viene?

—¿Lo sé yo? Ello es que suena gente de a caballo y que ya están a pocos pasos de aquí.

El ruido se había acercado hasta cesar delante de la casa. Entonces sonaron dos golpes dados a la puerta.

—Juan tomó un candil, subió la escalera y se asomó a una ventana.

—¿Quién es?, preguntó.

—Abrid contestó una voz varonil, y que se conocía estaba acostumbrado a mandar.

—Eso de abrir a esta hora y sin conocer, no es tan fácil.

—Soy un caballero, repitió la voz.

—¿Uno? Pues yo veo dos bultos si no me engaño, dijo nuestro posadero alargando el candil hacia el camino:

—Uno, dos o mil, replicó el pasajero con mal humor, si no abris echo la puerta abajo.

—Aguardad, señor caballero, pero ya conoceréis que es una hora...

—¡Ventero del demonio! si te detienes un instante pego fuego a tu figón.

—Perdone vuestra merced, que yo no he tenido intención de dejarle en medio del camino; pero son las preguntas de costumbre.

Entonces Juan cerró la ventana, bajó la escalera y se dirigió a la puerta, encontrándose al abrirla frente al caballero.

Este dió un paso en el interior de la casa, y sin descubrir su rostro, que lo ocultaban su capa y su sombrero, preguntó:

—¿Hay mucha gente en la posada?

—Diré a vuestra merced, señor hidalgo o señor caballero, lo que es esta noche, como es sábado, y además...

—¡Despacha, bergante, le interrumpió el desconocido!

—Perdone vuestra señoría, prosiguió Juan con su habitual calma y su estúpida sonrisa, pero iba a decirle...

Juana se levantó, y acercándose a la puerta tomó parte en la conversación.

—Para nada sirves, Juan, dijo a su marido; ni aun sabes lo que te pregunta este señor. No hay nadie mas que nosotros, prosiguió dirigiéndose al caminante, y echando una mirada al compañero que permanecía a caballo en el camino.

Entonces el caballero entregó las riendas de la cabalgadura a Juan, y el que le acompañaba se apeó, haciendo lo mismo. Ambos entraron en la venta sin bajar el embozo de sus capas que les cubría hasta los ojos, y sin levantar los sombreros que traían calados hasta las cejas.

El primero de los dos desconocidos era alto, y su aire el de un hombre de guerra. En lo que se le veía de su traje se le hubiera tenido por un gran señor.

El segundo, vestido con el mismo lujo, era de menos estatura y más grueso; su talante no tenía nada de marcial, observándose cierto embarazo causado tal vez por la ropa que vestía, pues su tizona tropezaba en todas partes, y sus espuelas solían rozar las botas que cubrían su pie extremadamente pequeño.

—Habitación y luz, dijo el que había llamado.

—Al momento, contestó Juana; pero entre tanto, si vuestras mercedes lo tienen a bien, se pueden quitar las capas para secarlas.

—No es necesario, replicó el caballero.

—Pueden vuestras mercedes sentarse al fuego.

—Tampoco; luz y habitación.

Y esto lo dijo con tan agrio tono, que Juana, a pesar de su curiosidad, tomó una luz y condujo a los dos viajeros a las habitaciones superiores.

Bueno es que digamos como estaba distribuida la casa. La planta baja se hallaba dividida por una pared que corría de un costado al otro del edificio; la primera división era la cocina; la segunda la cuadra con una puerta, la cual comunicaba con el corral que tenía a su vez otra puerta que daba al campo. En el piso había formadas cuatro habitaciones, una a continuación de otra, y todas tenían su entrada por un corredor o pasillo que terminaba en los extremos de la casa. En este corredor había dos ventanas que eran las que caían

al corral. Estas habitaciones estaban separadas entre sí por paredes de tablas que el tiempo había roído en algunas de sus uniones

En el último de los cuartos tenían su dormitorio Juan, Juana y su hijo. En el inmediato alojaron a los dos desconocidos. Al ruido que hicieron al entrar despertó el muchacho, y tan curioso como su madre, se puso a observar a nuestros viajeros por la estrecha abertura que formaba la mala unión de los tablas.

He aquí la escena que observó el hijo del mesonero. Los dos encubiertos entraron en la habitación precedidos de Juana. Esta colgó en un clavo el candil, y luego preguntó si disponía alguna cena.

—Nada, contestó el más alto despidiéndola a la vez y cerrando tras ella la puerta.

Después dejó caer su capa y su sombrero sobre la cama, y colocó la espada en un rincón.

Entonces pudo verse su rostro algo enjuto, sus ojos negros y vivos, su nariz un poco aguileña, y una frente espaciosa rodeada de negros cabellos. Su mirada recorrió aquel estrecho espacio, y luego, con un tono lleno de nobleza, dijo a su acompañante:

—Creo, caballero, que ya es tiempo de que dejéis el incógnito. Ya veis que en todo el camino os he molestado, y si bien es verdad que debí tener confianza en vos, como la persona que me ha salvado, no extrañaréis tampoco que el entregarme en vuestras manos, puesto que voy a dormir junto a vos, quiero conocerlos. Supongo, no pensaréis tengo miedo.

El caballero interrogado dejó caer al suelo su capa, y se quitó el sombrero.

Al dar la luz en su cara se vieron unos ojos negros y brillantes, una nariz perfectamente delineada, y la más hechicera boca; en la mejilla izquierda, de tan encantadora cara se descubría un lunar que parecía de azabache: aquel rostro, algo moreno, y rodeado de lucientes cabellos negros, tenía esa expresión arrebatadora que se encuentra sólo en las hijas del Mediodía.

—¿Me conocéis, don Fernando? dijo con dulce voz, dejando escapar una leve sonrisa y enderezando su esbelto talle.

El caballero la miró como si dudase, y no acertó a decir una palabra.

—¿Me conocéis, don Fernando de Aguilar? repitió la dama.

—¡Doña María!

—Si, doña María de Alhamar, llamada la Morisca.

—Señora...

—Os sorprendéis al verme delante de vos y en este traje...

—Y en tales circunstancias...

—Es verdad; y creo también que la persona en quien menos pensaríais al salir de la prisión, sería en mí, dijo doña María dando un paso hacia el caballero y sin dejar su encantadora sonrisa.

—Señora, una persona que se ocultaba cuidadosamente se presentó esta noche en mi encierro, y mostrándome un papel, leí estas palabras: «*Seguidme si queréis salvaros*». Dudé por si era un lazo que se me tendía; pero entre ser injustamente entregado al verdugo, y exponerme a correr otro peligro, preferí lo segundo y obedecí. Sin parientes ni amigos que me protegiesen pensaba quién podría interesarse por mí, y cómo habrían comprado a mis incommovibles carceleros, cuando llegamos a esta posada donde por señas me mandasteis parar; subimos y figuraos mi sorpresa al ver que voís sois la persona que me ha salvado.

—¿Y por qué no podía ser yo lo mismo que otra cualquiera? ¿Habéis creído, don Fernando, que mi cariño no era suficiente para que yo gastase el oro que poseo en abrir las puertas de vuestra prisión?

—Yo creía, señora, que entre nosotros todo cariño había concluido.

—Todo trato sí; por lo demás...

—Por lo demás, yo pensaba...

—Es decir, que si me hubiéseis visto en un peligro, vos, el caballero más galante de la corte de Castilla ¿me hubieseis dejado perecer?

—¡Ah! eso no, porque al fin sois una mujer.

¿Nada más que por eso?

—No se, pero ya veis que no tengo motivos para otra cosa.

—Pues bien, yo sin ser un cumplido galán, y sin que vos seais una débil mujer; os he devuelto la libertad

—Sin embargo, señora, no comprendo vuestra conducta.

—Pues es cosa muy fácil caballero. Y sobre todo, ¿qué falta os hace comprenderla? Ibais a ser entregado en manos del verdugo, y ya estáis a salvo y teneis una persona que os guiará poniéndoos donde no os alcanzarían ni los esbirros de Torrequemada, si viviese.

Al pronunciar doña María estas últimas palabras, se notó cierta emoción en su acento.

—Y bien, señora, ¿qué queréis?

—Nada, don Fernando, únicamente deseo que sigais cumpliendo mis órdenes para poder concluir mi obra. Así lo habeis hecho, está bien; ahora dormid porque después habréis de andar mucho camino, y dejadme también descansar.

Don Fernando hizo una cortesía a la dama, y nada contestó. En seguida sentóse en una silla y dejó caer la cabeza sobre la cama.

Doña María hizo otro tanto.

—Está bien—dijo para sí el hijo del mesonero—pero no sé por qué el don Fernando llama señora al otro o por qué el otro, si es mujer, se viste de caballero—y como nada había ya que ver volvió a acostarse.

A poco rato subieron Juan y Juana, y después de haber visto por la abertura de las tablas que los dos viajeros dormían, imitaron a su hijo.

Hora y media pasó, cuando la ventera fué despertada por un agudo grito, oyéndose en seguida un ruido como el que hace un cuerpo pesado al caer en tierra; después se sintió abrir la puerta del cuarto en que estaba don Fernando y doña María, y todo quedó en silencio.

Juana se levantó, y acercándose a la pared de tablas, quiso examinar el cuarto de los viajeros, pero nada vió porque la luz había desaparecido.

Entonces corrió a la cama y despertando a Juan, le dijo:

—Levántate, no sé lo que hay, he oído un grito en este cuarto, y luego ha sonado la puerta, desapareciendo la luz.

—Déjalo, mujer; será que alguno está malo.

—No, porque habría llamado.

—¿Y qué quieres que haga?

—¿Oyes?

A este tiempo sonó la puerta de la cuadra y en seguida las herraduras de un caballo.

—¡Corre, Juan o demonio, y averigua lo que pasa!

Y en seguida nuestra mesonera salió del cuarto y se dirigió a una de las ventanas que caían al corral.

Entonces pudo ver cómo una persona abría la puerta, sacaba un caballo y montaba en él.

—Señor caballero o señor duende del infierno—dijo gritando con toda la fuerza de sus pulmones—¿qué hacéis? ¿A dónde vais?... ¿No oís?—prosiguió, viendo que montaba y partía a todo escape.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa?—dijo enfurecida—. La culpa la tiene mi marido que no cuida de nada.

Y al concluir estas palabras, se dirigió a la habitación de los dos caminantes.

Ya había encendido luz el ventero.

Juana se lo encontró en el umbral con el candil en la mano, la boca abierta y la mirada fija.

—¿Qué haces?—le dijo.

El buen hombre nada contestó.

—¿Estás sordo?—repitió Juana.

—Sí... no... y... ¡está muerto!—pronunció con acento apenas perceptible.

—¿Qué dices? Me quitarás la vida con tu calma. Dame esa luz.

Juana tomó el candil y entró en el cuarto; pero al acercarse a la cama vió tendido en el suelo al más alto de los huéspedes, y que tenía un puñal clavado en el corazón.

—¡Oh!...

El candil se escapó de las manos de Juana.

Poco a poco salieron de su sorpresa, hasta que volviendo a encender la luz, examinaron con más detenimiento el cadáver de don Fernando.

—No hay más—dijo el ventero—esto es que el otro ha matado a este y luego se ha ido.

—No ha sido el otro—objetó una voz más débil.

Juan y Juana volvieron la cabeza y encontraron a su hijo que detrás de ellos contemplaba el cadáver.

—¿Quién te ha dicho que no ha sido el otro?—le preguntó su madre.

—Yo que lo sé.

—Pero si aquí no había nadie más que ellos—replicó Juana.

—Pues bien—volvió a decir el muchacho—había dos y este ha sido muerto...

—Por el otro, está claro—añadió Juan.

—Por el otro no y no.

—¿Por quien pues, chiquillo del diablo?—le preguntó su madre, tirándole de las orejas.

—¿Por quién ha de ser? Por la otra.

—¿Dónde estaba esa otra?

—Con este pobre señor que ha muerto.

—Si sólo había con él un caballero.

—Era una dama, y muy hermosa; yo la vi por entre las tablas.

—¡Una dama!—dijeron a la vez los dueños del mesón.

—Ni más ni menos—replicó el muchacho—. Os repito que todo lo vi por una rendija, y escuché lo que hablaban. Ella tenía unos ojos negros y muy relucientes, y un lunar en la mejilla izquierda. Se dijeron muchas cosas de las que saben decirse esos señores, y él la llamaba doña María y ella don Fernando...

—Pero al fin...?

—La dama vestida de hombre se acostó sin desnudarse y se durmió, y el caballero, que por cierto tenía una cara muy seria, se sentó en esa silla que veis ahí, echó la cabeza en la cama y también se quedó dormido.

—¿Y entonces?...

—Yo también me acosté.

—¿Y qué decían cuando hablaban?—preguntó a su hijo la mesonera.

—El caballero contó una historia y dijo que lo habían sacado de su calabozo... En fin, otras muchas cosas de que no me acuerdo, porque yo ponía toda mi atención en esa espada... ¡Qué hermosa espada!... ¡Cómo brilla!...

Y el muchacho cogió el arma y la contempló con mirada ardiente.

—Antonio tiene razón—dijo el mesonero que hasta entonces había permanecido silencioso—. Y sobre todo, la verdad es que este caballero está muerto y...

—Y al que está muerto se le entierra—replicó Juana—con doble motivo si ha sido asesinado y los vivos se exponen a recibir una visita de la santa Hermandad.

—Mujer, no había yo pensado en semejante cosa; y por cierto que a la santa Hermandad le tengo más miedo que a ti—repuso el mesonero.

Juan y Juan comprendieron lo que les convenía hacer; así es que el mesonero cargó con el cadáver, lo bajó al corral y, abriendo un hoyo, le dió sepultura. La espada y el puñal fueron cuidadosamente guardados, y no se volvió a hablar del acontecimiento.

A pocos días, un caballero que marchaba a Italia, y paró en la venta, prendado de la viveza del hijo de Juana, y al ver su afición por la guerra, se lo llevó consigo, prometiéndole que haría en breve su fortuna.

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Era el 5 de diciembre de 1562. En el cielo, despejado de nubes, brillaba en todo su esplendor el astro de la luz, que estaba a la mitad de su carrera.

Los campos de Valladolid parecían sonreír al contacto de los hilos de oro que el sol dejaba caer sobre su superficie; alguna que otra flor silvestre erguía su corola como para mirar mejor el diáfano azul de la inmensa bóveda del universo, y un sinnúmero de pintados pajarillos cantaban saltando de rama en rama. Un vientecillo que apenas se sentía, levantaba en remolinos las hojas secas desprendidas de los árboles, y esparcía los suaves aromas que dejaban escapar las flores.

Todo era quietud en los alrededores de la *Venta del Cuervo*, conocida ya de nuestros lectores por la historia de Juan y Juana.

Por la parte de Madrid, y como a doscientos pasos del antiguo mesón, se veía caminar con dirección a él un jinete sobre cuyo pecho resaltaba una banda roja que era en aquellos tiempos el distintivo de capitán. Su gallardo talante y su desenvoltura para manejar el caballo, dejaban ver que estaba acostumbrado a la guerra. Sus facciones eran muy regulares, sus ojos negros, de una extremada viveza, y su tez morena.

Al volver un recodo del camino, su vista se fijó en la venta, sus largas espuelas hirieron los hijares de su alazán, e inclinándose sobre el arzón se lanzó como un rayo.

Pocos segundos después se encontró frente al negro ca-

succo, refrenó su cabalgadura, y desmontándose de un brinco, exclamó, o más bien gritó:

—¡Ah de la casa!

Un hombre como de cincuenta años apareció a la puerta y detrás una robusta mujer que tendría la misma edad.

Eran Juan y Juana.

No bien los vió nuestro caballero, cuando se arrojó en sus brazos y los estrechó contra su pecho con la suficiente fuerza para estrangular a cualquier consumido doncel de nuestros días.

—¡Señor caballero!—exclamaron a un tiempo los dos esposos.

—Soy Antonio, vuestro hijo—contestó el recién llegado sin separarse de ellos.

Juana dejó escapar un chillido, y comenzó a llorar; Juan abrió extremadamente los ojos, repitiendo con calma:

—¡Antonio! ¡Antonio!

—Antonio, sí—prosiguió el hijo del mesonero—. Antonio que vuelve después de una ausencia de trece años.

—¡Nuestro hijo!—decía Juana—. Entra, descansa y comerás.

—Juan, lleva ese caballo a la cuadra y ven en seguida a sacar del vino reservado. Anda ligero y deja una vez tu calma. Mira, desuella esa liebre, trae más leña. ¿Qué haces? ¿No has concluido todavía?

—Por Dios, mujer—contestaba turbado el pobre mesonero—. ¿Cómo quieres que haga veinte cosas a un tiempo?

—Nada quiero más que un trago y que se dé un pienso a mi *Veloz* que no ha descansado desde Madrid—dijo Antonio.

Ya un poco tranquilos y después de sentados al fuego, comenzaron a sucederse las preguntas sin dar tiempo a las contestaciones.

—Todo os lo diré—interrumpió el militar, retorciendo su negro bigote.

—¡Trece años sin saber nada de ti!—dijo Juana—. ¡Y ahora te vemos hecho un caballero, con esa costosa ropilla y un hermoso caballo!

—Yo os referiré mi vida en esos trece años de ausencia, y os diré cómo he alcanzado esta banda. ¡Voto va al diablo! No sabéis las cuchilladas que me ha costado.

Los ojos del oficial se animaron, y su mano acarició la empuñadura de su tizona.

—Ya sabéis—prosiguió—que me fui con un caballero a quien ni siquiera cuidásteis de preguntar su nombre; pues bien, era

don Alonso de Rivero, de una casa bastante rica, y que iba a Italia a incorporarse a una campaña de caballería ligera. En los primeros días me habló poco, pero me observó mucho, y luego me dijo:

»¿Sabes leer?

—No, señor; le contesté.

»Aprenderás y creo que podrás ser algo.

—Efectivamente; él me enseñaba a leer y escribir, a montar y a manejar las armas, y yo me di tan buena maña a aprender, que el hombre quedó prendado de mí y llegó a quererme como si fuese hijo suyo, a pesar de algunas travesuras que hice. ¡Rayos y centellas! ¡Qué buen hombre aquél! «Ha de ser un soldado valiente», me dijo a los seis años de estar a su lado sin dejarle en la ciudad ni en el campo de batalla; y sin más ni más me alistó en su regimiento. ¡Bien!: me dije yo. ¡Voto a las orejas de Lutero! ¡Esto me gusta! Al cabo de un año nos declara la guerra el Papa; el duque de Alba va a Nápoles; reúne su tropas y don Alonso y yo quedamos en el cuerpo de caballería que mandaba el duque de Popolí. ¡Bueno! Empezan las cuchilladas; hoy tomamos a Verdi, mañana a Banco, el otro a Terracina, y así, ¡rayos de Satanás!, llegamos arrasándolo todo a Tivoli. Allí fué la mía. Se da el asalto; el duque de Popolí se adelanta; quiere entrar el primero por una brecha; lanza su caballo dentro de la plaza, y antes de que llegasen los nuestros se encuentra rodeado de diez infantes que lo acosan; yo vi esto y, sin pensar en el peligro, me meto tras él, caigo sobre los enemigos, y... ¡rayos del infierno! exclamó furioso, ¡atrás, canallas! y cada palabra la acompañaba de un juramento, y cada juramento de diez cuchilladas, en tal disposición, que nuestros enemigos huyeron al mismo tiempo que venía un refuerzo para cubrir la brecha; pero al verles en aquel desórden creen que ya era tarde, huyen también y dejan el camino abierto a nuestras tropas que entraron haciéndose dueñas de la plaza. ¡Voto va! exclamé entonces entusiasmado. ¡Paso a España! El duque me tendió la mano sin decirme más que «sois valiente». Yo brinqué de contento en la silla, y a los dos días, el duque de Alba, virrey de Nápoles, me nombró alférez.

—Pero fué un golpe maestro, porque sin más ni más, me encontraba con un grado que sólo obtienen los nobles y los que han hecho una larga carrera. Se murmuró, pero había salvado la vida al duque y éste me tendía la mano siempre que me encontraba, lo que fué suficiente para que los nobles y los hidalgos no huyesen de mi lado.

Entre tanto el Papa, para distraer la atención de nuestras tropas, mandó hacer una incursión en los Abruzzos; el gobernador pide socorros, que se le envían; pero he aquí que el virrey me llama y me dice:

—Caballero, después de enviados los socorros que el gobernador de los Abruzzos me ha pedido, tengo necesidad e remitirle unos despachos de grande importancia; si éstos se extraviasen, el perjuicio sería grande; no puedo desprenderme de una escolta que custodie al que los lleve, y necesito por consiguiente un hombre de valor que marche solo. Sois muy joven, pero sé hasta qué punto llega vuestro arrojo. ¿Os comprometéis a desempeñar este encargo?

—Sí, señor duque; le contesté sin detenerme. Los despachos irán sobre mi corazón, y antes me arrancarán éste que aquéllos.

—«Bien, caballero», me dijo, «partid volando».

—Como un relámpago, añadí.

—«Eso es, como un relámpago», repitió el duque.

—A la media hora corría yo más que el viento. Llegué a mi destino, entregué los papeles y recibí orden de quedar allí. Las tropas del Papa se nos vinieron encima y comenzaron las cuchilladas. ¡Rayos y centellas! Yo no sé lo que hice ni hasta donde fui; pero es lo cierto que huyeron para refugiarse en Ascoli, y yo me encontré sólo en el campo con una bandera de los enemigos en la mano. ¡Ira de Santanás! Vuelvo mi caballo y parto a escape hacia donde estaban nuestras tropas; el animal cayó a poco sin aliento y entonces continué a pié tropezando con cadáveres y armas rotas. En breve vi a los míos que, al divisarme, llenos mis vestidos de sangre y con la bandera en la mano, comenzaron a dar vivas. El gobernador me abrazó sin decir una palabra, mandándome en seguida que partiera a dar la nueva al virrey y que le entregase unos despachos y una carta. La carta, que vi luego, decía entre otras cosas.

«Estas noticias podréis oírlas de boca del mejor soldado de vuestro ejército. Conservadle como una alhaja, pues después de vos, señor duque, es el corazón más valiente que he conocido en mi larga carrera.»

»En seguida hacía una relación de mis hazañas en aquel encuentro.

»El virrey me recibió muy bien, como si yo fuese un veterano y me dijo: «Tenéis un corazón valiente y quiero recomendaros al rey.» Así lo hizo y la fama de mis hechos corrió hasta los Países Bajos.

»El recibimiento que me hizo el duque de Alba suscitó nue-

vas envidias. «Sube como la espuma—decían—¿y qué ha hecho para merecer tanto? Nada más que decir que iría con la ligereza del relámpago, y la ocurrencia cayó en gracia. A ese paso pronto lo veremos convertido en marqués, y sin duda el título será relámpago.» «¡Miren el noble caballero Relámpago!»

»Esto se repitió tanto, que llegué a ser conocido más bien por el caballero Relámpago que por mi nombre.

»Ya comenzaba nuestro ejército a entrar en acciones bastantes reñidas con los franceses, y el rey dispuso que fuesen a ponerse a las órdenes del duque de Saboya todos los oficiales distinguidos que se hallaban en Italia. Entre ellos fui designado como uno de los mejores, y restablecido de dos heridas que recibí en la toma de Ostia, marché a Flandes.

Allí me incorporaron a un regimiento; fuimos al sitio de San Quintín, y por último, en la retirada que hizo el condestable de Montmorency, después de socorrer la plaza, les dimos alcance a esos malditos franceses. ¡Ira del diablo! ¡Aquello fué magnífico! Carga la caballería y arrolla completamente al enemigo. Todo se vuelve desórden en las filas contrarias. Yo estaba en mi elemento; aquí doy una cuchillada, allí corto una cabeza, y siempre persiguiendo a los que huían, me encuentro con un caballero ricamente armado que cabalgaba en un hermoso tordo. Este debe ser algún jefe; me dije: serás mi prisionero o te mato.

»Un buen soldado jamás huye, le grité. Entonces se volvió, chispeantes los ojos de rabia y haciendo brillar su larga tizona.

»Sois mi prisionero, le dije. «¡Paso!» me contestó furioso.

»Entregadme vuestra espada o clavádmela en el corazón antes que os clave la mía.

»El caballero me acometió; yo me defendí, y tajo va, tajo viene, peleábamos sin tocarnos. ¡Rayos! ¡Qué buena muñeca!

»Así continuamos algunos minutos, cuando he aquí que se acerca el duque de Saboya acompañado de varios caballeros.

»¡«Deteneos!» me gritó.

»Y luego dirigiéndose al caballero enemigo, le dijo: «Entregad vuestra espada, señor condestable.»

»¡Era el jefe del ejército francés! El duque, después de recibir el arma pedida, me preguntó mi nombre y en seguida me dijo: «Yo he recibido esta espada, pero a vos se os debe tan noble prisionero.»

»A los quince días tenía yo en mi poder mi despacho de capitán.

»Después tomamos la plaza de San Quintín y allí recibí cuatro heridas. Luego vino otra cosa más triste, la batalla de Gravelinas.

— «Allí fué gravemente herido don Alonso de Rivero, sin que yo pudiese evitarlo. En cambio eché al río cuantos franceses se me pusieron delante.

»Desde entonces no me ha sucedido otra cosa más que la pérdida de mi protector que hace un año pasó a mejor vida. Y ahora que nada hay que hacer en Flandes, es decir, que no es tiempo de pelear, he pedido venir a un regimiento de España, porque de este modo podré veros con más frecuencia y cumplir también los encargos de mi segundo padre.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de aquel hombre de hierro y luego añadió:

— ¡Pero qué diablo! todo pasó, y... ¡ah! prorrumpió dándose una palmada en la frente. ¿Os acordáis del año de 1549?

— Sí—contestó Juana—en este mismo mes. Aun no se ha borrado de mi memoria aquella terrible noche.

— ¿Conserváis—prosiguió Antonio—las armas del caballero que fué asesinado?

— Sí, por cierto; pero no hemos querido mirarlas otra vez.

— Yo era un niño y todavía tengo presentes las facciones de aquella infame mujer. ¡Rayos y centellas! Algún día caerá en mis manos. Necesito el puñal con que asesinó a su amante.

— ¡El puñal!—contestó Juana horrorizada—. ¿Y no te dará miedo tocarle?

— Ninguno, madre, dadmelo.

— Tú lo sacarás—dijo la mesonera alargando a su hijo una llave.

— Bien, yo lo sacaré.

— Supongo que permanecerás a nuestro lado una temporada—dijo Juana.

— Dentro de media hora marchó para Valladolid—contestó éste. Tengo allí asuntos muy graves.

A la media hora tomó el camino de Valladolid el capitán Relámpago, llevando consigo el puñal con que fué asesinado don Fernando de Aguilar.

CAPITULO II

Eran las once de la noche. En toda la ciudad de Valladolid reinaba un profundo silencio. La oscuridad más densa hacía imperceptibles los objetos en las estrechas calles de aquella población.

En un espacioso gabinete situado en el centro de una casa bastante grande, se veía una joven cuya edad no pasaría de diez y seis años. En sus cabellos rubios y brillantes reflejaba la luz de una lámpara de bronce que pendía del techo. Sus ojos eran azules y su mirada, tan dulcisima como la oración de un cristiano, hacía sentir esa grata melancolía que produce el canto de la tórtola: su preciosa boca, un poco entreabierta, permitía divisar un hilo de perlas más bien que una dentadura de blanco marfil. Aquel rostro de ángel, blanco y de terso cutis, revelaba un alma dispuesta siempre a experimentar profundas sensaciones. Estaba sentada, y a lo que parecía, su talle era esbelto. Sus delicadas manos, de puntiagudos dedos y sonrosadas uñas, estaban ocupadas con un libro de forro de pergamino.

No leía; escuchaba con atención las pausadas palabras de una mujer de edad madura, que más pobremente vestida que ella, estaba a su lado y la miraba con cariño. El rostro de aquella anciana era de noble aspecto; su frente espaciosa y surcada de arrugas, y sus negros ojos, aunque apagados por el tiempo eran bastantes expresivos.

He aquí sus palabras:

—¿Callas cuando te interrogo; hija mía? No sé por qué a mí, que soy tu segunda madre, a la persona que más quieres, ocultas tus pesares y no comunicas tus sentimientos. Estás triste, palideces más cada día, y la idea de entrar en un claustro parece que te horroriza. ¡Bellísima y delicada flor que te en-

cuentras sola en el gran desierto del mundo! Tú, que nunca pronunciastes el nombre de madre, que no has recibido un beso de tu padre ni puedes decir más que me llamo María, debieras anhelar la oscuridad de un claustro, porque ese nombre y tu alma generosa y pura, no bastan en este miserable mundo para que los hombres levanten los ojos hasta ti; y a pesar de eso parece que prefieres el mundo de que no gozas, el aire que no respiras y las lisonjas que no puedes alcanzar. Si encerrada has de estar, si la oración ha de ser tu alimento ¿dónde mejor que al pie del altar podrás dirigir al Eterno tus preces, para que vele por la salud de tu madre que tal vez en tanto rogará por su perdida hija? ¿Qué esperas en este corrompido mundo? Un corazón como el tuyo debe henchirse de tierno contento cuando al arrodillarte ante la madre del Salvador salgan de tu boca, para que las recojan los ángeles, las oraciones que han de salvar a tus perdidos hermanos. Nunca es más grande la criatura que cuando el humilde sayal conquista con su fe y sus palabras lo que los reyes, revestidos de púrpura, no alcanzan con su fugaz grandeza y su poder: un lugar en el cielo para sus hermanos. ¿Quién se llena de más gloria, el valiente caudillo que a la cabeza de un formidable ejército entra en una ciudad y convierte en lagos de sangre los hogares de las familias, o el pobre monje que sin más armas que su amor a Dios, conquista el paraíso y salva con sus rezos las almas que de otra manera gemirían condenadas por largo tiempo? El pobre monje alcanzó más gloria; en él residió el valor y la grandeza, porque luchó, venciendo, con el más terrible enemigo de la criatura, la tentación.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de la encantadora joven. Toda la sublime verdad de las palabras de su anciana dueña las comprendía, y su fé era tan grande como el infinito; pero había en su corazón otro sentimiento de igual magnitud y que en vano había luchado por arrojar fuera de sí: era el amor. Aquella bellísima y delicada flor, como la anciana la decía, sola en el gran desierto del mundo, había reunido en uno todos los sentimientos de ternura que debieron haberle inspirado sus padres y sus amigos. Aislada desde su niñez, sin ver más que a su anciana dueña, no tuvo afecciones que alimentasen su alma sensible y cuando llegó a amar, lo hizo entregando todo su corazón, y con toda la fuerza de un pecho virgen que en el período de su vida ha estado guardando y comprimiendo abundantes gérmenes de ternura que o mueren allí sepultados, o no hacen sus efectos sino interesando toda el alma, que, o esta-

llan, a no se mueven, o trastornan completamente el corazón, o le dejan para siempre en paz.

Así amaba María, y por eso cuando le dijeron que era preciso encerrarse en una celda, el pesar comenzó a apagar el brillo de sus ojos, convirtiendo su luz en agua, y el agua en llanto que iba a marchitar las frescas rosas de sus mejillas.

Su pecho dejó escapar un tierno suspiro en que iba envuelto un sublime canto que sólo hubiera podido traducir un alma apasionada. Luego contempló a la anciana por breves instantes, y con voz suave y acento melodioso contestó:

—Dulces y consoladoras son vuestras palabras pero me desgarran el corazón. Ellas me recuerdan que el mundo es para mí un sepulcro de donde no saldré sino para entrar en otro. Ese mundo que tan negro me pintáis, me es grato, y siento dejar esos seres estúpidos que no fijarán en mí sus miradas porque sólo me llamo María. ¿Por qué no he de respirar el aire que todos respiran? Mi amor a Dios es inmenso le adoro con toda mi alma; ¿pero es preciso para rogarle sepultarse en una celda? ¿No se puede en el mundo conservar la pureza del corazón y conquistar un lugar en el cielo? ¡Infeliz de mí! Sin una madre que me proteja, ignoro quién me obliga a sumirme bajo las sombrías bóvedas de un claustro, como ignoro a quien debo el ser. ¿Por qué ha de estar mi nacimiento cubierto con el velo del misterio? ¿Es, por ventura mi existencia hija del crimen? Y aun cuando así fuese ¿no tengo derecho para saber quién es mi padre, quién me alimenta? Mil veces, llenos de lágrimas los ojos, os he suplicado para que me descubráis este secreto, y nunca he obtenido una contestación satisfactoria. Después he querido saber quién podía tener derecho para obligarme a pronunciar los votos religiosos, y el silencio ha sido vuestra respuesta. Vos que me amáis tanto, ¿no tenéis compasión de mí? ¡Por piedad prosiguió la joven dejando caer el libro y cruzando las manos en ademán suplicante.

—¿Por qué me martirizas así? contestó la dueña. ¿Dudas de mi cariño? Te amo como tu misma madre, y en mis brazos encontrarías ese refugio que tanto anhelas; pero hay una voluntad más grande que la mía, una mano más fuerte que las que te han acariciado por espacio de dieciséis años.

—Pues bien, decidme quién es, os lo suplico.

—¡El rey! contestó la anciana.

—¡El rey! repitió María.

—Sí, su soberana voluntad se sobrepone a todo.

—¿Pero decidme, qué es de mi padre y qué de mi madre? ¿Han muerto? Sin duda, porque de otro modo me protegerían aún contra esa soberana voluntad, y la vencerían, por que el amor de una madre debè ser más grande que el poder de un rey. Para que Abraham se decidiese a sacrificar a su hijo, fue menester la voluntad de Dios; la de un poderoso de la tierra no hubiera bastado.

—Sabrás el secreto de tu nacimiento, dijo doña Constazza con tono solemne, y tendrás un desengaño más del mundo. Entonces pedirás lo que ahora rehusas.

—¿Creéis que me avergüence porque mi padre sea el más oscuro vasallo de Felipe II? No, jamás. Dios pudo darme un padre humilde, pero me puso un alma de reina.

—Oye, María. Hay sobre la tierra un hombre poderoso, y a cuyo nombre inclinan la frente dos mundos. Este hombre no puede llamar hijos suyos a los que son fruto de un amor que sólo satisfizo sus pasiones sin aumentar su pompa y su grandeza, no tiene otro remedio que condenar al olvido a aquellas que le inspiraron amor fuera del matrimonio, porque después que ha satisfecho su deseo no digan al mundo: «Tiene las mismas pasiones que todos». Pues bien: ese hombre que no se parece a su padre, porque aunque orgulloso también reconoció a la faz del mundo a sus hijos bastardos, tuvo amores en un tiempo con la hija de un cortesano de mediana nobleza, y su pasión creció tanto, que llegó a su pesar, a ser conocida de todos. Tú fuistes el fruto de estos amores. Tu padre te aisló poniéndote a mi cuidado, sin consentir jamás en reconocerte como hija suya, y manda ahora que te se encierre en un claustro, haciendo casar a tu madre con un hombre a quien da un empleo en Flandes como dote, para alejar así todo vestigio de su pasado amor. Ya habrás comprendido quién es tu padre. Tu madre es Catalina Lenez, hija de un secretario de Felipe II y hoy esposa de Antonio Casorez.

María derramaba abundantes lágrimas, y exclamó levantando al cielo los ojos:

—¡Dios mío! si mi padre es el rey, ¿no deben ser una misma cosa el rey y mi padre? ¡Creo que sí, y por eso no comprendo cómo mi padre me sacrifica a mi rey!

—Solo puedo decirte. El rey lo manda y el padre no se opone.

—Decidme ahora, doña Constanza; cuando al pie del altar se pronuncian los sagrados votos, ¿no deben hacerse de todo corazón?

—Indudablemente, hija mía.

—Entonces arrancadme el que late en mi pecho y ponedme otro, porque sólo así no cometeré un sacrilegio.

—¡Cómo! tu fe...

—No es eso, buena Constanza, le interrumpió la hermosa niña. Es que sólo tengo un corazón, y ése ya no es mío.

—¡María! quizá algún amor mundano...

—No sé... es un sentimiento que embarga todo mi ser. Hay un hombre de cuya vida pende la mía. Si él está alegre yo río; si se entristece, lloro; sus palabras son para mí tan dulces como la más suave música, y la luz de sus ojos me es más grata que la del sol. Mi alma está tan ligada a la suya, que si él desease tenerme ahora a su lado, el instinto me llevaría a donde estuviese. Muchas veces he querido arrojar del pecho este amor; pero mis esfuerzos han sido inútiles, y más ha penetrado en mi corazón cuanto más he hecho por olvidarlo. ¿No habéis amado nunca?

—En mi juventud... yo... no he amado nunca más que a Dios y a mi madre, porque tampoco conocí a mi padre, contestó doña Constanza algo turbada, a la vez que se animaban sus ojos.

—¡Ah! por eso no me comprendéis. Si hubieseis amado sabríais lo que es ese sentimiento imposible de definir. Cuando se está en semejante estado, escucha la cabeza y raciocina el corazón. Dos cosas distintas que jamás pueden convenir porque la primera sólo abarca lo real y lo finito, en tanto que la segunda vive en lo ideal y en lo infinito. He ahí por qué mi cabeza escucha y comprende vuestros razonamientos, que aunque justos, no puedo aceptar porque los desbarata ese *raciocinio del corazón*, que tal vez sea un género especial de locura, pero una locura que sostiene mi vida y que es imposible curar.

—¡Dios mío! contestó la anciana. Me maravillan tus palabras y esa elocuencia que sin sentirlo te extravía. ¿Crees que Dios no es bastante poderoso para borrar a ese hombre de tu memoria? Si al pie del altar le pides con fervor que aparte de tí esa pasión, escuchará tus ruegos y hará que tu corazón quede tranquilo. El rezo y la contemplación se sobreponen a todo. El amor a Dios es tan sublime que aleja las pasiones mundanas.

—Yo creo, contestó María, que puede amarse a Dios y a un hombre, porque esos dos sentimientos distintos entre sí, deben ocupar distintos lugares en el corazón.

—Sí, pero siempre el segundo roba algo al primero.

—¿Y no podrá tenerse el suficiente para salvarse? Creo que sí, porque de otro modo Dios y la Iglesia lo prohibirían.

—No sé, hija mía, lo que he de decirte sobre este punto que sólo un sacerdote pudiera aclararte, y que a nada conduce ahora; lo que me resta es recordarte que el rey lo manda y tu padre no se opone.

—¿Con qué es decir, que no me queda otro camino que el del sepulcro? ¡Dios mío! ¡Dios mío! prosiguió la joven con esa lánguida desesperación de una mujer que ha agotado sus fuerzas. ¿Por qué me disteis un alma si habiais de condenarme a un horrible tormento? ¡Oh, Federico, van a separarme de tí, a encerrarme en una celda, porque he delinquido en ser hija del rey.

—¡Compadéceme, María! exclamó llorando la noble dueña. ¡Compadéceme, porque te quiero como si fueses mi hija! Si dando mi vida pudiera salvarte, lo haría; pero no hay remedio. No me hables más de tu amor; renuncio a saber cómo has podido hablar a ese hombre que hace tu desdicha, con tal de no verte padecer. Dentro de cuatro días marcharemos a Toledo, donde todo está preparado para tu entrada en el convento. Adios.

Doña Constanza salió de la habitación, dejando a María anegada en amargo llanto.

Mil ideas comenzaron a bullir en su mente, y el nombre de Federico salía a cada momento de su boca.

—¡Separada de tí para siempre! decía. Podrán llevarme lejos de mi amante, pero no podrán arrancarme su imagen del corazón. ¡Y mi padre me sacrifica a su orgullo! ¿Qué le importa si así consigue que no quede nada que pueda recordarle que a más de rey fué hombre? Tú, el poderoso, el grande, ¿por qué no imitas a tu noble padre, y dices ante los mundos que dominas: ¡Esta es mi hija! ¿Has creído, por ventura, que vales más que el inmortal emperador? ¡Y vos, Dios mío!... pero no, protegedle, porque es mi padre y antes quiero morir que causarle disgusto. ¡Federico, Federico! algún día, y será muy pronto, llegará hasta tí un soplo ardiente que se introducirá en tu corazón: ese será el último suspiro que exhale el mío, y a nadie lo enviaré sino a tí, porque moriré pronunciando tu nombre! ¡Dios mío, se me arde la frente!

El llanto había desaparecido de sus ojos, y su mirada vagaba por la habitación. La infeliz criatura era presa de una horrorosa fiebre; algunos estremecimientos nerviosos se suce-

dieron, y luego, dejando caer la cabeza en el respaldo del sillón en que estaba sentada, quedó sin movimiento.

Una hora habría pasado cuando se sintieron pasos en la calle; este ruido cesó delante de la casa, y en seguida se oyó una palmada; después se repitió el ruido de pisadas, pero como de una persona que espera y se mueve impaciente; una segunda palmada sonó, y otra vez el choque contra la tierra de un pie varonil; la persona que hacía esto aguardó una hora en la que repitió sus señas, alejándose al cabo.

Nada volvió a oírse sino la agitada respiración de la hija de Felipe II.

CAPITULO III

La noche en que hemos conocido a la hija del rey, pasó, y eran las siete de la mañana. Un intenso frío se dejaba sentir.

Si el lector quiere acompañarnos, le llevaremos a una de las principales calles de Valladolid. Allí veremos una casa de suntuosa apariencia pero de antiquísima construcción.

Penetremos en ella y subamos hasta el primer piso compuesto de muchos y muy grandes salones y dormitorios amueblados con lujo. Todos sus habitantes dormían, a juzgar por el silencio que reinaba. Sin embargo, en una de aquellas habitaciones, cuyas paredes se veían cubiertas de retratos de familia, paseaba un joven. Su edad no pasaría de dieciocho años. Era alto, bien formado y de aspecto noble. Sus ojos negros y expresivos, pero su mirada lánguida y llena de dulzura; su cutis blanco y su boca apenas sombreada por un finísimo bigote. En su rostro se veían todas las señales de una noche de vigilia. Parecía que acababa de entrar o se preparaba a salir, porque estaba completamente vestido, ceñía una espada de brillante empuñadura, y llevaba un sombrero sin más adorno que una pluma negra. El resto de su traje era de terciopelo del mismo color, dando así más realce al rojo tinte de la cruz de comendador de Santiago que ostentaba en su pecho: su capa estaba, más bien que puesta, arrojada sobre un sillón forrado de lustrosa piel, y tachonado con clavos de plata.

La respiración de nuestro joven era agitada, su marcha desigual, y tan pronto se veía una sonrisa amarga vagar por sus descoloridos labios, como contraérsele el rostro y apretar una daga sujeta a su cinturón.

Media hora pasaría, que debió ser para él medio siglo o

medio minuto, porque, o esperaba, y el tiempo se le hacía largo, o estaba tan absorto en sus ideas que no sentía transcurrir las horas.

Algunas pisadas comenzaron a oírse en la casa, y luego unos golpecitos dados a la puerta de la habitación, que hicieron estremecer a nuestro joven, como si le despertasen en medio del más profundo sueño.

—Adelante, pronunció.

Un anciano, vestido también de negro, se presentó. Su rostro era enjuto y en la mejilla izquierda se le veía una larga cicatriz. El espeso bigote que cubría su boca era blanco, y sólo la energía de su mirada dejaba ver que aquel cuerpo, enflaquecido por los años, y aquella cabeza casi desnuda de cabellos, encerraba un alma grande y una firme voluntad.

—Buenos días, señor, dijo parándose respetuosamente delante del joven.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas, buen Fernando? le contestó afablemente el doncel.

—Recibir vuestras órdenes. Os he sentido pasear toda la noche desde que vinisteis de la calle, y he creído oportuno ver si queríais algo.

—¡Siempre el mismo! Ni los años ni la fatiga hacen que dejes de velar por mí, dijo el joven con una sonrisa de tristeza.

—¿Estáis indispuerto?

—No me siento muy bien, pero tampoco es cosa que deba darte cuidado; sin duda la mala noche...

—Os conozco desde que nacisteis, dijo el anciano con ternura, pero sin dejar su respetuosa actitud, y os quiero lo bastante para comprender todo lo que padeceis: por eso os diría una cosa, de provecho tal vez.

—Habla, Fernando: estás en esta casa desde que la ocupaba mi noble abuelo; has visto nacer a mi padre, me has visto nacer a mí, y sabes que no te considero como a un criado, sino como a un fiel amigo.

—En asuntos de amor prosiguió el anciano, cuando se encuentran los inconvenientes que en el vuestro, no hay más que dos caminos: o dejarlo de una vez, o romper por todo sin consideraciones a nadie. Cuál de estos dos caminos debéis tomar, es lo que falta saber. El primero os parece imposible, porque amáis demasiado, y en el segundo se atraviesa una cosa muy grande; en la elección de uno de ellos está la pri-

mera dificultad; pero sin que sea preciso pasar las noches en vela.

—No sabes lo que me pasa, buen Fernando. En vano aguardé anoche más de una hora al pie de sus ventanas; repetí las señales convenidas; y ¡nada! el silencio fué la contestación que recibí. ¿La habrán sacado de la población? ¿Estará enferma, o será mentido su amor?

—No penséis de ese modo, don Federico; esta noche la veréis, y os explicará la causa de ello. Tomad mi consejo y adoptad con energía vuestra resolución; un Ribero jamás se acobardará: preguntadme sino, a mí que he servido a vuestro abuelo y a vuestro padre en su juventud, y preguntad al caballero que llegó ayer y que os repetirá todo lo que ha hecho en Italia y en Flandes el respetable don Alonso. Ser, pues fuerte, porque os lo manda vuestro nombre.

—A propósito de ese caballero, interrumpió Federico, avísame en cuanto se levante.

—¡Bah, señor! hace una hora que está andando por la casa. Ya sube, ya baja, va a la cuadra, contempla su hermoso caballo, vuelve a entrar en su cuarto, desenvaina la espada y tira con su sombra; en fin, no para un momento.

—Al morir mi padre le encargó que velase por mí, y en una memoria que con él me remite, me hace un elogio sin igual de su valor y su genio. «Sea tu mejor amigo, me dice; donde esté el peligro le encontrarás, donde le necesites acudirás sin que le llares». Es cierto que a mi padre debe lo que hoy es; pero en cambio le salvó la vida una vez en Italia y otra en Flandes.

—¡Buen caballero parece! dijo entusiasmado Fernando. Debe ser valiente; aquellos ojos lo dicen; son dos centellas.

—Quiero saludarle, avísale.

El criado salió, y pocos momentos después apareció a la puerta el hijo del ventero.

—Dios os guarde, dijo marchando hacia Federico y alargándole la mano. ¿Qué tal? ¡Diablo! Parece que no habéis pasado muy buena noche.

—Así, así... contestó el joven bajando los ojos.

El soldado le miró fijamente y luego dijo:

—Apostaría cualquier cosa a que me ocultáis algún pesar.

—Muy pronto queréis conocerlo, contestó Federico procurando sonreír.

—Ya veis, me llaman relámpago, y como tal son todas mis cosas. Por otra parte, aunque no tengo muchos años, soy zorro

viejo, y luego... ¿suspiráis? ¡Rayos del infierno! añadió dando con el pie en el suelo. Perdonadme; tengo el maldito vicio de jurar; no soy más que un soldado.

—Yo también quisiera jurar con esa fuerza y esa alegría que vos lo hacéis—contestó tristemente el joven enamorado.

—¿Conque es decir que no me equivoqué? ¡Bueno! Ahora sólo falta que no tengáis secretos para mí; ya veis os debo querer bastante, y más bien os he de servir que haceros daño.

—¡Muy difícil es poder ayudarme!

—¡Difícil! ¡Voto al diablo! Hablad, caballero, hablad, que yo no he encontrado aún nada difícil. ¿Con quién nos las tenemos que haber?

—Con el amor.

—¡Demonio, demonio! dijo el soldado con calma y atusándose el bigote. Mal enemigo es ese. Mejor quiero pelear con cien franceses que con una mujer. Estas dan unas estocadas con los ojos, que no se pueden parar. Es verdad también que ninguna ha acertado a darme en el corazón. Todos mis amores han sido como mi apodo: mucho fuego, a veces mucho ruido, pero tan pasajeros que en más de una ocasión no he tenido tiempo de examinar a la mujer conquistada; por supuesto, siempre por asalto; me gustan extremadamente los asaltos.

—¡Cuánta envidia os tengo! contestó Federico sin poder contener la risa que le causaron las palabras del capitán.

—Pues haced lo que yo.

—¡Ya no es tiempo! dijo el joven suspirando.

—Aun no habéis dicho qué clase de amor es ese. ¿No os quiere? Si es así, el asunto se presenta mal. ¿Se opone la familia, hay padre o hermanos que hagan sombra? Entonces, bueno. La robaremos, habrá duelos y estocadas. ¡Magnífico! En tanto que vos corréis con la novia, yo me encargo de despachar al hermanito, que será un pulido cortesano con la fuerza de un gorrión.

—Eso es, un padre que se opone, pero a quien no alcanzará vuestra espada.

—¡Rayos del infierno! contestó el capitán dando una patada y levantando la cabeza. Aun no habéis visto mi tizona.

—Si os atrevieseis a sacarla ante la persona de quien hablo...

—¡Cómo! ¿Quién es? Explicáos.

—Ya os lo contaré todo—dijo el joven apretando la dura mano de Antonio—. Sois mi mejor amigo y nada os ocultaré.

¿Os parece bien que almorcemos y después salgamos a dar un paseo a caballo? Entonces cuando el aire de la campiña refresque un poco mi cabeza, os haré partícipe de este secreto.

—¡Rayos y centellas! Almorcemos alegremente y no hablemos del asunto hasta vernos corriendo por esos campos de Dios.

Aquellos dos hombres de igual grandeza de alma, pero de opuestos sentimientos, eran tan amigos a las veinte horas de conocerse, como si toda su vida hubiesen estado juntos.

En el capitán, la guerra era su inclinación, y el amor un entretenimiento. Para Federico, el amor era su vida, y las armas una diversión.

El hijo de Juan y Juana hubiera hecho muy bien el papel de amante por espacio de una hora, y nada más. El joven huérfano se hubiera portado en un duelo con tanto valor como Antonio; pero una guerra continuada le hubiera cansado.

El almuerzo se pasó entre suspiros, risas y botellas vaciadas con prontitud por el capitán. Después entraron en la sala de armas, y allí pudo admirar Federico toda la destreza de su amigo.

Las doce serían con corta diferencia, y en el espacioso patio de la casa piafaban impacientes dos hermosos caballos. Dos criados tuvieron el estribo y el hijo del ventero y Federico montaron.

Al salir a la calle se abrió una ventana en la casa de enfrente, asomando por ella la cabeza de una mujer. Su pelo y sus ojos eran negros; la boca graciosamente entreabierta, y el color de su rostro algo moreno. En su mejilla izquierda se veía un lunar como el ébano. El sol apareció en aquellos momentos, y más que el sol brillaron los hechiceros ojos de aquella mujer, que asestaron al joven Federico una mirada llena de amor. Esto pasó desapercibido para nuestros jinetes que pronto desaparecieron.

Refiriendo el uno sus amores y escuchando el otro con atención, fueron dejando atrás la ciudad.

Largo rato hacía que conversaban, cuando sintieron tras ellos el galope de caballos. Nuestros amigos volvieron la cabeza fijando la vista en dos jinetes que corrían en la misma dirección que ellos.

—¡Calla! Es una mujer y tras ella otro que debe ser su criado—dijo Antonio.

—Tenéis razón, caballero—contestó Federico—. No conozco en Valladolid más que una que acostumbre a hacer esa clase de ejercicios.

—Parece valiente y maneja el caballo mejor que su escudero. ¡Diablo, y monta un soberbio animal! Arabe puro, prosiguió el soldado, examinándole con su mirada de águila.

—Buena vista tenéis, caballero.

—¡Oh! La costumbre.

Entretanto se acercaba la dama. Antonio y Federico detuvieron sus caballos, colocándose cada cual a una orilla del camino.

Entonces pudo distinguirse a la valiente amazona que, serena y con el rostro risueño, hacía galopar majestuosamente a su corcel, en tanto que el viento se llevaba el largo velo sujeto a su peinado. Un vestido de terciopelo negro con alhamares de oro, y el rico jaez de su caballo, denotaban que era señora principal.

Al pasar por delante de los dos caballeros, dirigió la vista a Federico, saludándose graciosamente y enviándole una mirada que hubiera hecho saltar de la silla a cualquier otro que no hubiese estado enamorado de una linda rubia como la hija del rey.

En estos pocos momentos pudo notar el caballero Relámpago un lunar negro que resaltaba en la mejilla izquierda de aquella mujer, y unos ojos que sin duda había visto en otra ocasión: un juramento se escapó de su boca, y quedó inmóvil siguiendo con la vista a la dama.

—¡Bien, caballero!—exclamó Federico—. Parece que admiráis esa hermosura.

El capitán nada contestó, y más parecía una estatua de bronce que un ser animado.

—Parece que os ha hecho impresión, ¿es verdad?—prosiguió el joven.

Nuestro caballero no oía; sólo pensaba en lo que había visto.

—¿Pero qué os sucede?—replicó Federico.

—¿No habéis corrido nunca vuestro caballo? Veamos si le aventaja al mío; todo es pasar el tiempo.

Y sin aguardar contestación, salió como un rayo.

El joven hizo lo mismo, y una nube de polvo envolvió a los dos jinetes que volaban tras la dama. Esta, que los vio correr, detuvo su caballo. Cuando estuvieron cerca, quiso volver de pronto para mirar de frente a Federico, y a éste

movimiento se le escapó un pañuelo que el aire llevó a alguna distancia. Antonio, al ver el pañuelo en tierra, afianza con la mano izquierda la crin de su corcel, deja escapar el estribo del mismo lado, y sujetándose con la pierna en la silla, tiende el cuerpo sin detenerse en la carrera, y baja el brazo derecho levantando en la mano el fino pañuelo.

—Tomad, señora—gritó alargándolo a la dama, pero sin parar el caballo—. ¡Demonio de animal! Se ha desbocado, no puedo sujetarlo... ¡Rayos! Perdonad, os lo devolveré.

La dama quedó un instante parada, y en seguida partió como el viento tras los caballeros que llevaban una buena delantera.

—Mucho habéis de correr para que no os alcance mi *Zegrí*—dijo la bella amazona.

—¡Rayos y centellas! Menester es que vueles para que cojas a mi *Veloz*—exclamó el caballero Relámpago.

Todo esto sucedió en un momento; pero en este poco tiempo, había formado su plan el hijo de Juana.

Federico corría sin comprender qué significaba todo aquello.

—Sabéis que me he quedado a oscuras de lo que ha sucedido?—dijo a Antonio—. Vuestro caballo no va desbocado, obedece bien a la brida.

—Ya lo entenderéis. Ahora, corred ¡voto a Belcebú! ¡Animo, *Veloz*!—gritó a su caballo, que al oír la voz de su dueño, dió un salto que le hizo avanzar bastante terreno, y siguió con más rapidez su carrera.

Así fueron largo rato, ellos huyendo y la dama persiguiéndoles; pero siempre a igual distancia.

A poco trecho del camino corría paralela a éste una larga zanja de unos diez o doce pies de anchura. El caballero Relámpago fijó en ella su vista, y volviendo el caballo gritó a su amigo.

—Sois buen jinete y lleváis buena cabalgadura; esto no es mucho. ¡Rayos y centellas! ¡*Veloz*!

El noble animal llegó a la escavación, se recogió sobre sus patas traseras, y de un salto se encontró en el otro lado. El joven le siguió y continuaron su carrera.

A este tiempo avanza hacia el sitio un corpulento perro ladrando, y el corcel de la dama, que se preparaba a saltar, se encabrita asustado, resistiéndose a su hermosa señora.

—¡*Zegrí*!—gritó ésta con desesperación.

El caballo, sin embargo, no la obedecía.

—¡Mata a ese maldito perro, Fernan!—prosiguió dirigién-

dose al criado que llegaba en aquel momento muerto de fatiga.

Este sacó una pistola, apuntó al mastín, y disparó dejándolo muerto.

La dama pugnó por hacer saltar al caballo que se resistía aun a obedecer. Algunos minutos se pasaron de este modo, y los fugitivos jinetes habían desaparecido ya tras un montecillo.

Por fin el hijo del desierto, recobrado de su espanto, saltó y tras él el escudero, siguiendo el camino que habían tomado nuestros jinetes.

Gran trecho corrieron sin encontrar a nadie, hasta que llegaron a un sitio donde cruzaba otro camino. Aquí fueron las dudas y la desesperación de la bella dama, que no tuvo más remedio que dirigirse a la ciudad.

Los dos amigos habían tomado el camino opuesto, siguiéndole hasta llegar a un olivar. Allí se apearon de sus corceles, quei ban cubiertos de blanca espuma, y sentándose sobre la yerba comenzaron a hablar.

Federico pedía a Antonio explicaciones de aquella aventura y éste contestaba con la mayor sangre fría:

—Ya veis que nada tiene de particular. La hermosura de esa dama me hizo un efecto inexplicable y quise verla otra vez; por eso corrí tras ella. Se le cayó el pañuelo, lo recogí con intención de dárselo, pero luego pensé que esto podía servirme para llegar hasta ella, y por eso fingí que me era imposible sujetar el caballo. No sé qué pensaría ella cuando nos ha seguido tenazmente. Pero decidme, ¿vos la conocéis?

—Como la conoce toda la población—contestó Federico—Es mujer de historia, se cuentan de ella cosas grandes.

—¡Ola! Me pica la curiosidad, caballero; referidme algo de su vida.

—Os diré todo cuanto sepa. Esa mujer es hija de uno de los moros que quedaron en Granada. Allí parece que se prendió de ella un caballero muy noble y rico llamado Fernando de Aguilar. Dicese que éste llegó a enterarse de cierta conspiración que contra los cristianos traían entre manos los moriscos, y oponiéndose abiertamente, llegó el caso de matar en duelo a un hermano de ella, a la que dejó para ir a enamorar a otra. Los celos y la muerte de su hermano, desesperaron a la mora, hasta el punto de perseguir constantemente a su amante para vengarse de él. Podrá no ser la verdad, pero sí es cierto que don Fernando vino a Valladolid y a poco se

vió también en la corte a su antigua querida: su religión era un inconveniente para introducirse en todas partes, y esto sin duda le hizo abrazar la nuestra, tomando el nombre de María y apellidándose Alhamar, por ser de esta familia morisca. Su hermosura la trajo una numerosa corte de amantes y comenzó a seguir una vida extraviada en medio del más escandaloso lujo: de este modo continuó hasta 1547: aquí comienza otro suceso que corre de boca en boca, pero que nadie puede asegurar. Concluidas las cortes de Monzon, Felipe II envió a su padre pliegos en que le daba cuenta del estado de los negocios de España. El portador, que lo era el comendador don Alonso Idiaquez, fué asesinado en el camino atravesando la Alemania, donde se hallaba entonces don Fernando. Al llegar esta noticia llegó también él, y a los dos días se encontraba preso y acusado de ser el asesino del comendador. Quien le delató, nadie lo sabe; se dice que fué doña María para cumplir su venganza. El proceso duró hasta 1549 en que, cansados los jueces de no encontrar pruebas del acusado, trataron de ponerle en libertad. Como don Fernando no tenía ningún pariente, y sus amigos le habían abandonado, ignoraba el buen estado de su causa hasta que se lo comunicasen de oficio: antes al contrario, creía que su cabeza peligraba. El príncipe Maximiliano, que regentaba entonces el reino, parece que fué uno de los apasionados de doña María. Una noche entró en su cámara una mujer, estuvo gran rato con el príncipe, y luego salió llevándose la orden de poner en libertad a don Fernando. Esto era muy fácil que lo obtuviese una mujer tan hermosa como la morisca, puesto que estaba determinado ya, y solo era una anticipación que nada perjudicaba. Es el caso que aquella misma noche se presentó en la prisión de Aguilar un caballero ricamente vestido, y que exhibiendo la orden del regente, se le permitió entrar en el encierro del procesado y no se puso dificultad a su salida. Hasta hoy no se ha sabido quién era el caballero ni qué fué de don Fernando, de quien no hay la más leve noticia; y no falta quien sospeche que doña María de Alhamar, conocida por la morisca, cumplió por este medio su venganza.

El caballero Relámpago escuchó con profunda atención el relato del joven. Luego que éste hubo concluido, introdujo su mano bajo el pecho de su colete, y allí buscó el mango de un puñal que llevaba oculto.

—¡Oh!—exclamó—¿quién podrá encontrar pruebas de semejante hecho que probablemente será falso?

—Es posible—contestó sencillamente Federico—. Nada me importa, porque no me ocupo de esa mujer. Vive enfrente de mi casa y nunca me ha ocurrido la idea de mirarla.

—¿Enfrente de vuestra casa? Tanto mejor; con eso tendré que andar poco camino para devolverle su pañuelo y decirle que es hermosa.

—Vuestra conquista ha comenzado de una manera bien rara. ¿Sabéis que es muy peligroso coger una cosa del suelo, como vos lo habéis hecho? Yo lo hago también, pero yendo mi caballo a galope.

—Ha empezado como todos mis amores, por un movimiento brusco. Pero decidme, don Federico, ¿cómo es que esa mujer no está en Madrid, donde se encuentra hoy la corte que debe ser su vida?

—No sé; lo extraño mucho, y más cuando allí está el marqués de Casa-Medina, que es el galán que hoy la sirve.

—Sí...; es muy raro...—contestó el capitán pensativo y retorciéndose el bigote—. ¿Os parece bien que volvamos a Valladolid?

—Como gustéis, caballero—replicó Federico.

En seguida montaron a caballo y se dirigieron a la ciudad.

El capitán Relámpago iba silencioso, cosa muy rara en él; la historia que acababa de referirle su amigo, le daba mucho que pensar, porque no le dejaba duda de que aquella mujer era la misma que disfrazada de hombre había dado la muerte a don Fernando en la venta del Cuervo.

—Ella es—decía para sí el caballero—; el mismo nombre y apellido, el mismo apodo, y el lunar... ¡Oh!... Ese lunar es su perdición.

CAPITULO IV

La morisca entró en su casa rendida por la fatiga y ciega por el coraje. Bien había comprendido que se proponía algún plan el jinete que acompañaba a Federico, pero no acertaba cuál fuese su objeto, ni el qué podía tener el haberse quedado con el pañuelo.

Todo el día lo pasó encerrada en su gabinete y sin hablar a nadie, meditando sobre lo sucedido y buscando trazas de conseguir sus deseos, desconocidos aun del lector.

Serían las nueve de la noche, cuando después de murmurar algunas palabras y dejar escapar sus ojos una mirada chispeante, levantóse de un rico diván en que estaba recostada y llamó a una de sus dueñas que se presentó al momento.

Era ésta una mujer como de cincuenta años, de encorvada espalda y arrugado rostro. Su boca, desprovista de dientes, cerrábase más de lo natural y permitía que su larga y puntiaguda nariz se acercase demasiado con su barba de figura cónica. Era además tuerta, y el ojo derecho que conservaba, dirigía constantemente sus miradas al suelo. Aquella extraña figura, de gangosa voz y humildes modales, era la depositaria de muchos y muy importantes secretos de su señora.

—Supongo—le dijo la morisca—que ya habréis averiguado cuanto deseo saber. Mis órdenes fueron terminantes.

—Líbreme Dios, señora mía—contestó la dueña—de no cumplir vuestros mandatos. Ya sabéis que en esa parte...

—Dejad vuestra charla impertinente y dadme cuenta de lo que sepáis.

—Al momento, señora.

—¿Os habéis introducido por fin en la casa de la hija del rey?

—No, señora, porque el asunto es más difícil de lo que parece.

—Para nada servís—replicó doña María con acritud.

—Es que sin entrar en la casa he logrado cuanto quería.

—Explicáos.

—He trabado amistad con su dueña, es decir, no con la que está encargada de la joven desde que nació, porque esa es señora de cuenta, es el ama de casa; sino con otra que la sirve y que mediante algún regalillo, hace cinco días que ejerce un espionaje escrupuloso y me ha puesto al corriente de cuanto sepa.

—Repetid cuanto os ha dicho, no os dejéis una palabra—repuso con ansiedad la morisca.

—Poco ha sido, pero de la mayor importancia. Sabed que los dos amantes se adoran.

—¡Oh!—exclamó doña María estremeciéndose.

—Todas las noches a las doce va don Federico, da una palmada y ella le deja caer una escala que sirve para que el joven suba a su habitación donde pasan dos o tres horas.

—¡Dos o tres horas!—repitió con amargura la dama. ¡Dos o tres horas cuando tres minutos me harían feliz!... Pocas le quedan ya de tanta dicha...

—Ciertamente.

—¿Y ha escuchado la dueña sus conversaciones?

—Le ha sido muy fácil.

—¿No hablarán más que de su amor?

—No se ocupan de otra cosa.

—Proseguid, proseguid—repuso agitadamente la morisca.

—Hasta anoche ha ignorado la joven quién fuese su padre, y también ignora don Fernando que su amada saldrá dentro de tres días para Toledo donde le espera una celda.

—Bien, Guiomar, has adquirido noticias que valen mucho.

—Anoche no se vieron porque cuando doña Constanza dejó a su pupila después de haberle dicho quién era su padre, y que no había medio para oponerse a ser monja, acometió a la niña uño de esos desmayos que suelen dar a las jóvenes sensibles. y en vano aguardó más de una hora don Federico, porque sus señas no fueron contestadas.

—Pero esta noche se verán y ella se lo dirá todo.

—Claro está, porque él no falta una noche.

—No puedo perder un momento—repuso la morisca—es pre-

ciso evitar que vuelvan a verse, porque si no todo se ha perdido.

Luego meditó algunos instante y añadió:

—Haced que venga inmediatamente el Rubio.

La dueña salió y una hora después entró en el aposento el hombre a quien doña María había mandado llamar, y del que daremos una ligera idea.

Después de ser ladrón en España sirvió nuestro héroe en las galeras reales, luego hizo la guerra en Flandes, en seguida se pasó a los turcos, y por último, volvió a su patria donde era asesino de oficio y perverso de inclinación. El relato de sus hazañas sería muy largo: baste saber que no hizo una buena.

La morisca protegía a aquel hombre porque pensaba que alguna vez podría serle útil.

Su retrato está hecho pronto.

Alto y robusto, de fea nariz y desmesurada boca, ojos torcidos y espesos cabellos rubios que le habían valido el sobrenombre por que se le conocía. Su raída vestidura de paño gris la completaba un sombrero de indefinible color. Nada más repugnante que el aspecto de aquel hombre.

—¿Tenéis un compañero tan decidido como vos?—le dijo doña María.

—Tengo muchos, pero es gente interesada—le contestó el Rubio con ronca voz.

—Eso no importa, ya sabéis que pago con largueza los más insignificantes servicios. Tomad.

Y la morisca cogió un bolsillo de terciopelo bordado de oro que había sobre la mesa, y lo arrojó con altivez al asesino.

Este lo guardó sin pronunciar una palabra.

—¿Sin duda—repuso doña María—sabréis dónde vive esa doncella que asegura ser hija del rey?

—Lo sé.

—Pues bien, esta noche a las doce estaréis ocultos cerca de su casa vos y dos compañeros más.

—Bien.

—Llegará un caballero, dará una palmada, y entonces vosotros, sin darle tiempo a que pueda defenderse, lo cercáis y...

—Comprendo—interrumpió el Rubio a la vez que acariciaba con su ancha mano un puñal.

—¡Temblad si tal hacéis!—dijo la morisca, clavando en su interlocutor una terrible mirada.

—Explicáos de otro modo. porque no adivino lo que ha de hacerse con un hombre a quien se le acomete.

—Solo quiero que le desarméis y que después de vendarle los ojos y teparle la boca, si intenta gritar, lo conduzcáis aquí, haciéndole entrar por la puerta falsa donde aguardará Guiomar que tendrá mis instrucciones; pero guardáos de que sufra el menor daño, porque entonces peligrá vuestra cabeza.

—No es tan fácil hacer lo que decís.

—Muy fácil para quien tiene corazón y buenos puños.

—Si con eso basta, me sobra lo uno y lo otro.

—Pues lo conseguiréis y mi recompensa no os dejará nada que desear.

—¿Y si la ronda o cualquiera otra desgracia nos estorbare concluir felizmente el negocio?

—Volveréis mañana.

—Pensad que el dinero que me habéis dado tendrá que gastarse anticipadamente, porque mis camaradas no dan un pase sin tener el estómago lleno y caliente la mollera.

—Gastadlo en buena hora.

—Sea por vuestra salud.

—Idos.

—¿Nada más tenéis que advertirme?

—Nada más.

Salió el Rubio, y doña María, cuando estuvo sola exclamó:

—¡Oh, Federico! Estarás en mi poder hasta que salga de Valladolid la única mujer que ha clavado en mi corazón el punzante dardo de los celos. Luego podrás saber dónde se encuentra, pero ya será tarde.

Llamó después a la dueña, y dándole algunas instrucciones volvió a recostarse en el diván, desde donde contaba las horas con inquietud.

CAPITULO V

Las doce de la noche serían, cuando por un extremo de la calle donde vivía la hija del rey, entró un embozado. La oscuridad era completa, porque en aquellos tiempos no se alumbraban las calles y la luna no quiso aquella noche dejar ver su nacarada faz.

Caminaba el embozado aceleradamente, no porque el miedo comunicase a sus piernas ligereza, sino porque cada minuto le parecía un siglo, según era de ardiente el deseo que tenía de llegar al término de su viaje.

Poco le faltaba ya; dió algunos pasos, se detuvo delante de la casa de María, y después de mirar a su alrededor sin que la oscuridad le permitiese descubrir a nadie, dió una palmada. Empero no bien ésta hubo sonado, cuando de ambas paredes de la calle se destacaron tres hombres con espada en mano y acometieron al nocturno rondador.

—¡Atrás, canallas!—exclamó éste blandiendo su acero.

Pero los tres asesinos, amenazándole con los suyos le rodearon mientras que el más alto de ellos decía:

—Entregad vuestra espada o sois muerto.

—¡Mi espada, vive Dios!—dijo con rabia el embozado, acometiendo a sus enemigos.

Empeñóse la contienda: el caballero se defendía valerosamente, pero eran tres los agresores y esto le aturdió.

En medio del ruido de las armas se abrió una ventana, y asomándose una mujer gritó con debilitado acento:

—¡Favor!

Este grito estremeció al caballero hasta tal punto, que la espada se escapó de sus manos.

—Sois nuestro—dijeron los tres enemigos.

Al concluir estas palabras brilló otra espada en el aire oyéndose exclamar con acento firme:

—¡Rayos y centellas!

Ni una sílaba más pronunció el recién llegado, pero su larga tizona se movió con una rapidez inconcebible.

El más alto de los tres asesinos dió un grito y la espada se escapó de sus manos; en seguida echó a correr, y tras él sus compañeros, quedando todo en silencio.

—¡Voto a Mahoma!—dijo el capitán Relámpago—. ¡Animo, don Federico!

El joven miraba a su amigo sin poder explicarse tan extraña aparición.

—¿En qué pensáis—prosiguió Antonio.

—En que sois un verdadero relámpago—contestó Federico, atónito aún.

—¡Bah, bah! Coged vuestra espada, que por esta noche ya no hay cuidado.

—¿Pero queréis explicarme...?

—Es muy sencillo: salísteis de casa y detrás yo también; os seguí porque en esta clase de aventuras suelen ocurrirse lances como el que acaba de suceder; llegamos aquí y veo que os acometen; a favor de la oscuridad pude acercarme sin ser visto; observo y advierto que vuestros enemigos paraban vuestros golpes, pero sin dirigiros ninguno. ¡Bueno! me dije, estos no quieren robarle ni matarle, sólo tratan de apoderarse de él; veamos en qué acaba el negocio. Quedáis desarmado, y efectivamente, sin tratar de heriros os rodean para sujetaros. Entonces dije: esta es la mía, ¡ánimo, Relámpago! y caí sobre ellos.

—Me pasma vuestra previsión y vuestro valor. ¡Oh! a no ser por vos, Dios sabe lo que hubieran hecho de mí esos villanos.

—Ahora subid a tranquilizar a vuestra dama: aquí os aguardo.

—No, caballero—contestó Federico ruborizándose—. Me es imposible permitir semejante cosa; ya no hay peligro, y aun cuando así fuese, sabed que no siempre se me desarma con facilidad.

—Os lo mando y para ello me autoriza la última voluntad de vuestro padre. Sois valiente, es verdad, pero nada podréis contra la traición. Subid.

El capitán tomó la espada que había dejado el Rubio, y

embozándose en su capa fué a ocultarse bajo un elevado pórtico de la casa que estaba frente a la de María.

—¿Por qué ha huído el que parecía ser jefe?—se preguntaba el capitán. Mi espada no le ha tocado, y sin embargo dió un grito. Ese hombre debe conocerme.

Federico trepó por la escala que había dejado caer la hija de Felipe II, y entró en el gabinete que ya conocemos.

María estaba pálida, descompuesto el cabello, y la ansiedad pintada en sus hechiceros ojos.

El joven sonrió dulcemente al verla: todo lo había olvidado.

—¿Estás herido, Federico?—dijo María corriendo hacia los brazos que le tendía su amante.

—No, ángel mío, nada tengo—contestó éste fijando en ella una mirada llena de amor.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó la joven levantando al cielo sus ojos llenos de lágrimas de alegría.

—¡Qué feliz soy a tu lado, María! ¿Por qué anoche me privaste de gozar la dicha que más anhelo?

—Ven, siéntate a mi lado, todo lo sabrás.

Los dos amantes se sentaron, y entrelazando las manos, cambiaron una mirada y con ella sus almas.

—¡Me atormentan, quieren matarme, van a separarnos para siempre!—prosiguió la cándida niña.

—¡Separarnos para siempre! ¿Es cierto, María? ¿Y quién tendrá poder para tanto?

—¡Ah, Federico! Se me han hecho grandes revelaciones, ya sé quien es mi padre.

—Es verdad que lo ignorabas cuando todo el mundo lo sabía.

—Pues bien, no es eso lo que me ha desgarrado el corazón, sino que mi padre, el rey, tu señor y el mío, manda que se me encierre en un convento. Su voluntad en esto es como en todo, firme, irrevocable, y dentro de tres días marcharé a Toledo para no verte jamás.

Federico dejó caer los brazos como una persona que desfallece, y luego dijo con entrecortado acento:

—¡Monja...! ¡Oh, no será mientras yo viva!—contestó Federico recobrando todo su aliento.

—¿Qué podrás contra el rey? Es el dueño de tu vida. El hombre que asienta su planta sobre dos mundos, puede con una mirada confundirte.

—¿Y he de dejar que me separen de ti, que eres el en-

canto de mis ojos y la vida de mi vida? ¿Cómo permanecer tranquilo cuando ve uno que vienen a arrancarle el corazón pedazo a pedazo? ¡Imposible, María! ¡Te juro por Dios y por mi nombre, que serás mi esposa, y que desde este instante te considero como tal. Sígueme.

—Pretendes un imposible—contestó temblando la hija del rey—. Mi fuga sería la sentencia de doña Constanza. ¿Es justo sacrificar a esa mujer que me quiere como una madre, al capricho de nuestro amor? ¡No! perezca yo mil veces antes que decirle: «En pago de las maternales caricias que me has prodigado por espacio de diez y seis años, te entrego a la ira de mi padre.» Si acuso a mi padre de injusto, ¿cómo respondería ante el inexorable juez de la conciencia, de una injusticia cien veces mayor que aquella que me quejo?

—Cuando estés en el convento ya no es responsable de ti doña Constanza. ¿Te resolverás entonces a seguirme?

—Si es antes de profesar, sí.

—Antes será, o he de perder la vida—dijo con entusiasmo Federico. Lucharé con el mundo entero hasta tenerte en mis brazos. ¡Tú, que naciste para amar, encerrada en una celda!

—¡Federico, Federico!—exclamó la sensible niña, estrechando entre las suyas las manos de su amante.

—Adiós, María, no puedo permanecer por más tiempo a tu lado, porque me aguarda en la calle el hombre que esta noche me ha salvado. Mañana te hablaré de él, porque ha de servirnos de mucho.

El aire llevó un ruido particular, que cualquier malicioso hubiera tomado por un beso y los dos amantes se separaron.

—Os he hecho aguardar mucho?—preguntó Federico al hijo de Juana.

—No—respondió éste—estoy acostumbrado a esperar con calma.

—Perdonad la comparación, caballero; pero tenéis la paciencia del gato para acechar, y su ligereza para acometer.

Nuestros amigos se alejaron y nada volvió a interrumpir el silencio de la estrecha calle que había sido teatro de tan extrañas escenas

CAPITULO VI

No era sólo un buen soldado el hijo del ventero; también tenía sus ribetes de astuto y mucho de previsor. Nunca se movía sin llevar un fin de interés, y todo en él era premeditado; sólo que su imaginación viva y fecunda le permitía trazar un vasto plan en un momento, y he aquí por qué, aun cuando obraba con ligereza, no podía decirse que sólo tenía resolución y valor.

Ya le vimos guardar la espada del Rubio, y no fué esto por recoger los despojos que le dejara su victoria; nuestro héroe pensaba que quizá podría entrever algo en aquella arma arrojada por un hombre que al oír su voz se pusiera en salvo.

—No será difícil—se decía el caballero—que yo conozca a ese hombre, como indudablemente me conoce él, y siendo así, tal vez por la espada saque al dueño, y por el dueño la intriga que hay aquí, porque sin remedio debe haber una intriga que no es fácil adivinar.

Haciendo estas reflexiones se acostó tranquilamente, y después de seis horas de sueño dejó la cama y empezó sus trabajos de averiguación, comenzando a examinar la espada del Rubio.

—¡Diablo!—exclamó después de dar mil vueltas a la empuñadura del arma. Juraría que... veamos, veamos.

Su vista se fijó en la hoja, donde leyó con sorpresa lo siguiente:

«11 de noviembre de 1535.»

—¡Voto al infierno!—exclamó—. ¡Es mi espada!

Preciso es que el lector sepa cierto suceso para que pueda comprender la sorpresa del capitán.

Cuando éste entró en el servicio del rey, hizo grabar en la hoja de su espada la fecha en que se alistó, porque siendo esto la realización de sus ensueños, quería tenerlo así presente. Las heridas que recibió en la toma de San Quintín le hicieron caer en tierra sin sentido; el Rubio, que por casualidad se hallaba junto a él y que había perdido su espada en el combate, se acercó y desarmando a Antonio prosiguió su camino. Al otro día desertó, y la fortuna quiso que conservase la tizona hasta el momento en que se la hemos visto arrojar. Esto lo supo el hijo del ventero por un soldado que lo presencié todo al pasar en aquel momento junto a él.

El Rubio había servido a las órdenes del caballero y conocía todo su valor, además había experimentado varias veces la fuerza de sus puños en pago de alguna travesura, y sin saberse explicar el por qué aquel hombre, más débil en apariencia, lo había dominado desde la primera vez que clavó en él sus centelleantes ojos, hasta el punto de tenerle un horrible miedo y casi temblar en su presencia.

Ahora, pues, no extrañarán nuestros lectores que al oír el juramento que el caballero dejó escapar bajo las ventanas de María, aquel hombre, grande de cuerpo y menguado de alma, que lo creía en el otro mundo, se sobrecogiese sin hacer otra cosa que huir despavorido, arrojando instintivamente el arma que se apropiara en San Quintín.

—¡Bueno!—dijo el capitán Relámpago—. Es posible que esta espada haya salido de sus manos; pero también lo es que la conserve todavía. Si él está en Valladolid, indudablemente seguirá su oficio de ladrón y asesino, y por consiguiente debo buscarle en el sitio donde se reuna esta canalla, que será en la taberna más asquerosa de la ciudad. Manos a la obra.

En seguida fué a ver a Fernando que limpiaba en aquel momento la ropa de Federico.

—Buenos días, señor caballero, dijo este al verle.

—¡Ola, amigo! ¿Trabajáis?—contestó Antonio con jovial acento.

Me entretengo no más, caballero. Don Federico no me permite hacer nada, ni aun esto que me quitaría de las manos si me viese; y ya podéis haceros cargo que un soldado del emperador no vive si no trabaja.

—Sin embargo, vuestra edad es avanzada y habéis trabajado lo bastante para no tener nada que echaros en cara. Ya no debéis hacer otra cosa más que dormir y pasar un rato en la taberna con vuestros antiguos camaradas. Y ahora que digo ta-

berna, quisiera saber dónde hay establecida alguna así... pobre... tengo encargo de mi padre para vender una partidilla de vino... ¿no me daréis razón?

—Es muy fácil, señor. Conozco a un almacenista que vive a la salida de la población por la parte de...

—No, interrumpió el caballero, tendré que ir yo mismo, porque he de proponerle un medio negocio, y no quiero andar tanto: además, el vino es malo... detestable, y sólo serviría para una taberna donde acudiese esa gente... pobre... es decir, cierta clase de gente de mala vida que no repara en nada...

—Pues por aquí cerca sólo hay la *taberna de San José*; pero el dueño es un hombre que no tiene un maravedí, y por otra parte su tienda es el centro de todos los ladrones; siempre hay riñas y... ¿a qué queréis encontraros en una de ellas mientras inútilmente proponéis al amo un trato que no puede aceptar?

—Tenéis razón—dijo con indiferencia el caballero—, mejor será que vos os encarguéis de ver a ese almacenista: ya os avisaré.

—Cuando gustéis, señor; estoy a vuestras órdenes.

Dejemos a nuestro caballero y en tanto que piensa el modo de proseguir sus averiguaciones, veamos en qué estado se encuentra la Morisca.

La habitación en que se hallaba era de forma octógona. Sus paredes no tenían otro adorno que esas arabescas labores de relieve que admiramos hoy en el morisco alcázar de la Alhambra, y su techo lo formaba una elevada cúpula cubierta con el mismo adorno, en que se veían brillar los panes de oro que una mano hábil pusiera entre el transparente azul. En uno de los lados de aquel octógono estaba la puerta, y en el opuesto una ventana que daba al jardín. Alrededor de la habitación había colocados cojines de terciopelo carmesí guarnecidos con fleco de oro, y una especie de tarimilla de cedro incrustada de nácar, que se veía en medio, sostenía un hermoso jarrón de filigrana de plata, lleno de olorosas flores. La luz era escasa, porque la celosía colocada en la ventana no dejaba penetrar más que débiles resplandores; se oía el canto de algunos pájaros que llegaba mezclado con el dulce murmullo de las aguas de un saltador del jardín, y el más suave perfume embalsamaba aquel recinto donde todo era voluptuoso.

Serían las once de la mañana, y doña María, envuelta en un ancho traje de blanquísima cachemira, se hallaba lánguida-

mente recostada en los blandos cojines de terciopelo y oro. Calzaba su diminuto pie una rica chinela de seda azul bordada de plata, y sobre sus hombros se veía colocado descuidadamente y por todo abrigo una especie de ancho 'chal de grana flamenca. Sus cabellos estaban despeinados; pero su rostro aparecía tan encantador como el día en que hace trece años la vimos en la *Venta del Cuervo*. Era la Morisca una de esas mujeres que envejecen en un día todo lo que debieran haber envejecido en veinte años, y ese día no había llegado aun para ella. Absorta contemplaba las flores que tenía delante, y un suspiro solía escaparse de aquel pecho que por primera vez sentía los efectos de una pasión devoradora. Aquella mujer que había encendido tantos corazones sin amor nunca, porque cuando se le acercaba el orgulloso, sólo pensaba en dominarle, y al ver arrastrarse a sus pies al humilde, le despreciaba porque no le creía bastante grande, amó a su pesar desde el momento en que sus ojos se fijaron en Federico. Desde entonces se le abrasaba el corazón, y cuando el recuerdo del doncel vagaba por su mente, se veían brillar sus negros ojos y luego empañarse con los vapores de un mundo de ardientes deseos que hervía en su seno. Todo su orgullo lo hubiera puesto a los pies de aquel hombre para que lo pisase, sirviéndole como esclava, y muriendo en seguida gustosa después de haber satisfecho su pasión. ¡Cuántos nobles no habrían depositado a sus plantas ricos tesoros por ser amados de la misma manera, cuando poco menos habían gastado algunos para comprar sus mentiras de amor! ¿Y qué había hecho Federico para obtener tanto? Despreciarla, porque era una impura cortesana, no quererla, porque su corazón pertenecía a otra mujer. El orgullo del jóven no era de aquellos que la Morisca podía dominar, porque nunca pretendió Federico su amor. ¿Qué pudo inspirar semejante pasión a la hija del Alhama? ¿Sería que había llegado su vez a aquel corazón, hasta entonces insensible? Así lo creemos, porque creemos también que toda criatura ha de atravesar, una vez al menos en su vida, esa situación. ¿Pudiera encontrarse un solo ser humano que nunca hubiese amado, o que estuviera exento de amar en el resto de su vida? Imposible. Desde el más poderoso monarca hasta el humilde campesino y el infeliz esclavo, no hay siquiera uno que haya dejado en algún tiempo de dormirse al arrullo de un dulce recuerdo de amor que, o ha podido manifestar o se ha visto precisado a ahogar en lo más profundo de su pecho. Aun esos hombres que hacen alarde de no haber conocido ese sentimiento, han por más que no quieran confesarlo, soñado con unos

ojos que les han enloquecido más de una vez. Así, pues, había Megado también su época a la bella oriental.

La Guiomar entró, y doña María fijó en ella una mirada que significaba:

—¿Qué sabéis?

—¡Alabado sea Dios!—dijo la vieja—. Vengo de misa donde he hablado con la dueña de la hija del rey.

—Y bien...—interrumpió doña María.

—Todo lo ha observado la buena mujer, y dice que anoche cuando ya tenían desarmado a don Federico, se apareció un caballero que no dijo más que una palabra, y dió tanto mandoble que hubieron de huir los nuestros.

—¿Y de dónde salió?

—No se sabe; parecía llovido del cielo o vomitado por la tierra, y nadie le echó de ver hasta que su espada relumbró en el aire a la vez que dejaba escapar un horrible juramento.

—¡Oh!—pensó la Morisca—, mucho me temo no sea el mismo, aquel demonio con ojos de águila que hacía volar a su caballo.

—Luego que todo quedó sosegado, prosiguió la dueña, subió don Federico como de costumbre.

—¿Sabéis lo que hablaron?—preguntó la Morisca con ansiedad.

—Ella le dijo lo del convento, y don Federico quiso que le siguiese; pero la joven temía comprometer con su fuga a doña Constanza.

—Y por fin...

—Por fin quedaron en que don Federico fuese a sacarla del convento antes de profesar.

—¡Oh!—exclamó levantándose doña María. Yo haré que profese antes de tiempo y sabré impedir que su amante la vea. Si los celos no acaban con mi vida, mi odio acabará con esa mujer que se atraviesa en medio del camino de mi gloria. ¡Pronto sabrás, bastarda miserable, lo que yo puedo, y de lo que son capaces los celos! Guiomar, prosiguió dirigiéndose a la dueña, disponed todo lo necesario para marchar mañana a Madrid.

La vieja salió, y doña María volvió a recostarse en los mullidos cojines.

Así pasó algunas horas hasta que la noche cubrió con sus sombras a la ciudad.

Eran ya las seis de la tarde, y una escena de muy distinto género tenía lugar en la *taberna de San José*, situada en una estrecha calle próxima a la casa de Federico.

Componíase el establecimiento de dos piezas. En la primera se veía un pequeño mostrador sucio y carcomido, y algunas vasijas de barro sobre él, amén de dos toneles sostenidos por estacas clavadas en la pared, y un banco donde tenía derecho a sentarse todo el que bebiese un jarro de vino. La moribunda luz de un candil alumbraba aquel recinto, que despedía el más desagradable olor.

En la otra habitación, bastante grande, había cuatro mesas y algunos bancos. Un segundo candil la alumbraba, o mejor dicho, medio alumbraba una pequeña parte de ella.

El tabernero, apoyados los brazos en el mostrador, miraba atento a un enorme gato blanco que dormía tranquilamente sobre una silla, que hemos olvidado decir se encontraba cerca de los toneles. Era aquel hombre de rostro enjuto, chata nariz, y ancha boca; sus ojos verdes, pequeños y redondos; sus cabellos grises y su color amarillo.

Aunque enteramente imberbe, se conocía que frisaba en los cuarenta.

Un hombrecillo grueso, de aplastada cabeza y pronunciadas facciones, largo bigote negro y torpe paso, envuelto en una capa de raído paño, y cubierto con un sombrero de anchas alas, vino a sacar a nuestro tabernero de su meditación gatuna.

—Dios os guarde, maese Guillermo—dijo el recién llegado.

El tabernero levantó la cabeza y le miró sin contestar una palabra.

—Parece que estáis durmiendo—prosiguió el hombrecillo—; pues bien, llenadme un jarro, y así despertaréis.

—Hace bastantes días que no veo una blanca tuya, y la cuenta sube por lo menos a ochenta maravedises—contestó Guillermo con atiplada voz.

El recién llegado dejó ver una mano ennegrecida, en que brillaba un escudo de oro.

—Tomad y cobraos, maese—dijo con su ronco acento—, y no seáis mezquino con quien sostiene vuestro establecimiento y os paga a precio de buen vino vuestras zurrapas.

—¿Parece que se ha hecho negocio?—contestó el tabernero cambiando la moneda.

—¿Ha venido el Rubio?—preguntó el del bigote.

—No le he visto desde anoche; y a fe que su cuenta es larga, y no parece que tenga intenciones de darme un maravedí.

—No murmuréis, Guillermo, y si viene, que pase a la pieza inmediata: entre tanto, le esperaré humedeciendo el paladar.

El hombrecillo entró en la segunda pieza, y pocos momentos después se dejó ver en la puerta de la taberna otro embozado. Este traía el sombrero calado hasta las cejas, y ocultaba con su capa el resto de su cara, no dejando ver más que unos ojos negros y brillantes, que se fijaron primero en maese Guillermo, y luego en la puerta de la otra habitación.

—Dadme un jarro del mejor vino—dijo al tabernero.

Y sin detenerse, entró en la segunda pieza, sentándose en el rincón más oscuro.

El hombrecillo que entrara momentos antes, y que ocupaba una mesa, le miró con curiosidad, y no pudiendo distinguir las facciones del recién llegado, continuó bebiendo.

Algunos momentos después, apareció el Rubio.

—Dios te guarde, Renegado—dijo al que le aguardaba—. ¿Qué tenemos?

—Siéntate, porque hay mucho que hablar.

—Ante todo, interrumpió el Rubio en voz baja. ¿quién es ese hombre?

—No lo sé, pero me da que sospechar.

—Será preciso verle la cara, o hacer que salga de aquí.

—Soy de tu opinión.

—Perdonad si no os he dado las buenas noches, porque no os había visto, prosiguió el Rubio dirigiéndose al desconocido. Si queréis acompañarnos...

—Gracias—contestó el embozado.

—Aceptad un trago al menos.

—Gracias.

—Os hacéis demasiado de rogar, y entre gente de razón...—contestó el Rubio.

Ni una palabra articuló el interrogado.

—Estoy acostumbrado a que me contesten—dijo con arrogancia el Rubio.

El desconocido parecía que no escuchaba. Entonces el Rubio se acercó a él y fué a levantarle el sombrero; pero su mano se halló sujeta por la del incógnito, que bajó el embozo de su capa. El facineroso quedó parado y abrió la boca para hacer una exclamación; pero un gesto del capitán Relámpago le impuso silencio.

—Despacha a ese hombre—dijo este en voz baja al Rubio.

—Vete, y aguárdame a las once en *La Conejera*—dijo el asesino a su camarada.

El Renegado salió sin pronunciar una palabra.

—¿Tienes muchas ganas de vivir?—preguntó el hijo del ventero al ladrón.

—¡Pero, señor caballero!...

—Responde a derechas, bergante.

—Sí, caballero, deseo vivir.

—Entonces escucha mis preguntas y contesta la verdad, porque si me ocultas la más pequeña cosa de lo que deseo saber, ¡voto al demonio! te levanto la tapa de los sesos.

—Ya sé que no os costaría mucho trabajo.

—¿Quién te mandó que acometieses anoche a don Federico de Rivero?

—No sé nada de eso—contestó turbado el Rubio.

—¿Te olvidas de mi sentencia, truhán?

—¡Pero, señor caballero!...

—Toma tu espada y habla—dijo Antonio sacando la tizona que recogió la noche anterior.

—Esa espada...

—Es la que me robastes.

—Bien sabe Dios, mi capitán, que os creí muerto, y por eso...

—Bueno; te lo perdono si me dices la verdad.

—¡Oh!, eso es imposible, porque me costaría la cabeza.

El caballero Relámpago sacó un bolsillo y un puñal, y dijo:

—Elige, ¡voto al demonio!, porque ya me canso de esperar.

—Pues bien, todo lo diré, con tal que me déis vuestra palabra de no comprometerme.

—La tienes, habla.

—¿Conocéis a la Morisca?

—No.

—Culpa mía no es, y yo cumplo con deciros que ella me mandó llevarle atado y vendados los ojos al amante de la hija del rey. Como el dinero está escaso, y no se trataba de hacer a nadie daño, acepté el bolsillo que me ofreció.

—¿Y cómo me probarás que no me engañas?—dijo el caballero Relámpago, clavando su penetrante mirada en el Rubio.

—Quizá con el bolsillo que me dió doña María, que tiene letras bordadas, y como no sé leer...

—Eso nada significa—interrumpió con indiferencia el caballero; pero veamos.

El Rubio sacó un bolsillo deterciopelo negro bordado de oro,

donde se leía el nombre de la Morisca. Antonio lo examinó, y un rayo de alegría atravesó sus ojos.

—Está bien, prosiguió, te daré por él más de lo que vale.

El Rubio palideció y quiso oponerse a lo que se le proponía, pero Antonio añadió un escudo de oro al bolsillo que había puesto sobre la mesa y guardó el de doña María.

—¡Pero, señor caballero!...

—Ya sabes que no he muerto. Ten presente, que si tus manos llegan algún día a tocar un cabello de don Federico, ¡rayos y centellas! te hago ahorcar.

Y al concluir el hijo de Juan estas palabras, dejó al Rubio, que no acertaba a comprender lo que le había sucedido.

El estado de arrebató en que se encontraba la Morisca cuando habló al asesino, no la dejó pensar que daba a éste una prenda que podía comprometerla fácilmente; y tan notable descuido dió lugar, como hemos visto, a que el hijo de Juan y Juana pudiese añadir un documento más al que tan cuidadosamente guardaba; es decir, al puñal con que fué asesinado el primer amante de doña María.

CAPITULO VII

Ocho días habían transcurrido desde aquel en que el hijo del ventero compró con su sagacidad el bolsillo de la Morisca.

Eran las nueve de la noche. Una espesa lluvia hacía correr abundantes arroyos por las oscuras calles de Madrid, y azotaba las sombrías paredes de una gran casa situada al final de la calle de la Almudena. En uno de sus espaciosos salones, amueblado suntuosamente, había dos hombres: el uno, de rostro aguileño y expresivos ojos, ostentaba en su pecho una banda roja; el otro, blanco, de bien dibujadas facciones y lánguido mirar, llevaba de terciopelo negro todo su traje.

Descansaban en anchos sillones forrados de tafleté verde, y no se dirigían una palabra. El primero, con la mirada fija en un retrato de Carlos V, en tanto que se atusaba su negro bigote, dándole mil formas, parecía absorto en la contemplación de aquella pintura; pero su frente solía arrugarse, y la mano con que retorcía el bigote olvidaba alguna vez su entretenimiento, observándose que, si bien sus ojos estaban fijos en el cuadro, no era aquel objeto el que ocupaba su imaginación, porque su mirada era la de un hombre que medita. El segundo, apoyada la mejilla derecha en su mano, y descansando el codo sobre una mesa, no se movía. Sus ojos revelaban una profunda tristeza.

Largo rato pasaron así, y en tanto la lluvia caía y arreciaba el viento.

—¡Voto al demonio!—exclamó el militar—. ¡Animo, caballero!

Este levantó la cabeza.

—Todo saldrá bien, don Federico, tened confianza en mí.

—¿Cuándo no la he tenido?—contestó el amante de María—.

Pero estoy impaciente por saber cómo habéis combinado vuestro plan.

—No tengo plan.

—Entonces...

—Entonces—replicó el hijo del ventero—hemos adelantado mucho.

—No os comprendo.

—Nada más fácil. En una hora que he estado cavilando, me han venido a las mientes dos cosas. La primera, que no me era posible encontrar medio fácil para hacer salir del convento a vuestra dama; y la segunda, que rara vez he formado planes sino sobre el terreno, obrando según los acontecimientos que se presentaban. Esto es un adelanto, porque ya sé que no debo cansarme en pensar, y si sólo en aconsejaros que nos pongamos en marcha.

—Os conozco bien y no puedo convencerme de que no tengáis un plan—contestó Federico—. Cuando María salió para Toledo, me digisteis: «Es preciso ganar a doña Constanza.»

—«No es posible, os contesté, porque no es una dueña cualquiera a quien se compra con algunos escudos.»—«Es preciso, me repetísteis; pongámonos en marcha para Toledo, y cuando la hayamos alcanzado en el camino, buscaremos un medio.»

—Efectivamente; yo no había pensado en que a la persona a quien no se gana por el oro se conquista por el talento, y tanto es así, que hoy doña Constanza sirve de intermediaria para mi correspondencia con María, y está dispuesta a hacer todo lo que yo quiera. Esto, caballero, no es una cosa que se ocurre de pronto, es un plan muy meditado y que me ocultásteis.

—Pensad como queráis—dijo con tono de indiferencia el hijo del ventero—; lo que interesa es sacar a María del convento, y esto debe hacerse en seguida. Ella os dice que tiene bastante libertad, y esta libertad que la dan ahora, es indudablemente para acostumarla poco a poco a la clausura sin que le sea muy sensible; y ya veis que si desaprovechamos la presente ocasión no será fácil encontrar otra.

—Nada de eso se me ha ocurrido.

—¿En qué habéis pensado entonces?

—He pensado en María; pero nada más que en María.

—¡Bah! ¡Voto a Mahoma! Cuando digo que un hombre enamorado no sirve más que para decir ternezas a su dama, bien estudiado lo tengo. ¡Rayos y centellas! ¿Para qué os sirve la cabeza? ¿O es que os habéis convertido todo en corazón, y en corazón enamorado? ¿Con que si yo no os animase, os esta-

riais con los brazos cruzados sin hacer otra cosa más que suspirar?...

—¡Oh, no!—interrumpió con exaltación Federico—. Iría al convento, echaría abajo las puertas y la sacaría en mis brazos.

—Que es lo mismo que decir, que alborotaría sin conseguir nada.

A este tiempo se oyó un golpe dado a la puerta exterior de la casa.

—¡Demonio!—exclamó el capitán—. ¿Quién tendrá el capricho de visitarnos con el tiempo que hace?

Pocos momentos después entraba Fernando en el aposento.

—Un pliego para el caballero don Antonio Díez, capitán de los ejércitos de S. M. Católica—dijo el veterano entregando al oficial una carta.

—Es extraño—contestó este—. ¿Esperan?

—No, señor—dijo el criado a la vez que hacía un saludo y se retiraba.

—Veamos—dijo el hijo de Juana.

Y rompiendo el sobre, leyó:

«S. M. me manda decir al caballero capitán don Antonio Díez, que se presente acto continuo en el real alcázar.

»El capitán de guardias,

DUQUE DE FERIA.»

—El rey me llama—dijo Antonio pensativo—. No puedo adivinar...; pero en fin, el soldado obedece y calla.

En seguida se levantó, y tomando su capa se dispuso a salir.

—Preparaos para marchar a Toledo—dijo a Federico—; y pronto estaré libre, porque no creo que S. M. tenga por mucho tiempo necesidad de mí.

—Adiós, caballero. Cumplid con vuestro deber, que yo soy vuestro a todas horas.

Antonio salió.

Aun no habrían transcurrido seis minutos cuando un nuevo golpe se dejó oír, apareciendo luego Fernando con otra carta.

—Para el comendador don Federico de Rivero—dijo entregándola al joven.

—¿Quién la trae?—preguntó este.

—El portador se ha marchado sin decir su nombre ni el de la persona que le envía.

—Está bien, contestó Federico.

El contenido de esta segunda carta era el siguiente:

«Acabo de llegar, y tengo que deciros cosas de mucho interés. Si no queréis que todo se pierda, venid en cuanto recibáis la presente, porque dentro de una hora ya no estaré en Madrid.

»Os aguardo en la primera casa de la derecha de la calle de San Nicolás.

«CONSTANZA PÉREZ DE CASTRO.»

—¡Doña Constanza en Madrid!—exclamó el joven—. ¿Qué puede haber sucedido? Veamos... ¡O! ¿si será un lazo que se me tiende?... No es posible; y además, sería una locura dejar que todo se perdiese por temor de... por temor de nada.

Federico no pensó más; se trataba de María, y ya no vio otra cosa sino peligros que la amenazaban a esta y que era preciso conjurar; así que a los diez minutos se hallaba delante de la casa donde debía esperarle la segunda madre de su dama.

Al llegar dió un golpe a la puerta, y ésta se abrió en seguida. Un hombre apareció, y después de examinar a nuestro joven, le dijo:

—¿Sóis el comendador don Federico de Rivero?

—Sí—contestó este.

—¿A quién buscáis?

—A doña Constanza Pérez de Castro.

—El día seis del presente mes, a las doce de la noche, propusisteis a la hija del rey que os siguiese para evitar así su entrada en el convento.

—¿Y a qué conduce eso ahora?

—Os lo digo para que no me creais una persona extraña a doña Constanza y me sigáis sin temor. El por qué se toman estas precauciones lo sabréis muy pronto. Seguidme.

El desconocido tomó una linterna, y después de subir por una estrecha escalera se introdujo por un pasillo, y luego atravesó varias habitaciones completamente desiertas. Por fin se detuvo, y abriendo una pequeña puerta entró por ella y tras él Federico; pero apenas habían puesto el pie en la nueva habitación, el guía tocó un resorte de la linterna y la oscuridad sucedió a la luz.

—¿Qué significa esto?—dijo Federico.

—La luz se ha apagado, seguidme, contestó el otro, pronto encontraremos donde encenderla.

El joven sacó la espada y se dirigió al sitio donde había sonado la voz de su conductor.

—¡Deteneos o os atravieso!—dijo blandiendo el acero y sin tocar a nadie.

Ni una palabra le contestaron; sólo oyó un leve ruido como el que produce el roce de la mano de una persona contra la pared, cuando busca a tientas una puerta: después todo quedó en silencio.

—¡Oh, me han vendido! ¡Miserables!—exclamó el noble joven vagando por la habitación y moviendo en todas direcciones su espada.

Inútilmente quiso buscar una salida: al fin se paró desesperado.

En aquellos momentos se abrió un pequeño agujero en medio del techo, y por él bajó una lámpara que iluminó toda la habitación.

Ahora podremos decir a nuestros lectores lo que allí se veía. Era un salón de forma cuadrada, en cuyas paredes resaltaban, de dos en dos, esbeltas columnas corintias que subían desde el zócalo de mármol blanco a la cornisa. Cubrían los espacios que quedaban entre las columnas multitud de pinturas al fresco, hábilmente ejecutadas, y que representaban asuntos mitológicos, pero todos de aquellos que tienen relación con el amor. Anchos divanes de terciopelo carmesí rodeaban la estancia, en medio de la cual se hallaba colocado un pebetero que ya no ardía. La luz era opaca, y llenaba el espacio una especie de nube formada por el humo de los aromas que se habían quemado. Las pinturas se distinguían perfectamente; pero veladas por aquella nube parecían animadas. No se veían puertas ni ventanas. Envueltas en aquella perfumada atmósfera había dos personas que representaban opuestos sentimientos. Una era Federico: de pie, contraído el rostro, con la mirada fija y empuñando el acero, estaba en la actitud de una persona que se sorprende y da un paso atrás quedando luego sin movimiento. La otra era doña María, recostada voluptuosamente en un diván, con la sonrisa en los labios y el amor en sus arrebatadores ojos que rebosaban ternura, inspiraban deseos y hubieran animado a una estatua. Una especie de finísimo peinador blanco la cubría, dejando ver sus hombros que fingidamente procura ocultar con estudiado pudor.

Hallábase Federico frente a ella, y parecía que tantos hech-

zos no ejercían en él influencia alguna. Cuando, después de pararse desesperado, se iluminó la estancia, encontrándose frente a la Morisca, quedó sorprendido y no pudo articular una palabra.

Ambos se miraban: el uno con vergüenza, la otra con todo el fuego de su pasión. Federico no pronunció una sílaba; doña María tampoco; pero la mirada de aquél expresaba todo su asombro, y los ojos de la hermosa oriental suplicaban como lo hace un enamorado.

Ambos permanecieron inmóviles y sin atreverse ninguno a romper el silencio. El joven nada tenía que decir: hubiera querido con su vista confundir a aquella mujer por quien había sido vilmente engañado, y en su corazón rebosaba la rabia que con gran trabajo apenas podía contener. La Morisca todo lo había dicho ya con sus ojos.

Por fin, Federico exclamó con ronco acento y arrojando su espada.

—¡Oh, si os convirtieseis en un hombre, habíais de ver todo el ardimiento de la sangre de un Rivero! Bien sabéis que era yo demasiado noble para atentar contra la vida de un ser débil.

La sonrisa desapareció del rostro de doña María, y una expresión de cándida ternura vino a sustituirla; sus torneados brazos se dirigieron hacia el joven, y con voz tierna y melancólica contestó:

—¿Queréis mi vida? Aquí la tenéis. Atravesadme el corazón: vuestro es ha mucho tiempo y está acostumbrado a sufrir tanto, que no sentirá quizá el filo de vuestra espada: dardos más agudos se han clavado en él, y ha gemido en silencio largas horas. ¿Por qué no había de resignarse a sufrir una herida más? ¡Ah! Las penas de un amor sin esperanza le han hecho insensible a todo lo que no sea una mirada del que le inflamó con sus ojos. ¡No sabéis, Federico, lo que es amar en silencio! ¡No sabéis lo que es el llanto del corazón, que como ardiente lava consume el pecho, derramándose en él! Si una vez hubieseis sufrido tanto, sabríais comprender cómo he sido capaz de engañaros para acercarme a vos. Entonces en vez de odiarme, me compadeceríais, ya que no me amáis. Entonces mi llanto os conmoviera, porque ¿es un crimen amar?

Dos lágrimas rodaron por las tersas mejillas de doña María. Federico había perdido, sin advertirlo, todo su coraje.

—Por Dios, señora—exclamó con entrecortado acento y dando un paso hacia la dama—, que no comprendo vuestra conducta.

—¿No comprendéis cómo se puede amar?

—Sí...; pero... no sé lo que os debo contestar; se me abrasa la cabeza, y... yo no puedo amaros.

—¡No me améis—contestó con apasionado acento la Morisca—; pero engañadme al menos, decidme que no me aborrecéis, sentaos a mi lado, miradme una vez con dulzura y moriré contenta!

—¡Señora!...

—Escuchadme, don Federico, y acercaos—continuó aquella mirando tiernamente al joven y haciendo uno de esos graciosos movimientos que enloquecen a los hombres.

El noble Rivero palideció y quiso negarse, pero se lo pedía una mujer y no supo resistirse. Así es que dejó caer su mojada capa, arrojó el sombrero, y sin pensar en lo que hacía, se sentó al lado de la Morisca.

Allí, envuelto en los perfumes de aquella espesa atmósfera, rodeado de escenas de amor, y bajo la influencia de la magnética mirada de doña María, sintió un estremecimiento que trastornó sus sentidos y le hizo perder la razón.

—Señora—dijo el joven con debilitado acento—, no sé lo que queréis de mí; ya os he dicho que no puedo amaros, porque mi corazón es de otra mujer. Os devuelvo vuestra súplica: ya que tanto amáis, os será fácil comprender todo lo que sufro lejos de la que adoro: ¡dejadme, pues, salir de este recinto donde apenas puedo respirar, donde me falta la razón y no sé lo que me pasa!

—¡Y queréis alejaros de mí sin decirme antes que no me aborrecéis!—contestó doña María dando a sus ojos todo el atractivo de que eran susceptibles, y cogiendo entre las suyas las manos de Federico. ¡Por lo que más caro os sea! Ya que ahora me hacéis feliz con vuestra presencia, concededme algunos momentos más. ¡Ah! si otra mujer no fuera dueña de vuestro corazón, ¡qué dichosos seríamos! ¿No es cierto? Siempre a vuestro lado, os contemplaría con adoración; accedería a todos vuestros caprichos como la esclava sirve a su señor; vería vuestro sueño, y sólo dormiría cuando os cansaseis de mi cariño; mis ojos estarían en vuestros ojos; mi corazón en vuestro pecho, y atento el oído a vuestras palabras, sería sorda para el mundo, porque en vos estaba para mí el universo, en vuestro amor mi gloria, y en vuestras caricias mi felicidad!

Radiante de belleza aparecía en aquellos momentos la hija de Alhamar. Sus ojos brillaban con el fuego de la pasión; sus labios temblaban a impulso de tantas emociones, y cada pala-

bra suya era una saeta encendida que iba a herir las fibras más delicadas de Federico, trastornado ya con el aliento solo de aquella mujer.

¿Qué iba a ser en aquellos momentos del amante de María? Embargado en aquel extraño sueño, casi la había olvidado. Por primera vez en su vida se encontraba en tan apurada situación e ignoraba lo que podía una mujer como la Morisca. No era que esta le hubiese inspirado un amor capaz de hacerle olvidar el que antes sentía; era que había excitado en el doncel otros sentimientos que casi le habían embriagado, colocándole en esa situación en que el hombre se olvida de todo, hasta de sí mismo.

—¡Por Dios, señora!—exclamó con lánguido acento el joven, pasándose la mano por su calenturienta frente y haciendo un supremo esfuerzo. ¡Me atormentáis cruelmente! Y luego... ¿qué queréis?... Aun cuando os concediera el favor que solicitáis... sería tan pasajero... porque yo...

—¡Oh!—interrumpió con arrebató doña María—. ¡Aunque sea por un segundo! ¡Ese momento seré dichosa!

—Y estampando en los labios de Federico un ósculo abrasador.

El joven dejó escapar un grito. Aquel impuro beso trajo a su memoria la imagen de María, la cándida virgen, que se representó ante sus ojos con angelical sonrisa y entreabiertos los labios con toda la inocencia de la niñez.

—¡Huye, criatura infernal!—exclamó el noble doncel con febril acento—. ¡Huye! ¿No la ves ante tí? ¡Compra, ser despreciable, tu veneno con su amor! ¡Oh, María! ¡Han manchado mis labios que habías perfumado con tu aliento de ángel! ¡Perdóname el crimen de mi debilidad!

Y agotadas sus fuerzas se dejó caer en un diván.

—¡Federico!...—pronunció la Morisca aproximándose a él.

—¡Idos, señora!—contestó con desprecio el joven—. ¡Idos o dejadme salir, porque de otro modo sería capaz en mi locura de atentar contra vuestra vida!

Doña María no creyó oportuno el momento, pero tampoco perdió la esperanza.

Entonces se acercó al diván, tomó un pequeño silbato de oro oculto bajo uno de los cojines, y haciéndole sonar aguardó.

La lámpara comenzó a elevarse, ocultándose del mismo modo que había aparecido, y todo quedó sumido de nuevo en tinieblas. Esta oscuridad duró algunos segundos, al cabo

de los cuales se vió de nuevo brillar la luz. Federico se encontró solo en la habitación.

Pasado un rato se levantó; registró las paredes, movió los divanes, y todo en fin lo examinó cuidadosamente: nada sin embargo encontró que le diese indicio de una salida ni de un oculto resorte; así es, que convencido de que no le quedaba recurso alguno, volvió a su asiento, dejando caer sobre un blando cojín su aturdida cabeza.

Permitanos el lector abandonar a Federico, y retrocedamos una hora para seguir al caballero Relámpago.

Dirigióse este al real alcázar, y entrando en él a favor de la orden, se presentó al duque de Feria.

—¿Qué se os ofrece, caballero?—le preguntó el duque.

—Acabo de recibir esta orden—contestó Antonio, cuadrándose militarmente y entregando el pliego.

El duque lo tomó y después de leerle y revisarle miró fijamente al hijo del ventero.

—¿Sabéis lo que es esto?

—Una orden para que me presente a S. M.

—Os equivocáis. Es una orden para que el verdugo os corte la mano derecha.

—¡Señor duque!—contestó el capitán frunciendo el seño.

—¡Caballero!—dijo severamente el capitán de guardias, está falsificada mi firma.

—¡Falsificada!

—Sí, falsificada, y con bastante habilidad.

—¡Oh!—exclamó Antonio apretando los puños—. ¿Quién será el miserable que me ha tendido este lazo?

—Ya comprenderéis, caballero, que aunque, como yo creo, no seais culpable, el delito es de gravedad.

—¡Señor duque!...—contestó el hijo de Juana, dando a su rostro toda la gravedad de un soldado español de aquella época—, ¡si alguien se atreviese a dudar de mí!...

—Hablais al duque de Feria, capitán de guardias de S. M.

—Lo sé, señor duque—replicó el soldado sin variar su serio continente. Hace siete años que llevo esta banda que he ganado derramando sangre, y ya sé el valor que tiene. ¿No oisteis hablar nunca del capitán Relámpago?

—¿Sois quizá?...

—Sí, señor duque, yo soy. ¿Y creéis que para hablar yo al rey tuviera necesidad de valerme tan torpemente de este medio que ningún resultado bueno podía darme, porque sería descubierto antes de llegar a presencia de S. M.?

—Perdonad, caballero; pero nunca fué mi intención culparos. Me habéis comprendido mal; sólo quise deciros que era preciso buscar al culpable, y que para esto se necesitaba que declaraseis cómo ha ido a vuestras manos semejante papel.

—Como puede ir cualquiera de esa especie, llamando un hombre a mi puerta y entregándolo a mi criado. Ahora necesito ver al rey.

—Eso es difícil; mañana, tal vez...

—Mañana, de fijo.

—¿Lo creéis así?...

—Las puertas de la real cámara están abiertas a todas horas para el capitán Relámpago, porque este ha dejado abrir a estocadas su pecho por el rey.

—Habéis cumplido con vuestro deber.

—Su Majestad cumple con el suyo haciendo justicia.

—Sois demasiado arrogante, caballero.

—Soy tanto como valgo, señor duque.

Aquel soldado, a quien uno de los tres capitanes del siglo el duque de Alba, le había tendido una mano, no pudo sufrir la altivez del noble duque.

—O sois muy valiente o muy audaz—dijo este mirando con atención al hijo del ventero.

—De lo primero he dado algunas pruebas; de lo segundo...

—Tengo noticias de vos, interrumpió el duque, y eso que he llamado arrogancia no penséis que me haya herido. Id con Dios, caballero: mañana veréis a S. M.

Antonio giró militarmente sobre sus talones, y salió del alcázar.

—¡Rayos y centellas!—exclamó en tanto que caminaba—; Me han engañado!

Desesperado y jurando volvió a entrar en casa, y grande fué la sorpresa el encontrarse sin Federico.

—¿Dónde ha ido?—preguntó a Fernando.

—No sé, señor caballero. Seis minutos después que salisteis recibió esta carta que veis sobre la mesa, y se marchó en seguida.

—Aquí hay enredo—dijo para sí el caballero Relámpago. Y enseguida, sin andarse con miramiento, leyó la carta.

—¿Será este papel tan falso como el mío? Federico ha caído en el lazo, y sin duda el hacerme ir a visitar al rey ha sido

por alejarme de su lado. ¡Oh, maldita morisca! Tú debes andar en este negocio: ya has querido aprisionarle en otra ocasión, ya sabes que yo le libré de tus uñas, y ahora, bien meditado el golpe, has conseguido tu deseo. ¡Rayos y centellas! ¡Te juro por mi tizona que tu vida no será larga!

Esto diciendo, se embozó en su capa y salió a la calle.

CAPITULO VIII

Con acelerado paso caminó el hijo del ventero hasta llegar a la calle de Toledo. Allí se paró ante una casa bastante grande, y acercándose a la puerta dió un golpe. Esta se abrió al punto, apareciendo en su dintel un portero.

—¿Qué se ofrece?—dijo a Antonio.

—Necesito ver a doña María.

—No está en casa —contestó el portero saludando al tiempo que se disponía a cerrar.

—¿Podréis sin embargo, decirme a qué hora debe venir? —replicó el soldado deteniendo a su interlocutor.

—No lo sé, caballero.

—Si me engañáis, ¡voto al diablo!...

—Os juro que no lo sé.

La puerta se cerró, y Antonio, en vez de marcharse, se ocultó en el hueco de una puerta de enfrente.

—¿Qué debo hacer? —se decía—. Si la Morisca anda en este asunto, estará en la calle de San Nicolás; pero tal vez será inútil el ir allí, porque me dirán: «no es esta la casa de esa señora». Por otra parte, aguardar a que vuelva, casi es no adelantar nada. ¿Cómo me compondré?... Pues señor, es cosa resuelta: una hora aquí, y después a la calle de San Nicolás.

Con su acostumbrada paciencia se puso a esperar; pero aun no había transcurrido media hora, cuando se abrió la puerta de la casa de doña María, dando paso a un hombre.

—¡Hola!—dijo Antonio—. ¿A dónde irás? Lo veremos: y valga por lo que valga, te seguiré.

Así lo hizo, caminando hasta llegar a la calle de San Nicolás.

Allí se paró el hombre frente a la casa donde entrara Federico, mirando con recelo a Antonio. Este que ya tenía su plan, siguió su camino como si nada advirtiese, y al pasar junto al embozado, dejó ver su espada, que le dirigió al pecho con indecible rapidez.

—¡Rayos!—exclamó—. ¡Ni una palabra!

A pesar de esta severa prohibición, escapóse un grito de los labios de aquel hombre.

—¡Silencio, voto a Satanás!—replicó el capitán—. Desembozaos y dadme vuestra espada.

En lugar de obedecer, dió el otro un paso atrás y se puso en guardia.

Los aceros se cruzaron; pero a los pocos momentos estaba desarmado el desconocido.

—¡Por Dios, señor caballero!—dijo éste—. ¡No me matéis!

—¡Cómo, truhan!—exclamó Antonio acercándose a él y después de reconocerle—. ¿Es que aún sirves a esa descreída?

—¡Perdonadme, caballero! El hambre...

—Bien, bien; no pierdas el tiempo en excusas. Confiesa o ¡voto a Belcebú! que te arranco el corazón.

—Nada sé, señor caballero...

—Mientes, canalla! ¿Qué buscabas aquí?

—Era... que...

—¡Rayos del infierno!—exclamó el capitán dando una patada. ¡Habla pronto o te desuello!

—Buscaba a doña María.

—¿Para qué?

—Lo ignoro. A las ocho salió de su casa, dejándome dicho que si a las diez y media no volvía, viniese a buscarla aquí.

—¿Qué señas debías dar para que te permitiesen la entrada en esta casa?

—Mi apodo.

—¿Te conoce el portero?

—No, señor; la servidumbre que tiene aquí no se roza con la de su casa, conocida por todos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Recoge tu espada.

El Rubio obedeció.

—En guardia—dijo el capitán.

—¡Cómo! ¿He de batirme ahora?

—Hace mucho tiempo que estás de más en el mundo. No quiero asesinarte, a pesar de que es lo que mereces, y te

hago el honor de que mi acero, que se ha cruzado con el del condestable de Montmorency, se cruce con el tuyo.

—¡Oh, no me batiré!—contestó con voz agitada el Rubio.

—Te mataré sin que te defiendas—dijo el capitán a la vez que acometía.

El Rubio conocía muy bien al caballero, y estaba seguro de que no desistiría de su intento. Por eso se puso en guardia, y el instinto de conservación le dió el valor que solía faltarle ante el valeroso soldado.

Ni una palabra salió de los labios de aquellos dos hombres cuyas tizonas se chocaban con fuerza.

Estocada sobre estocada, tajo sobre tajo, invirtieron algunos instantes; mas por último, el acero del capitán penetró en el pecho del Rubio; éste dió un grito y cayó en tierra.

—Dios te perdone—dijo Antonio envainando su espada.

En seguida llamó a la puerta.

—¿Qué se os ofrece?—preguntó un hombre, después de abrir.

—El Rubio—contestó Antonio.

—Seguidme.

Y diciendo esto, atravesó el patio, subió una ancha escalera y penetraron en seguida en una antesala.

—Esperad aquí—dijo el portero.

Antonio se paró, e internándose el hombre en la pieza inmediata, salió a poco y dijo:

—Entrad.

Nuestro caballero, embozado hasta la nariz y calado el sombrero hasta las cejas, penetró en una espaciosa sala.

Allí, sentada en un sillón, veíase a la Morisca, pálido el semblante y apagados los ojos.

—Hace diez minutos que debierais estar aquí—dijo al sentir los pasos de Antonio a quien no miró.

—Os equivocáis, señora. Hace hora y media que soy necesario en este sitio.

Doña María levantó la cabeza; el capitán bajó el embozo de su capa y se quitó el sombrero. Su rostro estaba tranquilo, y su penetrante mirada fué a clavarse en la Morisca.

—¡Oh!... exclamó ésta.

—¿Os sorprende mi visita, señora?

—¿Qué significa esto, caballero?

—Parece que no me esperabais—dijo Antonio sonriéndose.

—No sé quien sois, y mi sorpresa es natural—contestó doña María recobrada ya toda su serenidad.

—Pronto os habéis visto en otra ocasión—dijo aquella con tono indiferente.

—Tengo una prenda vuestra y vengo a devolvérosia.

—¡Una prenda mía! Ignoro...

—Un pañuelo—contestó el capitán sacándole del bolsillo—, que tuve la suerte de recoger al tiempo que mi caballo corría desbocado. ¿No recordáis?

—¡Un pañuelo!...—murmuró la Morisca llevando el extremo de su dedo índice a los labios. ¡Ah! Efectivamente, aquel día tuve ocasión de admirar vuestra ligereza y arrojo. Y... ¿pudisteis detener ya el caballo?—añadió con maliciosa sonrisa.

—Ya veis, señora, cuando estoy aquí...

—Es cierto que os veo aquí; pero aun no comprendo cómo habéis entrado, ni tampoco el por qué no habéis ido a mi casa.

—Señora, no soy más que un soldado, y todas mis cosas son de tal; por eso suelo hacer lo que vos no hariais, es decir, leer cartas que no me pertenecen y... en fin, otras tonterías. A las nueve recibí una orden en que se me mandaba presentarme al rey; fui allá, y cuando volví, encontré sobre la mesa una carta que al salir se dejó mi amigo don Federico de Rivero. Mi curiosidad, que es mucha, me llevó hasta poner las manos sobre el papel, y tras las manos la vista. Como su contenido lo sabéis, excuso repetirlo.

—No comprendo lo que queréis decir, caballero.

—Ya lo comprenderéis. Aguardé a mi amigo, y... nada, no volvía. Entonces dije para mí: la noche está oscura y a propósito para dar a cualquiera un chasco; bueno será ir a buscar a don Federico, por lo que pueda ocurrir. Como estaban en la carta las señas de la casa donde había ido, no me ha costado mucho trabajo encontrarla. ¿Lo comprendéis ahora?

—No del todo—contestó doña María, algo turbada—. Me falta saber cómo habéis tomado cierto nombre para llegar hasta aquí.

—¿Eso os pasma, señora?—exclamó Antonio con la mayor candidez. Nada más sencillo. En el camino encontré a un hombre a quien conocí de soldado en Flandes; fui suyo y me conserva cierto cariño... en fin, hablando de cosas indiferentes, supo que venía aquí, y entonces me dijo: «Podéis hacerme un favor, señor caballero: tengo que andar mucho y no quisiera detenerme en llegar hasta la misma casa a

donde vais; si quisieseis entregar a doña María este bolsillo que equivocadamente me dió nueve días há, os lo agradecería en el alma».

El caballero sacó el bolsillo que le vimos comprar en la *taberna de San José*. La Morisca palideció y quiso cogerle; pero Antonio retiró la mano en que lo tenía.

—Perdonad, señora; el hombre propone y Dios dispone; el Rubio me ha hecho un encargo: pero yo no quiero cumplirlo.

Doña María palideció, y a pesar de sus esfuerzos pudo leerse en su rostro la agitación que quería ocultar. Entonces se convenció de que el capitán había sido el que bajo las ventanas de María pusiera en fuga al Rubio y sus compañeros. La imaginación viva y fecunda de aquella mujer recorrió en un momento todas las circunstancias que habían acompañado a las apariciones de nuestro héroe y comprendió que tenía que luchar con un enemigo temible. ¿Cómo triunfar de él? La seducción era en vano e inútiles las amenazas, porque en los ojos de aquel hombre se veía toda la fuerza de su voluntad, toda la valentía de su corazón. Un solo medio le quedaba: la astucia que podía emplear para vencerle con las palabras.

A los pocos segundos apareció tranquilo el rostro de la Morisca, y sus ojos brillaron alegres y encantadores como siempre.

Los labios del capitán se entreabrieron, y la expresión casi burlona de su cara le dió una gran superioridad sobre su interlocutora.

—Caballero—dijo doña María—no sé qué concepto formar de vos, ni cómo traducir las contradicciones en que habéis incurrido. Primero no traíais otro objeto que devolverme el pañuelo; luego ha sido la carta de don Federico lo que os ha hecho venir, y por último veo que ni lo uno ni lo otro son el objeto de tan extraña visita, y porque abandonáis ambos puntos para hacer del bolsillo la cuestión capital. El orden es muy conveniente en todo. Pongamos en claro estos tres puntos; pero no a la vez, sino uno tras otro, y así podremos entendernos; dejando aparte, por supuesto, lo de la carta que ha recibido vuestro amigo, que es para mí cosa extraña.

El capitán se atusó el bigote, y sin andarse en cumplimientos se sentó.

—Me place en extremo—dijo—, vuestro modo de proceder, porque es justamente lo que yo deseaba. ¿Queréis método,

señora? Pues bien, seré metódico. Empecemos por el pañuelo: os lo devuelvo.

Así lo hizo, y prosiguió:

—En cuanto al bolsillo hay más que hablar; me ha costado mucho trabajo adquirirle, y no es justo que me desprenda de él sin alguna recompensa.

—No tengo gran interés en recobrarle—contestó con indiferencia doña María. Si supieseis por qué circunstancia estaba en manos del Rubio...

—Lo sé, señora. Se lo entregó en pago de la más infame villanía.

—¡Caballero!

—Perdonad, señora; he estado siempre en la guerra, y mi lenguaje no es muy culto; por eso digo las cosas de este modo. Yo no sé más, sino que gracias a mi tizona y no hace nueve días que don Federico se encuentra donde está hoy.

—¿Dónde está hoy?...

—En vuestro poder—continuó el soldado.

—¡En mí poder!... exclamó la Morisca fingiendo que no podía contener la risa. Caballero, siento haberos escuchado, y usando de vuestra franqueza, no tengo inconveniente en decir que os creo loco. Podéis guardar el bolsillo; sólo deseo que os retiréis porque necesito descansar.

—Cuidad, señora, de que el loco no os dé una lección de cordura.

—Bien, caballero, estoy pronta a recibirla; pero mañana, porque ahora tengo sueño y podría perderse vuestra interesante explicación.

El soldado miró fijamente a doña María.

—Me escucharéis ahora—dijo.

—Atended, caballero—contestó la Morisca disponiéndose a verter el torrente de palabras en que pensaba enredar a su enemigo, que eso...

—Dispensad, señora—interrumpió bruscamente Antonio—. Comprendo vuestro ardid, y es inútil. No soy más que un soldado, y en la guerra aprendí a decir las cosas sin rodeos. Tenéis en vuestro poder a don Federico de Rivero, entregádmelo, o ¡voto va! que no lo habéis de pasar muy bien.

No esperaba doña María que Antonio le interrumpiese de aquel modo, y esto la sorprendió.

—¡Caballero!—dijo con gravedad—estáis en mi casa, y tengo criados que os arrojen de ella; más os valdrá salir por vuestro pie.

—Si después de siete años de guerra me infundieran miedo vuestros criados, no hubiera llegado hasta aquí. Os lo repito por última vez: quiero a don Federico.

—Ya que os mostráis como en país conquistado, registrad la casa—contestó la Morisca con desdén.

La sonrisa volvió a aparecer en los labios de Antonio.

—Señora—dijo—, no me tomaré ese trabajo; si absolutamente me lo negáis, me marcharé.

—No os lo niego, es que nada tengo que ver con vuestro amigo: idos si gustáis.

—Bien, señora; pero no será sin contaros antes una historia.

Doña María no comprendió qué otra cosa podía decir el caballero para intimidarla; pero aguardó mucho malo de demonio que siempre se ponía en su camino, y para evitarlo hizo todavía un esfuerzo.

—Caballero—dijo—os arrebatáis muy pronto, y eso hace que nos extraviemos de la cuestión principal: escuchadme con calma cinco minutos, y luego obrad como gustéis. Hay una distinción que hacer, y...

—Señora—volvió a interrumpir el soldado—no os escucharé porque a nada conduce. Decís que don Federico no está en vuestro poder; pues bien, me convenzo y voy a marcharme; pero, como os he dicho, quiero antes referiros una historia.

—¡Es muy original vuestro proceder!—contestó sonriéndose la morisca. ¡No me escucháis y queréis que preste atención a vuestra historia!

—No os lo exijo, señora; pero algunas palabras oiréis por fuerza. ¿Habéis olvidado el mes de diciembre de 1549, y la *Venta del Cuervo*?

Doña María quedó inmóvil, pálido el rostro y fija en el capitán la mirada, y aunque sus labios se entreabrieron, no pronunciaron ni una sola sílaba.

Nada de esto pareció advertir el hijo del ventero, que retorciéndose el bigote, parecía examinar los ricos tapices que cubrían las paredes del salón. Por último, como si nada tuviese que hacer allí, se levantó, y tomando el sombrero, hizo una cortesía a la dama a quien dijo:

—Señora, no quiero molestaros por más tiempo; es tarde y por eso me retiro.

—¡Que os retiráis!—exclamó la morisca. Me habéis ofrecido contarme una historia, y aguardaba a que comenzáseis.

—Como os negásteis a escucharme...

—¡Oh! No, caballero, no me niego, porque sois, no un hombre, sino un espíritu malo cuyos ojos están en todas partes.

Doña María ya no era dueña de sí; había perdido toda su serenidad, y Antonio presumió que alguna ventaja iba a alcanzar sobre ella en aquella lucha.

—Es decir—contestó el capitán—que estáis conforme...

—¡Oh, no! Vuestras últimas palabras me han hecho pensar mucho, porque parece imposible...

—Perdonad, señora, voy a traduciros mis últimas palabras. Antonio sacó el puñal con que doña María asesinara a don Fernando.

—He aquí la traducción, señora.

El terror se pintó en los ojos de aquella mujer, que instintivamente tendió sus manos como para defenderse de aquella arma fatal.

—Una dama disfrazada de caballero—prosiguió Antonio—don Fernando de Aguilar, la *Venta del Cuervo* y este puñal, son el índice de mi historia.

La morisca miraba a aquel hombre y no sabía qué pensar de él.

—¡Caballero!...—dijo con apagado acento—no os comprendo... ignoro...

—Basta de disimulo, señora, si posible os es aun disimular: os tengo en mi poder y pronto dará cuenta de vos el verdugo: cuando se comete un asesinato y hay testigos con que justificar el hecho, le ley es terminante; y perder cuidado que no habrá nadie que vaya a vuestra prisión a enseñaros un papelito en que se lea: «Seguidme si queréis salvaros.»

—¡Hombre o demonio! ¿De dónde habéis salido?—exclamó con desesperación la morisca.

—Señora—contestó Antonio con su burlona sonrisa—de donde salen todos los hombres con ribetes de duendes y pespuntes de demonio. Inútil es que disimuléis porque de nada os ha de servir. Mejor me parece, y en ello no tengo interés, que hagamos una transacción. Vos me entregáis a don Federico, y yo no os descubro.

—¿Y quién me garantiza vuestro silencio?

—Mi palabra y el no haberos delatado hasta ahora.

Doña María quedó pensativa. De buena gana hubiera comprado el silencio de Antonio al precio que se le imponía, pero era también muy fácil que, o no hubiese los testigos que

podrían comprometerla, o que se libertase de aquel hombre aprisionándole. Esto era muy sencillo, porque al conducir a Antonio a la habitación donde se hallaba su amigo, podía dejarle encerrado con éste sin otro trabajo que hacerle entrar primero.

Algunos momentos de reflexión bastaron a la morisca para decidirse a ejecutar este plan; pero antes quiso convencerse de si era o no verdad que había testigos de su crimen.

—Caballero—dijo—nos conocemos según veo y no trato de negar, sin embargo, quisiera saber cómo sería posible justificar una cosa que nadie presencié. Nada más fácil que ten-gáis ese puñal; pero eso no me prueba que persona alguna me viese hacer uso de él. ¿Sabéis los detalles del acontecimiento?

Antonio la miró sonriendo silenciosamente, y luego contestó:

—¿Dudáis, señora?

—Dudo—contestó doña María—como dudaríais vos. ¿No es natural que quiera asegurarme de que no me pagáis con un cuento lo que voy a hacer?

—Me parece, señora, que hemos concluído.

Antonio se dispuso a salir.

No había medio de que aquel hombre hablase, y la morisca llegó a temer al que con tanta indiferencia la dejaba. Entonces se resolvió a ejecutar su plan, es decir, a encerrar a nuestro héroe.

—¡Bien, caballero—exclamó—por esta vez me vencísteis! ¡Seguidme y os llevaréis a don Federico!

En seguida atravesó algunas habitaciones, y el soldado, puesta la mano en la empuñadura de su tizona, la siguió sin proferir una palabra; pero discurriendo así:

—Esta mujer es astuta, muy astuta, y cuando se conviene a entregarme a Federico, debe llevar otra idea, tan infame como todas las suyas. Mi joven amigo está sin duda encerrado, pero encerrado donde no se pueda salir sin que a uno le saquen, como lo prueba el poco cuidado que daba a doña María el que yo registrase la casa. ¿Y no puede suceder que esta sierpe trate de ponerme a buen recaudo en compañía del pobre enamorado? ¡Voto va, mala vibora, que has de andar muy lista para salirte con la tuya!

En esto abrió doña María una pequeña puerta y dijo a Antonio:

—Entrad: ahí tenéis a don Federico.

Desde allí se veía al joven, que recostado en uno de los divanes parecía dormir. El capitán, a pesar de su prevención, dió un paso hacia la puerta; pero instantáneamente se detuvo.

—Le llamaré desde aquí—dijo—no tengo necesidad de entrar.

Los ojos de doña María chispearon de rabia, y sin poderse contener exclamó con despecho:

—¡Oh! ¡Sois el primer hombre que ha burlado mis planes adivinando mi pensamiento! ¡Ahí tenéis a vuestro amigo, lleváosle: pero no olvidéis que os aborrezco más que a don Fernando, a quien asesiné en la *Venta del Cuervo*! ¡Acordaos de esta noche!

—La tendré presente, señora—contestó Antonio haciendo un gesto burlón, que doña María, desesperada hasta el último extremo, exclamó:

—¡Salid pronto, o... salid, salid!

Sus ojos dejaron escapar dos centellas.

—¡Don Federico!—gritó el caballero.

El joven levantó la cabeza. Su mirada vagó al principio fijándose después en Antonio y doña María; la sorpresa se pintó en su rostro, y luego se pasó las manos por la frente abrasada aún por la calentura.

—¡Doña María—exclamó con acento débil. ¡Doña María y... ¡oh! No es cierto... sí, y mi ángel salvador... No es un horrible sueño? ¡Dios mío!

—¡Rayos y centellas!—exclamó el soldado—. No soñáis, venid.

Una sardónica risa fué la contestación del joven.

—¡Voto va!—prosiguió Antonio—. ¿Dudáis de lo que veis?

Federico accionaba sin concierto, y sus ojos se movían sin dirigir sus miradas a ningún punto determinado. El delirio de la fiebre tenía trastornada su cabeza.

—¡Oh!...—exclamó—. ¡No es cierto... y... doña María, huid porque me abraso! ¡El capitán Relámpago!... ¡Ah! ¡Buen caballero!... ¡Rayos!... ¡Sí, venid! ¿Por qué no os acercáis?... ¡Es mentira! ¡María, angel puro, perdóname!...

Y dejando caer la cabeza volvió a quedar inmóvil.

El capitán Relámpago tendía los brazos a su amigo y le llamaba con ternura, con imperio y con desesperación; pero en vano. ¿Cómo socorrerle? ¿Cómo entrar a sacarle en sus brazos? Esto hubiera sido perderse. Entonces con el acento que dejaba oír en las batallas, exclamó:

—;Señora! entrad para que yo pueda hacerlo, o sepulto en vuestro corazón el puñal...

Al pronunciar esta última palabra, volvió la cabeza hacia donde estaba la morisca; pero ésta había desaparecido.

—;Rayos del infierno!—prosiguió—. ¡Estamos perdidos! ¡Don Federico, don Federico, levantaos, sed hombre! ¡Ira de Satanás!

Exclamación sobre exclamación, juramento sobre juramento, el valiente militar luchó largo rato con su coraje.

Al cabo, Federico dió señales de vida. Una extremada languidez había sustituido al delirio. Apenas sus apagados ojos se fijaron en el hijo del ventero, marchó hacia él con débiles pasos.

—;Animo, caballero!—exclamó Antonio—. Tomad la capa y el sombrero, recoged vuestra espada y marchemos. No hay tiempo que perder; quizá nos quede todavía que pasar lo peor.

Federico obedeció maquinalmente. Parecía que la voz de aquel hombre de hierro le había dado fuerza.

—Seguidme, llevad gran cuidado, porque seguramente tratan de asesinarnos antes de salir de esta infernal guarida—dijo el capitán desenvainando su espada y tomando una lámpara que ardía sobre una mesa.

En seguida comenzaron a atravesar las mismas habitaciones por donde había entrado Antonio, llegando a la escalera principal, y bajando hasta el fin; pero al poner el pie en el patio, destacóse una sombra de la pared, y se vió levantarse una daga sobre el pecho del soldado.

El amante de María dió un grito y el capitán Relámpago una estocada, a la vez que arrojaba la lámpara al rostro del asesino y pronunciaba un horrible juramento.

Un segundo grito se dejó oír; pero era el grito de la muerte: el hombre del puñal había dejado de existir.

Instantáneamente aparecieron cuatro hombres espada en mano. Antonio y Federico guardaron sus espaldas acercándose a la pared e hicieron frente.

Todos los golpes se dirigían al hijo del ventero: de Federico no se hacía caso sino para evitar sus estocadas.

Nuestro capitán juraba sin cesar, y daba tajos sin interrupción.

Federico, que aunque débil, no perdonaba ocasión de herir a los contrarios, dirigió al más próximo una estocada; el ase-

sino paró el golpe; pero entre tanto la espada de Antonio le atravesó el corazón.

—¡Uno menos!—exclamó el soldado a la vez que disimuladamente iba colocando su capa sobre el brazo izquierdo.

Conseguido su intento, hizo un rápido molinete con su tizona, obligando al que se dirigía a fijar en ella toda su atención. Entonces, con una velocidad como la del pensamiento, arrojó la capa al rostro de su enemigo, a quien consiguió herir en un costado.

Un ¡ay! se oyó, viéndose otro cuerpo rodar por tierra.

—¡Rayos y centellas!—gritó Antonio—. ¡Paso, canallas!

Y separándose de la pared, avanzó. Difícil hubiera sido fijar la vista en su espada.

—¡Maldición!—exclamó uno de los asesinos cuyo acero cayó al suelo, y tras el acero su cuerpo exánime.

El cuarto huyó por la estrecha escalera que ya conocemos. Todo había concluido.

Antonio tomó su capa, y embozándose apresuradamente salió de aquella maldecida casa seguido de Federico que apenas tenía fuerzas para andar.

—No sé qué tengo en el brazo izquierdo—dijo el hijo de Juana examinándose—. ¡Demonio!... ¡Bah! un arañazo.

—¿Estáis herido, caballero?—preguntó el joven.

—No es nada, perded cuidado.

Diez minutos después se vendaba una herida de poca consideración, y descansaba en el gabinete donde le vimos recibir la falsa orden del rey.

CAPITULO IX

Eran las seis de la tarde del día siguiente al de las escenas que acabamos de referir.

Estamos en Toledo, en esa ciudad que, asentada sobre un escarpado pedernal lamido por las aguas del poético Tajo, se burló tantas veces de los ejércitos que inútilmente intentaron llegar hasta las greñas de aquel gigante de granito.

Uno de los muchos conventos de monjas que entonces había en la imperial ciudad, era el de santa Ursula, situado en una estrecha calle. A su espalda se veían las tapias de un pequeño patio o corral, y a sus costados las casas de gusto árabe y gótico que con las de enfrente formaban la calle.

A poca distancia del elevado pórtico de la iglesia estaba la portería del convento. Su interior era espacioso y contenía muchas celdas.

En una de éstas, y sentada en un ancho sillón, estaba la abadesa. Su edad era avanzada, noble la expresión de su rostro y dulce la de sus ojos pequeños y azules. Vestiduras tálares de blanca lana la cubrían, y de su cintura pendían gruesas camándulas.

Frente a ella y de pie se veía una joven que vestía la misma ropa. Sus cabellos eran rubios, y sus ojos, también azules, tenían la expresión más angelical. Era María.

—Creo vuestras palabras—decía la anciana—pero no sé por qué se me figura que a pesar del mucho amor que mostráis a Dios, vuestra voluntad no está conforme con recibir el santo hábito. Muchas veces os he sorprendido con las lágrimas en los ojos, y ese llanto no puede ser sino el del pesar de haber abandonado el mundo.

—No, madre—contestó humildemente la joven—. No es el mundo el que lloro, son las personas queridas que en él he dejado.

—Es muy justo que a la noble doña Constanza que tanto tiempo os ha servido de madre—dijo la superiora—la recordéis con ternura; pero reflexionad que a esa madre la sustituye otra más santa, la del divino Crucificado, y que ganáis en ello mucho para que os pueda pesar el cambio. Además, la mujer a quien cabe la incomparable dicha de cubrirse con las sagradas vestiduras, muere para el mundo, y sólo conserva de los que en él habitan un dulce recuerdo, como el huérfano de su padre, sin que en sus rezos le sea permitido invocar otra madre que la del Redentor, ni otro esposo que Jesucristo. Orad, hija mía, orad con fervor y despreciad las vanidades del mundo. Sólo así podréis alcanzar la bienaventuranza que Dios reserva a los suyos. Seguid hija mía, esa senda en tanto que os bendigo.

María besó la descarnada mano de la anciana y se retiró a su celda.

Estaba ésta situada en la parte del edificio que daba al patio, ocupando la mitad de un paralelogramo que salía de la línea formada por el resto del muro.

En aquella reducida habitación se veía su cama, algunas toscas sillas y una mesa de nogal que sostenía un crucifijo de talla. Frente a la puerta había una ventana que daba al corral cercado de elevadas tapias.

La hermosa niña entró, y arrodillóse ante la imagen de Cristo, mientras las lágrimas de congoja surcaban sus mejillas.

Dejémosla llorar su amor sin esperanza, y volvamos al cuarto de la abadesa.

Fervientemente rezaba cuando vino a interrumpirla una monja.

—*Deo gratias*—dijo con gangosa voz.

—A Dios sean dadas—contestó la superiora—. ¿Qué se ofrece, hermana?

—Acaba de llegar a la portería una señora cubierta con un velo, y encarecidamente ha pedido hablaros. La hermana tornera le ha hecho presente que era imposible a esta hora, porque las reglas de la comunidad no lo permitían; pero ella, que debe ser alguna arrepentida pecadora, ha llorado tanto, y ha rogado de tal manera, diciendo que por la salvación de su alma se le concediese, que ha habido necesidad

de venir a consultaros; ya veis, madre, que son casos de pura conciencia.

La abadesa reflexionó un momento y luego contestó:

—Severas son las reglas del convento; pero vale más infringirlas que dejar perder un alma, según dice esa señora. No adivino qué pueda ser... en fin, que entre.

A poco rato apareció en la puerta de la celda una mujer vestida de negro y velado el rostro.

—¿Sois la superiora?—preguntó con agitada voz a la inciana.

—Sí, señora—contestó ésta.

Entonces la enlutada levantó el largo velo, viéndose llenos de lágrimas sus ojos.

Si el capitán Relámpago hubiera estado presente, sin duda su primera palabra al ver a aquella mujer, hubiera sido un juramento, y tras el juramento, esta exclamación: «¡La morisca!» Y en efecto, era doña María de Alhamar en cuerpo y alma.

Algunos momentos de silencio se sucedieron, y luego la morisca, procurando contener el llanto, dijo a la anciana:

—Madre, vengo a buscar un asilo.

—En la casa del Señor—contestó la abadesa—encuentran asilo todas sus hijas; pero no puede ser tan pronto como queréis, según me parece. Supongo que no estaréis perseguida, porque no os creo criminal.

—¡Oh! sí, vengo perseguida, y perseguida por la vergüenza—exclamó doña María cubriéndose el rostro con las manos.

—Tened valor, hija mía. La misericordia de Dios es infinita, y su perdón alcanza a todos cuando hay un verdadero arrepentimiento.

—Lo sé, y por eso vengo a implorarle; pero si me negáis un rincón en esta casa bendita, moriré de vergüenza. Soy rica, legaré todos mis bienes al convento; pero concededme en cambio lo que os pido, y concededmelo ahora. De lejana ciudad vengo, y no conozco en Toledo a nadie: ¿a dónde iré si me cerráis las puertas de la casa del Señor? ¡He sido engañada, vilmente engañada por un hombre que se decía caballero, y sin padre ni deudo alguno no me queda más amparo que la celda, ni más consuelo que vuestras palabras! ¡Os lo pido en nombre de la infinita misericordia del divino Creador!

La morisca se arrojó a los pies de la abadesa derramando sobre el limpio sayal abundantes lágrimas.

—¡Hija!—exclamó la anciana conmovida—. No sabéis cuán difícil me es concederos lo que pedís.

—Lo comprendo, madre; pero no es imposible.

La superiora dudaba entre infringir las reglas establecidas en la orden, o dejar expuesta a perderse para siempre a aquella mujer contrita.

—Os daré asilo—dijo—pero únicamente asilo, sin recibiros como novicia hasta que llenéis las formalidades necesarias.

—¡Dios os premiará! No os arrepentiréis de haber hecho este bien a una triste mujer que llora su falta de todo corazón.

—Ahora—contestó la anciana con dulzura—solo falta que os tranquilicéis. Mirad, os pondré en una celda que da al patio y que está inmediata a la de una novicia que todavía no ha olvidado el mundo, y a la que vuestro fervor será muy útil. Es una hermosa joven que las horas de recreo las invierte en contemplar las flores y en llorar; quiero, pues, que la habléis para consolarla y acabar de convencerla de lo que es el siglo.

—Sí, madre; lo haré con gusto y seré su compañera. Ese tiempo que ella no aprovecha en el recreo, lo pasará a mi lado, y pronto mis palabras harán su efecto. Tal vez sea desgraciada, y eso me unirá más a ella.

—No ha sido muy feliz.

—¡Oh! entonces quisiera verla cuanto antes. No podría ser ahora?

—Se lo diré, y si quiere recibiros... es persona de cierta clase, y hay que guardarle consideraciones...

—Bien, madre; hacedlo, porque necesito llorar con un desgraciado.

—Venid, hija mía—contestó la superiora levantándose y conduciendo a la morisca a la celda inmediata a la de María.

Después salió, y volviendo a poco rato, dijo:

—Podéis pasar a la habitación de esa joven.

Y entrando en la celda de María dijo a ésta:

—He aquí la señora que desea conoceros; que sea desde hoy vuestra compañera.

La joven se hallaba sentada, apoyado el brazo izquierdo sobre la mesa, y la mejilla sobre su mano de nácar. Sus ojos estaban medio cerrados, y las señales del llanto se veían en aquella cara de ángel. Agitada y desigual era su respiración, y una extremada languidez revelaba el más profundo dolor.

Al verla doña María, sintió un ligero estremecimiento que

no pudo contener, y por un momento pareció pintarse en su rostro el remordimiento de su conciencia, de ese juez inexorable que es el grito de Dios.

La joven levantó la cabeza y miró afectuosamente a la morisca, que aparentó la mayor candidez.

—Os he molestado—dijo la hija de Alhamar—y espero me perdonaréis: a nadie conozco en esta casa, y ya que he de habitar tan cerca de vos, deseo ser vuestra amiga.

—Acercáos, señora—contestó la cándida María—. Acercáos que no me incomodáis; al contrario tengo necesidad de distraerme.

—¡Cuánta es vuestra bondad!—dijo la morisca sentándose.

—¿Vais a ser religiosa?—le preguntó María cariñosamente.

—Voy a ser religiosa, porque me he convencido que el verdadero mundo no es éste.

—Parece que os regocija la idea de profesar.

—¿Y por qué no? ¿A vos os pesa? ¡Cómo se conoce que las rosas que en el mundo habéis tocado no tenían espinas!

—No me pesa—contestó la joven—, pero a cierta edad siempre es algo duro el encierro. En cuanto al mundo, si no me ha dado placeres, tampoco me ha sido ingrato.

—¡Qué feliz sois—exclamó la morisca levantando al cielo sus ojos.

—Sí, muy feliz—contestó con tristeza su inocente rival.

—¿Queréis saber una cosa que pienso en este instante? Al encontrarme en este lugar, tan distinto del mundo, advierto que las emociones que experimento son también diversas: fuera de aquí estoy segura que hubiera sido menester mucho tiempo para que me inspiráseis la confianza que me habéis inspirado en pocos minutos; la causa no la acertó, porque esta simpatía la hubiera yo atribuido a la desgracia, que es lo que más une a las criaturas; pero vos sois dichosa, según decís y no puede ser eso.

María dejó escapar un suspiro, y luego contestó:

—Sí, soy dichosa; pero nunca lo es tanto una mujer que no haya tenido algún pesar en su vida.

—¿Me permitís que os hable con franqueza?—preguntó la morisca.

—Nada más grato para mí—contestó la hija del rey.

—Pues bien, no os creo feliz; me parece que ocultáis algún doloroso sentimiento.

—Es verdad, porque aun no he olvidado a las personas de quienes he tenido que separarme.

—¿Tenéis padres?—preguntó doña María.

—Nunca los conocí.

—Entonces—contestó la morisca mirando atentamente el rostro de la joven—pocas serán las personas queridas que hayáis dejado en el mundo.

—La que me ha servido de madre...

—Es cierto—dijo doña María con candidez—la que os ha servido de madre, y los amigos...

Ruborizóse la inocente joven, a la vez que proseguía su rival:

—Sí, porque los amigos son también afecciones que no se olvidan fácilmente.

—No los tenía, señora; mi vida era muy aislada.

—¡Dichosa vos!—contestó la morisca aparentando el más profundo dolor. ¡Dichosa vos que así no habréis sufrido la tortura del desengaño! ¡Si supiéseis qué terrible es ser engañada, y engañada por un hombre que...! perdonadme, os molesto quizás con lo que no os interesa; hablemos de otra cosa.

Las lágrimas habían asomado a los ojos de aquella infame mujer, que al hablar de amores tocó la fibra más delicada del corazón de María. Desde que la joven estaba en el convento sólo había oído las exhortaciones de la abadesa, y ya tenía necesidad de encontrar una persona que le hablase de amor; así es, que al oír a la morisca, sus ojos se animaron, y sintió palpar con más fuerza el corazón.

—No me incomodáis—dijo con dulcísimo acento—al contrario, deseo saber vuestros pesares para consolaros. Hablad, señora, hablad. Decíais que... que un... hombre... no sé... proseguid.

—¡Qué bondadosa sois!—exclamó con enternecido acento doña María. ¿Queréis saber mis pesares? ¡ah! No tengo más que uno que no os será fácil comprender porque no habéis amado. Sin embargo, escuchadme, ya que deseáis conocerle. Yo vivía en Valladolid, donde perdí a mis padres quedando dueña de una inmensa fortuna. Luego que tuve edad para manejar mis bienes, me presenté en el mundo, que al verme me admiró, o más bien me aduló como a todas las mujeres hermosas y ricas. Una numerosa corte de galanes me cercaba por do quiera, y la calle donde yo vivía resonaba a todas horas de la noche con alegres músicas. Entre mis ado-

radores había un joven noble y rico, de encantadora figura y pulidas maneras, que siendo el que menos me adulaba, me perseguía como mi misma sombra. No sé por qué me agradaba encontrarle, y su silencio me enamoraba más que la pasión que otros me pintaban. Por fin un día, el más feliz que he conocido, llegó a abrir su pecho, y ofreciéndome eterno amor con sentidas palabras, obtuvo mi corazón. ¡Qué dichosa me creía! Así pasé mucho tiempo, y en mi ceguedad no vi el precipicio que aquel hombre abría a mis pies. Mi pasión se aumentaba, y tanto, tanto, que... ¡Oh, Federico! perdonad, señora... estos recuerdos me matan... permitidme que calle...

Doña María derramaba copioso llanto, y la joven, pálida y templorosa al oír el nombre de Federico, no acertaba a pronunciar una sílaba.

Algunos instantes de silencio pasaron; pero la hija del rey, despedazado su corazón por la duda, se atrevió a decir:

—Seguid, señora; os lo pido, me interesa vuestra desgracia. Decid, ¿quién era ese hombre?

—¡Oh!—contestó doña María—. No pronunciaré su nombre.

—¿Su nombre?—dijo la hija del rey—. Si ya lo habéis dicho. ¿No es Federico?

—¡Cómo! ¿He dicho Federico?—contestó sorprendida doña María—. No, no es posible.

—Sí, señora; ¿os habéis equivocado?—preguntó con ansiedad la joven.

—No, no me he equivocado; pero callad, no le pronunciad!

—¿Con que es decir que rehusáis contarme vuestro pesar?—dijo María casi con tono suplicante.

—¿Para qué queréis saberlo? Figuráos una mujer deshonrada y abandonada por otra.

—¡Cielos!—exclamó María—. ¿Pero fué ese Federico, joven y hermoso, noble y rico?

—¡Sí!—contestó la morisca con amargura—. ¡El caballero, el joven!

—¿Habrá pasado ya mucho tiempo, no es verdad?

—No; hace dos días que he sabido sus nuevos amores, y dos días también que me dijo: «Señora, no penséis en mí.»

Una palidez mortal cubrió el rostro de la joven, que a la vez que deseaba convencerse de si el seductor era el noble Rivero, temía que se le presentase la realidad. Sus labios se

abrieron mil veces para pedir explicaciones; pero otras tantas hubo de cerrarlos el miedo. Si no era su amante ¿por qué no tranquilizar el corazón? Y si la había engañado ¿con qué fuerzas soportaría aquel terrible golpe? Esta lucha le hacía padecer; pero al cabo, la confianza que tenía en Federico triunfó, y con acento breve dijo a la morisca:

—Habéis dicho Federico, y nada más: un noble tiene apellido.

—Es verdad; y su apellido es ilustre—contestó doña María.

—¿No queréis decírmelo—repitió con ansiedad la joven.

—Rivero.

Un grito de esos que desgarran el alma, fué la contestación de María. Sus ojos se cerraron y dejó caer la cabeza perdiendo el conocimiento.

Interesante era el cuadro que representaba la celda. ¡Qué figuras tan distintas las de aquellas mujeres! La inocente niña, la inmaculada virgen parecía una estatua de mármol en la que el escultor había querido representar una mártir que al morir hubiese recibido del Eterno esa gracia divina que hace tan dulce el aspecto de un santo, cuando su alma vuela a la mansión de los justos. La morisca, la venenosa serpiente, vestida de negro, chispeantes los ojos, el rostro contraído y contemplando a su víctima, representaba la venganza con su alma de demonio en el semblante, y la muerte en sus crispadas manos. ¡Se gozaba en su triunfo, y los celos no la atormentaban ya, porque veía que tras del abatimiento de aquel ángel vendría el odio que produce el amor propio ofendido de las mujeres! ¡Miserable reptil que no había conocido que la cándida joven no tenía odio para nadie, y que en medio del tormento de los celos amaría a Federico y daría por él su vida!

—Aun no está completa mi obra—dijo para sí doña María.

Y sacando un pomito lo acercó en disposición que su olor fuese aspirado por la hija del rey.

Esta fué volviendo en sí, luego abrió los ojos, y un profundo suspiro se escapó de su pecho.

—Gracias... señora...—dijo con débil voz.

—¿Cómo es sentís?—le preguntó con tierna solicitud la morisca.

—Algo mejor.

—¡Tembláis!... ¿queréis que llame?

—¡Oh! no.

El llanto empañó los azules ojos de la niña, y las perlas que vertía fueron a precipitarse en su seno.

—¿Qué tenéis?—preguntó doña María.

—¡Oh! Me habéis dado la muerte.

—¡Cómo!... no os comprendo...

—Sí, me creía amada por ese Rivero que os ha engañado—contestó la joven con aquella inocente franqueza que tan singularmente contrastaba con la doblez de su rival.

Esta apareció sorprendida.

—¿Qué decís? ¿Vos también sois víctima de ese hombre? ¡Dios mío! ¿Qué castigo daréis a los malvados?

—¡Oh, ninguno a Federico!—exclamó María cruzando sus manos y elevando al cielo una mirada suplicante—. ¡Protegedle porque lo amo como siempre!

Al oír estas palabras fué la verdadera sorpresa de la morisca.

—¡Lo amáis! ¿Habéis olvidado que existe otra mujer a quien prodiga sus mentidas caricias?

—No, no lo he olvidado. Le prohibiré acordarse de mí; pero me es imposible borrar su imagen de mi corazón.

¡Qué interesante aparecía la joven en aquellos momentos! ¡Cuánta nobleza expresaban sus ojos! ¡Cuánta grandeza de alma revelaban sus palabras!

—¡Qué pensáis hacer?—preguntó con ansiedad la hija del moro.

Le escribiré diciéndole todo lo infeliz que me ha hecho.

—¡Pobre joven que no conocéis el mundo! Vuestra carta provocará su risa, y más os despreciará por vuestra humillación.

—Pero tiene una conciencia, y esa risa se convertirá en hiel algún día.

—¿Y no conocéis que contestará para sincerarse, y seréis engañada por segunda vez? A vuestro decoro, a vuestro orgullo conviene el silencio.

—Imposible que me engañe, porque el fuego consumirá sus cartas sin que yo las lea.

—Escribid, pues—dijo la morisca más tranquila—pero pocas palabras, os lo aconsejo...

Interrumpida por el llanto que regaba el papel, escribió María lo siguiente:

«Caballero: Ni una queja se escapará de mis labios porque me habéis hecho infeliz; pero sabedlo, más hubiera querido morir que ser engañada por vos, porque más que la

muerte es el tormento horrible que padezco. ¿Por qué me pedisteis un corazón que destinábais a despedazarle? ¿Por qué con palabras mentidas encendisteis en mi pecho una llama inestinguible que había de devorarme? ¡Ah, Federico, qué necia fui cuando no encontré en esas palabras más que delicias, cuando en vuestros ojos no vi sino amor! Y ahora que conozco vuestra falsedad, ahora que tengo a mi lado otra víctima de vuestro capricho, os amo todavía con la misma ternura que antes, quizás os amo más porque se ha abierto un abismo entre nosotros! ¡No puedo aborreceros!...»

La desgraciada niña se detuvo; tenía trastornada la cabeza y no encontraba palabras con que continuar aquel escrito en que poco a poco se olvidaba de lo que debía decir. La fiebre de que era presa le hacía extraviarse, pintando su amor en vez de exponer sus quejas. Si hubiese tenido delante a Federico, una mirada la hubiera bastado para decir lo que era imposible expresar con palabras, porque hay sentimientos que sólo pueden significarse con un ademán, una mirada, o una exclamación.

La morisca miraba atenta a María, quien después de unos momentos continuó así:

«¡No puedo aborreceros!... y... ¡siempre os tendré en la memoria! Os prohíbo que me escribáis, porque quemaré vuestras cartas sin leerlas.

»Adios, Federico; pronto dejaré de existir; pero aun en el cielo rogaré por vos.—MARÍA.

Nada más incoherente que esta carta; ¿pero qué podía producir una cabeza calenturienta y un corazón lleno de amor y de celos?

—Pensad bien en lo que habéis puesto—dijo la morisca.

—Tengo en vos una gran confianza—contestó María exaltada por la fiebre—; leed.

Doña María cogió el papel, y cuando lo hubo leído, exclamó:

—¡Oh, estáis perdida!, esto es una declaración de amor. ¿Cuál ha sido el resultado de vuestras palabras dulces de antes? Enviadla, sin embargo, porque no me compete este asunto.

—Ya os he dicho que confío en vos. ¡Juntas hemos de llorar! ¿Queréis dictarme otra carta? Tenéis más experiencia que yo...

—Es cosa muy delicada...

—Os lo ruego, dictad.

Y la inocente joven se dispuso a escribir.

La Morisca dictó lo siguiente:

«Caballero: os prohibo escribirme y aun acordaros de mi. Motivos que no desconocéis me obligan a dar este paso. Estoy tan resuelta a no escucharos, que quemaré vuestras cartas sin leerlas, para evitar que me hagáis desistir de mi propósito. Os he amado mucho, y siempre conservaré de vos gratos recuerdos.—MARÍA.»

Nada más estudiado que el segundo escrito, que haría creer a Federico que la joven estaba decidida a tomar el velo porque su amor no era tal que le diese valor para arrostrar los peligros que se presentasen, y que para romper con él alegaba los motivos que no desconocía, es decir, la voluntad del rey.

Si María hubiese tenido más mundo, seguramente habría visto pasar por los ojos de la Morisca algún destello de feroz alegría.

Pocas palabras se cruzaron ya entre aquellas dos mujeres, porque María, quebrantada por tantas y tan amargas emociones, se dejó caer en una silla, quedando en ese estado de languidez en que apenas se piensa ni se siente.

Doña María se retiró a su celda.

CAPITULO X

Ya sabemos que la mañana del mismo día en que entrara la Morisca en el convento, debía el caballero Relámpago ir a ver al duque de Feria, para ser presentado al rey.

Las once de la mañana serían, y nuestro soldado, haciendo resonar sus pisadas en el pavimento del alcázar Real, entró en la habitación del capitán de guardias.

—Dios os guarde—dijo este.

—¿Cuándo veré a S. M.?—preguntó Antonio.

—Ahora; ya está enterado de la ocurrencia, y tiene en su poder la falsa orden.

Efectivamente, el mismo duque introdujo al caballero en la cámara Real.

Cuando el caballero Relámpago entró en el regio aposento, escribía Felipe II.

Ya conocía Antonio aquel aspecto imponente, aquella mirada activa y llena de expresión, y aquel rostro que casi podemos llamar hermoso, porque en su época fué envidiado por más de una dama. Su edad, a la fecha en que estamos, era la de treinta y cinco años.

Descubierta la cabeza, y militarmente cuadrado, esperó el capitán a que el rey le hablase. Al corto rato dejó este la pluma.

—Acercaos, caballero—dijo—. Es muy desagradable el asunto que os trae; pero desechad todo temor, porque vuestra conducta en él está bien justificada. Sin embargo, nadie más que vos ha entendido en esto, a nadie tampoco será fácil descubrir al delincuente, y no he querido, antes de que me deis alguna explicación, que tome la iniciativa el tribunal competente.

—Señor—contestó Antonio con aquella entonación respetuosa, pero enérgica, que sabía dar a su voz—, inútil creo que los

tribunales tomen parte en el asunto, porque nada adelantarán.

—Explicaos.

—Esa orden no ha tenido otro objeto que alejarme de mi casa por media hora; pero esto, aunque lo sé positivamente, no puedo justificarlo en forma.

—¿Os han querido robar, tal vez?

—No, señor; soy demasiado pobre, y la persona de quien sospecho demasiado rica.

—¿Os preparaban alguna asechanza fuera de vuestra casa?

—Tampoco, señor; era otro el objeto.

—Entonces... hablad.

—El lazo se tendía a otra persona; ya ve V. M., el secreto no es mío.

—Para el rey no hay secretos, caballero—contestó con altivez Felipe II.

—Perdone V. M.; pero lo que no es mío no puedo darlo al rey; puedo conquistarlo si me lo manda, y para eso cifo este acero.

—Habéis sido bastante nombrado en el ejército; yo tengo buena memoria, y no he olvidado vuestra fama de obediente y entendido en el cumplimiento de vuestro deber. Os lo mando, pues; obedeced.

—Pídame V. M. el trono de Francia, y no le obedeceré: mándeme conquistarlo, y entonces iré a traerle la corona que desea.

—Habláis demasiado, y os lo tolero por vuestros esclarecidos servicios, pero sabed que cuando el rey pide, si no se tiene lo que desea, se busca, se conquista, se arrebat, como queráis llamarle, y se entrega. Un soldado como vos no encuentra imposibles. Pedir el rey, es mandar; y los mandatos del rey se obedecen callando.

—Señor, dar un secreto es dar el honor, y...

—Callad—interrumpió Felipe II que no estaba acostumbrado a que le hiciesen observaciones cuando decía «quiero»

El hijo del ventero quedó inmóvil y mudo. Con la mirada fija en el suelo, y ligeramente inclinada su cabeza, más bien se le hubiera tomado por una estatua que por un ser viviente.

Hubo algunos momentos de silencio en los que el rey parecía aguardar las explicaciones del capitán; pero viendo que este no pronunciaba una sílaba, añadió:

—¿Hasta cuándo he de aguardar a que me deis las explicaciones que deseo?

—V. M. me había mandado callar...

Felipe II fijó una escudriñadora mirada en el soldado, por-

que dudaba si era hija de la burla o de una exagerada obediencia, la contestación de su súbdito. Al fin dijo:

—Sabéis que ahora me convenzo de que nada me han exagerado al pintarme vuestro indómito carácter?

—He obedecido callando, señor.

—¿Y usais de esa obediencia cuando os acomoda?

—Cuando V. M. me manda: es la primera vez que me han hecho callar.

—Pues ya que sois tan obediente, dadme las explicaciones que os he pedido: os lo mando.

—No puedo hacer imposibles, señor; aquí tiene V. M. mi cabeza.

Esta negativa fué un terrible golpe al orgullo del rey, que exaltado exclamó:

—Caballero, entregad vuestra espada al duque de Feria, y marchad arrestado a vuestra casa: allí recibiréis mis órdenes.

—Será difícil que los portadores de las órdenes de V. M. encuentren mi casa.

—¿Por qué?

—Porque no la tengo.

—¿Pues dónde os recogéis?

—Hace veinticuatro horas que llegué a Madrid, y no me he recogido aun ni buscado alojamiento.

—¿Pues no digisteis que al falsificar esta orden no se tuvo otro objeto que alejaros de vuestra casa?

—Quise decir, de la casa donde estaba de visita.

—¿Y qué casa era?

—Ese es mi secreto.

—¿Os obstináis aún? Pues bien, iréis preso al cuartel de guardias, y desde allí pasaréis a donde la justicia os arrancará el secreto que tanto queréis guardar.

—¿En el tormento quizás? ¡Ah, señor! La memoria de V. M. es buena, y no debe haber olvidado que tengo bastante corazón para morir sin que me arranquen una palabra.

—¿Con que es decir que mi poder es inútil para averiguar un delito que conocéis?

—Es decir, señor, que V. M. puede averiguarlo si quiere.

—¿Y cómo si os negáis audazmente, y nadie sino vos conoce al culpable?

—Veo, señor, que debí empezar por donde pensaba concluir. De este modo se encontraría ya tal vez ese delincuente en mis manos.

—Acabad, caballero; porque si vos habéis callado hoy por

primera vez en vuestra vida, yo también por la vez primera he tenido tanta paciencia.

—Pues bien, si V. M. me hubiese dicho: «capitán Relámpago, quiero decir caballero Diez, aprisionad al que ha falsificado esta orden» yo, sin ver imposibles, porque nunca los he conocido, hubiera hecho la prisión. Así V. M. tendría en su poder al delincuente, sin necesitar para nada mi secreto.

—Pues bien, caballero Diez o capitán Relámpago, por que mejor os cuadra el apodo, prendedle.

—Necesito una orden de V. M.

—Tomadla.

—Pero no una orden de prisión como todas.

El rey miró fijamente a Antonio, y luego contestó:

—Extendedla como queráis, y la firmaré.

El hijo de Juana escribió lo siguiente:

«Por la presente mando que no se ponga impedimento alguno al capitán don Antonio Diez cuando necesite entrar y registrar a cualquiera hora del día o de la noche en lugar sagrado o profano. Asimismo mando que se contesten todas sus preguntas y que se deje aprisionar por el referido caballero la persona a quien se lo ordenare, dejándose conducir por él, pues que así es mi real voluntad.»

En mi alcázar de Madrid a 16 de diciembre de 1562.»

—El rey leyó la orden y luego dijo:

—Esto es más de lo que debo confiaros. Con semejante autorización se pueden cometer mil atropellos: ya veis: ni los templos ni las primeras casas de la nobleza están libres de que se abuse de ellas bajo el pretexto de buscar a un delincuente.

—Siete años hace que estoy probando mi lealtad con sangre, y esto creí fuera una garantía para V. M. Ningún interés tengo en este asunto, porque ningún daño me ha hecho la persona de quien se trata; sólo he querido obedecer a V. M.; y para ello me era indispensable una orden como la que acabo de entender.

—Bien mirado no merece la pena de tanto trastorno; el objeto de la falsificación no envuelve ninguna razón de Estado, y tal vez no sea más que alguna intriga amorosa... Por consiguiente, vale más dejarlo así. En cuanto a vuestra lealtad, estoy muy satisfecho de ella; pero ya veis que ésta orden llamaría la atención.

El caballero Relámpago comenzaba a inquietarse porque veía sus planes frustrados; pero aun quiso probar otro medio.

—Si V. M. me da permiso, dijo, voy a entregar mi espada al duque.

—¿Para qué? Ya os he dicho que podía darse por terminado este asunto.

—Sé que V. M. no quiere seguirlo; pero nada tiene que ver eso con la causa que por la falsificación formen los tribunales de justicia; y como mi arresto era debido a la falsificación de la orden, por eso iba a entregar mi espada.

Felipe II comprendió toda la fuerza de una observación tan disimulada; pero siéndole imposible contradecir al capitán, porque esto hubiera sido lo mismo que decir, «no hago justicia», vióse precisado a apelar al único recurso que le quedaba.

—Indudablemente, dijo a Antonio, que la justicia tendrá en ello la parte que le corresponda; pero no creo necesario que entretanto estéis preso. Podéis retiraros.

Otra vez se vieron desconcertados los planes del capitán, que dudaba entre marcharse y asestar al rey un segundo tiro. Al fin su audacia triunfó.

—Señor—dijo disponiéndose a salir—, si no puede hacerse justicia castigando el delito, cosa que sin duda será a V. M. muy sensible en su rectitud, espero que V. M. no olvide que yo he puesto cuanto podía para que la ley no quedase nula.

Esta contestación no dejaba al rey más que dos caminos: o romper por todo y decir que nada le importaba que se hiciera o no justicia, cosa que en el orgullo de Felipe II después del anterior diálogo era imposible que la dijese, o dar al capitán amplias facultades para que obrase a su placer.

—Caballero, dijo, veo que no hay medio de hacerlos entrar en el camino de la razón. Antes que todo, quiero la justicia. Tomad, prosiguió firmando la orden y entregándola a Antonio; pero tener entendido que si dentro de quince días no me presentáis el delincuente, os hago cortar la mano derecha en medio de la plaza pública.

—Mi mano derecha y mi cabeza estarán a disposición del verdugo dentro de quince días si el delincuente no se encuentra en una prisión. Debo advertir a V. M. que es persona, si no noble, muy rica y protegida por los primeros grandes del reino.

—La justicia tiene vendados los ojos.

El caballero Relámpago hizo militarmente una reverencia, y salió murmurando:

—¡Rayos y centellas! No te descuides, maldita Morisca, por-

que en esta ocasión he de aguzar todo mi ingenio para vencer-te; ya ves me va en ello la cabeza o al menos una mano que han envidiado mucho. ¡Voto a Satanás!

Pensando cómo dar fin a su intriga llegó a casa de Federico, donde este le aguardaba con impaciencia.

—¿Qué hay?—preguntó el joven.

—Ya os lo referiré todo: ahora lo que interesa es que os dispongáis para marchar a Toledo; no hay tiempo que perder. Dentro de una hora me tendréis aquí, y en seguida a caballo: creo que esta noche veréis a María, o al menos la verá yo.

La sorpresa hizo palidecer al enamorado joven que no sabía si dar crédito a las palabras de su amigo.

—¡Oh, caballero!—exclamó—, no me atormentéis con esperanzas que no se hayan de cumplir.

—Leod.

Antonio le mostró la orden del rey.

—Pero...

—Nada, las puertas del convento se abrirán para mí.

—¿Y la prisión de que habla?...

—Bueno será que a su vez se encuentre aprisionada esa perra Morisca.

—Sí... pero ¿cómo habéis de justificar que ella ha sido?...

—Ya veremos, no faltará un medio... Todavía no lo he pensado.

Y casi nos inclinamos a creerlo. Aquel hombre sin más educación que la de la guerra, estaba dotado de una imaginación viva y fecunda que nunca había dejado de suministrarle recursos para salir de sus apuros, y la confianza que tenía en sí mismo, le había hecho adquirir la costumbre de no combinar ningún plan hasta que llegaba el momento decisivo. Empero en esta ocasión no debemos creerle del todo, porque era bastante apurado el caso para no haber meditado el golpe, si no en todos sus pormenores, al menos en gran parte. Sea como quiera, prosigamos pues, que más adelante hemos de ver lo que hizo, y el resultado que le dió.

Embozado hasta las cejas, porque el frío era intenso, y apoyada la mano izquierda en la empuñadura de su espada, salió de la casa de Federico, y se dirigió a la calle de San Nicolás.

He aquí lo que pensaba:

—La Morisca ha llevado un golpe terrible, es vengativa, y de seguro se ocupa ahora en ver cómo toma su desquite, y como tiene el suficiente talento para calcular que no es a Federico ni a mí a quienes debe atacar ahora, empleará sus amaños contra

la hija del rey. Además, no le conviene estar en Madrid hasta ver qué determinación tomo, y también por esto me atrevería a jurar que camina hacia Toledo. Es posible que me equivoque; pero como hay que jugar el todo...

En esto llegó a la casa, teatro la noche anterior de escenas de amor, de intriga y de sangre, y llamó resueltamente: la puerta se abrió, encontrándose Antonio frente al mismo portero que le había recibido la noche anterior.

—Traigo un encargo importante de doña María, fueron las primeras palabras del capitán.

—¡De doña María!—contestó el hombre afectando sorpresa.—. No sé de quién habláis.

—Así os quiere vuestra señora, así; pero esta vez no sirve vuestro celo; escuchad. Por señas de que anoche se dieron aquí ciertas cuchilladas, y de que doña María ha marchado a Toledo, vengo... ¡ah! y por señas de este bolso que reconocéis por suyo, ¿no es cierto?

—El portero examinó a Antonio, porque como nadie sabía el viaje de la Morisca: comenzó a creer que era aquel un enviado de su señora.

—Es cierto que este bolsillo..., pero...

—No hay pero, amigo, interrumpió el soldado. Si no me reconocéis como enviado de doña María, me marchó.

—¿Qué queréis? ¿A qué os envía?

—Me envía para dar una orden reservada al mismo que anoche llevó un pliego a la calle de la Almudena.

—¿El primero o el segundo?

—El primero.

—Aguardad.

El portero subió la escalera estrecha, y a poco volvió a aparecer acompañado de un hombre alto, bien formado, de rostro moreno y negros ojos: un conjunto, en fin, verdaderamente árabe: su traje era el de un criado de casa rica.

El caballero se acercó a él, y llevándole a un extremo del patio, le dijo:

—¿Sabéis leer?

—Sí, señor.

—Pues ahora, y para obedecer al rey, prosiguió Antonio mostrándole la orden, os venís conmigo.

El hombre quedó atónito, pero conociendo que la resistencia sería inútil, contestó:

—Marchemos.

Y al salir con el capitán, dijo algunas palabras en árabe al portero. Nuestro héroe no dejó de observarlo, pero nada le era dado decir en aquellas circunstancias, en que cualquiera cosa lo hubiera descompuesto todo.

Diez minutos después se encontraba el doméstico de la Morisca encerrado en la bodega de la casa de Federico, y diez minutos después también corría camino de Toledo un jinete que había salido de la calle de San Nicolás.

CAPITULO XI

La noche había llegado, y en el cielo cubierto de nubes, no brillaba una estrella. Las montañas y los bosques, las llanuras y los precipicios próximos a Toledo, estaban envueltos en la oscuridad como si una gasa negra arrojada por la mano de Dios, se hubiese enmarañado en las agudas puntas de las rocas, cayendo luego en desiguales pliegues sobre la campiña. La vista más perspicaz no hubiera distinguido otra cosa que sombras gigantescas que se perdían elevándose a su zénit, y como lagos de negra tinta que cubrían la tierra. El viento silvaba haciendo gemir a los árboles y estrellándose contra las peñas, y el lúgubre canto del buho completaba esa imponente música de la naturaleza, que en los desiertos es para el hombre la majestuosa y potente voz de Jehová; que así en la tempestuosa noche de invierno como en el risueño día de la primavera, se ve en todo la poderosa mano del Eterno, percibiéndose los ecos de su voz en el rudo estrépito del trueno y en el blando murmullo del manso arroyo.

Eran las ocho.

A un lado del camino que va desde la corte a la imperial ciudad, y como dos leguas antes de llegar a esta, se extendía un espeso bosquecillo, y en él se oían de vez en cuando algunos murmullos como de gente que estuviese oculta. La oscuridad no permitía examinar bien aquel recinto; pero acercándose podían distinguirse confusamente cuatro bultos que debían ser otros tantos hombres, y escuchando, podían también oirse estas palabras:

—Cierto que paga bien nuestra señora; pero este frío, ¡vive Dios! no tiene precio.

—Ya no deben tardar; es gente que camina de prisa.

—¡Cuidado, Garduño, no cometas una de tus torpezas! Y tú, Renegado, no muevas la lengua. Ya lo sabéis: callar y obrar.

—Estoy bien enterado; matar al uno y dejar al otro.

—No olvidéis que el que debe morir...

—Le conoceremos porque jura a diestro y siniestro. ¡Voto al demonio! Dicen que es un hombre temible.

—¿Qué importa? Todos a él sin darle lugar a defenderse.

—¡Silencio! Creo que suenan pisadas de caballos.

Efectivamente, se oía a alguna distancia el choque de las herraduras contra la arena.

—Preparaos: tú, Garduño, con Blas, a la otra orilla del camino. No os olvidéis de nada, a la brida y luego todos al que más jure.

Dos de aquellos hombres se situaron en la orilla opuesta del camino, quedando ocultos los otros. Poco después se distinguieron dos sombras que caminaban y luego se vieron dos jinetes.

Los caballos relincharon y levantaron la cabeza, y casi en seguida se detuvieron bruscamente. Uno de los caballeros dejó escapar un juramento y el otro una exclamación: tras el juramento se oyó una detonación, cayendo en tierra uno de los asesinos: el caballo de Federico quedó libre, y el del caballero Relámpago se vió rodeado por tres hombres: uno de ellos amartilló una pistola y disparó contra Antonio; pero la bala fué a perderse en el espacio sin causar daño alguno al capitán; un nuevo disparo se oyó, a la vez que el caballo de Antonio daba un salto hacia atrás, y el de Federico avanzaba quedando en su puesto: el doncel se disponía a disparar su pistola, pero esta se le escapó de la mano oyéndose un ¡ay! y cayendo su cuerpo en tierra.

—¡Rayos del infierno!—exclamó el hijo de Juana, haciendo brillar en el aire su tizona—. ¡Muerto! ¡Ira de Satanás!

Y más que la luz del sol, chispeantes sus ojos, cayó sobre los tres asesinos, haciendo crujir sus cráneos con el filo de su espada. Dos de ellos bañaron pronto con su sangre la tierra, y el otro huyó ocultándose en la espesura.

—¡Miserable de mí!—exclamó Antonio con desesperación—. ¡Soy un menguado que para nada sirvo!

Después se acercó al joven, poniéndole la mano sobre el corazón que sintió latir débilmente, y examinando luego con el mayor cuidado todo su cuerpo, echó de ver que tenía el rostro bañado en sangre; pero sin poder acertar con la herida porque la oscuridad no se lo permitía. ¿Cómo restañar aquella en medio de las tinieblas que le rodeaban?

—¡Rayos y centellas!—exclamó. ¡Don Federico! ¡Oh! ¿Por qué no se desprenderán del cielo cien estrellas iluminando el espacio?

La desesperación había llegado a su colmo: el hijo del ventero juraba y dirigía a la vez tiernas súplicas a Dios: no sabía qué hacer, y ya comenzaba a maldecir su estrella, cuando un acento débil que se escapó de los labios de Federico, vino a reanimar su abatido espíritu.

—¡Animo voto a Satanás!—exclamó el soldado—. ¿Dónde os han herido?

El joven fué recobrando el conocimiento y luego llevó sus manos a la cabeza.

—¡Oh! no es nada—dijo—; aquí... poca cosa.

Como dos pulgadas más arriba de la oreja izquierda estaba la herida. El caballero Relámpago puso sobre ella un pañuelo que, a manera de venda, rodeó a la cabeza del doncel; pero esto no fué suficiente a restañar del todo la sangre que perdía Federico.

—Ni tenéis fuerzas para caminar a pie, ni es prudente dejaros solo a caballo: montad por lo tanto conmigo y sujetad vuestra herida, porque no creo que haya quedado muy bien vendada.

—No hay necesidad de esas precauciones, caballero, porque puedo muy bien sostenerme.

—Sed obediente.

Y ayudando a montar al doncel, emprendieron nuevamente el camino.

Aunque en menos cantidad, la sangre corría por el rostro de Federico que hacía poderosos esfuerzos por sostener su cuerpo debilitado: al fin no pudo resistir más, y doblando la cabeza quedó sin movimiento entre los brazos de Antonio.

Este, que hasta entonces había guardado el más profundo silencio, dejó escapar algunas exclamaciones no muy dulces en medio de las reflexiones que hacía.

—¡Rayos del infierno! Con razón me temía este lance. Aquellas palabras que el maldito moro dijo al portero, han producido su resultado. Veamos ahora qué debe hacerse para salir con bien de las asechanzas de esa maldita mujer. En tanto que me preparaba la muerte no habrá dejado de ocuparse en causar el daño posible a la inocente Maria; y como si no protejo a esta, de nada me sirve ayudar a Federico, por eso lo primero que debo hacer, una vez en Toledo, es averiguar el estado en que se encuentra la infeliz niña, cosa que me será muy fácil

teniendo de mi parte a doña Constanza y en mi poder la orden del rey; luego... pero no, ante todo, debemos pensar en la curación de mi amigo. ¡Demonio! ¿Si será de peligro la herida? ¡Voto a cien legiones! ¡Oh, don Alonso! No me reconvengas desde el cielo porque no he sabido proteger a tu hijo. ¡Rayos y centellas! Bien sabes, ¡vive Dios!, que daría mi vida por salvar la suya.

Esto diciendo, llevó una mano a la cabeza del joven y advirtió que la sangre corría aún: entonces hizo sentir las espuelas a su «Veloz», que aceleró su paso hasta llegar a las puertas de Toledo, que se abrieron a favor de la orden real.

El caballero, llevando en los brazos a su amigo, y del diestro el caballo de este, se perdió en las estrechas y empinadas calles de la imperial ciudad.

En tanto que tenía lugar la sangrienta escena que hemos referido, he aquí lo que pasaba en el salón, casi desnudo de muebles de una posada toledana. Sentada en un ancho sillón estaba una mujer, cuyo retrato escusaremos decir que era Guiomar, la dueña de la Morisca. A su lado, y ocupando otro sillón, se hallaba un hombre que podía tener cuarenta años. Sus ojos redondos y pequeños eran verdes y de penetrante mirada; su nariz abultada; grande su boca que guarnecían sucios y desiguales dientes, bajo unos labios delgados y blanquecinos; estrecha la frente, que rodeaban espesos cabellos negros, y enjuto el rostro, en que aparecía la más hipócrita expresión. Su traje de paño negro se asemejaba mucho al de un humilde mercader. Este hombre era una parte integrante de doña María. Ejerciendo en su casa las funciones de secretario y de mayordomo, no era ninguna de estas cosas ni otra alguna, a la vez que lo era todo. Unido a la Morisca desde 1550, había trabajado con ella en asuntos de alta política, y por más que sorprenda a nuestros lectores era el intermediario entre algunas potencias extranjeras y la hija de Alhamar, y el agente e instrumento de ésta en los casos en que había necesidad de un intrigante.

Este hombre, a quien la dueña llamaba respetuosamente el señor Carlos, después de algunos momentos de meditación dijo con voz melíflua a Guiomar:

—Todo ha marchado a las mil maravillas mientras vuestra señora no se ha enamorado, pero al perder el corazón, perdió la cabeza; y poco importaría que amase, si esto no viniera a redundar en perjuicio de otros.

—¿Qué queréis, señor Carlos?—contestó la dueña—. Ya la he dicho que ese doncel había de perderla, y... nada, parece que cuanto más se la aconseja, más fuerte es el amor que siente por él, hasta el punto de haberme prohibido que la haga observaciones sobre semejante asunto.

—Pues bien, en ese caso tendré que abandonarla, porque mientras ella se divierte en cautivar el corazón de un mozalvete, y en hacer rabiar a su dama, cargo yo con inmensas responsabilidades, porque se exponen a fracasar proyectos de consideración. Como hoy, por ejemplo, que en vez de ocupar el tiempo en convencer al marqués de Casa-Medina, que nada le niega, para que inclinara el ánimo del arzobispo a fin de que el informe sobre la recogida de armas a los moros de Valencia fuese favorable, lo invierte en visitar el convento de Santa Ursula y perseguir a su rival: y no es lo peor eso, sino que en lugar de recibir a Mahomet-Benejí, con quien debía resolver ciertos puntos muy delicados, malgasta el tiempo en discutir con un lacayo el modo de asesinar a ese diablo de Relámpago, que nunca hubiera aparecido por estas tierras. Y el jefe moro, que ha venido desde Valencia reventando caballos, pierde el viaje, porque sabe Dios cuándo saldrá del convento doña María.

—Y a estas horas ya deberá haber muerto ese diablo de Relámpago, como vos le llamáis.

—¿Qué me importa? Lo que sé es que Mahomet-Benejí ha comenzado a desconfiar, y que si perdemos un momento desarmarán a los moriscos, quedándose en conversación el levantamiento, y en conversación todo lo pactado con los agentes de Francia, cuyo rey no dará un paso mientras la península no se encuentre dividida por una guerra interior. Y luego se excusará doña María con la falta de dinero u otras cosas por el estilo, cuando si le precisa, es capaz de invertir los escudos franceses en sus intrigas amorosas.

—No, señor Carlos, ya sabéis que mi señora no necesita los escudos franceses, porque ella los tiene de sobra.

—Es cierto que el marqués la da un río de oro; pero no me atrevo a asegurar que con él tenga bastante para cubrir sus inmensos gastos. En fin, haga del dinero lo que quiera si atiende a los principales negocios, o al menos no compromete mi vida. Nadie mejor que ella debe conocer el carácter de los moriscos: hace un mes que debieron haber tomado las armas, y a esta fecha estamos como el primer día.

Así conversaron largo rato hasta que Guiomar quedó dormida en su asiento murmurando algunas oraciones.

Dos horas habrían pasado cuando el sueño de la vieja fué interrumpido por el Garduño, que en el más completo desorden y vendada su mano izquierda, entró en el salón.

—¿Qué ocurre?—preguntó la dueña.

—Todo se ha perdido—contestó con vozz agitada el asesino.

—¿Cómo?

—Con ese hombre no puede nadie sino Dios.

—Hablad.

—Acometimos del modo convenido, pero el que debía vivir quiso defender a su compañero y quedó muerto de un pistoletazo dirigido por Blas al que juraba.

—¡Dios mío!—exclamó la vieja levantando al cielo sus manos—. ¿Qué va a suceder ahora? ¡Muerto don Federico! ¿Quién lo participa a doña María? Proseguid.

—Poco y triste es lo que resta. Los ojos de aquel demonio de hombre se iluminaron, y zis, zas, en dos por tres hizo morder la tierra a mis compañeros; y gracias a la oscuridad y a un bosquecillo cercano, pude salvarme huyendo. Decid a vuestra señora que me envíe solo al infierno; pero que no me mande a combatir a ese hombre, porque no hay quien le mate.

—Marchaos y volved mañana a esta hora—dijo la vieja al facineroso.

Después que éste hubo salido, la dueña, agitada y llorosa, comenzó a invocar al ángel de su guarda, en tanto que el señor Carlos, pensativo, parecía no fijar la atención en nada de lo que sucedía a su alrededor. Sin embargo, al cabo de algunos momentos se dirigió a la dueña.

—Tan loca sois como vuestra señora—la dijo—. Llévase el diablo a don Federico y a don Antonio. Tomáis a pecho cualquier simpleza en una intriga amorosa, mientras no se os ocurre pensar cómo salvaremos los inconvenientes que pueden perdernos.

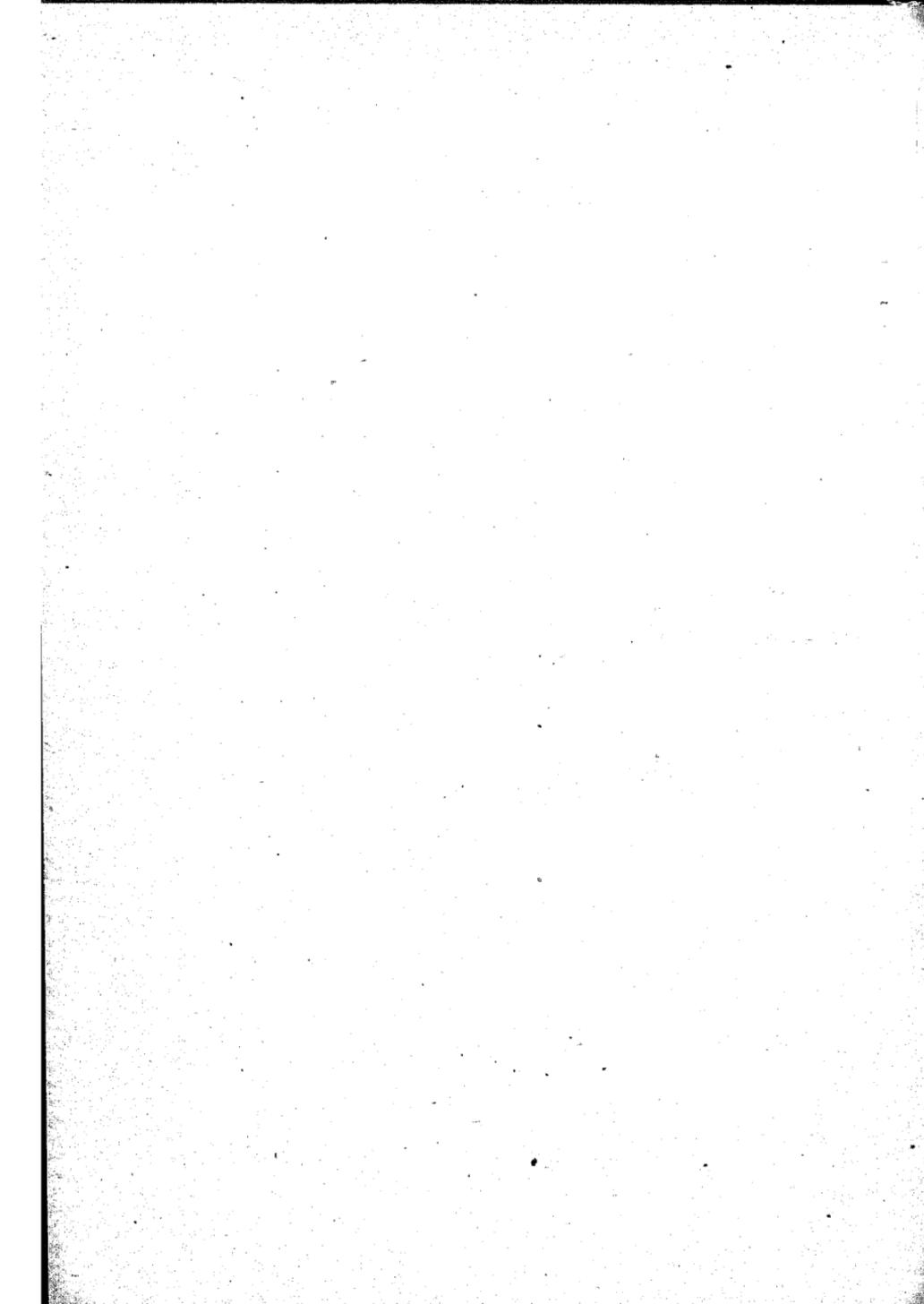
—¿Y qué me importan las revoluciones?

—Pero importan a vuestra señora; y ya que una indicación no os basta, sabed, para que lo digáis a doña María, que si mañana no deja arreglado con Mahomet-Benejí cierto negocio, peligra su cabeza, la mía y aun quizás la vuestra; porque es posible que el Santo Oficio os quemase por bruja.

—¡Dios mío!—exclamó la vieja, santiguándose—. ¿Qué va a ser de mí? ¡Virgen de los Dolores!

—Señora Guiomar: dejad las exclamaciones y obrad. Decid mañana a doña María lo que me acabáis de oír, añadiendo que ha llegado el caso de que elija entre sus locuras de amor o los graves negocios que le pueden costar la cabeza. Y ahora, que Dios os guarde.

El señor Carlos volvió a tomar el aire más humilde, y salió de la habitación.



SEGUNDA PARTE

CAPITULO XII

En la época a que nos referimos formaban los moros que en España había la parte más industriosa de la población de nuestra península. Sus numerosos brazos cultivaban dilatados terrenos, que después de su salida quedaron convertidos en eriales, y hacían de la industria una abundante fuente de riqueza que secó, ya nuestra incuria, ya la preocupación de aquellos tiempos contra las artes mecánicas.

Era Valencia el punto donde más abundaba la raza mora, formando una sociedad aparte por sus costumbres y aun por los barrios en que habitaba; y no se crea que sólo estaba compuesta de labradores y artesanos pobres, pues muchos de ellos eran capitalistas.

Uno de estos, llamado Mahomet-Benejí, tenía un hijo de veinte años, conocido por Zayde. Era hermoso y de gentil apostura; moreno su rostro; negros sus ojos, expresivamente lánguidos y guarnecidos de largas pestañas; ancha su frente, un tanto gruesos sus labios; entreabierta su boca con esa expresión de desdén que en algunos se marca en el labio inferior; sedosa su barba y negra como el ébano, y por último, de elevada estatura y altivo continente.

En contravención de las reales ordenanzas, vestía casi siempre el traje musulmán; era rico y el dinero de su padre había servido más de una vez al gobierno.

Estamos en la misma noche en que Federico fué herido. Las diez acababan de dar.

Zayde sentado en un ancho diván de grana bordado de seda azul, paseaba su mirada por la habitación desnuda de tapices, pero adornada de arabescos, relieves, en que se ha-

llaba. De vez en cuando dirigía la vista hacia una pequeña puerta, exclamando luego:

—¡Cuánto tardan!

Entonces podía notarse que su acento era dulce y sonoro.

Pocos momentos habían pasado cuando se presentó un hombre de avanzada edad; casi en seguida, otro, y así sucesivamente se reunieron en la habitación hasta doce personas de diversas edades y condiciones también diversas, a juzgar por la mayor o menor riqueza de sus trajes, que ya eran puramente moriscos, ya castellanos o ya una extraña mezcla de uno y otro. Empero, en los rostros de todos ellos se veía el tipo de los creyentes de Mahoma, y una expresión de energía y disgusto mal reprimido.

El joven Zayde tomó la palabra, y después de algunos cumplidos, dijo a los que le rodeaban:

—Hoy debe haber llegado mi padre a Toledo, según me ordenó os reúno para saber si tenéis algunas noticias urgentes que enviarle.

—Nada nuevo creo que haya—contestó el más anciano—; las órdenes de tu padre se observan fielmente, y sólo falta que el éxito de su viaje corone nuestras esperanzas. ¡Plegue a Alá que así sea, y nuestro intento no se estrelle contra la desconfianza de esos soberbios castellanos que, faltando a las más respetables promesas, nos han esclavizado, y con sus injustos rigores tratan de apagar el ardor de nuestra noble sangre para que como bestias explotemos su suelo y los llenemos de riquezas! ¡Oh, cuándo llegará el día de la venganza!

—Llegará—contestó Zaide, cuyos ojos se animaron de repente—. Llegará, y entonces les diremos: «¡Nos habéis hecho adjurar de la religión de nuestros mayores; habéis hecho perder la vergüenza a nuestras mujeres, exponiendo sus rostros descubiertos al público; habéis sostenido vuestros placeres con nuestro trabajo; nos habéis arrojado de nuestras fértiles tierras: pues bien, sonó vuestra hora, y ¡por el Corán! que gota a gota vais a derramar vuestra cobarde sangre para tefir con ella nuestras alfombras, para regar nuestros campos de Valencia y de Granada, para pintar nuestras torres de la Alhambra y de Sevilla!»

Un sordo rugido salió de los pechos moriscos, y feroces miradas se escaparon de sus ojos.

—Reprimid el enojo—prosiguió Zayde—; ya sabéis lo que puede costarnos una palabra indiscreta. Y tú, Hacem—dijo

al más anciano—, no dejes de animar a los nuestros, y procura saber si hay algún traidor.

—¡Que mueran los traidores!—exclamó uno de adusto ceño, apagados ojos y pequeña estatura.

—Que mueran, Aljamin—repitió Zayde—. Y ahora retiraos hasta mañana. ¡Que el profeta os guarde!

Dejemos a cada cual seguir su camino y fijemos nuestra atención en Aljamin, que después de atravesar muchas calles, salió de la ciudad y se paró ante un edificio de suntuosa apariencia, en cuyo interior penetró con sólo pronunciar una palabra. Este era el palacio del virrey.

En lugar de seguirle, volvamos al lado de Zayde, que pasadas dos horas se envolvió en una ancha capa y salió caminando al centro de la ciudad.

Largo rato anduvo hasta pararse en una estrecha calle, fijando primero su vista en una pequeña puerta, y luego dejando oír un silbido.

La puertecilla se abrió cautelosamente, y nuestro moro entró por ella.

Una vieja vestida de negro y con una moribunda lámpara en la mano izquierda, le condujo al piso superior, introduciéndole después en un pequeño gabinete amueblado con sencillez.

—Aguardad—dijo aquella—mientras voy a decir a mi señora que estáis aquí. ¡Ay, si el señor conde supiera cómo abuso de su confianza!

—No tengáis miedo, doña Mencía—contestó Zayde dejándole caer en la mano un escudo de oro.

La vieja salió, y a poco, una joven que apenas tendría dieciocho años, entró en el gabinete.

Era su talle esbelto, y majestuoso su paso; sus ojos negros y rubia su sedosa cabellera, un tanto aguileña su nariz, y como el coral los labios de su linda boca. En aquel hermoso conjunto de una belleza sin par, se veían, usando de una expresión moderna, esos atrevidos perfiles que siempre dan idea de un alma grande y noble, de un corazón fuerte a la par que sensible.

La expresión de sus ojos tenía esa mezcla de majestad y ternura que el divino Rafael sabía imprimir a sus vírgenes, viéndose en todos sus ademanes la más tierna bondad, sin que por eso dejaran de tener esa grandeza que se revelaba hasta en los más insignificantes movimientos de los nobles de aquella época.

Rico era su vestido de brocado azul, que daba más realce a su cutis, cuyo color hemos olvidado decir hubiera envidiado el nácar.

—¡Isabel!—fué la primera palabra de Zayde, cuyos ojos se animaron dejando ver en ellos el más vivo amor.

Una hechicera sonrisa fué la recompensa que el moro recibió.

Sentóse la joven, y a sus pies, en un ancho taburete, su amante.

—¡Oh! No sé por qué me es imposible verte sin exclamar; ¡te adoro!—prosiguió Zayde.

—¡Y yo—contestó Isabel con impresionable y dulce acento—no sé por qué a mi pesar te amo!

—¡A tu pesar! ¡Ah, Isabel! si no es un amor inmenso, una pasión sin límites lo que satisface tus deseos, ¿qué buscas? Sólo la luz de tus ojos pudiera hacerme caer a tus pies; otra mujer besaría los míos para recibir en pago un gesto desdefioso: y ese orgullo que nació conmigo, porque me lo legó mi raza, te lo he sacrificado porque eres el ídolo de mi voluntad.

—No es ese el sacrificio de tu orgullo, es la súplica de tu corazón, o más bien de un impuro deseo.

—¡Oh, te juro por!...

—En vano juras, Zayde—interrumpió Isabel—. Si así no es, ¿a qué aspiras amándome?

—A ser tu esposo.

—¡Mi esposo! ¡Por eso te afanas en allanar el obstáculo que se opone a nuestra unión!

—¡Oh, Isabel, tus palabras me atormentan! Con qué solo abjurando mi religión crearás en mi cariño?

—No, Zayde, no quiero que abracés la religión cristiana por alcanzar mi mano, sino que escuchés mis exhortaciones, y después de reflexionar, adores al Crucificado con toda tu alma y sin el interés de una recompensa mundana, sin que de la religión de Cristo hagas un escalón para llegar hasta mí. Entonces, no el bautismo, sino la reflexión que ha precedido para aceptarle, será una prueba de amor.

—¿Y crees que no hago esas reflexiones?

—¡Imposible, Zayde!—contestó Isabel con solemne tono y dando a sus ojos una expresión de indefinible dulzura. Si así fuese estarías convertido. ¿Cómo pensar, sin abrazarla, en una religión que tiene el amor al prójimo y la caridad por base? Nada hay más dulce que decir; amo a todos y todos

me aman; soy desgraciado, y me compadecen y socorren como hermano; soy rico y feliz, y me bendicen, además, porque socorro y compadezco; el rey es hermano del noble y el noble del mendigo; éste ama a aquél, y aquél al otro, recibiendo en cambio amor como el que dan. Y en el templo donde se adora a mi Señor, no hay grandes ni pequeños; ni el pobre envidia las riquezas del poderoso, ni este la tranquilidad del pobre ni se distinguen los malvados de los justos, porque es tan grande mi Dios, que a todos los cubre con su manto, porque la doctrina del Mesías ha sabido hacer que el inicuo vaya a la casa del Señor con el alma contrita, con el corazón lleno de fe en la misericordia infinita del Criador. ¡Busca en las máximas de tu religión más bien para la criatura! ¡Busca en tus oraciones una sencillez más sublime que la del «Padre nuestro» que sale de los labios del catecismo! ¡Busca el anatema para la esclavitud y la bendición para la pobreza, el llanto y la mansedumbre! ¡Y busca, por fin, esa justa reciprocidad del bien que une a todos tan dulcemente, y una legislación llena de tanta sabiduría como la que el Señor dictó a Moisés y nos predicó Jesucristo!

En aquellos momentos parecía la joven un ángel más bien que una criatura. En sus hermosos ojos no resplandecía ya aquella mirada de mundano amor que antes se veía, expresando sólo uno de esos sentimientos que nacen en el alma sin que la materia participe de ellos; que dilatan, pudiera decirse, el espíritu, haciéndolos asomar al rostro y despedir sus resplandores por el cristal de las pupilas. Sus facciones, antes marcadas con el sello de la nobleza de la cuna, no era respeto, sino admiración, y admiración desnuda de todo sentimiento mundano lo que inspiraban.

Zayde, fija la mirada en el rostro de Isabel, pronunciaba una sílaba, y su alma era presa en aquellos momentos de una terrible lucha. En vano pugnaba por dominar su amor, o ya, olvidando este sentimiento, se esforzaba en desechar la impresión causada por las dulces palabras de su querida. Las creencias que se habían grabado en su corazón, cuando era niño, resistiendo a la verdad, y el amor, de vez en cuando, haciendo más dolorosa aquella lucha: he aquí lo que en tales momentos atormentaba al moro, cuyo corazón, agitado a impulsos de tan fuertes impresiones, parecía que iba a saltársele el pecho.

—¡Isabel, Isabel!—pronunció al fin con agitado acento—.

Por piedad, no prosigas, porque es imposible que sepas lo terrible que es figurarse que se ha de dudar algún día de la religión en que se creyó desde niño. Aunque tus palabras me fascinan, puedo ver que en esos razonamientos falta...

—¡No salga de tu boca una blasfemia!—interrumpió Isabel—. Adivino tus dudas; pero no comprendo cómo tus ojos no se han fijado en la luz que penetra por un cristal sin romperlo; cómo no has pensado en que hay en tí dos seres, el espíritu y la materia, sin ser tú más que uno. ¡Concedéis a Dios una ilimitada grandeza, negándole la omnipotencia, puesto que le negáis la facultad de hacer lo que no podréis concebir claramente porque no sois tan grandes como El! ¡Horrible contradicción que desecha el espíritu humano y que sólo una miserable cabeza puede aceptar! ¡Y quieres aparecer noble a mis ojos mostrando un alma elevada para ser digno de mí! ¡Imposible! No te he amado, sino que he admirado tu figura como se admira una estatua, porque yo no puedo amar un alma mezquina.

—¡Oh! ¿con qué no me has amado?

—Así lo creo, pero si me engaño, desde hoy procuraré arrojar del pecho esa pasión, aunque me cueste la vida.

—¡No, Isabel, no!—exclamó Zayde arrojándose a sus pies. ¡Amame, y de todo seré capaz!

—¡Sacrílego!

—¡Sí, todo por tí!

—Me haces temblar, y... sí... te amo y te amaré sin que abrace mi religión; pero si algún día te veo cristiano, que sea de corazón y no por alcanzar de mí un cariño, que siempre tendrás. ¿Lo entiendes, Zayde? que sea de corazón, de todo corazón, porque yo siempre te amo, y solo en nombre de ese amor te suplico que pienses en mis palabras, que medites en las máximas de mi religión.

Y agitada y húmedos sus ojos, se levantó la joven de su asiento y se salió del gabinete.

Zayde permaneció en la misma postura y fija la vista en la puerta por donde había salido su amada, hasta que la vieja Mencía vino a sacarle de aquel éxtasis.

Pensativo y cabizbajo atravesó las calles hasta llegar a su casa, donde entró del mismo modo, permaneciendo así también hasta que el sueño cerró sus ojos cuando ya asomaba la aurora.

CAPITULO XIII

Ya vimos que Aljamin se fué a casa del virrey apenas dejó a sus compañeros, y nuestros lectores, con fundado motivo, creeran que era un traidor. Efectivamente, el moro representaba entre los suyos el papel de Judas, que nunca falta uno donde más importa la reserva.

No era aquella la primera visita que el morisco hacía al delegado del rey, que entre todos sus espías no tenía uno mejor. Por este medio, pues, sabía cuanto se tramaba contra el gobierno, y podía evitar cualquier golpe meditado. Así es que, no sólo tenía ya tomadas sus medidas, sino que había escrito al rey, poniéndole al corriente de todo.

El Consejo de Castilla, el tribunal de la Inquisición y el arzobispo de Toledo, estaban encargados de informar sobre la justicia y conveniencia que habría en desarmar a los moriscos.

Mucho debió pensarse sobre esto, porque si bien era verdad que las recientes revueltas en la Alpujarra parecían suficiente motivo para sujetar cuanto posible fuese a los moriscos, también lo era que los de Valencia y Extremadura no ayudaron a los de Granada en la rebelión y que quizá después no hubieran pensado en motines a no intentar el gobierno darles un golpe más, después de los que habían sufrido, sin que les sirviesen la defensa de las condiciones del tratado que Fernando V e Isabel I firmaron a Boabdil, último rey moro de Granada.

Cada cual influía en este asunto según su conveniencia. El clero, apoyado por la Inquisición, hacía cruda guerra a los hijos de Mahoma; el Consejo de Castilla, casi imparcial, pero cuya voluntad, si bien libre, no lo era tanto como parecía, estaba indeciso entre favorecer los intereses materiales, porque no eran otros los que se disputaban, de la Iglesia, o atender a las justas reclamaciones de gran parte de los señores de las provincias de Valencia y Extremadura, que protegían en cierta manera a los moriscos, porque de

otro modo tenían casi por cierta su ruina: y no andaban en ello poco acertados, puesto que de otro modo, como luego sucedió, sus vastas posesiones hubieran dejado de producirles el mucho oro que de ellas sacaban.

El arzobispo de Toledo, el valiente Quiroga, pensaba ajustar el informe a su conciencia, sin miedo a los grandes del reino; esto, sin embargo, no era una razón para que anduviese acertado.

Esta clase de asuntos eran en aquella época de grave interés, porque de ellos dependía la conservación del reino. El Sultán aguardaba ansioso el día en que los moriscos le pidiesen socorros y secundasen sus ideas para apoderarse de España, como creemos que habria sucedido si las oportunas medidas adoptadas por don Juan de Austria no hubieran descompuesto sus planes.

Felipe II obraba en esto como en todo: puede decirse que aquel rey no era impulsado mas que por estos dos móviles: ambición y religión; los mismos que le hicieron llevar a Francia una guerra interior, convirtiendo en juguete suyo a Catalina de Médicis, y enredar los negocios en Inglaterra con Escocia.

Habían pasado tres días desde que vimos a Zayde al lado de Isabel.

En este tiempo advirtieron los moriscos que eran vigilados más que de costumbre se tenía, resultando al fin que Hazem fué preso por los dependientes del Santo Oficio; y como el acontecimiento era importante, se resolvió avisar a Mahomet-Benejí para que redoblase sus esfuerzos.

Ninguno pareció más a propósito para esta comisión que Aljamin; y en efecto, a las ocho de la mañana se le vió salir por las puertas de Valencia, caballero en una mula, y llevando las necesarias instrucciones para el padre de Zayde; pero los moriscos no sabían qué otras instrucciones llevaba también al virrey, con un repleto bolsillo que éste le dió.

La mula era buena, y nuestro morisco la espoleaba sin compasión; así es que a los seis días entraba en Toledo y se dirigía a la posada del *Ave-Maria*, que es la misma en que vimos a la dueña de la Morisca.

Esta posada la mejor de Toledo, se componía de un gran patio, cocina y cuadras en el piso bajo, y en el superior, además del salón con una alcoba en que se alojaba doña María, otra sala más pequeña, y varias piezas con puerta todas a un corredor que daba al patio; además algunos caramanchones, que hoy llamamos boardillas, coronaban el edificio

en cuyo exterior se veía un balcón y dos ventanas, amén de la ancha puerta sobre que estaba escrito con ocre el título de la posada. Su dueña era una viuda de cuarenta años, fresca y robusta, de pardos ojos, ancha nariz y gruesos labios, y cuyo conjunto era de esos que nada expresan. Habladora en demasía, y con un singular talento para saber a las dos horas la vida y milagros de todo el que se alojaba en su mesón, sin sacar de esto nada más que el placer de referir a los otros lo que sabía de uno. Tenía una hija de diez y ocho años, no mal parecida, y cuyos ojos negros vivarachos le habían valido más de un piropo y una buena propina, sin otros provechillos que la crónica nos calla y que nosotros sospechamos, porque a fuer de novelista somos bastante maliciosos.

El salón en que habitaba la morisca tenía en una de sus paredes laterales la puerta de la alcoba, y en la de enfrente, a bastante altura, una pequeña ventana cerrada con vidrios que caía a la sala contigua. Aquella ventana se había hecho sin duda para dar más luz a la otra habitación, que no tenía más claridad que la que entraba por la puerta.

Un caballero que sostenía en sus brazos a otro que, vendada la cabeza y ensangrentadas las facciones aparentaba haber perdido el conocimiento, fué instalado por la posadera, nueve días antes del en que estamos, en la salita de la ventana. Allí encerrados no recibían más visita que las del cirujano y una señora de avanzada edad. La vida de Hipócrates la sabía la dueña del mesón; la de la señora la averigüó fácilmente; pero no fué tan feliz con respecto a los nuevos huéspedes, de quienes no supo ni el nombre. Y como en ellos han conocido ya nuestros lectores al caballero Relámpago y a Federico, entraremos en su habitación para saber en qué estado se encontraban.

Dos camas se veían allí. En una estaba Federico con la cabeza llena de vendajes. La palidez de sus facciones, lo apagado de sus ojos y el abatimiento que se notaba en todo su cuerpo, denotaban no hacer muchas horas que lo había dejado un acceso de fiebre: su respiración era trabajosa, y débiles sus movimientos.

A la izquierda de la cama había una maciza mesa de nogal que estaba justamente bajo la ventana de que hemos hecho mención. Apoyado el codo derecho en aquella mesa, y la mejilla en la mano, se hallaba Antonio, fruncido el ceño y más pensativo que de costumbre. Se retorció el bigote dán-

dole varias formas, y esto en él era señal fija de que estaba apurado.

Serían poco más de las cuatro.

—¡Rayos del infierno!—exclamó el capitán al cabo de algunos instantes y variando de postura—. ¡Nueve días!

—¡Nueve siglos!—contestó el joven con débil acento.

—Me quedan seis y... no hay remedio, estoy perdido. En el tiempo que ha pasado sabe Dios el camino que habrá corrido esa maldita morisca. Está visto; tengo que decir al rey: «Aquí está mi cabeza, señor, porque no sé más que decir fanfarronadas sin cumplir lo que prometo.» Y si S. M. se muestra clemente, me contestará: «No quiero más que tu mano para que otra vez, antes que comprometas a tu rey una palabra, la medites.» ¡Y me la cortarán sin que yo haya podido ahogar con ella a esa sierpe! ¡Voto a Satanás, que antes me matará el coraje!

—Vos tenéis la culpa porque no habéis querido salir de aquí. ¿Quién os impedía registrar hasta el último rincón del convento de santa Ursula?

—Y creéis que pudiera encontrarse allí doña María? Al contrario, estoy segurísimo de que se habrá alejado lo posible de aquel sitio.

—Pero nada perdíais en ello... y... al fin.

—Sí, al fin hubiera sabido de María... es verdad... pero doña Constanza nos traerá noticias, porque yo con entrar en el convento nada adelantaba en ese asunto; ya veis que una cosa es registrar, y otra hablar a vuestra dama.

—¡Ah! indudablemente hay algún misterio en vuestra conducta y la de doña Constanza. ¿Cómo es que María no me escribe? Si ignora mi estado, ¿por qué no contesta a mi última carta? y si lo sabe, ¿cómo no me consuela con sus escritos?

—Lo sabe todo, pero ya veis... por prudencia... vuestro estado... porque... sus cartas os causarían una impresión... así... no sé cómo dice el cirujano... en fin, tiene prohibido que recibáis impresiones que ataquen al cerebro por medio de sensaciones fuertes... ¿comprendéis? Las cosas de amor que siempre afectan tanto a los jóvenes: si yo supiera explicarme como él, ya os convencería.

—¡Oh, no, caballero! Nada me afecta tanto como carecer de noticias de María, y pensar si me habrá olvidado.

—Noticias tuyas tenéis: está perfectamente buena. En cuanto a haberos olvidado, no lo creo porque ella os ama de

veras, aunque no hay que fiar mucho en el amor de las mujeres; son mudables; hoy se entusiasman con unos ojos negros. mañana con otros azules, y aun si se fijan mucho en una flor rara y bonita se entusiasman también hasta el punto de olvidar a su amante, o sus amantes, porque alguna, y no son pocas, tienen más de uno... a propósito de muchos amantes y de flores, voy a contaros lo que me sucedió el año de... de... hace tres años. Pues señor, estaba yo en...

La posadera le interrumpió entrando en aquellos momentos con una luz, y he aquí como nuestro caballero que quería recurriendo a su viva imaginación, alejar de Federico la idea de María, se vió socorrido por la viuda que con su eterna verbosidad vino a sacarle del apuro.

—¡Alabado sea Dios! Muy buenas noches tengan vuestras mercedes—dijo dejando la luz sobre la mesa—. Aunque no es muy tarde, he creído que vuestras mercedes necesitarían luz, porque como esta habitación no tiene mucha claridad... y sin embargo, después de la pieza contigua es la mejor de la casa y me ha dejado muchos maravedises. Justamente el día antes que vuestras mercedes llegasen se fué de ella un caballero de Sevilla, y en seguida se hubiera ocupado por la señora que tiene la sala, que llegó el mismo día que vuestras mercedes, a eso de las tres, si no hubiese preferido pagar medio escudo diario con tal de tener balcón. Por supuesto, ¿qué le importa? Si llevaba un bolso lleno de oro... y... a pesar de eso, no estoy muy contenta porque me disgustan esos huéspedes que se tapan la cara y ocultan su nombre. Y no sé para qué deseaba tanto boato en la habitación, si al anochecer del mismo día se puso en la calle y ésta es la bendita hora de Dios que no ha vuelto; por manera que quien disfruta las comodidades de mi casa son una dueña tuerta y más horrible que la noche, y un escudero de mala catadura que debe ser mudo o faltarle muy poco.

—Tuerta ¿eh?—dijo Federico después de echar una mirada de inteligencia al capitán.

—¡Buena cosa tenéis en casa! ¡Una dueña tuerta y quizás bruja!—añadió Antonio con tono burlón.

—Nada me importa—prosiguió la viuda—. Pagan bien y... si es bruja con su pan se lo coma, que yo soy enemiga de murmurar y... en fin, a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

—Pero decidme... ¡demonio! no sé como llamaros porque aún ignoro vuestro nombre—dijo el capitán.

—Felipa para servir a Dios y a vuestras mercedes, que yo no oculto a nadie mi nombre.

—Hacéis bien—replicó Antonio en eso os parecéis a mí, donde quiera que voy digo a cara descubierta: aquí está Juan González, hidalgo, que acompaña a su primo Pedro de Aranda, naturales ambos de la Mota del Cuervo.

—Mal viaje llevan vuestras mercedes, si he de juzgar por el estado en que se encuentra el señor Pedro.

—Nos han querido robar, y a mi primo le ha costado lo que veis—contestó el hijo del ventero.

—Y peor hubiera sido que quitaran además a vuestras mercedes lo que llevaban. ¡Bien vengas mal si vienes solo! ¡Cuánto más justo sería que a esa señora tapada que debe ser muy rica!... pero cuando Dios lo ha dispuesto así...

—Esa señora... ¿y al fin os habéis quedado con la gana de verle el rostro y saber si también era tuerta?—preguntó Antonio afectando indiferencia.

—No del todo, porque han de saber vuestras mercedes, que cuando me iba después de dejarle en su habitación; me acordé que no les había preguntado si se disponía alguna comida; entonces volví y sin avisar abro la puerta; la señora se había levantado el velo, y al sentirme le volvió a bajar, pero no tan pronto que yo dejase de ver que era joven y una morena bastante hermosa.

—¡Bah, bah!—contestó el capitán Relámpago—. ¡Sabe Dios quién será! ¡Tátese hasta que yo la avise! De cualquier modo, si ya no está en Toledo, ¿qué nos importa?

—No se, señor Juan. Es lo cierto que aquel día a eso de las seis de la tarde llegó un jinete cuyo caballo quedó muerto en la puerta. Estuvo hablando con la señora, salió, vino otra vez y volvió a montar partiendo a escape. A poco rato se fué la señora acompañada del escudero, a quien no vimos entrar en la casa hasta bastante tarde; pero solo. Todo esto me da que sospechar, y todo será que me proponga averiguar lo que hay; a fe que soy más testaruda que un flamenco! ¡Bah! Que le hubiesen preguntado si no a mi difunto marido, que esté en gloria, el cual ya sabía...

—Me parece que os llaman—interrumpió el capitán que veía venir una serie de anécdotas que nada le interesaban.

—No me dejan vivir. Perdonen vuestras mercedes, ya vendré por aquí algunos ratos.

—Nuestros amigos volvieron a quedar solos.

—Y bien...—dijo Federico.

—Que hemos averiguado mucho y nos encontramos peor que nunca. Sabemos que su dueña está a seis pasos de nosotros, y que ella nos tendió el lazo que os tiene en esa cama; pero también debemos estar seguros de que aquella misma noche salió de Toledo, porque no es tonta y haría sus cuentas diciendo: «Entos saben donde estoy y me persiguen: así como el maldito Relámpago puede morir esta noche, es posible que se salve, porque es un demonio, y entonces estoy perdida: ¡corre, María!» y tomando las de Villadiego habrá andado ya mucho camino.

—¿Y no se os ocurre un medio?...

—¡Voto a cien legiones! ¡Un medio! ¿Me suministráis alguno? No hay más que decir al rey: «Aquí está mi cabeza o mi mano.» ¡Rayos y centellas! ¿Con qué no hay recurso, capitán Relámpago, o capitán demonio? ¡Ira de Satanás!

—El tiempo que gastáis en jurar lo podíais invertir en...

—En nada, ¡rayos del infierno! Sólo jurando puedo combinar planes, como vos decís; y si no los combino, viene algún acontecimiento favorable, porque parece que mis votos son los esbirros que me traen presa la buena fortuna para hacer de ella lo que me plazca. ¡Por Santiago! voto a las narices de mi abuelo! ¡trueno y... y fuego!—exclamó el soldado al dar una puñada en la mesa y continuando en el mismo lenguaje hasta que le faltó la respiración.

Casualidad sería, pero casi siempre tras sus votos encontraba la fortuna.

Al concluir el capitán Relámpago se oyó en la otra pieza exclamar:

—¡Todo, sí, todo!

—¡Hola!—dijo el capitán en un tono que no tenía la menor señal de mal humor—. Pues no me había ocurrido semejante cosa. Poniendo sobre la mesa una silla, y sobre la silla mi humilde persona, llegaré a esa ventanilla colocada por la mano de un albañil que debía tener mucho talento: así podré ver y oír y... para que no me divisen apagaré la luz.

He aquí lo que vió y oyó.

Estaba la morisca sentada en un sillón, a su derecha el señor Carlos, a su izquierda Giomar, y enfrente un hombre como de cuarenta años, alto, bien formado, de tez morena y espesa barba, ojos negros y expresivos así como hermoso el

resto de sus facciones, y escasos sus cabellos que comenzaban a encanecer.

—No, Mahomet—dijo la morisca dirigiéndose al que tenía delante— no se perderá todo. Os arrebatáis fácilmente y eso os trastorna la razón.

—Me arrebató porque ya no tiene remedio nuestro mal: me arrebató porque habéis perdido un tiempo precioso: sólo vuestra poca diligencia ha dado lugar a la prisión de Hacem, y esto debemos sentirlo por más de un concepto. El virrey debe saberlo todo, y sabiéndolo el virrey lo sabrá el rey y el que informe a nuestro favor.

—Tened en cuenta—contestó la morisca—que me acusáis sin fundamento, porque no sabéis si he dejado pasar los días inútilmente. ¿Creéis que sea tan fácil agitar esa clase de asuntos en los que un paso mal dado, una palabra dicha inoportunamente me hubiera comprometido?

—Lo que creo es que debíerais tener más entusiasmo por una causa que es tanto vuestra como mía, y que debíerais acordaros que la sangre de Aben-Aboc humea aun en la plaza de Bib-rambla.

Cómo no debíerais vosotros haber olvidado que le dejásteis morir sin socorrerle, y como sus partidarios debieran también recordar que ellos fueron los que le entregaron a sus verdugos.

—Ni era yo de sus capitanes—contestó el moro—ni dejé de hablar a los de Valencia para que le ayudasen; si no me hicieron caso, la culpa es de ellos. Pero en fin, lo que interesa es tomar una determinación pronta y eficaz.

—Esta noche salgo para Madrid, y el resultado pronto lo hemos de tener. Marchad a Valencia, y si antes que el gobierno determine, puede estallar la rebelión, mejor, porque entonces poco nos importan los informes del arzobispo. Tened entendido que mi viaje a Madrid es un enorme sacrificio porque tal vez me cueste la cabeza: esto os lo digo para que aprendáis a tener resolución y se la comunicéis a los demás.

—¿Con qué marchas?—dijo para sí Antonio—. No será sin que yo te acompañe.

—Si tuviésemos tanto medio como decisión, ya estaría todo concluido—contestó Mahomet-Benejí.

Después salió seguido del señor Carlos, y un diálogo de distinto género se entabló entre la morisca y su dueña.

—Dentro de dos horas me marchó—dijo doña María—pero

os quedáis aquí para seguir mis instrucciones; sobre todo sed más diligentes que hasta aquí y averigüad si vive don Federico y cuál es su paradero.

—El cadáver de don Federico no se ha encontrado, y es probable que viva; en cuanto a su paradero, no es tan fácil averiguarlo.

—Sea o no fácil, así lo quiero.

Guiomar hizo una reverencia, y fué a sentarse en un rincón; la morisca se puso a escribir; Antonio se bajó de la silla a la mesa y de ésta al suelo, y después hizo encender nuevamente la luz: esta vez entró en el cuarto la hija de Felipa, la alegre Lucía; pero no estuvo más que el tiempo preciso, y salió, aunque no si llevarse un abrazo del capitán.

Ahora, comience el lector otro capítulo si quiere saber lo que después sucedió.

CAPITULO XIV

En tanto la morisca escribía; rezaba la dueña y suspiraba Federico; el hijo del ventero, sentado junto a la mesa, hacía las siguientes reflexiones.

—El asunto es peliagudo y merece pensarse. El prender a esa víbora es muy fácil; sin embargo, veamos lo que puede suceder. Cuando caiga en mis uñas me es preciso marchar a Madrid para entregarla a la justicia: nada más sencillo que esto; pero ¿y Federico? Queda sólo a merced de una posadera habladora, y lo que es peor, a seis pasos de la dueña tuerta que debe ser tan infame como su señora la del alma torcida. No conviene, Antonio, echa por otro camino. ¿Y por cuál? No le encuentro. Dejarla en libertad es perder la mano derecha, que aun tiene que dar muchos mandobles. ¿Qué haré?... ¡Voto a los cuernos de Satanás! ¡Rayos y centellas! ¡Cien le...! ¡ah! ya está aquí—exclamó dándose una palmada en la frente.

—¿Quién?—preguntó Federico mirando hacia la puerta.

—El capitán Relámpago.

—¡Vos! Pues no os había visto salir, no por consiguiente entrar.

—Os lo explicaré: el caballero Relámpago y Antonio Díez son dos personas distintas y un sólo hombre verdadero: hace poco rato, que no se encontraba aquí más que el segundo, que es bastante torpe, y cuando me oísteis exclamar fué porque volvió el primero a unirse y a soçorrer a su inseparable amigo que estaba muy apurado. ¿Lo comprendéis ahora?

Casi estoy por decir que me ha confundido más vuestra explicación; pero sí me he convencido que no hay nada que os apure.

—Corriente; pero ello es que la morisca ha caído en mis manos y que no se escapará.

—¿Qué haréis?

—Me quedan seis días de término, en los que indudablemente estaréis en disposición de salir a la calle: esta noche prendo a doña María y la encierro en casa de doña Constanza; luego con la dueña, que no sabrá semejante cosa, hago lo mismo, y así ya, aguardo cinco días, y pasados estos os vais a vivir también con doña Constanza: entonces ya no tengo cuidado, y marchó a Madrid para decir al rey: «Aquí tenéis esta alhaja. ¿Qué os parece?»

—Muy bien: y ahora no me negaréis que formáis planes.

—Eso no es plan.

—¿Cómo?

—Porque en un plan entran todos los medios de que uno piensa valerse para llevar a cabo una cosa, y lo que yo he dicho es la cosa y no el plan, porque no sé todavía cómo haré esa prisión sin que la tuerta lo entienda.

—Ya veis que no sois un tosco soldado, como decís, puesto que raciocináis muy bien—contestó sonriendo Federico—. Ahora pensad el cómo ha de ser, porque el enemigo es temible.

—Eso no: sobre el terreno obraré según convenga, y estoy seguro del buen resultado con tal que el caballero Relámpago no abandone a Antonio.

—Para todo encontráis recursos, menos para lo que me daría la vida.

—¿Volvemos a la andadas? ¡Al diablo los amantes que no saben hablar sino de su amor! Y en suma, ¿qué queréis? ¿ver a María? Eso no es posible hasta que estéis completamente bueno, porque ella no ha de venir a visitaros.

—Quiero al menos noticias tuyas.

—Os doy cada día un millón de ellas. Está buena y desea que vos lo estéis también.

—¿Pero me ama como siempre?

—¡Bah, bah! ¿Quién es capaz de saberlo?

—¿Y por qué no me escribe?

—¡Sabéis, don Federico, que hacéis más preguntas que un escribano? No os escribe porque el médico tiene prohibido que recibáis expresiones... en fin, ¿he de volver con la música de antes?

—¡Ay, amigo mío! Aquí se oculta...

—¡Voto va—exclamó Antonio interrumpiendo al doncel—. Ya me olvidaba de la morisca. Vuelvo a la ventana, porque sólo así puedo saber el momento en que toma el camino. No me

habléis ahora; necesito que haya un silencio profundo. ¡Rayos y centellas!

El hijo del ventero apagó la luz, poniéndose de nuevo a observar por la ventanilla.

Una hora estuvo allí, en la que no vió otra cosa que escribir a doña María y dormir a la vieja; pero al cabo de este tiempo, el señor Carlos entró en la habitación.

—Están pronto los caballos—dijo a la morisca.

—Bien—contestó ésta—sacados a la calle para que yo no tenga más que montar y partir.

El señor Carlos salió y, pasados algunos instantes guardó la morisca su escrito y tomando un largo velo se cubrió perfectamente el rostro.

—Llamad—dijo a la dueña.

—Esta obedeció, y Lucía acudió llevando en la mano un candil.

—Queda sola mi dueña—le dijo la morisca—no sé el tiempo que tardaré en volver, pero quiero que sus órdenes se ejecuten con la mayor exactitud, lo que sabré recompensar. Tomad—prosiguió dándole un escudo de oro, y alumbradme.

—Dios dé a vuesa merced mucha salud y larga vida—contestó Lucía guardando la moneda—. Bien puede marchar des-cuidada vuesa merced, que lo más mirado de la casa será su dueña.

La morisca salió seguida de Lucía. Antonio dejando su puesto de acecho, se envolvió en la capa y las siguió cautelosamente; pero al llegar a la mitad de la escalera, comenzó a bajarla muy de prisa y gritó a la hija de Felipa:

—¡Lucía, Lucía; a mi primo le ha acometido un desmayo; acudid pronto y no le abandonéis mientras hago venir un médico! ¡Andad, yo alumbraré a esta señora! ¡Por Dios, corred!

Y arrebatando el candil de las manos de la doncella, le hizo, casi a la fuerza, que corriese hacia su habitación, en tanto que él proseguía diciendo:

—¡Por Dios, id de prisa!

La pobre muchacha, turbada tan repentinamente, subió de dos en dos los escalones, desapareciendo antes que la morisca pudiese decir una palabra.

Entonces el capitán, levantando la luz a la altura de su cara, quedó parado mirando a doña María con aquella misma sonrisa que tanta superioridad le diera sobre su antagonista.

la noche que sacó a Federico de la misteriosa habitación de la calle de San Nicolás.

Sobrecogida con aquella aparición, la hija del moro no acertó a pronunciar una sílaba.

—¿Me conocéis, doña María?—preguntó Antonio.

Ella continuó silenciosa.

—¿Me conocéis, doña María de Alhamar, llamada la morisca?

—Caballero... os equivocáis—contestó ésta con entrecortado acento.

—Hace trece años que una noche en la *Venta del Cuervo* comenzásteis del mismo modo, que yo ahora un diálogo con don Fernando de Aguilar.

—¡Caballero!...

—Señora, lo mismo da que me equivoque o no; esta orden de nuestro señor rey don Felipe II me autoriza, no para prender a doña María, sino a la persona que más me plazca. Oíd.

—En seguida leyó la orden real, y luego añadió:

—Si no os convencéis, fijad vuestros lindos ojos en ella, pero sin tocarla, porque no me fio de vos.

—Todo lo que venga de vos y parezca una brujería, lo creo. ¿Qué queréis?

Imitando las palabras que pronunciásteis en la *Venta del Cuervo*, os diré: «Nada; sólo deseo que cumpláis mis órdenes.» Seguidme, pues, y silencio, porque de otro modo saldrá a relucir un hermoso puñal que siempre llevo conmigo. ¿Lo entendéis? Os prohíbo que ni en castellano ni en esa jerga que hablan vuestros servidores digáis una palabra al vejete que espera a la puerta con los caballos.

—¿Pero cómo?...

—No os importa, señora; ya sabéis que para mí no hay nada oculto. Seguidme.

—¡Oh!—exclamó la morisca con desesperación: guardaos de mí.

—Ya lo hago; descuidad y gracias por la advertencia. Bien dice el refrán: «Del enemigo el consejo.»

Doña María siguió al capitán; al llegar a la puerta quiso aproximarse al señor Carlos, pero Antonio le separó, continuando su camino; como el viejo hipócrita vió que su compañera de intrigas nada le había dicho, quedó parado y aguardó.

Apenas dejara el capitán encerrada a la morisca volvió

a la posada, y mostrando a Guiomar la orden, la obligó a seguirle, poniéndola también a buen recaudo. Esta vez se mantuvo quieto el vejete, que al segundo regreso de Antonio recibió de boca de éste una orden de doña María para retirarse.

—¿Qué tal?—dijo nuestro soldado a Federico luego que entró en su cuarto. Ya están al abrigo del viento la señora y la dueña.

—¡Cómo! ¿Es cierto?—contestó el doncel.

—¡Bah, bah! y tan cierto.

—¿Pero qué diablo de enredo habéis armado para que venga Lucía a socorrerme?

Antonio refirió lo sucedido, y luego añadió:

—¡Voto al diablo! Ya no falta más que ver cómo se evita que esa serpiente haga saber vuestros amores al rey.

—Eso es imposible.

—Ya buscaremos un medio: ahora preparaos a recibir la visita del cirujano que no debe tardar.

En seguida se sentó muy satisfecho, dejando escapar algunos votos.

Y como tenemos abandonados a nuestros amigos de Valencia, bueno será ir en su busca.

CAPITULO XV

La nobleza antigua no era la nobleza de nuestro siglo: entonces era un cuerpo cuya alma era el rey, y hoy es un cuerpo sin alma. De otro modo: era un jinete con su correspondiente cabeza, y ahora sólo quedan sus piernas porque la cabeza se separó para coronar a otro gigante que se llama el pueblo.

Como cuerpo con alma, tenía el orgullo que hoy no tiene, y todo lo sacrificaba por conservar la pureza de su sangre, el esplendor de sus timbres y la fuerza moral que le daban sus tradiciones. Como jinete con cabeza, había calculado muy bien que con su sangre no debía mezclarse otra alguna, porque el día que dejase de componer una familia, aislada del resto de la sociedad, porque se introdujeran en ella otros que no fuesen de los suyos, perdería su prestigio y tras éste su poder.

He aquí explicado el por qué a un noble de entonces no le era tan sensible la muerte de un hijo como el casamiento de éste con un plebeyo. Lo primero, se consideraba como una desgracia; y lo segundo, como una deshonra.

El conde de Santa Elena, cuya nobleza databa desde el siglo XII, era uno de los más orgullosos señores del reino de Valencia, y quizá el más escrupuloso en conservar la pureza de su sangre y el brillo de sus blasones, que tenía estampados en todos los sitios más visibles del exterior e interior de su casa. No se crea, sin embargo, que era uno de esos hombres que no han leído otros libros que sus ejecutorias, ni descifrado otros signos que los que encierran los cuarteles de sus escudos; el conde tenía bastante talento y no poca instrucción; pero como es posible, y más en aquellos tiempos, unir

esta al orgullo de la cuna, no debe extrañarse ver mezcladas en él una y otra cosa.

De grave continente, era altivo con todos, hasta con su hija, la hermosa Isabel, a quien amaba con extremo: hubiera preferido un varón que perpetuase su nombre, pero el cielo no le concedió tan deseada dicha.

Frisaba en los cincuenta años, y hacía seis que estaba viudo.

Su perdida esposa fué una de aquellas mujeres que nacen muy de tarde en tarde. De alma noble y sensible, singular talento y no común instrucción, educó a su hija de tal modo que más tarde llegó a ser la envidia de las mujeres y la admiración de los hombres. Como recatada y discreta, era Isabel el modelo de las damas; como donosa y bella, la más encantadora flor del edetano jardín.

Ahora, pues, que hemos dicho quién era el padre de Isabel, y hemos añadido algo a las cualidades de ésta, referiremos lo que había sucedido desde que Aljamin salió de Valencia, hasta la noche en que la morisca cayó en manos de Antonio.

Hay un adagio español que dice: «que el amor y el dinero no pueden estar ocultos.» Efectivamente, por grande que sea el cuidado que un amante ponga, nunca falta un criado indiscreto o una vecina curiosa que dé principio a la publicidad. La primera palabra del criado de la vecina, pasa de boca en boca, pero encargando el silencio; y esto es lo que vulgarmente se llama el *rum rum que corre*; y este *rum rum*, que crece tanto como disminuye la reserva, es al cabo de poco la verdad de un hecho que nadie pone en duda.

Esto es lo que sucedió con los amores de Isabel: si el principio fué la indiscreción de su dueña o la curiosidad de una vecina, no lo hemos podido averiguar; pero es el caso que en toda la población no se hablaba de otra cosa, y que hasta su padre lo supo el mismo día en que estamos, que es el tercero después de la marcha de Aljamin.

Eran las once de la mañana.

En una espaciosa habitación donde se veían muchos retratos de diferentes épocas, se hallaba sentado el conde. Eran negros sus ojos y altivo su mirar; larga, pero bien dibujada su nariz; espaciosa la frente, que coronaban blancos cabellos, enjuto el rostro, encanecido su espeso bigote; elevada su estatura y no muy grueso.

Después que dió a su rostro toda la severidad de que era

susceptible, mandó llamar a su hija que apareció a los pocos momentos.

—¿En qué te ocupas, Isabel?—le preguntó el conde.

—Leía, señor.

—¿Sin duda la Biblia?

—El Evangelio de San Mateo.

—Parece que quieres afirmarte más y más en los principios de tu religión.

—Así lo he procurado siempre.

—Eso me agrada; pero no será malo que alguna vez interrumpas tus santas meditaciones para repasar la historia.

—Haré con gusto lo que me mandáis.

—Sumisa estáis, señora.

—Os tornáis severo, padre mío. ¿Os he ofendido?

—Es que ahora no soy el padre; soy el maestro que va a explicar la historia, pero la historia de vuestra familia: soy, en fin, el comendador don Luis de Mendoza, conde de Santa Elena, vizconde de la Peña y barón de Mendoza.

—Señor...

—Principiemos—interrumpió el conde—. Vos me explicaréis y yo corregiré y aumentaré donde convenga.

—Los datos más remotos...

—Aguardad. ¿Conocéis a aquel caballero?—dijo el conde señalando el retrato de uno armado de pies a cabeza.

—Es Juan de Mendoza—contestó la joven—que ganó nobleza derramando su sangre en las guerras contra los moros.

—¿Y el que sigue?

Murió el año de 1135.

—Pedro de Mendoza que con veinte peones atacó y tomó un fuerte guarnecido por cincuenta moros que degolló.

—Proseguid.

—El otro es José Mendoza, valiente caballero, de quien podría referir muchas hazañas. Después Alonso de Mendoza, que tomó a los moros el castillo de Alhama. Luego otro Pedro, terror de sus enemigos por su valor y destreza en manejar la lanza. Ahora Miguel, traidoramente asesinado en 1311, por los moros de la vega de Granada. Por este acontecimiento mandó el rey Fernando IV que se añadiese a nuestro escudo un cuartel en que se pusiera una daga en campo de gules. En seguida Juan, que para borrar el amor que le inspiró una mora cordobesa, buscó la muerte en las batallas. Alonso, primer conde de Santa Elena, y cuyos hechos de armas son numerosos. Fadrique, nombrado por don Alonso XI vizcon-

de de la Peña en el sitio de Gibraltar, donde dió grandes pruebas de valor y ayudó con gente y dinero; desde entonces mantiene nuestra casa en tiempo de guerra cuatro lanzas.

—Basta—dijo el conde—. Lo que quiero saber es que hasta el día ninguno de vuestra familia ha desmentido su nobleza. Uno sólo, Juan el hijo de Miguel, estuvo en gran peligro por la pasión que le inspirara la mora cordobesa; pero ya veis que prefirió la muerte a la deshonra.

—Hizo lo que debía, señor—contestó Isabel ruborizándose.

—Supongo—prosiguió el conde—que no habrá degenerado nuestra familia hasta el punto de que se encuentre en ella un individuo que haga otra cosa que Juan de Mendoza...

—Padre mío...

—Responded—dijo el conde clavando en su hija una severa mirada—. Responded, pero de un modo terminante.

La joven había comprendido la dura reconvencción de su padre, y todos sus miembros se agitaron. Primero se vió afluir a su rostro la sangre, y luego una palidez mortal cubrió sus mejillas.

—Ninguno—contestó con agitado acento—. Vos no sois capaz de desmentir vuestra alcurnia, y yo no olvido que soy nieta de Juan de Mendoza.

—En verdad, señora, que no comprendo vuestras palabras porque las desmiente vuestro rostro. Habéis tenido una madre que nunca os enseñó a mentir.

—¡Madre mía!—exclamó Isabel dejando escapar el llanto que estaba comprimiendo. ¡Tú que desde el cielo ves mi corazón, comprenderás la verdad de mis palabras! ¡Ah! ¡Si vivieras ayudarías en esta ocasión a tu hija que aun no te ha olvidado!

—¡Y con ese descaro, señora, os atrevéis a invocar a vuestra madre! ¡Con ese descaro negáis que una pasión innoble ha venido a echar sobre vuestra frente una mancha que jamás se borrará.

—¡Mi frente está pura, señor!—exclamó Isabel levantando con orgullo su cabeza.

—¡Pura, sí!—repitió la joven—. ¡Aun puede ceñir dignamente las coronas que debe heredar!

—¿Todavía?...

—¡Sí, señor conde de Santa Elena: porque... ¡ah!... perdonad, padre mío! ¡Oídme por compasión! ¡Oídme como mi madre lo hacía! ¡Ah, me matáis!... ¡Por Dios, padre mío, escuchad a vuestra hija!

La hermosa joven se dejó caer de rodillas y cruzó las manos en ademán suplicante. Su cabeza estaba trastornada, sentía latir violentamente el corazón, y todo su cuerpo se estremecía.

El conde, más que nunca adusto el ceño, luchaba, ya por dominar su orgullo, ya por mostrarse insensible a los ruegos de Isabel.

—Hablad—dijo por fin a esta.

—Señor—contestó la joven con apagado acento—, vais a pronunciar mi sentencia de vida o muerte. Hace un año que mis ojos, por desdicha, se fijaron en los de un hombre hermoso... ¡ah, perdonad! se fijaron en otros ojos que al mirarme me hicieron estremecer. Yo, padre mío, no sé... ¿cómo os lo he de explicar?... Desde entonces uno y otro día me arrastraba el corazón, pero me arrastraba con una irresistible fuerza, hacia el sitio por donde veía pasar a aquel hombre; él me miraba y hacía palpar mi corazón de gozo y de otra cosa que yo no comprendía entonces... yo con los ojos le devolvía... también ignoraba entonces lo que le devolvía, pero ahora sé que era amor... Por fin me dijeron sus palabras lo que tantas veces me habían repetido sus ojos, y yo, turbada... no sé lo que le dije... me pareció aquello un sueño... y... desde entonces no pude permanecer tranquila sino viéndole y hablándole. Llegó un momento en que comprendí todo lo peligroso de mi posición, porque se puso ante mi vista mi cuna y oyó mi conciencia un grito que decía: «¡olvidas tu religión!» ¡Ah! entonces se desgarró mi alma, porque conocí que jamás podía ser de aquel hombre, de quien me separaba la cuna y la religión; procuré olvidarle... ¡Imposible! ¡Hay sentimientos para los cuales es débil la voluntad! Una daga que atraviesa el pecho se puede arrancar con las manos; pero esó que se llama amor, que no se palpa, aunque se siente, no se puede arrancar con la voluntad, porque esto se mengua tanto con el dolor de la llaga, que impotente y sumisa, es vencida si lucha, y obedece si le manda el corazón; ¡que no hay esclava más débil que la que antes fué señora! ¡Oh, padre mío! ¡Qué lucha tan terrible sostuvo mi fe cristiana y mi orgullo con el amor que sentía!... ¡Pero en vano! Sólo triunfó la fe, porque el orgullo perdió sus fuerzas. Entonces desplegué todo el ascendiente que ejerzo sobre Zayde, y creo que muy pronto adorará a Cristo con tanto fervor como el primer católico. Esto ha hecho nacer en mi pecho una esperanza, porque ya convertido creía ablandar el vuestro para que le entregaseis mi mano.

En tanto que habló así Isabel, se había pintado en el rostro

de su padre toda la indignación que brotaba de su orgullo. No podía estar satisfecho, porque aun siendo Zayde cristiano, le faltaba ser noble. Así es que contestó a su hija con un tono lleno de amarga reconvención:

—¡Ahora podéis repetir que sois digna de ceñir las coronas de vuestro padre! ¿Qué falta a ese miserable moro más que ser cristiano? Nada, puesto que con el bautismo recibirá una progenie ilustre. ¡Mirad en torno vuestro y que os contesten esas nobles figuras! ¡Mirad, si para ello tenéis valor, y veréis cómo en vos fijan los ojos desdeñosamente los cien Mendozas que llenan esos cuadros!

—Señor, aunque Zayde es moro, nació noble. Pensad en el marqués de las tres Torres: su padre no fué otra cosa que un Gomel convertido poco antes de que se tomase a Granada; pero era noble en su nación, y como tal le considera la nuestra. Pues bien, Zayde pertenece a la familia de los Alhamares, una de las más ilustres entre los suyos, y profesando esta o la otra religión, sus abuelos han sido tan valientes y leales a su rey como los nuestros. ¡Tal vez las hazañas de sus antecesores no envidien nada a la de los cien Mendozas que llenan esos cuadros!

—Quizás, contestó secamente el conde, lo único malo que hizo vuestra madre fué instruiros más de lo que debía, y creó que hubiera obrado con más acierto, haciéndoos comprender toda la sumisión que se debe a un padre, y que contra los mandatos de este no se alegan razones.

—Perdonad, señor—contestó la joven cuyas manos temblaban convulsivamente.

—Podéis retiraros—dijo el conde volviendo a su hija la espalda.

Isabel quiso salir; pero le faltaron las fuerzas, así como le faltaba el valor para replicar a su padre. Una palidez mortal había cubierto sus frescas mejillas, y sus ojos, apagados por el dolor, no dejaban escapar sino miradas inciertas. Abrasábasele la frente, y en pocos momentos se dilataron sus negras pupilas. Las palpitaciones de su corazón eran desiguales, y agitada su respiración. Transcurrieron algunos instantes de silencio y al fin la joven, con débil voz y tímido acento, dijo a su padre.

—Perdonad otra vez... pero vuestra resolución... ya sabéis que es mi sentencia de vida o muerte...

—Es irrevocable, contestó el conde. No volveréis a ver al moro.

—¡Padre mío!—exclamó Isabel—: ¡Os lo ruega vuestra hija en nombre de lo que más améis! ¡Por Dios, padre mío!...

¡Me arrancáis el corazón, me martirizáis el alma, y al cabo me mataréis!

—Disponéis para salir de Valencia, y no me roguéis más porque es en vano.

El conde pronunció estas palabras sin mirar a su hija; pero dos lágrimas se escaparon de sus ojos.

—¡Madre mía!—exclamó la joven enloquecida ya por la calentura—. ¡Ruega por mi alma!... ¿Pero qué me importa morir si Dios me concede estar a tu lado? ¡Sí, sí, pronto a tu lado, madre querida!

Y como si una mano de hierro la hubiese impulsado, se levantó la joven, erguida la cabeza, firme el paso, y se alejó retirándose a su aposento. ¡Desdichada, que aquellas fuerzas eran ficticias! A los pocos instantes se desplomó su cuerpo sobre un sillón, quedando como muerta.

El conde, entre tanto, pasaba por la habitación y sufría también, porque era muy grande el cariño que a su hija tenía; pero estaba resuelto a no ceder, y sus determinaciones eran irrevocables. Pensaba, pues, y pensaba en más que hacer olvidar a su hija el amor que sentía por Zayde porque quería también aniquilar a este del modo que diremos.

Era el conde uno de los que indirectamente protegían a los moriscos valencianos, y sabía, si no con todos sus pormenores, al menos en gran parte, que se trataba de algún motín como los que acontecieron en Granada. Tampoco ignoraba que Mahomet-Benejí estaba a la cabeza de los suyos, por lo cual calculó que al derribar a este haría arrastrar en la caída al otro. No era vengativo ni de mal corazón el conde; pero creía que al rebajar a Zayde disminuiría la pasión de su hija. Esta sufrió una rigurosa clausura por espacio de tres días, al cabo de los cuales salió de Valencia acompañada del conde.

Muy quebrantada estaba la salud de Isabel; pero su padre pensó en que el tiempo curaría su llaga.

Zayde, que en aquellos tres días no tuvo la más leve noticia de su dama, creyó que esta le había olvidado, y pensativo y lleno de amargura, pasaba los días enteros encerrado en su habitación y sin hablar a nadie. Empero se notaba en él una resignación que más parecía la de un cristiano que la de un amante. ¡La verdad divina había triunfado! Decidido a recibir el bautismo, esperaba a su padre para hacerle participe de su resolución y llevarla a cabo. ¡Se creía olvidado de Isabel, de la mujer que le había convertido, y sin embargo proseguía siendo católico! ¡Oh misterioso poder de la verdad, nada es más grande que tú!

CAPITULO XVI

La misma noche en que fué presa la Morisca, salió Mahomet-Benejí de Toledo, y a los cinco días entraba en Valencia.

Mucho se sorprendió al encontrar triste y abatido a Zayde que con pocas palabras contestó a las muchas preguntas de su padre. Este, que necesitaba minuciosas explicaciones, y que también quería saber la causa de la tristeza del joven, le mandó que le acompañase a dar un paseo, porque así con más libertad conversarían.

Eran las once de la mañana. El cielo estaba despejado y serena la atmósfera. El que no haya tendido su vista por los alrededores de Valencia o por la vega de Granada, no sabe lo que es un jardín sin límites, una verde y espaciosa alfombra que se pierde en el espacio, y sobre la cual parece se ha tendido una red de plata, formada por los muchos riachuelos; y los infinitos canales que la cruzan y en los que siempre corren aguas más que el cristal transparentes. Y esa alfombra salpicada con encantador desorden por millares de variadas flores que parecen no agostarse jamás, exhala continuamente un suave perfume que embalsama el aire y deleita los sentidos.

El murmullo de las aguas, el canto de las aves, el leve ruido de las hojas que se mueven, el eco de la voz del campesino que entona sus alegres canciones, y el mugido de la vaca o el balido de las ovejas mezclado con el rechinar del carro del labrador que atraviesa algún cercano camino, he ahí lo que se percibe en ese magnífico teatro de la naturaleza.

Hemos dicho que eran las once del día; perdonen nuestros lectores si el entusiasmo nos llevó lejos de la historia que les referimos.

Mahomet-Benejí y Zayde, que habían salido de la ciudad,

seguián una estrecha senda cuyas orillas se veían cubiertas de flores.

Fruncido el ceño el padre, y melancólico el rostro del hijo, hablaban de esta manera:

—¿Con que es decir que Hazem, preguntaba el padre, uno de nuestros más decididos jefes, morirá a manos de los verdugos de nuestra raza?

—Así lo creo, señor—contestó Zayde—. Por fuerza algún traidor se abriga entre nosotros, porque si no, era imposible que lo que con tanta cautela se ha ejecutado lo supieran los dependientes del rey. Decís que si antes de dos días no han tomado las armas los moriscos, todo se perderá, porque en Castilla no se presenta muy favorable el asunto: es imposible que en tan poco tiempo estalle la rebelión, porque están desprevenidos los nuestros, y además, creo que el virrey, mejor informado de lo que se deseara, lo sabrá todo y ahogará nuestros esfuerzos que no servirán sino para ponernos en peor estado. Esta es mi opinión; vos como más experimentado dispondréis, teniendo presente que mi brazo no dará un solo golpe: poco importa una cimitarra más o menos para el resultado de la empresa.

Mahomet-Benejí, al oír estas últimas palabras, pareció herido por un rayo; en su rostro se pintó la sorpresa, fijando en Zayde una de esas miradas que quieren decir:

—¡Me parece imposible!

El joven permaneció tranquilo, y sus ojos parecían decir:

—Esto es muy natural y no debe sorprenderos.

Algunos instantes de silencio se pasaron, y al fin dijo Mahomet:

—Sin duda te has explicado mal o yo no te he comprendido.

—Señor; he dicho que mi brazo no dará un solo golpe.

—¡Zayde!—exclamó Mahomet dando un paso atrás y mirando a su hijo de pies a cabeza.

Este pareció no observar la sorpresa del moro.

—¿Has dicho que tu brazo no dará un solo golpe?

—Ni uno solo, padre mío.

—¿Cómo? ¿Te rebelas contra los tuyos?

—No, señor, es que me separo de ellos.

—¡Que te separas de ellos! ¡Tal mudanza... explicate... pero antes dime si eres el noble Zayde, porque ahora lo dudo!

—No soy el noble Zayde, el orgulloso Alhamar; soy un hombre humilde y oscuro. Cambió mi alma y cambiaron mis pensamientos.

—¡Zayde!—repitió Mahomet turbado aún—. ¡Ese cambio... no sé... habla que la ansiedad me roe el pecho!

—¡Soy cristiano!—contestó el joven cuya mirada brilló con dulzura, a la vez que su frente parecía iluminada por una aureola divina.

Mahomet extendió sus manos, volvió a medir con la vista a su hijo, y queriendo hacer mil distintas exclamaciones, no salió de su boca ninguna. Parecía en aquellos momentos al hombre extasiado que, sorprendido por una visión celeste, no acierta a articular una palabra.

Zayde, por el contrario, tranquilo y más que nunca hermoso, no expresaba otra cosa que lo que expresa el rostro de un hombre que dice una verdad, tan sencilla como todas las verdades, y que parece aguardar el resultado del efecto que ha producido.

Aquel silencio, sólo interrumpido por el murmullo de algún arroyo o por el dulce gorjeo de algún pajarillo, duró pocos momentos. Al fin, Mahomet, con acento pausado y leve tono, exclamó:

—¡Cristiano..., tú..., el hijo de Alí-Mulehy-Alhamar..., sí..., de Alí-Mulehy-Alhamar... Porque es preciso que lo sepas..., oh... cristiano!

Al concluir estas palabras fué la sorpresa para Zayde, quien, después de pasada la primera impresión, exclamó a su vez:

—¡Yo... no soy vuestro hijo...; mi padre se llama Alí-Mulehy-Alhamar!...

Mahomet volvió a su primera aptitud, pero adusta la mirada, severo el rostro.

—¡Hablad, señor!—repitió Zayde con ansiedad.

—Repite antes tus palabras; di otra vez que eres cristiano, porque aún dudo...

—¡Sí, soy cristiano!

—Pues bien; sabrás lo que tanto deseas. Escucha.

Mahomet condujo a Zayde a un bosquecillo cercano, y allí, sentados en la mullida hierba, habló de esta suerte:

—Hace quince años que, con motivo de los proyectos de rebelión intentados tantas veces por los moros del reino de Granada, fui a aquella ciudad donde tenía muchos amigos. Foca fué mi permanencia allí, pero en aquel tiempo conocí a muchos moriscos de los más principales. Entre ellos, trabé íntima correspondencia con uno de la ilustre familia de los Alhamares, llamado Alí-Muley, y a quien tuve ocasión de prestar algunos servicios. Una grave enfermedad acometió a mi buen

amigo, que viendo próximo su fin, me llamó un día para decirme las siguientes palabras: «Me restan pocos días de vida; sabes que adoro a mi hijo, y quiero confiártelo para que no quede solo en su tierna edad. En nombre del Profeta, te ruego que te encargues de su educación, haciéndole siempre creer que eres su padre. Sin embargo, si algún día quiere por cualquier motivo abandonarte, entrégale ese pergamino que te doy cerrado. En él hallará lo que más puede interesarle de su familia; pero si no, que lo ignore todo, porque cosas muy amargas le darían gran pesar. Lo único que deseo que sepa es que por sus venas corre la sangre de los Alhamares; para eso te será fácil hacerle creer que perteneces a esta familia. Que no olvide su nombre como debe olvidar a su padre. En esa arca encontrarás dos mil doblas; es lo único que me queda de mis muchas riquezas; a mi muerte dispón de esa cantidad como mejor te parezca.» Alí-Mulehy-Alhamar me entregó el pergamino y a los dos días expiró. Yo te traje a Valencia, y bien pronto te quise como si fuera tu padre. Tenías tres años. Toma el escrito de tu padre, que nunca se ha separado de mi pecho. Las dos mil doblas son tuyas y puedes recibirlas cuando quieras.

Dos lágrimas rodaban en aquellos momentos por las mejillas de Zayde, que tomó el pergamino, besándolo con respetuosa ternura.

—¡Otro golpe, Dios mío!—exclamó, levantando al cielo sus ojos—. ¡Dad fuerzas a mi alma como habéis dado fe a mi corazón!

Mahomet-Benejí, de cuyo rostro había desaparecido la severidad, porque amaba paternalmente a Zayde, se separó de éste, diciéndole:

—Te dejo solo para que medites mejor las palabras de tu padre. Creyente o nazareno, serás siempre mi hijo.

El joven Alhamar, después de quedar solo, leyó lo siguiente:

En el nombre de Dios único y de Mahoma su Profeta. A ti, Zaide, hijo de Alí-Mulehy-Alhamar, salud. Alaba a Dios único, y luego escucha a tu padre. Tres hijos he tenido: el primero llamado Muzaf; el segundo, una hija, llamada Zaruyemal; el tercero tú, a quien hablo después de invocar a Dios y al Profeta. El primero fué muerto en buena lid por un caballero cristiano nombrado don Fernando de Aguilar, quien después dejó este reino, quedando enamorada y celosa de él Zaruyemal. Esta hija me abandonó para perseguir a su amante,

cuando aún no tenias más que doce lunas. La mayor parte de mis riquezas en joyas y dinero se llevó consigo, y sin temor a Dios abrazó en Valladolid la religión del Nazareno, llamándose ahora María de Alhamar. Pocas noticias he tenido después, y pluguiera al Profeta que fuesen menos. He sabido que en su locura sigue una senda deshonrosa. Tú, el último de mis hijos, debes haber sido criado por Mahomet-Beneji, y yo quería que ignorases estas noticias de tu desgraciada familia para que no pudieras aborrecer a tu hermana si la encontrabas algún día. Ella causó mi ruina, y ahora mi muerte, como ocasionó la de tu hermano Muzaf. Grandes son sus delitos, pero si la casualidad te la presenta, haz todo lo posible para volverla a la fe de su padre, que es lo que más le interesa. Que muera creyente como murieron sus abuelos y muere su padre, y que le sirva de ejemplo tu constancia, porque estoy convencido que has de ser tan bueno y tan noble de alma como lo fué tu hermano Muzaf, y que antes entregarás tu vida que recibir el bautismo. Sé valiente y defiende hasta tu última hora nuestra religión, y procura conquistar la independencia perdida para nosotros desde mil cuatrocientos noventa y cuatro.

A ti, Zayde, hijo de Ali-Mulehy-Alhamar, salud. Inclina tu frente y alaba a Dios único y a Mahoma su profeta. En nombre de Dios, salud.

CAPITULO XVII

Los desengaños de amor exasperan al hombre o le matan de pesar; a la mujer sólo le sucede lo segundo, sin que se nos diga que la exasperación ha llevado a algunas hasta la muerte, porque a eso le llamamos locura, y nosotros hacemos una distinción muy marcada entre uno y otro estado.

Cuando la mujer se cree amada y ama, y recibe un amargo desengaño, muere, repetimos, de pesar. Lágrimas que secan el corazón y abrasan los ojos corren noche y día por sus mejillas; suspiros que se pierden en la inmensidad agotan su vida; sueños que torturan el alma quitan el reposo a su cabeza. ¡Triste estado en que no hay sino lágrimas que secan y abrasan, suspiros que matan y se pierden, sueños que torturan y quitan el reposo! ¡Triste estado en que no hay emociones, porque el dolor embota la sensibilidad, porque el escepticismo sustituye a la fe! ¡Triste, sí, porque, como dice un célebre escritor de nuestro siglo, ¿qué es la vida sin amor y sin emociones?: un desierto árido, donde no crece una flor!

Cuando los ojos truecan sus miradas de amor por lágrimas de pesar, cuando los labios cambian sus besos de cariño por suspiros de dolor, cuando el sueño da por dulces arrullos de esperanza horribles visiones que quitan el reposo, entonces se siente más el fuego de las lágrimas, el dolor de los suspiros y el espanto de los ensueños.

Tal era, pues, el estado de la hija del rey.

Catorce días hacía que la morisca se valiera de su intriga para hacerla creer que Federico no la amaba, y en aquel tiempo, casi agotadas sus fuerzas por el dolor, se notaba en los miembros de la joven una extremada languidez. Ni los cuidados de la abadesa ni los consejos de la morisca habían

surtido el menor efecto, así como los ruegos de doña Constanza no fueron bastantes a que María le declarase cuál era la causa que le moviera a adoptar aquella determinación.

La carta no había sido entregada a Federico, porque en su estado hubiera sido un golpe mortal. A María se le había dicho que ya estaba en poder de Antonio, pero nada más.

La desgraciada niña extrañaba que su amante no hubiera intentado convencerla de la verdad de su amor, y esto la hacía padecer doblemente. Confiaba a la morisca sus penas, y ésta, mostrándose también muy dolorida, procuraba herir el amor propio de la joven por ver si de este modo conseguía que olvidase a Federico o, más bien, que le aborreciese; pero en un alma tan noble como la de María no podía caber el odio.

Había salido la morisca del convento pretextando el arreglo de los negocios de su casa y de los documentos precisos para que se le admitiese como novicia. Alguna extrañeza causó esto a la superiora, pero al fin quedó convencida con las razones que aquélla alegó.

Mucho sintió la hija del rey la ausencia de su compañera. Desde entonces no salía de su habitación sino para cumplir los deberes religiosos, llorando el resto del día o rogando Dios la hiciese olvidar a Federico.

Como la flor que se marchita, como el fuego que se consume, como el agua que se evapora, como el humo que se deshace, como la ilusión que se desvanece, así acababa la vida de María, porque flor su rostro, fuego su corazón, agua su espíritu, humo su esperanza e ilusión su amor, al desvanecerse éste se huyó la otra, sintiendo que tras ella se iba su alma, se abrasaba con más rapidez su pecho y se apagaba la luz de sus ojos. Y como la vida es el movimiento, y el movimiento tiene por principio el espíritu, cuando falta éste cesa el otro y se acaba aquélla, y he aquí por qué decimos que su vida concluía. La languidez que en sus miembros se notaba era la falta de movimiento producido por la enervación del espíritu.

Arrodillada ante una Dolorosa que coronaba su modesto lecho, estaba la inocente joven, pálidas las mejillas y vertiendo llanto sus ojos. Mil suspiros de dolor llevaba su aliento, y con voz débil y entrecortada por los sollozos exclamó:

— ¡Madre bendita, amparo del desvalido, consuelo del desgraciado, alivia mi pena, arranca de mi pecho la imagen del hombre que encendió mi corazón o dame fuerzas para soportar tantos dolores! ¡Tú que eres tan buena, tan misericordiosa, tan santa, compadece a tu hija, a una hija que no tiene otra

madre que tú! ¡Noche y día te invoco, noche y día ruega mi alma, mis ojos lloran!... ¡en vano!... Ni lágrimas ni ruegos disminuyen mi pesar. ¡Horrible padecer! ¡Cruel tormento el desengaño que vierte hiel en el pecho y dolor en el alma!

Y dejándose caer en una silla, continuó:

—¡Cruel, sí, porque nada hay más terrible que dormirse en un lecho de ilusiones y despertar sobre espinas! ¡Qué horrible es el desprecio tras el halago, tocar la mentira donde se creyó la verdad, encontrar la muerte donde se buscó la vida! ¡Oh! Vosotros, los que tenéis la perversidad en el alma y el veneno en los labios, decidme: ¿quién os dió el inicuo derecho de engañar a una mujer que no tiene otro refugio que su propio dolor ni otra defensa que su llanto? ¡Federico, Federico! ¿Por qué dejaste encender mi corazón si el tuyo no me amaba? ¿Cómo no te compadecistes de una criatura que ya al nacer llevó consigo la desdichada? ¿Es que tienes el corazón de hiena como los ojos de ángel, y que es tan villano tu pecho como noble tu rostro? ¡Sin duda, porque tu aliento es tan venenoso como dulces tus palabras! ¿Y por qué te amo todavía? ¡Porque los celos encienden más la llama del amor, que más se aumenta cuando es menos realizable su deseo! ¡Y en tanto que así padezco, tú, al lado de otra víctima de tu infame capricho, la mirarás como me miraste, como me hablaste la hablarás, y del mismo modo que hicistes correr fuego por mis venas, por las tuyas también lo harás correr al estampar en su frente de mártir... ¡Oh! ¡No, Federico, que los celos me matan! ¡Por Dios, detente, aguarda a que yo muera!... ¡Respeta al menos mi martirio!... ¡Te lo suplico por lo que más ames... Aguarda un poco..., no más que un poco..., siquiera porque no te maldiga... ¡Dios mío!... ¡Ah!... ¡Me'abraso!... ¡Mi cabeza!... Federico..., aguarda..., ¡ah!...

¡Infeliz criatura! La fiebre había trastornado su cerebro, y como la vimos la noche en que se la dió a conocer a su padre, quebrantados sus miembros por un ataque nervioso, dejó caer la cabeza sobre el pecho, sin pronunciar ya una sola palabra.

Más de una hora permaneció en aquel triste estado, y al cabo de este tiempo comenzaron a abrirse sus ojos.

Las cinco de la tarde dieron en aquellos momentos. A poco se abrió la puerta de la celda, viéndose aparecer a la superiora.

—¿Os sentís enferma, hija mía?—preguntó a la joven—. Estáis pálida, vuestros ojos..., ¿habéis llorado?

—No, madre... He orado largo rato, y tal vez...; por lo demás..., estoy buena—contestó María con desfallecida voz.

—Cuanto más decidida os veo a pronunciar los sagrados votos más parece que lloráis y más se quebranta vuestra salud; esto es inexplicable.

—No, madre. ¿Dudaréis todavía de mi decisión por ser religiosa?

—Cuando os escucho, no; pero cuando os observo, sí. Muchas veces, en tanto que vuestras hermanas rezan con fervor, he notado que estáis distraída..., así... como absorta en una idea de gran interés, y luego dos lágrimas se desprenden de vuestros ojos. No hay duda que estáis muy distraída porque no habéis reparado siquiera en vuestro llanto ni en algún suspiro... Yo no sé, me parece que no era aquéllo por estar muy poseída en la oración.

—Tal vez os hayáis equivocado, madre. Deseo, anhelo por instantes, el día en que debo ser esposa del Señor. ¡Ah, qué dicha! Una dicha muy grande, sí, ¿no es verdad?, muy grande, porque entonces no habrá para mí más mundo que éste, porque seré ajena a todo, todo lo olvidaré..., ¿no sucederá así, madre? Entonces estaré más cerca de Dios, y como una cosa suya, porque soy su esposa, me protegerá más, y... y..., como os decía, todo lo olvidaré, porque hará que todo lo olvide, hasta las afecciones más queridas, hasta mi madre si la tuviera... ¡Ah! Quiero ser religiosa, y pronto, lo más pronto posible, porque desprecio el mundo y... lo aborrezco porque sus leyes son injustas, tiránicas, bárbaras..., son infames... No, no, lejos del mundo, muy lejos, muy lejos..., y pronto, madre mía.

Aborta miraba la abadesa a María, que había pronunciado sus últimas palabras con la mayor exaltación.

—Cada vez os comprendo menos. Decís que olvidaréis... y aun a vuestra madre si la tuvieseis...

—Perdonad, madre—contestó la joven con tono más tranquilo—. Creo tan malo al mundo, que al declamar contra él he exagerado en mi arrebató. ¡Como no sabéis cuántas lágrimas han vertido mis ojos! ¡Como ignoráis los dolores que han amargado mi vida! ¡Qué feliz hubiera sido si desde mi infancia me hubiesen puesto bajo el techo que hoy me abriga!

—Pero doña Constanza...

—No, madre; doña Constanza ha padecido también por mí. María lloraba, y la superiora enternecida le preguntó:

—¿Y cómo es que esa segunda madre ha dejado de veros en cinco días?

—Le ha sido imposible, según me dice en las cartas que me ha escrito. Está ocupada en graves negocios..., no sé cuáles.

—Graves deben ser, porque el carifio que os manifiesta es tal que parece imposible que pueda vivir sin veros cada día.

Nunca más a propósito: dos golpecitos sonaron a la puerta.

—Adelante—dijo la superiora.

Una monja entró.

—*Deo gracias*, madre—pronunció.

—A Dios sean dadas, hermana. ¿Qué hay?

—La señora doña Constanza Pérez de Castro desea ver a la hermana novicia.

—Que pase al momento—contestó la abadesa—; voy a recibirla. Quedad con Dios, hija mía.

—El os guarde, madre—dijo la joven.

La superiora salió, y yendo a encontrar a doña Constanza le dijo:

—María está mala, muy mala, temo por su vida. Ningún auxilio se la ha dado porque el médico dice que es una afección moral, para la que no hay más medicina que su propia imaginación. Ignoro la causa, porque cada día la veo más decidida a tomar el hábito, y así lo he dicho también al reverendo padre fray José del Castillo, que de parte de nuestro señor rey vino para informarse de la disposición espiritual en que se hallaba la joven; pero le añadí lo que ahora os advierto: que llora mucho y parece distraída con una idea que la mata.

—¡Pobre María!—exclamó doña Constanza, derramando abundantes lágrimas—. ¡Hija mía, y qué desgraciada nació!

La noble dueña entró en la celda de la joven, a quien encontró llorando.

—¡María! ¡Te quitarás la vida y me matarás!

—¡Madre mía!—exclamó la hija del rey, arrojándose en los brazos de la anciana.

Siguióse un profundo silencio interrumpido sólo por los sollozos de ambas, y pasados algunos instantes, sentadas la una junto a la otra, habló así María:

—Haced todo lo posible porque yo profese antes de cumplir mi noviciado; quiero ver si entonces Dios oye mis ruegos y alivia mis penas, porque de otro modo yo muero, y muero atormentada horriblemente.

—Pero hija mía...

—No me preguntéis, doña Constanza. Básteos saber mi dolor, pero no la causa. Siento abrasárseme el pecho como si ardiese

en él una hoguera, y mis fuerzas se disminuyen cada día. Todo me es indiferente, y mis labios no se mueven sino para suspirar, así como no se abren mis labios sino para verter lágrimas que me quemán las mejillas. Mi pensamiento, siempre fijo en una cosa, no es dueño de sí, y... aun en medio de la oración se trastorna mi cabeza, dejando el rezo para pronunciar un nombre cuyo recuerdo alivia mi pena a la vez que me mata. No duermo, porque mi sueño, más bien que reposo, es una agitación continua. Allá, en ese nuevo mundo en que se vive cuando se duerme, veo mil extrañas visiones de horrible faz y espantosa figura, que con encendidos ojos, las unas, y empañadas pupilas, las otras, me miran, ora con una seriedad que me aterra, ora con una risa que me estremece; ya tocándome apenas con sus descarnadas manos me hacen temblar, o bien envolviéndome en sus largas y caprichosas ropas me remontan más allá de las estrellas, precipitándome luego a una escarpada sima, donde me rodean danzando, riendo y gritando; y en medio de aquellos fantasmas aparece de cuando en cuando la figura de Federico, que los ahuyenta al mirarme con dulzura, o provoca más su furor cuando, en vez de mirarme, fija sus ojos en otra visión, para mí más horrible que todas, porque su rostro es de sin par belleza. ¡Ah! Es una mujer con el encanto en los ojos y el hechizo en los labios. Entonces doy un grito de dolor, y los fantasmas lo repiten, y danzan y ríen y gritan, y se tornan encendidos los empañados ojos, y los encendidos se apagan; menguan los grandes y los pequeños crecen, varían de forma, y luego, en confuso remolino, con infernal agitación, suben, bajan, se pierden en el espacio, se sumergen en la tierra, y ora me halagan, ora martirizan; me arrebatan con furor, me sientan sobre las nubes, me hunden en un abismo, me abrasan con su aliento, me hielan con un soplo, y en tanto vuelve Federico, me mira tierno, lloro de placer, y mis lágrimas se convierten en un inmenso cristal por donde penetra una vivísima luz, mis ojos buscan aquel sol y un ¡ay! sale de mi boca, porque aquel sol es el rostro de la mujer llena de encantos, de la visión que más me atormenta! ¡Y vuelven los fantasmas con sus risas, sus gritos, sus ayes y su estruendo..., y repentinamente quedo sola en un gran desierto, donde aparece un ángel que me consuela y luego me abandona... Yo quiero seguirle, me faltan las fuerzas, extendiendo los brazos, se estremece mi ser... Entonces se abren mis ojos y los primeros albos de la mañana hieren mis pupilas, el canto de los pájaros halaga mis oídos, y la realidad, en fin, sustituye a la mentira...

Pero la idea de Federico es la primera que se viene a mi cabeza, sin poderla desechar hasta que vuelve el sueño para presentármelo de un modo más cruel!

Sin advertirlo había dicho María el motivo de su rompimiento con su amante, pues dejó ver los celos que la atormentaban. Esto sorprendió a doña Constanza, porque no podía creer que Federico hubiese engañado a la joven, ni menos comprendía cómo ésta había podido averiguar la conducta de aquél, y de una manera tan cierta que, amándole tanto, hubiese tenido valor para renunciar a lo que creía su única felicidad.

—María, oculto el rostro entre sus nacaradas manos, lloraba amargamente, y doña Constanza, con la solicitud de una madre que ve morir a su hija, le dijo:

—No tengo en el mundo otro ser querido más que tú, y si mueres moriré de pesar. Tu vida se acaba si no se remedia tu mal, pero ya ves que esto es imposible si no me abres tu pecho. Que una infidelidad de Federico te ha hecho romper con él es indudable, porque tus celos claramente lo dicen; pero esto no basta, porque es preciso saber más detalles... tal vez algún error... ¡Por Dios, María!, soy tu segunda madre, y te lo suplico con toda mi alma; ¡alivia mi pesar dándome medios para que yo pueda aliviar el tuyo!

—¡He dicho más de lo que quería, es cierto!—contestó la cándida joven—. Pues bien; ya que así ha sucedido, sabed que Federico me ha engañado vilmente, porque pintándome un amor falso ha encendido en mi corazón un fuego que no se extinguirá sino con mi vida.

—¡Imposible, María!—exclamó la anciana.

—¡Imposible! ¿Cómo lo aseguráis así?

—Porque si no te amase, tu carta no le hubiera producido un efecto tal, que creo pierde el juicio y la vida. ¿Sabes lo que hoy me ha hecho venir, a pesar de las graves ocupaciones que tengo? Pues no ha sido más que Federico. Hasta esta mañana no se le ha entregado tu carta, porque una herida peligrosa, pero por la que ya no hay cuidado, le ha tenido enfermo, y su amigo el capitán no ha creído oportuno darle la noticia en semejante estado. ¡Qué impresión le hizo tu escrito! Lágrimas y centellas dejaban escapar sus ojos; ayes lastimeros e imprecaciones de coraje salían mezcladas de su boca; tan pronto con furor se retorció los brazos y quería atentar contra su vida, como un desfallecimiento mortal se apoderaba de su cuerpo. Ni las dulces palabras de su amigo, ni las reconvenciones que le hacía han servido de nada. En

semejante estado, y viendo que todo era inútil, el bravo capitán, dejando escapar uno de esos juramentos que tan bien le caracterizan, exclamó, dirigiéndose a mí: «Señora: esto es infame; no hay derecho para jugar con un hombre porque tenga un corazón sensible. Vuestra ahijada dice que quemará las cartas de don Federico, pero no ha dicho que hará lo mismo con las mías. Voy a escribirla, pues aunque yo no sé decir palabras dulces, sé hacer reconvencciones amargas. Le llevaréis mi carta, pero al dársela advertidle que en adelante no es con un sensible y enamorado doncel, sino con el caballero Relámpago con quien tiene que habérselas, y que si no me escucha, ¡voto va!, que no dejaré piedra sobre piedra del convento.»

María había escuchado esto con una agitación continua y queriendo interrumpir a cada palabra a doña Constanza.

—¡Ah! ¿Es cierto?—exclamó al fin la joven—. ¿Me ama Federico?... ¡Pero no!... ¡Oh!, dadme esa carta.

La noble dueña le entregó un papel, que con letras grandes y mal formadas decía así:

Señora o diablo del infierno: Si habéis pensado que se asesinaba impunemente a un hombre os equivocasteis, porque además de que en el cielo hay Dios, en la tierra hay tribunales para los asesinos como los entiende la ley, y hombres como yo para los asesinos como los entiende la razón, y a los cuales no castigan las leyes. No os exijo que améis a don Federico, porque sería una exigencia loca; pero como tampoco estoy conforme con que se muera llorando y gritando, quiero que le escribáis haciéndole creer que no hay nada de lo dicho, para que el golpe lo reciba poco a poco, pues de esta manera yo haré que no le cueste la vida. Nunca creí que una rapazuela como vos, con vuestra carita de santa, fuera capaz de matar a un hombre engañándole de esta manera. Tened entendido que yo hago las cosas como las digo, y que si no accedéis a lo que quiero, mañana pongo fuego al convento. ¡Voto al diablo! Sois la hija del rey, y yo el hijo de un ventero, pero no importa. Mirad lo que hacéis.

La carta, que estaba sin firmar, se escapó de las manos de María, que luego exclamó:

—¡Dios mío! ¿Puedo creer en el amor de Federico?... ¡Ah!... ¡Y en esta carta me tratan del modo más...! Pero no, valiente capitán, te quiero más que nunca porque tus insultantes pa-

labras me prueban cuánto es el afecto que tienes a Federico. Si es cierto que tu amigo es inocente, haces bien, muy bien en despreciarme. ¿Qué haré? ¡Señora..., vos..., explicadme!

—Si nada comprendo, María. Hablas de engaños... ¡Por Dios!..., acaba de una vez... ¿Cómo y qué sabéis de Federico?

—¡Es verdad que todo eso lo he ocultado! Escuchadme, y escuchadme con atención. Hace quince días que se presentó en el convento una mujer pidiendo asilo y mostrando grandes deseos de ser religiosa. Nos vimos, nos hablamos, me dijo ser muy desdichada; quise saber sus desgracias, me las refirió, y..., ¡Dios mío!, era una mujer deshonrada por Federico, y a la que hacía dos días había abandonado por otra que no era yo; era una infeliz mujer a quien había dicho las mismas palabras de amor que a mí.

—Pero ¿sería cierto?

—¿A qué engañarme? Si otros motivos tenía para tomar el velo, ¿a qué echar sobre su frente una mancha? Y si la deshonra no era mentira, ¿por qué culpar a Federico? Esa mujer no me conoce, y además, ¿qué interés podía tener en atormentarme? ¡No, doña Constanza! ¡Si la vieséis!... ¡Es tan buena, tan cariñosa!...

—Es preciso que yo hable a esa mujer.

—Hoy no es posible; hace cinco días que salió del convento para arreglar asuntos de gran interés, porque es muy rica, y poner corrientes los documentos precisos para que se la admita como novicia; ya veis, hasta que vuelva...

—¿Cómo se llama?

—Angela.

—¿Su apellido?

—No he tenido la curiosidad de preguntárselo.

—¿Sus padres?

—Los perdió siendo niña.

—¿Quién maneja sus bienes?

—Ella, porque tiene la suficiente edad.

—¿Sabes cuándo debe volver?

—No, señora.

—¿Te dió bastantes pormenores?

—¡Ah, sí!, más de los que yo deseaba. Entonces, siguiendo su consejo, le escribí a Federico... Ella dictó la carta... Yo puse una llena de contradicciones y que no tenía toda la dureza que merecía el engaño.

—¡Ah, María! Temo...; pero, ¿qué interés...? ¿Podrás darme más señas?

—Sí, señora. Es de buena estatura; bien formada, admirablemente formada; de ojos negros, grandes y expresivos; algo moreno su cutis, que es terso y fino; bellissimo su conjunto, y..., ¡ah!, en la mejilla izquierda resalta un lunar negro que la hace más arrebatadora...

—Su edad, su edad, María—interrumpió con ansiedad doña Constanza.

—Unos treinta años cuando más.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la noble anciana—. ¡No hay duda..., sí!...

—¡Explicaos, señora!

—Nada, nada—contestó la dueña, esforzándose para aparecer tranquila—. Me ocurrió una idea..., pero... no..., no es nada, tranquilízate. Ya te he dicho que graves asuntos me tenían muy ocupada; he estado más tiempo del que podía; adiós, pues, y no formes juicios hasta mañana que volveré. Es caso éste muy delicado y necesita meditar.

—¿Y me dejáis sin decirme lo que creéis de la conducta de Federico?

—Ahora es imposible.

—¡Por Dios, señora, que la ansiedad me mata!

—Es imposible, hija mía, sin que yo le hable antes. Ya ves que también es cosa suya...

—Pero...

—Mañana volveré. Adiós, hija querida.

La anciana estampó un tierno beso en la frente de María, y salió del convento.

CAPITULO XVIII

Cuando Antonio encerró a la Morisca en casa de doña Constanza no dijo a ésta de las maquinaciones de su enemiga otra cosa sino que había atentado contra su vida, y que por razones de gran interés se la había aprisionado, haciéndola entender además que si ella o su dueña se escapaban costaría no sólo a él, sino a Federico, quizás la cabeza.

Con semejantes indicaciones tuvo buen cuidado doña Constanza de vigilar a las prisioneras, y tanto que esto solo le impidió ver a la hija del rey en los cinco días que habían transcurrido.

Lo primero que pensó la noble dueña al oír las acusaciones que María hizo a su amante fué que, engañada la supuesta Angela por el doncel, había querido intentar contra éste algún paso que salvara su honor, y que él por estar seguro y de acuerdo con el capitán, abusando de la fuerza o valiéndose de alguna intriga, la había puesto a buen recaudo para desembarazarse así de un enemigo que podía causarle algún mal.

El caballero Relámpago, por su parte, no creía conveniente enterar a doña Constanza de las tramas infames de la Morisca, porque evitaba así que María viera el peligro en que estaba de que el rey supiese sus amores, así es que callaba y se disponía a callar siempre.

Luego que vió la carta en que la joven despedía a su amante, creyó que aquella decisión era inspirada por el deseo de tomar cuanto antes el hábito, suponiendo su amor una mentira; así es que nuestro capitán, fuera cualquiera la contestación que trajese del convento doña Constanza, estaba en la inteligencia de que sería un cuento combinado para acceder a su exigencia de dar poco a poco el golpe a Federico; por

lo cual, cuando se le vea tomar casi con indiferencia la acusación de María no lo extrañen nuestros lectores, porque, como hemos dicho, aquello debía ser, en su concepto, una mera farsa, puesto que para él no existía el amor de la joven novicia.

Habitaba doña Constanza una modesta casita no lejos del convento. En una habitación amueblada sencillamente estaban el caballero Relámpago y Federico. Los resplandores de la luz de una lámpara iluminaban aquellas dos figuras y el más profundo silencio reinaba en toda la casa.

Antonio, con el sombrero echado hacia la cara y no muy tranquilo, paseaba a lo largo de la habitación. Federico, en extremo pálido, estaba sentado, apoyando el codo derecho en una mesa y la mejilla en la mano. Su rostro no expresaba más que dolor, y su mirada, fija en el suelo, era lánguida. Los padecimientos de su enfermedad estaban marcados en sus facciones.

Era precisamente la hora en que doña Constanza entraba en la celda de María.

El silencio de que hemos hablado duró algunos minutos, siendo al fin interrumpido por un profundo suspiro del doncel. El caballero Relámpago, después de pararse, miró a su amigo, y luego exclamó:

—¡Por Santiago! Nunca creyera lo que veo. Cuando vuestro padre me hablaba de vos lo hacía siempre ponderándome vuestra grandeza de alma y vuestra decisión. «No le falta más que vuestro ejemplo para ser todo un hombre», me decía. Y por mi ánima, que no anduvo muy acertado. Verdad es que de esto hace trece años, y en ese tiempo se puede variar mucho. Entonces érais un niño con corazón de hombre, y ahora sois un hombre con corazón de niño.

—¡Caballero!...—contestó Federico, levantando la cabeza y dejando ver alguna animación en sus ojos.

—¿Os enfadáis? No me importa, o mejor dicho, si me importa, porque es lo que deseo.

—No sé con qué razón me calificáis de niño, ni comprendo por qué queréis que me enfade.

—¡Bah, bah!, andáis muy torpe. Os califico de niño porque lloráis como una criatura de ocho años; y deseo que os enfadéis por veros hacer algo de hombre, porque los hombres se enfadan.

—Esa explicación ha sido como todas las vuestras; muy

original, sí, pero poco satisfactoria. Sin duda ignoráis que cuanta más grandeza hay en un alma, mayor es el sentimiento.

—Si nos metemos en cuestiones de alma habéis ganado, porque en eso no sé más sino que tengo alma. Ignoro completamente lo del sentimiento y la sensibilidad, que no sé si son una misma cosa; y como para semejantes lecciones ereo que no hay maestro mejor que uno mismo, os diré lo que me sucede. Siento una desazón particular cuando veo una desgracia. Quiero a todo el que trato, y ni le quiero ni le aborrezco cuando no me corresponde. Desprecio al que me engaña si es débil, y si es fuerte mido con él mi tizona. Cuando me sobreviene alguna desgracia, y esa señora, de paso sea dicho, me ha visitado muchas veces, la sufro con resignación y valor, y en vez de llorar, exclamo con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Rayos y centellas, ánimo, capitán! ¡Tras de este día vendrá otro más feliz, y si no le place, que no venga, tanto da!» No sé si eso es grandeza o pequeñez de alma; pero no me importa. Contento estoy con la que poseo, que llena todo mi cuerpo, y si más ambicionara más grueso hubiera de estar para que cupiese en mí, y no deseo semejante cosa, porque me disgustan los hombres que más que tales parecen soplados cueros o ambulantes depósitos de tocino.

Una sonrisa apenas perceptible prolongó el perfil de los labios de Federico, que contestó:

—Os repito lo que tantas veces os he dicho: no hay cuestión posible con vos.

—Como gustéis. Pero en tanto, si proseguís con vuestro sistema de suspirar cuando os acordáis de los ojos de María, y de querer mataros cuando pensáis en el engaño recibido, me sostengo en mis trece, a saber, que tenéis el alma y el corazón de un niño. ¡Voto al demonio! ¡Ha muerto vuestro padre y no habéis llorado tanto; y porque una niña que tenga los ojos azules y el gesto dulce os dice con tono sentimental «no penséis en mí», detestáis la vida!

La comparación estremeció al joven.

—¡Por Dios, caballero, que vuestras palabras son puñales que claváis en el corazón! Mi padre murió, y eso es una ley de la Naturaleza, que causa, por consiguiente, sus efectos naturales, sin que otros puedan tener lugar. Lloré a mi padre como buen hijo, y lo lloraré eternamente; pero la desesperación en tal caso es criminal. Lo que me pasa con María es distinto, porque la Naturaleza no ha dispuesto que le arran-

quen a uno el corazón, ni es ley suya tampoco el ser engañado como yo.

—Muy bien, caballero, habláis mejor que un bachiller; pero os equivocáis en una cosa: decís que no es natural lo que os pasa, y yo respondo que nada lo es más que la mujer sea mudable. ¡Voto va!, tomáis la excepción por la regla. Dios, que es infinitamente sabio, puso en la mujer la mudanza para contrarrestar la firmeza del hombre, y he ahí lo que se llama el equilibrio, que por fuerza ha de existir en eso cuando lo hay en todo lo demás de la Naturaleza.

—Sutil estáis, caballero; pero una sutileza que no basta a convencerme. Sabed que vuestro razonamiento, al que perdono lo absurdo en gracia de lo chistoso, no alivia mi dolor.

—Lo créo, porque no hay medicina para los locos.

—Lo que extraño, caballero—contestó Federico con amargura—, es que os burléis de mi mal. Con toda la generosidad de vuestro corazón, con todo el cariño que decís me tenéis, ni os condoléis de mí ni me consoláis. Tampoco os lo exijo; ya sé que sólo debo apurar la hiel de mi desgracia. ¡Dichosos los que no habéis conocido el amor ni recibido de él un desengaño! ¡Si algún día os vieséis como yo ahora, dudo de vuestro valor! ¿Creeis que no late en mi pecho un corazón fuerte? ¡Os equivocáis, caballero! Pero me desespera no tener un enemigo con quien luchar cuerpo a cuerpo. Y además, por mucho que me digáis de la falsedad de las mujeres, ¿dejaré de amar a María? ¡María! ¡Luz de mis ojos, hechizo de mi alma! ¡Ah! ¿Por qué te amé? ¡Te amé, porque vi en ti un ángel; te amé, porque creí que era mío tu corazón! ¡Dichosos días aquellos en que tus palabras halagaban mis oídos, en que tus miradas deleitaban mis ojos! ¡Dichosos, sí, porque la más dulce esperanza arrullaba mi sueño! ¡Qué feliz era entonces! ¡Cuánta fe tenía en tus promesas! ¿Por qué me das la muerte ahora? ¿Cómo has tenido corazón para engañarme?

Federico hizo un esfuerzo, y apretando los puños continuó:

—¡Dios mío! ¿Por qué si a la mujer hicistes débil no has dado al hombre un corazón insensible? Cuando el hombre, tan grande, tan fuerte, tan potente como es, se torna pequeño, débil e impotente porque ama, ¿no es terrible que una mujer, en pago del sacrificio que le hacen, diga un día, «Necio, ¿qué te creíste?» ¡Ah!; es horrible que ese mismo sacrificio sirva para excitar la burla de la que, tranquila y helado el corazón, ha visto pasar al hombre por todos los grados de un estado, para ella de ridícula locura, para él de exceso de nobleza y

de bondad de alma. ¡Miserables!... ¡Oh, caballero; tenéis razón! ¡La mujer es un ente caprichoso!

En tanto que Federico habló así, había permanecido Antonio fija en él la mirada y entreabiertos los labios, como si hubiese ido a dejar escapar una sonrisa burlona.

—Me dejáis estupefacto—contestó con calma—. Me alegro mucho saberlo. Pero extraño, amigo mío, que os burléis de vuestro mismo dolor, puesto que burla dijisteis que era cuando me explicaba de igual modo.

—No sé...; pero ¿cómo olvido a María?

—¡Rayos y centellas! Nada hay más fácil. Atended: esta noche a eso de las ocho, porque quiero que sea de noche, salimos para Madrid, llevándonos a la Morisca y a su dueña; en cada posada que encontremos bebéis un vaso de vino y dais un abrazo a la posadera; esto podrá suscitar alguna cuestión, ¡magnífico!, con cuatro reveses y media docena de mandobles se concluye. Ya conoceréis que mientras bebáis, abra-céis o riñáis no os acordaréis de María. Llegamos a Madrid, pedís al rey un buen empleo en el ejército, que no os será difícil obtener, porque sois noble y rico, y vuestro padre dió su vida en el campo de batalla. Nos vamos lejos de Castilla a pelear con los turcos, porque yo ya he peleado con italianos y franceses y eso no vale la pena; es preciso ver si los otros proporcionan más diversión; y al cabo de poco tiempo, ¡ira de Satanás!, os juro que habréis olvidado a María, y os reiréis a vuestra vez de las mujeres, como las mujeres se han burlado de vos. ¿Qué tal, os parece bien?

—Lo acepto—contestó Federico, dejando escapar una mirada de coraje—; y si no olvido, en las batallas acabará mi dolor con mi existencia.

—¡Soberbio, voto a cien legiones! ¡Magnífico!—exclamó el capitán, soltando la carcajada a la vez que se retorció el bigote.

En aquel momento se abrió la puerta, apareciendo doña Constanza con semblante adusto.

—¡Soberbio, magnífico!—repitió la dueña con tono grave—. ¡Soberbio, señor capitán; magnífico, noble Rivero!

Nuestros amigos se quedaron mirándola.

—¡Gozáos en vuestra obra!—prosiguió la anciana—. ¡Digna es del que ostenta esa banda! ¡Digna del que se apellida Rivero!

—¡Señora!...—contestó turbado Federico.

—Al grano—dijo Antonio, tranquilo—. ¿Qué hay?

—¡Ambos me admiráis! ¡El uno engaña de la manera más reprochable a una inocente niña, y el otro, que sabe el engaño, se atreve a escribirla una carta en que la insulta!

—¡Caballero!—exclamó el doncel—. ¿Qué habéis dicho a María en vuestra carta?

—¡Bah!, casi nada—contestó Antonio—. Cuatro palabras un poco fuertes...

—Habláis de engaños, señora—repitió Federico—. ¿Tendrá María derecho para quejarse cuando ha faltado a sus promesas, cuando sus juramentos se han convertido en humo?

—¿Y me lo preguntáis?—contestó la dueña—. ¡Que os conteste vuestra conducta, que os lo diga esa infeliz mujer apriada por vosotros, y de la que he sido carcelera!

—¡La Morisca!—exclamó Federico.

—¡Ah sí, ya caigo!—dijo el capitán—; todo lo comprendo ahora. María ha sabido que esa mujer vivía en la misma posada que nosotros y ha tenido celos; pero una vez convencida de lo contrario os devolverá su corazón, o de otra manera será monja, porque tanto le da lo uno como lo otro. Pero sabed, doña Constanza, que don Federico tiene que hacer un largo y peligroso viaje, y no puede seguir en correspondencia con su dama.

—¡Sois unos miserables; pero Dios ha puesto en mi mano el castigo que merecáis!—contestó la dueña.

—¡Señora!—dijo Federico—. Es cierto que saldré de España, pero justificaré primero mi proceder, porque antes que todo soy caballero.

—Así lo dice vuestra cuna, pero lo desmienten vuestras acciones.

—¡Señora, escuchadme!...

—¡Voto al infierno, que esto se hace pesado! Las explicaciones sobran, todo está comprendido. Nos marcharemos en cuanto se ensillen los caballos, y así excusaremos cuestiones; y vos, señora, dejaréis de ser carcelera.

—¡Os marcháis! Difícil será, o al menos no con esas desdichadas mujeres que recobrarán su libertad en este momento.

Doña Constanza quiso salir de la habitación para dirigirse al encierro de la Morisca.

—Detenéos, señora—dijo Antonio—. Esas desdichadas mujeres se vendrán en nuestra compañía.

—Si os valéis de la fuerza para impedirme que haga mi de-

ber, acudiré al auxilio de las autoridades. Supongo, señor capitán, que no trataréis de asesinar-me.

—Ni os asesinaré, ni cumpliréis eso que llamáis un deber—contestó Antonio interponiéndose entre la anciana y la puerta.

—Me obligaréis a gritar.

—Ante todo quiero explicaciones—dijo Federico—. No saldré sin obtenerlas, y os las exijo, señora.

—¿Os atrevéis aún?...—contestó la dueña.

—¡Rayos del infierno!—interrumpió Antonio—. ¿Qué explicaciones queréis que yo no os haya dado?

—¡Paso, caballero!—exclamó doña Constanza levantando la cabeza—. ¡Paso, o gritaré para que se me socorra!

—Gritad cuanto queráis.

La dueña se acercó a la ventana, disponiéndose a abrirla. Entonces el capitán conoció que no era aquello una comedia, y acercándose a la anciana, le dijo al oído:

—¿Es esto un juego, o?...

—¡Cómo!...—exclamó aquella.

Nuestro héroe sacó del bolsillo la orden del rey.

—Leed, señora.

—¡Ah!...

—Nuestros caballos se ensillarán, marcharemos y en nuestra compañía esas infelices mujeres, pero no será sin aclarar antes el asunto, porque ahora que veo que esto no es un juego, y que por vuestras palabras entiendo que a mi amigo no sólo se le supone un hombre falso, sino también amante de esa alhaja que tenemos guardadita, me interesa dejar las cosas en su lugar y saber qué nueva intriga hay, porque indudablemente la intriga existe y su autora debe ser la Morisca.

Federico miraba absorto, ya al capitán, ya a doña Constanza, y esta, indignada aún, fijaba su vista, ya en el doncel ya en Antonio, que a su vez contemplaba, ya a la dueña, ya a su amigo.

—Vos, don Federico—dijo el soldado—, no comprendéis lo que pasa: es muy natural que así suceda, pero ya os lo explicaré. Y vos señora, dudáis aun del buen proceder de mi amigo: esto es lo que no encuentro natural, y por eso quiero explicaciones.

—No sé, caballero—contestó la dueña—, cómo os atrevéis a pedirme explicaciones. Cuando sabéis que don Federico ha engañado a María, y cuando le habéis ayudado a encerrar en mi casa a esa mujer engañada también por él, es una ofensa imperdonable pedir explicaciones.

— ¡Señora!—repitió Antonio un poco amostazado—. ¡Por mi vida, que ni os entiendo ni esas son explicaciones! ¡Voto al diablo, que ya pierdo la paciencia! ¿De qué se queja María? ¿Cómo la ha engañado don Federico? He ahí la manera de salir pronto de la cuestión; por el camino que llevamos jamás se concluirá.

—Con que ignoráis que vuestro amigo, después de ser amante de esa mujer y de haberla deshonrado la ha abandonado por otra que no es María?

— ¡Señora! ¡Por quien soy que habéis perdido el juicio!—contestó el capitán.

— ¡Yo amante de esa mujer!—exclamó Federico—. ¡Amante de una perdida cortesana!

— ¡Sellad el labio!—dijo la dueña—. ¡No recriminéis tan vilmente a la que habéis robado su honor!

— ¡Rayos y centellas! Os prohibo hablar, don Federico, porque si no esto será interminable. Decid, señora, ¿quién ha referido a María semejante cuento?

— ¿Queréis oirlo de boca de vuestra prisionera? Venid, porque supongo que no tendrá inconveniente en arrojar a la cara de su amante toda la fealdad del crimen.

— ¿Pero quién se lo ha contado a María? ¡Ira de Satanás!

— ¡Ella!

— ¡Ella!—exclamaron a un tiempo Antonio y Federico.

— ¡Sí, ella que buscando un asilo en la casa del Señor, encontró otra víctima!

— ¡Ah! Todo lo comprendo—dijo el capitán—. En tanto que yo estaba ocupado en cuidar a mi amigo, esa serpiente ha estado en el convento. ¡Rayos del infierno, que ya no hay generosidad para ti, perra Morisca! Venid, señora, venid a oirla. ¿Sabéis quién es? Una mujer perdida, que porque no ha conseguido que don Federico corresponda a su amor, celosa y desesperada le persigue y me persigue porque lo protejo; ella es también la que nos preparó la emboscada que ha costado a mi amigo su peligrosa herida.

—No me atrevo a creer tan infame que seáis capaz de inventar semejante mentira—contestó la dueña—; pero tampoco puedo creer que exista una criatura tan malvada.

—Yo lo aseguro—dijo el doncel con noble tono—. Y si alguna vez comparáis a esa mujer conmigo, y en la balanza de vuestro juicio pesáis sus palabras con las mías, sería capaz, yo que os quiero, de aborreceros y aun de aborrecer a María. Por

primera vez busco testimonio a mis palabras: venid, señora, y oídla a ella.

—Vamos, señores—contestó la dueña.

—Dos palabras, pues, sobre doña María.

En los cinco días que llevaba de encierro, no más que dos veces había visto a doña Constanza, y como no sabía si esta se hallaba al corriente de su proceder, le habló sólo lo preciso, aunque dejando ver tristeza y algunas lágrimas. En aquel tiempo había pensado también en su fuga, combinando mil proyectos, y había dado a Guiomar las suficientes instrucciones para que obrase en su favor si lograba escaparse antes que ella.

Paseaba la Morisca por su habitación, y sentada Guiomar murmuraba sus oraciones, cuando la puerta se abrió entrando la dueña. Tornóse compungido el rostro de la dama, y una lágrima iba a brotar de sus ojos; pero en seguida apareció el capitán, y en vez de lágrimas se vió un destello de coraje, que desapareció repentinamente para ser sustituido por la ternura al entrar Federico.

Quedó parada la Morisca, y momentáneamente comprendió que aquella visita no podía traerle nada de bueno, y que le convenía presentarse de modo que pudiera combatir en cualquier terreno que se la atacase; así es que dió a su rostro una expresión de completa indiferencia que nada significaba.

La ansiedad hacía latir violentamente el corazón de doña Constanza. Antonio estaba tranquilo, o al menos lo parecía; Federico, erguida la cabeza, tenía en aquellos momentos el aspecto más noble. El fué el primero que habló.

—Señora—dijo con tono solemne—excuso deciros que va a interrogaros un caballero, porque ya me conocéis; escuchadme. El punto de extravío a que puede conducir una pasión...

—¡Voto al diablo!—exclamó el capitán—. ¿Así comenzáis? ¡Bah! Está visto que no servís para el caso, porque aun ignoráis de qué modo se debe hablar a esta señora.

—Caballero—contestó la morisca—veo que venis a interrogarme como si yo fuera un criminal; en hora buena, estoy en vuestro poder y a todo me avengo, pero creo que debéis dejar que hable el que comenzó, porque otra cosa no parece muy ordenada, sobre todo si hemos de entendernos.

—¿Es que os ha agradado la manera de empezar de mi amigo?—repuso Antonio—. Pues bien, diré lo mismo que él iba a decir, sólo que quiero que salga de mi boca: veréis cuán exacto soy; no cambiaré una palabra.

Y con tono grave y serio continente, pero una seriedad burlesca, prosiguió:

—Señora, excuso deciros que va a interrogaros un caballero, porque ya me conocéis; escuchadme. El punto de extravío que puede conducir una pasión... nadie ha podido averiguarlo todavía; por consiguiente, abandono semejante investigación por penosa e inútil, y voy a deciros cuatro cosas con mucha claridad. Habéis estado en el convento de Santa Ursula, y con una patraña digna de vos, habéis por un momento interrumpido la buena armonía de dos amantes; todo va bien hasta aquí, y no habéis desmentido vuestro talento; pero no pensásteis en que yo, el caballero Relámpago, llegaría a desenredar el enredo. Así ha sucedido, señora; y después de que he puesto en paz a los amantes, y que tengo el placer de que se quieran más que nunca, vengo a deciros: señora morisca, vuestros planes se frustraron, he tenido más talento que vos, y ya María y esta señora saben quién sois y lo que habéis hecho.

—Eso es referirme un hecho, y no interrogarme como dijisteis—contestó doña María algo turbada.

—Es que no he concluido—repuso el capitán—. Las preguntas son las siguientes: primera: ¿Tenéis ganas de vivir desde hoy hasta que el verdugo se ocupe de vuestra interesante persona?

—¡Caballero!—exclamó la morisca, reprimiendo su despecho—. ¡Eso es un sarcasmo horrible!

—No hablemos de eso ahora: si contestáis a la pregunta que acabo de haceros, continuaré; si no, callo. Vos misma habéis exigido el interrogatorio.

—Sí, callad—contestó doña María.

Federico miraba al caballero Relámpago y dudaba aun que pudiera existir un hombre semejante. Doña Constanza, a pesar de no haber comprendido la pregunta de Antonio, no acertaba a decir una palabra.

El noble carácter de Federico no era a propósito para hacer que la morisca dijese la verdad, o al menos no sostuviese la mentira, engañándola como acababa de hacer Antonio; pero éste, que era más astuto que su amigo, conoció que sólo por aquel medio se podía conseguir que aquella mujer no los venciera.

El capitán, pues, viendo que era buen camino el que había emprendido, continuó así:

—Puesto que lo deseáis, señora—dejo el interrogatorio y vuel-

vo a lo demás. Nos falta saber la razón que habéis tenido para decir a María que mi amigo don Federico había sido vuestro amante.

—Caballero—contestó la morisca encogiéndose de hombros—no sé de qué convento habláis, ni conozco a esa María.

—Señora...—dijeron a la vez Antonio y Federico dirigiéndose a doña Constanza.

Esta examinó detenidamente a la morisca como para comprobar con las señas que le había dado la hija del rey, y luego preguntó a aquella:

—¿Cómo os llamáis, señora?

—María de Alhamar,

—¡María de Alhamar!—repitió la dueña—. No habéis estado en Valladolid?

—Muchos años.

—Entonces...—continuó la anciana, pero conviene tanto... ¿y no habéis conocido allí a una señora de vuestra misma edad, de ojos negros y expresivos, rostro algo moreno, que en la mejilla izquierda tiene un lunar negro... así... como el vuestro?...

—Señora—contestó doña María levemente turbada,—no la he conocido... parece que hacéis mi retrato.

—Es el mismo que me ha hecho María, pero el nombre... la mujer de quien hablo se llama Angela.

—¡Voto va, señora!—exclamó el soldado—. ¿Y creéis que esta víbora no tenga valor para cambiar su nombre cuando le convenga? Eso es lo que menos importa. ¿Son exactas las señas? Pues ella es, sobre todo el lunar... ¡ah! Ese lunar ha delatado cosas de más importancia: cierto que os embellece, pero si os le pudiérais arrancar, ganaríais mucho.

—Estas palabras parecieron ofender a la morisca, que levantando la cabeza y con altivo tono exclamó.

—¡Caballero! Sed más comedido cuando habléis a una señora. La intriga más vil me tiene en vuestras manos, ¡en hora buena! Pero eso no os autoriza para perderme el respeto.

—¡La intriga más vil, señora!—contestó Antonio riendo. Es una orden de nuestro señor rey don Felipe II. Pero como esto no es del caso, vuelvo a mi tema. Si os obstináis en negar vuestra entrada en el convento, peor para vos.

—Soy ajena a todo eso—dijo la morisca—. Ni sé de qué convento habláis ni os escucharé semejantes enredos.

—Decid al menos que yo no he sido vuestro amante, señora—dijo el doncel.

—No lo habéis sido, no—contestó doña María; eso con respecto a mí, pero en cuanto a esa Angela... ya veis, ¿qué sé yo?

Mil ideas contrarias venían a la imaginación de doña Constanza, estaba agitada; y temblaban sus manos convulsivamente.

—¡Por Dios, señora—exclamó—. Sacadme de esta ansiedad, decid lo que sepáis, y vos don Federico, tened valor para confesar que habéis engañado a María, si así ha sucedido.

—¡Señora!—contestó la joven—. Nunca mintió mi labio: he amado a María más que a mí mismo, y he sido fiel a los juramentos que la hice. Mi palabra vale como la de todo noble castellano; yo os la doy de honor: he dicho la verdad.

Y poniendo su mano derecha sobre el pecho, levantó la frente y apareció hermoso e imponente su rostro; con nada hubiera podido comparársele sino consigo mismo, porque nada hay tan majestuoso como un español cuando con toda la grandeza de lo que vale exclama: «¡Por mí honor!» Entonces, como le sucedió a doña Constanza, el más desconfiado cree y no se atreve a pedir más testimonio.

La morisca no se atrevió a decir una palabra.

—¡Rayos y centellas!—exclamó entusiasmado el capitán que maquinalmente llevó la mano a su espada. ¿Quién duda de vuestra palabra?...

—Señora—dijo la dueña, volviendo a examinar a doña María; aunque el nombre es distinto, permitidme que crea a don Federico. El motivo que habéis tenido para exponer a una inocente joven a que pierda la vida, podrá ser el que ha dicho don Antonio, u otro cualquiera; pero es criminal semejante preceder.

—¡Ah, señora!—exclamó la morisca llorando—. Soy víctima de una villana intriga, de una venganza injusta. De nada acuso a don Federico porque es inocente, pero este otro, que se dice caballero, por motivos que sería largo referir, me persigue. No sé cómo se ha proporcionado una orden para aprisionarme, pero es el caso que su intención es la de asesinar-me. Si soy criminal, castiguenme en buen hora los tribunales de justicia, pero que no se me deje a merced de un hombre que en medio de esos caminos consumará su venganza. ¡Por Dios, señora! os lo suplico; protegedme, no permitáis que me lleve consigo, yo quedaré a vuestra dis-

posición para que se me castigue si lo merezco! ¡Os lo pido de rodillas!

—Señor capitán—dijo conmovida doña Constanza—entregad a la justicia a esta señora, porque no creo que sea necesario que vos la conduzcáis hasta Madrid.

—¡Voto a Mahoma!—exclamó Antonio—. Esta señora vendrá conmigo, pues tengo que cumplir las órdenes del rey.

—¿Y quién me garantiza que esa orden no es falsa?—preguntó doña María

—¡Rayos del infierno! ¿Pensáis que todos falsifican firmas respetables con tanta facilidad como vos?

—¡Por Dios, noble señora!—prosiguió la morisca arrodillada. Haced al menos que se reconozca esa orden! No os hagáis responsable de un crimen que tal vez podréis evitar!

—¡Vive Dios que no consentiré tal cosa!—exclamó el joven. Esta orden es verdadera.

—¡Por mi abuelo!—dijo el capitán—que he de arrancaros la lengua, venenoso reptil.

—He dado entera fe a vuestras palabras, señores—dijo la dueña—y en cambio deseo que se reconozca esa orden; si está en regla, nada debéis temer, señor capitán.

—¡Oh, sí!—repitió la morisca—. Auxiliadme, señora: que se reconozca, emplead para ello cualquier medio, gritad pidiendo socorro, os juro que es falsa, y os lo juro en nombre de Dios!...

—¡Se reconocerá!—exclamó doña Constanza—. Caballero, no consentiré, que os llevéis a esta señora!

—¡Rayos y centellas! ¿Quién ha de impedírmelo?

—¡Oh! En nombre de lo que más améis—repitió la morisca, abrazando las rodillas de la anciana.

—¡Levantáos, ira de Satanás!—dijo Antonio asiendo de un brazo a su enemiga.

—¡Socorredme, señora!

—¡Levantáos!—repitió Federico—. ¡Compasión a una perjurá! ¡Jamás!

El joven se inclinó también hacia doña María. En aquel instante se interpuso un cuerpo entre la luz y el grupo que formaban nuestros personajes, proyectando sobre éstos una sombra; luego se apagó la luz y un leve roce se sintió en la puerta.

—¡Rayos del infierno! ¡Voto a cien legiones! ¡Esto es obra de la terrible tuerta que habíamos olvidado! ¡Ira del diablo! ¡Corred, don Federico; buscadla, y si no la encontráis,

ensillad nuestros caballos, sacadlos al zaguán, abrid la puerta y aguardadme, que esta sierpe no se irá de mis uñas!

El joven buscó la puerta y salió.

—¡Que me asesinan!—exclamó la morisca con desfallecido acento.

Doña Constanza estaba turbada, y al oír la débil exclamación de doña María creyó que la mataba el capitán. Entonces sin detenerse huyó de la habitación, y abriendo una ventana comenzó a gritar:

—¡Socorro, socorro!

En tanto, Federico que no había encontrado a Guiomar, corría a la cuadra para ensillar los caballos.

A los gritos de doña Constanza acudió una dueña y un criado viejo, los cuales sin atreverse a entrar en la habitación en que estaba el hijo del ventero, ayudaron a su señora a pedir socorro.

El caballero Relámpago juraba, amenazaba y volvía a jurar; pero no se atrevía a moverse porque esto hubiera sido dejar escapar su interesante presa. Largo rato luchó con su coraje, y en aquel tiempo se habían reunido ya en la calle algunos curiosos. Cansado al fin nuestro héroe, tocó con la punta de su daga en el pecho de la morisca, y con acento imponente le dijo:

—¡Decid que callen, vive el cielo, u os mato!

Algunas voces se sintieron en la habitación inmediata cuando doña María se disponía a obedecer, y en seguida el criado de doña Constanza, con una lámpara en la mano, iluminó las figuras de dos alguaciles que aparecieron en la puerta del cuarto. Rechoncho el uno, escuálido el otro, exclamaron al ver a Antonio con la daga sobre el corazón de la morisca.

—¡En nombre del rey!

El capitán envainó el arma y contestó:

—¡En nombre del rey, paso!

—Señor capitán—dijo el alguacil rechoncho—, en nombre del rey no se asesina.

—Pero en nombre del rey—replicó Antonio—he quitado del mundo a muchos que valían más que vosotros, canalla. Si os basta esta orden de S. M. me dejaréis libre y me prestaréis auxilio si le quiero, porque así lo manda nuestro rey, y si no, me bastará solo para echaros por una ventana y seguir mi camino.

El aguacil regordete se quitó el sombrero, besó la firma de Felipe II y luego leyó.

—Esta bien—dijo—, pero aquí no se os autoriza para matar a nadie, y por consiguiente, que os agrade o no, venid con nosotros.

—Está visto que he de matar esta noche un ministril ya que no sean dos. ¡Idos, bergantes; o de lo contrario os muelo a palos las costillas.

—¡Respetaréis la autoridad!—contestaron presentando sus bastoncillos.

—Respetaré mi derecho, ¡voto a vuestra feadad! y vosotros respetaréis mi tizona.

Dicho y hecho, el capitán sacó a relucir su espada.

—¡Daos a prisión!—exclamaron aquellas homeopáticas partículas de la autoridad.

—¡Daos por muertos, malos bichos! ¡Atrás!

También salieron de la vaina los aceros de los alguaciles.

—¡Rayos y centellas!—exclamó el caballero.

Y su tizona se movió de derecha a izquierda y de arriba abajo con la velocidad de costumbre.

Antes de cuatro minutos corría desarmado y gritando el ministril rechoncho que rodó la escalera en su turbación. El flaco había recibido un resguño en la nariz, y paso a paso cedía el terreno a su enemigo.

—¡Fuego del averno!—gritó con voz estentórea el capitán, a la vez que la espada del aguacil saltaba hecha dos pedazos.

Este huyó en seguida como su compañero, manifestando en sus descompasados gritos todo el temor que sentía.

Doña Constanza cayó al suelo perdido el conocimiento; sus criados acudieron a socorrerla, y Antonio entretanto cogió en sus brazos a la morisca, diciéndola:

—¡Voto a Satanás! ¡Si habláis una palabra os cuesta la vida!

Espada en mano y con su disputada carga, salió de la habitación y bajó la escalera; pero como los alguaciles habían gritado tan desaforadamente, se encontró al poner el pie en el zaguán que aquellos entraban nuevamente reforzados por otros dos; además, algunos hombres de los que habían en la calle se había adherido a la causa alguacilesca, y amenazaban invadir la casa para dar fin de aquel demonio que tan mal había recibido a la autoridad. Entonces, amenazando

nuevamente a la autoridad, dijo Federico que estaba allí con los caballos.

—Contened a esa turba por un momento.

Luego colocó su carga sobre el arzón, muntó ligero, y blandiendo la tizona, repitió al doncel, que a cuchilladas contenía a los invasores.

—Dejadme, montad, acuchillad y seguidme.

Federico obedeció.

—¡Rayos y centellas!

Al oírse este juramento brilló la espada del capitán, y su caballo cayó sobre los alguaciles.

Ocho o diez hombres tomaron parte en la pelea, procurando herir más bien a Federico que a Antonio, porque temían matar a la morisca; pero el doncel era valiente, tenía buenos puños, y si no como el capitán, manejaba con habilidad no común su espada.

Ayes de dolor, amenazas e imprecaciones era todo el ruido que se mezclaba al rechinar de los aceros.

Aquel combate duró poco; muy poco, quizá no llegaría a dos minutos, porque los curiosos no siguieron prestando auxilio a la autoridad en cuanto vieron que los ministriles, heridos dos y contuso el uno, tuvieron que abandonar el campo más que de prisa.

Como a las siete y media, que eran, de la noche, estaba en aquella época recogida la población de Toledo, no se aumentó el número de adversarios, porque tal no llamamos a algunos candiles que se dejaron ver en las ventanas de las casas vecinas.

El caballero Relámpago dejó escapar el postrer juramento, dió un revés al último alguacil, picó la espuela a su corcel y se perdió en las calles seguido de Federico.

CAPITULO XIX

Antonio, con doña María en los brazos y seguido de Ferrerico, salió de Toledo y a buen paso tomó el camino de Madrid. Cuando el aire hubo refrescado su cabeza se puso a reflexionar, diciendo para sí:

—Aun queda mucho. No he hablado a la morisca para ver cómo conveníamos en que callase al rey los amores de su hija. Este es punto muy interesante y que debe quedar concluido antes de llegar a Madrid. Ella estará furiosa, como es natural, y no encuentro medio... ¿pero cómo buscarle? Antes de saber lo que debe contestarme no puedo pensar en el medio de taparla la boca... y es el caso que la conversación debía meditarse porque es delicada... ¡Bah! No es posible. Hay otra dificultad: ella no despegará los labios, y si hemos de hablar, las primeras palabras deben ser mías. ¿Qué la diré?... Si ocurriese alguna cosa, buena o mala..., es muy fácil, porque yo haré que ocurra.

En efecto, nuestro capitán movió disimuladamente las riendas de su caballo que al momento se encabritó.

La morisca no dijo una palabra, pero miró a Antonio y una leve sonrisa vagó en sus labios. El caballero vió la mirada y la sonrisa en cuanto lo permitía la oscuridad de la noche, y luego, como si hablase consigo mismo, exclamó:

—¡Demonio de animal! ¿Te has hecho asustadizo?

Doña María continuó silenciosa.

—Señora—prosiguió el soldado dirigiéndose a ella—, sentiré mucho que mi cabalgadura dé un mal paso y os cause mal.

—Gracias, caballero.

—Lo digo porque podiais creer que así iba a poner en ejecución el pensamiento que decís tengo de asesinaros.

—Nada creeré.

—Apostaría las orejas a que eso no es verdad.

—Será lo que más os plazca—volvió a contestar la morisca con indiferencia.

—Lo repito, señora, creéis que os aborrezco más de lo que realmente es.

—Sentiré equivocarme; pero por mucho que sea vuestro aborrecimiento, nunca podrá ser tan grande como el mío.

—En eso estamos conformes, porque vos me habéis perseguido de muerte, y yo, que he tenido y tengo en mis manos vuestra vida, os he dejado sosegada.

Para dar con más seguridad vuestro golpe: ahora me entregáis a la justicia y ésta al verdugo... Sin embargo, aún no ha llegado ese día: entre tanto lucharé porque me quedan fuerzas.

—Jamás se os agotan, señora; pero estáis en un error. Mi intención no es la de que os quemen ni os corten la cabeza; en esta ocasión sólo deseo salvarme; verdad es que a costa de una de vuestras lindas manos; pero vos tenéis la culpa. La firma que falsificasteis me costaría más de lo que quiero si no justificar quien es el culpable, y como eso lo puedo hacer fácilmente, ya veis que cualquiera en mi caso...

—Obrad como gustéis, caballero; golpe por golpe, no será el mío el que menos sintáis.

—Bueno, señora, lo acepto con tal que sólo se dirija a mí.

—Y a vuestro amigo, porque deseo pagarle sus desprecios.

—Sin duda haréis que S. M. sepa sus amores con María... Eso no, señora, y ya que casualmente tocamos este punto, os convendría que nos pusiésemos de acuerdo. ¿Qué adelantaríais con semejante paso? Nada; mas os vale callar y recibir en cambio una recompensa que mejore vuestra peligrosa situación.

—No tengo confianza en vuestras promesas.

—¿Cómo debiendo ser yo el desconfiado? Cuando aprisionásteis a don Federico me prometisteis entregármelo a trueque de que no se hablara de cierta cosa, y vuestra palabra...

—La cumplí—interrumpió doña María—. El dejaros salir con vida de mi casa no entró en la promesa.

—Vuestra intención era no cumplir lo pactado; pero sea como quiera, ahora lo que conviene es tratar del precio de vuestro silencio.

—¿Qué me ofrecéis?—preguntó la morisca con el mismo tono que si hubiese estado en ajuste de una mercancía,

—Lo mismo que entonces—contestó Antonio con la mayor naturalidad.

—Es poco, señor capitán.

—¡Demonio! ¿Es poco la vida?

—Sí, porque eso no me salva del todo.

—¿Pues qué más queréis?

—La libertad.

—No es posible, señora, porque vuestra libertad me costaría una mano que vale más que vos.

—Entonces no hay remedio; entregadme a la justicia, probad mis crímenes y que me castiguen; pero aguardad para vos mucho malo, porque al rey le desagradará que sus capitanes protejan los amores de un doncel que contraría sus proyectos y que impide la ejecución de su voluntad como rey y como padre; ya conocéis a Felipe II; no envidio, pues, la suerte de vuestra cabeza.

—Exageráis, señora.

—Entonces hemos concluido. ¿Qué os importa?

—Lo siento por lo que pudiera sobrevenir a mi amigo aunque tampoco sería gran cosa.

—Casi nada, un destierro que acabaría con sus amores... es poco, tenéis razón.

Apurado se encontraba el capitán porque el lance era serio.

—Es lo que temo únicamente—dijo—así es que... pero en fin si no os contentáis más que con vuestra libertad, es imposible.

—Estoy dispuesta a arrostrarlo todo, y moriré contenta si así consigo aniquilaros, somos demasiado grandes y no cabemos ambos en el mundo; uno sobra, pues, y preciso es que desaparezca; si esa soy yo, procuraré arrastraros conmigo a la tumba.

—Casi estoy por deciros que tenéis razón; pero creo difícil que me arrastréis en vuestra caída, porque la muerte parece que huye de mí.

—Eso no pasa de ser una ilusión; nos hemos declarado la guerra y alguno debe quedar vencido, o tal vez los dos muertos.

—Perdonad, señora—contestó el soldado con bastante dulzura; no nos hemos declarado la guerra; es que vos me la habéis declarado sin tener motivo para ello. Os confieso con toda la ingenuidad que conocéis en mí, que esa guerra no la hubiera yo aceptado a tener con vos antes esta conversa-

ción. Vuestra franqueza poco o nada común me admira hasta el punto de inclinarme a teneros cierto afecto... ya veis, señora, soy muy rudo y no sé explicarme como quisiera; lo que sé es que se disminuye mi aborrecimiento. Además, dos personas tan grandes como nosotros no deben arruinarse, sino unirse para ser invencibles.

La morisca examinó el rostro del capitán, ya fuese porque la oscuridad no le dejase ver como quisiera, o ya porque sus palabras eran ciertas, no encontró en él la menor expresión de hipocresía; todo lo contrario, dudó si habrían cambiado sus ideas, aunque le parecía imposible semejante mudanza en tan poco tiempo. Necesitaba, pues, asegurarse de lo que aquello significaba; así es, que dijo en tanto que observaba a Antonio.

—¿De qué me servirá unirme a un hombre tan mudable como vos?

—¡Mudable!

—Es muy sencillo: hace una hora que me odiabais y ya pensáis de distinto modo.

—Cierto—contestó Antonio con sencillez—, pero como desde que os conocí no había tenido ocasión de apreciaros en lo que valíais hasta este momento.

—¿Y la entrevista en la casa de la calle de San Nicolás?

—Aquello, señora, fué muy distinto. Entonces empezásteis, por mentir, y ahora por decir la verdad, que es lo que ha hecho el cambio: ya os he dicho que sólo vuestra franqueza comenzaba a inclinarme en favor vuestro.

—Tenéis más talento del que yo creía, capitán.

—Señora, para decir lo que se siente no se necesita talento. ¿Desconfiáis todavía?

—No sé, caballero... Decidme, ¿y cómo podríamos hacer ese pacto amistoso..., es decir, esa alianza ofensiva y defensiva que me proponéis?

—Cuidado, señora, que aun no os he propuesto alianza ninguna, pues sólo he dicho que vuestra franqueza había disminuído mi aborrecimiento y que casi me sentía inclinado hacia vos—contestó el hijo de Juana mirando a la morisca como sorprendido, y con una expresión de franqueza sin igual.

—¡Caballero!

—Es que yo no miento, y al decir que ya os quería hasta el punto de hacer semejante convenio sería una mentira.

—No hay duda—dijo para sí la morisca—este hombre ha variado.

Y luego, dirigiéndose a Antonio, le contestó:

—Entonces, nada podemos hacer, porque cuando lleguéis a quererme lo bastante para ser mi amigo, estaré en manos del verdugo.

—Tenéis razón, señora—contestó el capitán haciendo un gesto como de mal humor. ¡Qué diablo! No había pensado en semejante cosa. ¿Y cómo?... Nada, no hay remedio, paciencia.

—Buscad un medio, señor capitán, porque para vos nada hay imposible.

—Señora... ¡bah! no lo encuentro, y además, como hasta ahora no tengo un interés grande...

—¿Pues no decíais qué...?

—Repito—interrumpió Antonio con la mayor naturalidad—que vuestra franqueza no ha hecho más que inclinarme un poco; pero así... de una manera... que... en fin, lo creo sólo un afecto de esos que pasan apenas se ha alejado la persona que lo inspira.

—Es decir...

—Que ahora ni os amo ni os aborrezco; pero que os entregaré al rey porque no tengo otro medio de cubrir mi responsabilidad. Ya sabéis, señora, como lo sabe todo el mundo, que Felipe II es entre todos los reyes cumplidores, el más cumplidor, y que si dice una vez como me ha dicho: «Haré que el verdugo os corte la mano derecha en medio de la plaza pública, si dentro de quince días no me entregáis al delincuente», lo lleva a cabo con tanta frescura como si tratase de una fiesta.

—Tenéis razón, caballero; pero con entregarme al rey y probar que soy la autora de la orden que recibisteis, habéis cumplido; no desmintáis vuestras anteriores palabras, porque si ya no me aborrecéis, ¿cómo intentáis acusarme de un crimen que por fuerza presenciásteis según los detalles que me habéis dado?

—No haré con gusto semejante cosa—contestó el caballero Relámpago; pero amor con amor se paga: defendéos como podáis, mas no deis cuenta a S. M. de los amores de don Federico, porque nada disminuiría eso vuestro delito.

—Entonces, si calláis, es por interés y no por voluntad.

—Os equivocáis, señora. Hablaré contra mi voluntad, pero ya conoceréis que no es justo que deje padecer a mi amigo cuando tengo medios de defenderle, porque al fin le quiero más que a vos.

—Eso no será defenderle, sino vengarle.

—Ni defenderle ni vengarle, sino castigar al que le hace daño injustamente.

—No lo creía venganza, y como sois tan noble y la venganza es ruin...

—Y pensásteis bien, porque de otro modo hubiera vengado las ofensas que se me han hecho: me habéis querido asesinar y yo respeto vuestra vida.

—No me atrevo a deciros una cosa...

—¿Por qué?

—Tenéis tan mal concepto de mí...

—Pero señora...

No, no, sería muy triste la burla además del castigo.

Y la morisca aparentó estar un poco afectada.

—Ignoro de qué burla habláis, señora.

—Sabéis que he asesinado a un hombre, y habéis visto que he intentado asesinaros, y por consiguiente, cualquiera palabra que indique una buena idea, dicha por mí os ha de parecer una mentira risible. Sois uno de esos hombres que ni acertáis a concebir sino criaturas muy buenas o muy malas, pero nunca una que tenga de las dos cosas, o sólo de la primera, aunque una circunstancia cualquiera le haya hecho cometer una mala acción.

—No os comprendo señora; pero sea lo que quiera, sabed que nunca me he burlado de la verdad.

—Pues bien, lo que quiero deciros es que os encuentro grande y generoso. Os he perseguido de muerte, y a pesar de eso, vos me habéis respetado. No es esto una lisonja para que ocultéis lo que otro hubiera puesto ya de manifiesto; es un desahogo mío, porque yo, aunque os parezco tan mala, tengo mis buenos rasgos, y cuando veo una acción noble padezco si no aplaudo.

—Tenéis razón y no me burlo, porque nada más cierto que he obrado generosamente con vos.

—No avanzo más porque lo que no creería es que si habéis sentido por mí alguna inclinación, yo, sin poderme explicar la causa, he sentido hacia vos algún afecto.

A su vez miró el caballero a la morisca, pero el rostro de ésta no expresaba sino tristeza; así es, que quiso cerciorarse de la verdad y contestó:

—Señora, si es por pagarme...

—No, caballero, ni quiero pagaros, ni busco recompensa; ya sé que me entregaréis al rey, y sería locura pensar en otra cosa; pero ¿qué queréis? Os lo digo como lo siento, tengo pena

dé no haberos conocido antes, porque quizás hubiéseis llegado a quererme y ahora podría confiaros algún encargo por si en esta partida pierdo la cabeza; sé que aun sin quererme cumpliríais como caballero, pero no sé si lo aceptaríais por ser cosa mía.

Admirado quedó Antonio porque no comprendía a dónde iba a parar aquella mujer.

—Señora..., si queréis explicaros...

—Hay momentos en la vida en que todo se ve distinto de como antes se veía. En uno de estos momentos estoy ahora, porque al temer si me costará la cabeza esta jugada, se han despertado en mi sentimientos más profundos..

—Proseguid, señora.

—Ante todo, prometedme que si muero cumpliréis mi última voluntad, que es un acto de justicia.

—Siendo así os lo prometo.

—Escuchadme, caballero, y si me veis derramar alguna lágrima, no lo extrañéis porque voy a hablaros de cosas que me han hecho llorar infinitas veces. Ha mucho tiempo que mi padre murió sin dejar más hijo que uno, que hoy debe tener diecinueve años, y yo. Una serie de desgracias que sería largo enumerar dejó sumido a mi padre casi en la miseria cuando le quedaban pocos días de vida; sin embargo, conservaba algún oro y aun a su muerte debió dejar alguna cantidad, por lo que os diré. Cuando se entregó a Granada, un hermano de mi visabuelo, que no tenía hijos, y se fué en compañía de Boabdil, dejó enterrada una gran cantidad de oro que ascendía a 80.000 escudos, y al partir entregó a su hermano un escrito en que estaban las señas del sitio donde se encontraba el tesoro; haciéndole antes jurar que no usaría de aquel dinero por necesitado que estuviese, en tanto que poseyera al menos una dobla, y que si moría sin necesitarlo, pasase el secreto a su hijo con las mismas condiciones, sin que a los otros hijos se diese noticia de él. Así sucedió, pasando de mi visabuelo a mi abuelo, de este a mi padre, de mi padre a un hermano que perdí, y de mi hermano a mi que soy la mayor. Como todos, presté el juramento referido, que he respetado y respetaré; pero si ahora muero corresponde el secreto a mi hermano Zayde. Ignoro si vive y he aquí en lo que consiste mi encargo. Si muero pondré en vuestras manos el pergamino; averiguaréis lo que ha sido de mi hermano, y si aun existe, se lo entregaréis; si ha muerto; como en mí concluye la familia de los Alhamares, dedicaréis 40.000 escudos a obras pías, y los otros 40.000 los guardáis

como un recuerdo mío. Esta es la voluntad de mis antepasados, respetadla como la de la mujer que muere arrepentida de sus crímenes.

--Señora...

--¿Dudáis? Ved.

La Morisca sacó del pecho una cartera de terciopelo, y de esta un pergamino escrito con caracteres arábigos.

--Esto no lo entiendo, señora; pero os creo.

--Gracias, caballero. Dios echa una mirada de misericordia sobre mí, porque en mi última hora me depara un hombre como vos.

--Siento, señora...

--No, caballero, no sintáis nada; vuestra conciencia está tranquila. ¡Ah! Cuánta ha sido mi desgracia en no haberos conocido antes de que entre nosotros se hubiese interpuesto mi amor a don Federico. He ahí todo mi crimen.

El llanto asomó a los ojos de doña María.

--Señora--contestó el capitán--, vuestra pasión por Federico no hubiera sido un inconveniente si...

--Os comprendo, caballero--interrumpió doña María--; pero estáis en un error. Cuando me habéis visto llevar hasta cierto punto mis pretensiones amorosas, como teníais de mí antecedentes muy malos, habéis creído también que mis pasos eran hijos de la perversidad. ¡Ay, caballero! ¡Cuántas cosas parecen en este mundo lo que no son!

--Señora, cuando veo asesinar a un hombre creo que aquello es un crimen, y que es lo que parece; y cuando veo que se trata de asesinar a otro, como se ha hecho conmigo creo también que es lo que parece, y tanto es así, que sólo a mis puños debo la vida. En esto no hay ilusiones, porque ciertamente yo hubiera dejado de existir si, creyendo que no era lo que parecía, no me hubiese defendido en vuestra casa y... aquí precisamente, catorce días ha.

En aquel instante pasaban nuestros viajeros por el mismo sitio en que se les preparó la emboscada.

La Morisca pareció extremecerse, y luego dijo:

--Si hubieseis reflexionado, o mejor dicho, si hubieseis amado, entonces no extrañaríais que una persona apasionada, para llegar al logro de sus deseos, cometiera un crimen por quitar el obstáculo que se le oponía. Yo amaba a don Federico, y lo amaba con tal extremo, que extraviada la razón hice lo que puede hacer un loco; pero ¿no es perdonable cualquiera falta cuando el que la comete ha perdido la cabeza? ¡Digna de lás-

tima soy! ¿Acaso podía yo apagar el fuego que en mi pecho ardia? ¿Por ventura, lo había yo encendido?

Abundantes lágrimas corrieron por las mejillas de la hija del Alhamar, y luego continuó:

—¡Qué desgraciada soy! Cristiana me torné; pero creo en lo que tantas veces oí decir a mi padre: fatal es la estrella del Alhamar que nace en la luna de Muharran (1). Sabéis que he asesinado a un hombre; pero ignoráis el motivo y no podéis comprender cuánto me atormenta el remordimiento. ¿Habéis pensado que no tengo conciencia? Os equivocáis. Un momento de arrebató a cualquiera extravía: el noble Aguillar era el matador de mi hermano. Si la herida que en este sitio recibió vuestro amigo le hubiese quitado la vida, de seguro, caballero, lo hubiérais vengado atravesándome el corazón: ¡y no es vuestro hermano, querido, joven, hermoso, honra de una noble familia, único apoyo de un padre anciano! Conozco sin embargo, que soy criminal y... ¿qué he de deciros? Merezco que se me castigue, y vos debéis procurarlo. Expiando mis faltas, Dios me perdonará. ¿Qué me importa una existencia llena de amargura? ¡No tengáis compasión de mí, porque no la merezco!

No dejaron de enternecer estas palabras al valiente capitán que comenzaba a dudar si los crímenes de aquella mujer habían sido el efecto de pasiones mal reprimidas, y no la perversidad de ideas. La Morisca lloraba como saben llorar casi todas las mujeres; su acento era tan dulce y había tanto fuego en sus palabras, que nada tenía de extraño ablandasen un corazón noble como el de Antonio.

—¡Voto va!—exclamó este—; os creería si no supiese que favorecéis los proyectos de rebelión de los moriscos valencianos.

—¡Los proyectos de rebelión!—dijo doña María algo sorprendida.

—Lo sé todo, señora. Y seguramente no seguiréis esa intriga por alcanzar el amor de don Federico, ni por vengar a vuestro hermano.

—¿Qué hay oculto para vos, caballero?

—Nada, señora.

—Os falta saber una cosa; pero os la diré: No sois el único que posee el secreto de la «Venta del Cuervo»; hay otro hombre que también lo sabe todo, y eso me obliga a que favorezca a los conspiradores en pago de su silencio.

—Señora...

(1) Julio: primer mes o luna del año árabe.

—Creedme, caballero; la prueba la tenéis en lo que acabo de decir: no quiero que de hoy en adelante se oculten mis crímenes; deseo el castigo para expiarlos, y que Dios no me condene a eternos tormentos. ¡Tenéis un alma grande, y estoy segura de que me comprendéis! Os he aborrecido, pero ahora os amo y deseo vuestra felicidad. Entregadme al rey; no os costará trabajo probar mis maldades porque las confesará mi boca: decidlo todo, todo, y descuidad con respecto a vuestro amigo; el rey no sabrá sus amores. ¡Dios les proteja! ¡Ese será el principio de mi expiación, y en pago de mi silencio no quiero nada más sino que no me recordéis con horror cuando haya dejado de existir!

Un raudal de lágrimas corrió por sus mejillas, en tanto que asomaba a los ojos del capitán toda la nobleza de su corazón, toda la sublimidad de sus ideas, todo el orgullo de su valor.

—Señora—exclamó con entusiasmo—. ¡No sucederá así o poco he de valer! Os salvaré; basta el arrepentimiento para que Dios perdone. ¡No seré tan mezquino que os pague con mal el bien que hacéis, callando los amores de don Federico!

Aquella generosidad, aquella noble franqueza hicieron estremer a la Morisca que, dominándose instantáneamente, contestó:

—No, caballero, no hagáis tal. Tengo un peso que me agobia: vuestras palabras han transformado mi corazón, la vida me será insoportable porque no se apartará de mis ojos la sombra de Aguilar. Cuando más grande os veo más despreciable me considero. Es verdad que estoy arrepentida, y arrepentida de todo corazón, pero eso no basta; quiero expiar mi crimen. ¡Dios mío! ¡Perdón a una desdichada mujer!

—¡Voto al diablo! He dicho que no sucederá así, y no sucederá. Os entregaré al rey porque no tengo otro remedio, y después os salvaré.

Una mirada lánguida y llena de agradecimiento fué la única contestación de doña María, que luego dejó caer su cabeza sobre el pecho como si todas sus fuerzas se hubiesen agotado.

El caballero Relámpago picó espuela y continuó su marcha silencioso.

¿Qué era en tanto de Federico? Seguía a algunos pasos del capitán, inclinada la cabeza y abandonadas las riendas de su corcel. Absorto en mil ideas, no había oído nada de lo que acabamos de referir, y aun a veces hacía olvidado que llevaba compañía y hasta que caminaba. María ocupaba todo su pensamiento. Claro es que a doña Constanza no había quedado

duda de la fidelidad del doncel, y sólo la prisión de la Morisca la hizo ponerse en contra del capitán; pero este quedaría por buen caballero cuando hubiese justificado que aquella era culpable y que la orden del rey no era una mentira. Sus amores, por consiguiente, nada perderían por el acontecimiento que acaba de tener lugar, y María debía estar dispuesta a seguirle como antes. De todo esto deducía Federico que debía escribir a su dama en cuanto llegase a Madrid, o en el primer mesón que encontrase, si tenía ocasión de enviar la carta. ¿Pero le amaba la joven? He ahí la conclusión de todas sus reflexiones. A esta pregunta no se contestaba, sino que volvía a comenzar, acabando por vigésima vez del mismo modo.

El caballero Relámpago, también silencioso, caminaba pensando, primero si le había engañado doña María, y luego en el medio de salvarla, porque ya lo había prometido.

Así andando se pasó la noche y también el camino, y al asomar la aurora dieron nuestros héroes vista a Madrid. Detuvieron sus cabalgaduras, y al primer campesino que pasó junto a ellos le mandaron buscar una litera; se acomodó en ella la Morisca, y todos se dirigieron a casa de Federico para aguardar allí la hora en que podía verse al rey.

CAPITULO XX

Estamos en el 13 de enero de 1563, siendo próximamente las once de la noche.

La plazuela que hoy se llama de la Villa, y entonces de San Salvador, estaba como las demás calles de la población completamente desierta.

Ni el más débil resplandor se dejaba traslucir, percibiéndose como a través de un espeso velo levantarse de la tierra grandes e informes masas, más que la noche oscura, y que eran los grandes edificios que formaban la plazuela.

Madrid dormía, y ese imponente silencio de una población cuando descansa no era interrumpido ni por un eco ni por una pisada.

En un gabinete de la casa que formaba el frente principal de la plazuela se veía una mujer sentada en un ancho sillón y reclinada la cabeza sobre el pecho. Era triste su mirada, que inmóvil tenía fija en el pavimento, y algún suspiro de esos que delatan la existencia del dolor solía escaparse de su boca.

La lámpara que pendía del rico artesonado apenas alumbraba la habitación; pero eran bastantes sus resplandores para conocer en aquella mujer a Isabel de Mendoza, que con su padre había llegado el día anterior a Madrid.

Pálidas las mejillas, triste el rostro y abatido el cuerpo, no había duda que grandes pesares atormentaban su corazón.

Sus largos y rubios cabellos caían en desorden, ya sobre su espalda, ya sobre su agitado seno, descuidadamente oculto por un traje de finísima cachemira blanca. Ricos chapines de seda azul calzaban sus pequeños pies.

Era intenso el frío, pero la joven no lo sentía porque todo

su pensamiento, todo su ser, se hallaba absorto en una sola idea, un solo sentimiento: Zayde, el amor.

En aquellos momentos sostenía una lucha terrible su cabeza con su corazón. ¿Cómo desobedecer a su padre? ¿Cómo olvidar al moro? Menguada y débil la razón, como ella decía, pugna por vencer; pero eran vanos sus esfuerzos, porque, ¡ah!, el fuego que se inflama a la luz de unos ojos, así como quema turba la razón, la embriaga, la enloquece. Cuando el deber lucha con la pasión, siente el alma tan agudos dolores que sólo puede concebirlos el que los padece y calla. ¡Ay! ¡Si en tales momentos no faltase al extravío la libertad que tan sabiamente le roban la religión y las severas leyes de la sociedad! ¡Si el deber no frenase el ímpetu de un cerebro trastornado! Entonces sucumbiría muchas veces la virtud con su mágico poder, o mejor dicho, sería más escasa la virtud, porque tal llamamos sólo a un sublime y espontáneo sentimiento, que en medio de la más completa libertad, sin deberes que lo frenen ni pasiones que lo inclinen, se resiste a todo y todo sabe arrostrarlo, como el católico arrostra el martirio cuando sereno el rostro, tranquila la mirada y la cabeza erguida se coloca sobre la hoguera que debe consumirle.

He ahí la verdadera virtud.

El mundo, sin embargo, califica como tal el cumplimiento de un deber, encontrando la virtud donde sólo hubo mayor fuerza de voluntad que de pasiones, y cuando no sucede así creen a éstas vencedoras. ¡Mentira! La verdadera virtud no es vencida jamás, porque tiene toda la inconcebible fuerza del espíritu, mientras que su enemigo posee sólo la mezquina fuerza de la materia.

Empero abandonando estas reflexiones continuaremos diciendo que las virtudes filiales de Isabel luchaban con su pasión de amante, y que por eso sus mejillas estaban pálidas, triste su rostro y agitado su pecho, y que en semejante estado ni advertía el desorden de sus cabellos ni cuidaba de arreglar su traje.

Ya suspirando, ya dejando escapar alguna perla de sus ojos, pasó cerca de una hora, al cabo de la cual, y en medio del profundo silencio de la noche, se oyeron resonar en la plaza las pisadas firmes e iguales de un hombre. Nada sintió la joven. El ruido cesó delante de la casa, y en seguida los melódicos sonos de una guitarra, pulsada hábilmente, recorrieron el espacio, multiplicándose sus ecos a medida que se alejaban.

Isabel levantó la cabeza, fijando su atención en los dulces

acordes que llegaban a sus oídos y parecían aliviar sus pesares. ¡Conmueve tanto la música en el silencio de la noche!

Pasaron algunos momentos, y entonces una voz varonil, sonora y dulcísima, que hizo estremecer a la joven, entonó con sentido acento y suave armonía un romance.

En tanto que cantaba el enamorado convertido, Isabel se había levantado, y sin saber lo que hacía se la vió acercarse lentamente a una ventana: parecía que una mano invisible la había llevado hasta allí. Sus ojos se animaron, coloráronse sus mejillas, la emoción hizo temblar sus labios, y puesta la mano sobre el pecho parecía contener las fuertes palpitaciones de su corazón. De nada se acordaba, había oído la voz de Zayde, del hombre cuyos ojos la fascinaban y cuyas palabras la hacían enloquecer.

Cesó la música, y nuestra joven, poniendo sus manos temblorosas sobre la ventana, la abrió, asomándose a ella luego.

—¡Isabel!—oyó decir con tierno acento.

—¡Oh, Zayde! ¡Huye! Mi padre vela noche y día, estoy espiada hasta por el último criado.

—¿No me amas ya?

—Sí, Zayde; te amo como siempre, te amo más que nunca; pero no puedo verte, no puedo hablarte, porque se opone...

—¿Quién, tu padre? ¡Ah! En otro tiempo más feliz me veías y me hablabas sin contar con su voluntad. ¡Ya no me amas, Isabel!

—¡No me atormentes! Deseo, como en aquellos venturosos días, tenerte a mi lado; pero es imposible, la dueña que favorecía nuestros amores ha sido despedida.

—Si me amas se vencerán todas las dificultades. Toma—dijo, sacando como una madeja de cuerda, que tiró a la ventana.

Era una escala, que recogió Isabel.

—¿Qué intentas, Zayde?

—Anúdala, déjala caer, y pronto estaré a tu lado.

—Comprometes tu vida.

—No importa; si es que me amas, pronto lo hemos de ver.

Isabel, como un autómatas que obedece a sus resortes, colocó la escala, y trepando por ella Zayde fué a caer en los brazos que le tendía su amada, cuyos ojos destellaron la más viva luz.

Mullidos cojines de encarnado damasco dieron asiento a nuestros amantes, que, entrelazadas las manos y cambiando miradas de amor, permanecieron algunos instantes sin pronunciar una palabra.

Por fin habló Zayde, refiriendo ella luego todo lo ocurrido y

sabiendo, a su vez, cómo su amante era ya cristiano y se llamaba Enrique.

Poco a poco fueron alejándose de la primitiva conversación, substituyendo las palabras amorosas a los anteriores relatos.

—¿Y te tengo otra vez a mi lado, Isabel? ¿Y no es un sueño?

—No, es una realidad que puede costarnos bien cara.

—¿Y por qué? ¿No soy ya cristiano? ¿Quién impedirá nuestra unión?

—¿Olvidas que tengo un padre?

—¡Ah, Isabel! Si tu amor es tan grande como el mío, todo lo vencerás, tendrás valor para arrostrarlo todo. ¡Yo te amo como la flor ama al rocío, como el pez a las ondas, como los ángeles a Dios! La luz de tus ojos es para mí más anhelada que las riquezas para el avariento, la gloria para el poeta, su patria para el proscrito, la vista para el ciego, la libertad para el esclavo y la vida para el que muere. ¡Tus dulces palabras me consuelan más que el reposo al fatigado, la esperanza al que padece, la cristalina fuente al sediento y la oración al que llora! ¡Mi vida es tu vida, mi alma es tu alma, y no palpita mi corazón cuando el tuyo no se mueve! ¡Mi más grata ilusión es tu belleza, son tus ojos el espejo de mi amor, porque en ellos refleja la llama que arde en mi pecho y me devuelven rayos más abrasadores que los que envío! ¡Tus palabras me hechizan, es tu aliento un perfume que me embriaga, y el contacto de tus dedos me estremece de placer, pero un placer que ensancha el alma, consueta el corazón y deleita los sentidos; es grande, sublime, inconcebible si no se siente! ¡A tu lado olvido el mundo, la luz y hasta la vida! ¡Oh Isabel! ¡Te amo, sí, te amo... como yo solo, porque nada hay comparable con mi amor!

—¿Es cierto?

—¡Si es cierto! ¡Por tu amor daría mil vidas!... No, es poco... ¡Daría por tu amor una cosa que valiese tanto como tu amor mismo! Y tú, Isabel, ¿no sientes por mí igual pasión?

—¿Eso me preguntas? ¿No te lo dicen mis ojos? ¡Si me amas como los ángeles a Dios, y te amo como el ave a sus hijuelos, el niño a su madre y Dios a los justos! ¡La luz de tus ojos es anhelada por ti como la vida por el que muere; pero yo busco tus miradas como el jirasolet el sol, como el acero el imán, como la tierra el náufrago, como el perdón el arrepentido! ¡Mis palabras te consuelan como la oración al que llora, y las tuyas alivian mis pesares como el llanto al que padece, como el socorro al desvalido! ¡Si tu vida está en mi vida, de la tuya pende la mía! ¡Si tu alma es mi alma, una misma es la de los dos! ¡Tu

corazón palpita por el mío, que obedece al latir. los movimientos del tuyo! ¡Te es grata la ilusión de mi belleza, y dulcísimo me es el recuerdo de tu hermosura! ¡Son mis ojos el espejo de tu amor, en tanto que mi pecho lo encendieron los rayos de los tuyos! ¡Te hechizan mis palabras, pero tu voz fascina! ¡Te embriaga mi aliento, y el tuyo me adormece! ¡Placer inconcebible te causa el contacto de mis dedos, pero yo..., ¡ah!..., yo... siento que te adoro!

Y su boca, enmudecida por el pudor, no dijo más, pero sus mejillas se enrojecieron.

— ¡Tanto me amas, Isabel! ¡Oh! ¡Qué orgulloso me siento al escucharte! ¡A tu lado se aumentan mis fuerzas y mi valor, y ningún poder humano bastaría a separarme de ti! ¡Me amas, hermosa mía! ¡Qué dulces son las horas que contigo paso! ¡Cómo se resbala sin sentirlo la existencia mecida en un lecho de ilusiones! ¡Cuán gratos son al alma los halagos de un amor inmenso! ¡Qué incomparables goces deleitan al corazón cuando se contempla a una mujer adorada, viendo en sus ojos el fuego de la pasión y aspirando en su aliento suavísimo perfume! ¡Ah! Ven, hermosa mía, porque hermosa eres como el cielo. Tus ojos son más bellos que la luz, tus cabellos son más suaves que la seda. Son dulces tus palabras más que el sueño de los justos, y grato tu aliento como el aroma de la rosa. De carmín tus labios y tu blancura de nácar. Tu seno como la mansión de los ángeles, y tu cintura como el tallo de la flor, como la palmera que nace en el desierto. ¡Ah! ¡Qué dulces son las horas que contigo paso! ¡Cómo se resbala la existencia arrullada por tu amor! Ven, amada mía, -porque amada eres por mí como por Dios la virtud. Son mi hechizo tus cariños y mi encanto tus ojos. Porque eres pura como el pensamiento de un querubín. Y en tu pecho hay fuego, y amor en tu corazón. Pero mi alma es tuya, y al abrazarte se cambia mi ser y el mundo se trueca en un paraíso, donde todo sonríe y todo es grato. ¡Qué feliz soy! ¡Ah! ¡Mi paloma, mi querida! ¡Te di mi corazón, y quiero el tuyo porque te adoro!

Enrique estrechaba entre sus brazos a Isabel, recibiendo en cambio un abrazo.

Se ardía el pecho de la joven y su cabeza estaba trastornada. Sólo a Enrique veía, sin sentir más que los ardores de su pasión. Por su acalorada mente solía atravesar el recuerdo de su padre, pero así como una débil sombra envuelta entre los vapores de su ilusión. Temblaban sus manos; sentía que por intervalos agitaban su cuerpo ligeros estremecimientos que au-

mentaban la fiebre, y fuertes palpitaciones producidas por la sangre agolpada a la cabeza. Entreabierta la boca como para recobrar el aliento, permaneció algunos instantes, y luego, con entrecortada voz, dijo:

—No sé lo que me sucede; o me matas con tu amor o muero de tanto amarte. Veo de distinto modo cuanto me rodea, porque mi vista está turbada. Tu aliento es un tóxico, pero un tóxico que quita la vida a fuerza de placer. Más que encendidas saetas son tus miradas. ¡Ah! Yo ignoraba hasta dónde podía llegar el sentimiento que me inspiraste.

—¡Te adoro, Isabel!

—¡Enrique, Enrique! ¡Ten compasión de mí!

—¡Hermosa mía, mi luz, mi gloria!

—¡Desfallezco de amor!...

¿Puede convertirse el amor en locura?

Creemos que sí.

Al poco rato se alejaba Enrique de la casa de Isabel, y ésta dormitaba en los cojines de damasco.

CAPITULO XXI

Habíase propuesto el hijo de Juan y Juana engañar a la Morisca, y salió engañado. Quiso fingir afecto, pero menos hábil que su enemiga, supo ésta desempeñar de tal modo su papel, que poca o ninguna duda quedó a nuestro caballero del cambio de aquélla. La revelación del secreto del tesoro fué un golpe maestro.

Pensó, pues, Antonio de qué manera cumpliría lo prometido, y como siempre que recurría a su imaginación encontraba medios de salir de sus apuros, en aquella ocasión la encontró también.

Una vez en Madrid, y en tanto que llegaba la hora de presentarse al rey, dijo a la Morisca:

—Señora, no ignoro, porque es una cosa bien pública, vuestro trato con el marqués de Casa-Medina. Sé que tiene por vos perdido el seso y que nada os niega; por consiguiente, escribidle ahora mismo manifestándole vuestra situación y diciéndole que es preciso vaya en seguida a ver al rey, y aunque sin disculparos, le pida que os dejen vuestra casa por prisión. Si esto lo alcanza, como creo, porque al fin sois una mujer y no inspiráis gran recelo, perded cuidado, que aunque os pongan más guardas que hay estrellas antes de seis días habéis de estar libre.

Hízolo así doña María, y como pensaba Antonio, el rey concedió lo que se le pedía, creyendo que una mujer, por peligrosa que fuese, estaría en su habitación bien guardada, vigilándola algunos soldados o gente de justicia.

Con esto, la Morista fué encerrada en su casa, y dos dependientes del Santo Oficio, severos como Catón y callados

como una piedra, la custodiaban en el interior de la casa para evitar el escándalo de que se viesen a su puerta.

Pasaron cuatro días, en los cuales se dió principio a la causa, tomando algunas declaraciones al criado de doña María, que tuvo Federico encerrado en su bodega. Aquel hombre negaba, y, por consiguiente, siguiendo la bárbara costumbre de la época, tratóse de aplicarle el tormento, y así se lo anunciaron sus jueces. Su calabozo, como la casa de la Morisca, estaba abierto a todas horas para el capitán, que, sabiendo por la mañana lo que ocurría, dijo al doméstico:

—No te dejes atormentar. Confésalo todo mañana, porque así lo desea tu señora.

—Perded cuidado—contestó el otro—, que aunque no lo deseara mi señora, no me encuentro dispuesto a que me quebranten los huesos.

—¡Bueno!—exclamó para sí Antonio—. La cosa se formaliza. Y saliendo de allí fué a visitar a doña María, a quien hizo ver cuán preciso era escapar aquella misma noche.

Escasa y débil era la guardia, pero cuidadosa en extremo; grave inconveniente por la precisión de obrar sin escándalo y ocultándose nuestro capitán.

Mil medios se propusieron para llevar a cabo la empresa, pero también se tropezó con mil inconvenientes.

Por fin, el caballero Relámpago, después de jurar como una docena de veces, dijo a la Morisca:

—¡Ya está aquí, voto al infierno! Escuchadme. No se os permite tener en la casa más sirvientes que una dueña y una criada. La llave de la puerta exterior la guardan vuestros carceleros, que os siguen de una habitación a otra, y quedan vigilando a la puerta después de asegurarse que no hay ventanas ni otra salida. Observan, oyen y callan, y todas estas cosas nos entorpecen. Principiemos por disminuir el número de los esbirros, no dejando más que uno. Luego inutilizamos al que queda, y os veréis libre. Para esto, a la una de la noche os fingís mala, empeorandoos hasta el punto de que deis gran cuidado, y cuando ya parezca que estais a las puertas de la muerte, confesáis en cierto tono haberos envenenado por temor de ser entregada al verdugo. No es cosa de dejaros morir, y uno de vuestros guardianes correrá en busca de un doctor, pero de un doctor que vos le nombraréis y que viva muy lejos, porque sólo él que conoce el veneno que habéis tomado puede buscar el contraveneno. A poco os acomete una terrible convulsión; la dueña y la criada no tienen bastantes fuerzas

para sujetaros, y acude también el otro esbirro, que inclinado hacia vos y casi oculto por los sirvientes no ve a dos hombres que descalzos entran en el aposento, le sujetan, le tapan la boca y le amenazan, para que en tanto vos salgáis por donde ellos habrán entrado, que será por un balcón o ventana que vuestra dueña cuidará de haber dejado abierto. Un caballo os esperará, y montando, corred cuanto podáis. Las puertas de la población estarán cerradas, pero quien falsificó la firma del duque de Feria que os dé un salvoconducto.

—Todo eso es muy factible—contestó la Morisca, después de reflexionar algunos momentos—; pero me aterra la idea de tener que marchar sola por esos caminos. ¿Por qué no me acompañáis?

—Es imposible. A esa hora estaré de aquí bastante lejos. Si por casualidad me vieses cerca de vos en tales momentos, me costaría muy caro.

—Haced, al menos, que una persona de confianza venga conmigo, aun cuando no sea sino hasta dejarme a las puertas de Madrid.

—Señora, sólo tengo confianza en un antiguo criado de don Federico, y ese se ocupará en cuidar del caballo.

—¿Y quién hará que los dos hombres consabidos entren oportunamente por la ventana? ¿Quién aguardará en la calle mi descenso?

—¡Demonio! No había pensado en eso.... ¿No podéis disponer de nadie?...

—No, caballero, de ninguno que sirva para el caso. Los dos hombres los tengo, pero no el que los dirija.

Algunos instantes de reflexión bastaron al capitán para hacer todas las suposiciones que se desprendían de la petición de la Morisca, y luego contestó:

—Bien, señora; don Federico os aguardará.

—No, no, porque eso puede comprometerle.

—Perded cuidado. Ahora ved cómo todo lo preparáis.

—Para ello, tengo que enviar órdenes a mi casa de la calle de San Nicolás, y si vos no os encargáis de llevarlas todo se ha perdido.

—Como gustéis.

Doña María tomó la pluma, y con signos desconocidos escribió una carta bastante larga.

—Tomad, caballero, y decid que la entreguen al señor Carlos. No os sorprendáis de que vaya escrita en tan extraños

caracteres; lo hago así por precaución. Esto nadie lo descifraría.

Salió de la casa el caballero, y dijo para sí:

—Presumo que quieres engañarme, señora Morisca; pero te dejo con tu ilusión, porque deseo conocerte del todo esta vez.

En seguida entregó la carta.

Mientras llega la noche hablaremos de Federico y María, aunque poco tenemos que decir de ellos.

Al día siguiente de la refriega en casa de doña Constanza, recobrada ésta del susto reflexionó sobre todo lo ocurrido, y de ello dedujo, que María había sido víctima de un engaño y Federico de una intriga. La Morisca se había perdido con negar su entrada en el convento. Es verdad que no le quedaba otro recurso, mas no por eso dejaba de colocarse en muy mala situación. Sus protestas y sus lágrimas alucinaron por un momento a la dueña; pero después se convenció de cuán errada había andado... Así es que fué al convento, habló a María y la puso al corriente de todo. Esto con una carta de Federico, aseguró completamente la paz entre nuestros amantes que entablaron de nuevo su correspondencia, y en la época a que nos referimos se querían más que nunca.

La hija del rey no anhelaba ya la hora en que debía pronunciar los votos religiosos, pero el reverendo padre fray José del Castillo hacía en tanto presente al rey las buenas disposiciones de su protegida y le encarecía la necesidad de que la joven tomase el velo en breves días.

* * *

María, la Morisca y el marqués de Casa-Medina, Isabel y Zayde, alimentaban las conversaciones de ciertos círculos de elevada clase.

Fijemos, si no, nuestra atención en la casa del conde de Uceda.

En un ancho salón lujosamente amueblado se encontraban, a las ocho de la noche, diez o doce personas de ambos sexos, pero todas de la más noble alcurnia.

Acostumbraban diariamente a reunirse allí cierto número de amigos, y en el seno de la confianza, como ellos decían, se hablaba de todo el mundo, o mejor dicho, se murmuraba desde el rey hasta el último cortesano.

La marquesa de Povar tomaba en aquellos momentos la

palabra, y todos se disponían a escucharla con profunda atención.

—Señores—decía—, vuelvo a encargaros la reserva antes de comenzar. Hemos echado de menos al marqués de Casa-Medina, y nos preguntamos la causa. Pues bien; no es otra que lo que sucede con esa mujer a quien llaman la Morisca, y por la que está loco de amor.

—Eso es muy antiguo.

—Si no tenéis nada que añadir guardad vuestra historia.

—He dicho—prosiguió la marquesa—que suceden a esa mujer ciertas cosas, y esto no lo sabéis y yo sí, porque en todas partes tengo amigos de confianza. Sabed que hace cuatro días está presa en su casa, donde la vigilan dos dependientes del Santo Oficio.

—¡Presa! ¿Y por qué?

—Eso es lo que ignoro. Habréis advertido que de algún tiempo a esta parte el marqués estaba pensativo, sin que nadie pudiera adivinar la causa, que no era otra sino la desaparición de su querida. Al fin se la volvió a ver, pero ¿cómo?, acusada de un delito... Me había propuesto ocultarlo, pero entre nosotros puedo decirlo: se la acusa como la autora de aquella orden del duque de FERIA que él mismo nos dijo habían falsificado. Dícese que un capitán que hace poco vino de Flandes se comprometió a buscar al delincuente, y que él es quien la ha traído presa.

—Es delicado el asunto, y puede costarle caro al tal capitán, porque el marqués está loco por ella, y si no se prueba su delito ha de pagarlas bien el delator.

—No sé por qué—continuó la marquesa—el capitán de quien hablo dicen que no tiene un pelo de tonto. Según parece, es hombre atrevido y valiente; ha dado mucho que hablar en Italia y Flandes, y el duque de Alba y aun el rey le protegen, porque es uno de esos hombres que nacen de siglo en siglo.

—Alguno de esos aventureros que no teniendo nada que perder arriesgan la vida y se encumbran, con mengua de nuestra nobleza, a los primeros grados militares—contestó un obeso caballero lleno de relumbrones de oro.

—Ya sé de quién habláis—añadió otro, como de cuarenta años y de rostro enjuto—. Conozco de vista a ese capitán, porque ha hecho la guerra en Flandes. No puede ser sino... Se me ha olvidado el nombre, pero el apodo lo recuerdo: se llama el caballero Relámpago. Es un demonio que ha luchado con la mayor parte de los nobles que había en aquel ejército, y siempre concluía a cuchilladas las cuestiones. ¡Qué brazo para ma-

nejar la tizona! Yo le aborrecía al principio, pero luego le quise como todos le quisieron. ¡No arriendo la ganancia a la Morisca! ¡Con buen pájaro se ha metido!

—Ella no es de lo mejor; ya sabéis lo que se cuenta sobre Aguilar...

—Ahora falta saber si se ha justificado el delito de falsificación...

—Todavía no—interrumpió la marquesa—. El marqués empeña a todo el mundo para que se ponga en libertad a su querida, pero lo cree difícil, porque aunque tiene mucho favor en la corte, no es Su Majestad de los que conocen a nadie cuando se trata de hacer justicia.

—Es muy justiciero el rey—dijo con ironía una vieja flaca y tan diminuta que apenas se la veía—. Sin embargo, esa rectitud no se manifiesta sino cuando le acomoda. Ved si no con la justicia que despidió de la corte a Francisco Quevedo.

—Sí, ya sabemos el motivo por que despidió a su mejor genitilhombre; pero que no ha impedido eso para que todo el mundo sepa su trato con Catalina Lenez, ni que se sacrifique a la hija que de ella ha tenido, encerrándola en un convento.

—Cuidado, cuidado—observó el caballero de los relumbros—; que cansado el rey de que muchas personas se empeñasen para que reconociese a su hija, prohibió hablar de semejante asunto. Y en mi concepto, con razón, porque si hubiera de seguir la conducta del emperador, llegaría un tiempo en que la familia real estuviese compuesta de bastardos. No ha hecho poco con educarla en un convento; no es tan malo. puesto que la joven no sólo lo deseaba, sino que ahora ruega se le permita tomar el hábito sin dejar transcurrir más tiempo; y esto de tal modo, que fray José del Castillo ha hablado hoy al rey de lo conveniente que sería hacerlo así, en vista de la buena disposición de la doncella.

—Os creéis muy enterado—contestó la vieja diminuta—y nada sabéis. La abadesa de Santa Ursula de Toledo es prima mía, y por ella sé lo que le sucede a la hija del rey, que pasa las noches en vela y los días llorando, y aunque pide tomar el velo no es por vocación; las buenas de las hermanas lo creen así, porque no conocen el mundo; pero aquí, para mis adentros, estoy segura que algún recuerdo de amor atormenta a la joven.

—Sois muy maliciosa, señora condesa; y...

La puerta se abrió, anunciando un criado al barón de Chinchilla, el cual se presentó.

Era éste un joven alto, delgado, de rostro enjuto, ojos pardos y vivos y burlesca expresión. Su boca algo grande, y formada por gruesos labios, estaba siempre entreabierta, dejando ver sus dientes de extremada blancura. El conjunto de sus facciones no hubiera sido desagradable, a no manifestarse en sus ojos y en sus ademanes una petulancia y una imprudencia repugnantes.

—Aquí le tenemos—dijo la marquesa de Poyar—; el barón nos traerá buen acopio de noticias.

—Estupendas, señoras—contestó el joven, a la vez que dejaba escapar una carcajada—. ¡Y con qué oportunidad! Pero ante todo necesito saber si es cierto que tendremos en nuestra reunión al conde de Santa Elena y su hija, que hace cuatro días llegaron de Valencia.

—Es cierto, amigo mío—contestó el conde de Uceda—. Pero cuidado, no comencéis a hablar según vuestra costumbre, porque desde luego os digo que no os creo. El conde y su hija no son conocidos en la corte, y, por consiguiente, todo lo que de ellos se diga no pueden ser más que cuentos mal intencionados.

—Estáis equivocado—replicó el barón—. Cuando se presenta en la corte una mujer tan hermosa como la hija del conde todo el mundo se ocupa de ella, y yo el primero. Además, la aventura que voy a referiros la he presenciado. Atención, señores, que es de importancia el asunto.

Una segunda carcajada salió de su boca, y todos los presentes aguardaron silenciosos las palabras del joven.

—Me gustan las mujeres hermosas—prosiguió—, y como soy noble y rico, estoy autorizado para decir mis amores a la que más me plazca. Sirva esto de exordio. Hablábame de cierto morisco valenciano a quien agradaba la hija del conde de Santa Elena, y de que ella le correspondía. Yo no lo creí, y si lo creí, tampoco importa. Es el caso que anoche, provisto de una guitarra y de un bonito romance, me encaminé hacia la casa del conde, porque quería divertirme en cantarle a su hija; pero al llegar, he aquí que oigo los acentos de un hombre que entonaba endechas acompañadas de una guitarra, que ya os figuraréis no era la mía. Fijo la vista y..., ¡oh sorpresa!, aquél hombre cantaba al pie de las ventanas del conde. ¿Qué hacer? No había más que dos caminos: o echarle de allí a cuchilladas o pasar un buen rato observando. Opté por lo segundo. ¿A qué turbar

al que estaba tan poseído? Ya sabéis que soy muy prudente. Escuché, pues, y por el romance que entonaba supe que aquel era el morisco en cuestión, y que se había bautizado a ruegos suyos. Al concluir el canto se abrió una ventana, y... ¿queréis saberlo?: el morisco trepó por una escala y fué a caer en brazos de su querida.

—¿Y decís que lo habéis visto?—preguntó el de Uceda.

—Sí, lo he visto, como vi también que no salió hasta la madrugada, con el rostro pálido...

—Es bastante para broma, señor barón—volvió a interrumpir Uceda—. La noche estaba oscurísima y no era posible ver a nadie el rostro.

—Lo presumo, porque después de una noche de vigilia se torna amarillo el rostro.

—Parece imposible—volvió a contestar el de Uceda, un poco serio el continente—que tal cosa hayáis visto. La hija del conde es, no sólo una dama discreta, sino una doncella recatada y temerosa de Dios, como cien lenguas lo dicen en su país; y siento que empleéis vuestros chistes en descrédito de una familia que me ha sido recomendada por personas respetables.

—¡Bah, bah!—continuó el barón en tono picante—. Cualquiera diría que os habéis puesto serio. A la verdad, nobilísimo conde, que sois tan cándido como una novicia. Esas cien lenguas que atestiguan la discreción y recato de la hermosa Isabel están puestas en cien bocas pertenecientes a cien caras, cuyos doscientos ojos, si no hay ninguno tuerto, no han visto lo que yo; y he ahí explicado el por qué publican y aseguran la sin par virtud de tan donosa doncella y...

—Señor barón—interrumpió Uceda—, me parece que ya...

—Está visto que queréis defenderla a todo trance—prosiguió Chinchilla—; pero como no sois ni su padre ni su hermano, estoy decidido a decir a todo el mundo: «La hermosa hija del conde de Santa Elena ama y recibe en su habitación, a las doce de la noche, a un morisco convertido.»

—Si antes no os cortan la lengua—dijo una voz sonora y varonil que salió de entre el tapiz que cubría la puerta de la habitación.

Todos los ojos se fijaron en aquella parte y vieron asomar la cabeza de un hombre desconocido. Era su rostro moreno, vivos sus negros ojos de penetrante mirada y aguiluña su nariz. Un negro bigote cubría su boca entreabierta con la expresión más tranquila.

Nadie pronunció una palabra, excepto el barón, que exclamó, frunciendo el entrecejo:

—¿Quién se atreve a decir...?

—¿Qué mentís? Yo—replicó el intruso.

Y en seguida dejó ver tras la cabeza el cuerpo, y apuesto el continente y noble la mirada, reconocieron todos en él a un soldado, y nosotros al capitán Relámpago.

Mirábanle todos, y nadie, a excepción del caballero que había hablado de él, le conocía. El conde de Uceda se le acercó, diciendo:

—Caballero...

—¿No me conocéis ni os explicáis mi entrada aquí sin anunciarme? Ya lo sabréis, señor conde; ahora no deseo otra cosa sino que sacrificuéis algunos momentos escuchándome reservadamente dos palabras sobre un asunto de interés.

—Con el mayor placer, señor capitán; venid conmigo.

El conde se dispuso a pasar a otra habitación, y el hijo del ventero a seguirle; pero el barón le detuvo, diciéndole:

—Un poco de cachaza, caballero; pues no permitiré que salgáis sin que ajustemos nuestras cuentas.

—Es verdad, ya no me acordaba—contestó Antonio sin mirarle—; estad mañana, a las once, junto a San Jerónimo el Real.

—Habladme con más respeto, señor soldado, y no seais fanfarrón, porque si mi nombre supieseis, tal vez no estaríais muy tranquilo.

—¿Vuestro nombre? Lo sé...: el barón de Chinchilla, ¿no es así? ¿El intrépido doncel, terror de los maridos? Ya sé que manejaís bien la espada, aunque no es tan peligrosa como vuestra lengua. Como veis, estoy perfectamente enterado, y, sin embargo, no tiemblo.

—Está bien. Hasta mañana... Pero no; antes quiero saber quién sois.

—Lo habéis dicho vos mismo: un soldado.

—No, vuestro nombre.

—¡Ah! ¿Mi nombre?... El capitán Relámpago.

Oyóse un murmullo y todos los ojos examinaron de pies a cabeza a Antonio.

—Extraño nombre, señor capitán—dijo el barón.

—No tanto como vuestra figura, señor barón.

—Los insultos...

—Basta, caballero; mañana me las cobraréis todas.

Luego murmuró algunas palabras el conde de Uceda y salió con él.

Los tertulianos permanecieron algunos instantes en silencio; después habló uno y en seguida otro, concluyendo por hablar todos a la vez.

—¿Es ése el que ha aprisionado a la Morisca?

—El mismo.

—Se conoce que es hombre de valor.

—¡Y qué serenidad!

—Se aparece como un fantasma.

—Creo que es un adversario digno de vos.

—Pero ¡qué descaro!

—Yo le haría saber que no sólo los que han estado en la guerra saben dar cuchilladas.

—¡Qué apodo tan extraño!

—Y se lo da él mismo.

—Atrevido es, por cierto.

De este modo continuó la conversación hasta las diez, hora en que todos se retiraron.

Entonces, el conde de Uceda, acompañado de dos lacayos, salió, dirigiéndose al real alcázar, donde hizo decir al rey que tenía que hablarle con urgencia de asuntos de Estado.

Nuestros lectores desearán saber el motivo de la ida de Antonio a casa del conde de Uceda, y por qué, sin ser anunciado, se presentó en el salón, desmintiendo al barón de Chinchilla. Muy justa es esta curiosidad, pero como tenemos que referir otras cosas de no menos interés, les satisfaremos en el siguiente capítulo, permitiéndonos que saltemos tres horas, y les llevemos al interior de la casa de la Morisca.

Hallábase ésta en un espacioso gabinete ricamente amueblado. Recostada en un ancho diván tenía la mirada fija en un magnífico reloj de péndola que en aquel instante señalaba la una, anunciándola con una sonora campanada.

Algunos minutos pasaron, y el canto de la lechuza interrumpió el silencio de la noche.

—Ya están ahí—dijo la Morisca al oír el lúgubre eco del ave nocturna.

Luego llevó las manos a su cabeza, descompúsose el cabello y exclamó con doloroso acento:

—¡Dios mío, no puedo más! ¡Ay! ¿Qué haré?... Sí, confesar mi crimen; no quiero ser suicida... ¡Dios mío! ¡Aldonza, Aldonza! ¡Venid! ¡Yo muero!—continuó levantando la voz—. ¡Aldonza, Aldonza! ¡Socorro!

La puerta se abrió, apareciendo un hombre vestido de negro.

—¿Qué queréis?—dijo secamente.

—¡Dios mío! ¡Yo muero!—exclamó doña María, poniéndose las manos sobre el seno—. ¡Se me abrasa el pecho!—y se retorció los brazos como si agudos dolores la atormentasen.

—¿Qué tenéis?

—¡La muerte! ¡Ah!... ¡Socorredme!... ¡Aldonza!

—¡Ferrán!—gritó el dependiente del Santo Oficio.

Un segundo esbirro entró.

—¿Qué hay?—preguntó con voz soñolienta.

—Buscad a la dueña de esta señora; que dice se muere.

Ferrán salió, volviendo a poco acompañado de la dueña.

—¡Señora!—exclamó ésta—. ¿Qué os sucede?

—¡Ay!... Se me abrasa el pecho... Muero..., sí..., porque... ¡porque estoy envenenada!

—¡Envenenada!—exclamaron a un tiempo los tres espectadores.

—Envenenada, sí..., porque..., ¡ay!..., he querido así librarme del verdugo... ¡Dios mío! ¡Qué horrible... tormento!... Socorro... El doctor Montalván..., que... él solo conoce el veneno...

—Pero si vive al lado de Santo Domingo—replicó la dueña—. Mientras viene...

—¡Ay!... No le hace... El solo conoce el veneno... y... ¡yo muero!...

—Corred, Ferrán—dijo el otro esbirro—. Buscad a ese doctor. Nuestra responsabilidad es grande si muere.

Ferrán salió.

Doña María se estremeció y dejó escapar un grito, luego hizo un brusco movimiento y en seguida acometióle una convulsión. La dueña acudió a sujetarla, pero sus fuerzas no eran suficientes y, como había previsto Antonio, el esbirro vino en su ayuda.

—¡Francisca, Francisca!—gritó la dueña.

Una criada entró, corriendo también a sujetar a su señora. Ambas sirvientas estaban una a cada lado de doña María, y el guardián en frente, vuelta la espalda a la puerta.

La convulsión era horrorosa.

En aquel instante, y con el silencio de la sombra, dos hombres descalzos y con sendos puñales entraron en la habitación, dirigiéndose al esbirro. Sujetóle uno los brazos, otro le oprimió la garganta, y los mortíferos instrumentos le amenazaron.

Pálido de terror, no opuso resistencia el pobre ministril, que a poco se encontró ligados sus brazos y pies, tapada la boca y tendido en el suelo.

La Morisca se levantó serena, dejó escapar una sonrisa de triunfo y luego dijo:

—Quedad con Dios, astuto carcelero, y cuándo venga el doctor Montalbán, que os dé un medicamento para que el susto no os cause mal.

Luego salió seguida de sus servidores, y atravesaron varias habitaciones, hasta llegar a una donde se veía una ventana abierta.

La Morisca trepó por una escala, sus criados la imitaron y, cuando estaban en la calle, les dijo:

—A la otra casa.

Alejáronse, y un hombre envuelto en una capa se acercó: era Federico.

—Seguidme—dijo el joven, dándose a conocer.

Palpitó fuertemente el corazón de doña María.

A poco entraron en una estrecha calle, y allí, envuelto en las sombras de la noche, que era oscurísima y tormentosa, se hallaba Fernando con un caballo del diestro.

—¿Tenéis el salvoconducto?—preguntó el joven.

—Sí, caballero; esos hombres me lo han traído.

—Ayuda a montar a esta señora.

El veterano obedeció.

—Dios os guarde—replicó Federico, disponiéndose a salir.

Como estatuas que salen de sus nichos, tres hombres salieron de un oscuro y estrecho zaguán, que estaba abierto contra la costumbre de la época, y en el cual ni Fernando ni Federico habían reparado.

Instantáneamente cayeron dos de ellos sobre el doncel, en tanto que el otro acometía a Fernando.

—¡Traición!—gritó Federico, que vio dos puñales sobre su cabeza

—¡Miserables!—exclamó el viejo criado, que a más distancia tuvo tiempo de sacar la tizona, trabando riña con su adversario.

—¡Silencio!—pronunciaron los aparecidos.

Un relámpago brilló, y un tercer puñal relumbró sobre uno de los asesinos que sujetaban al doncel. Oyóse el ruido del trueno, y potente como su retumbar, una voz exclamó:

—¡Rayos y centellas!

El capitán Relámpago, tras el relámpago, y su juramento, tras el trueno.

Un «¡Ay!» de muerte resonó, y el cuerpo del asesino cayó en tierra.

Huyeron sus compañeros, y la Morisca, soltando las riendas a su corcel, gritó:

—¡Maldito seas, capitán!

El bruto partió como un rayo, y al apresurado compás de sus fuertes pisadas se oía exclamar a doña María:

—¡Vuela, noble animal! ¡Vuela, que todo es poco para escapar de ese hombre!

Fuése perdiendo el ruido del galope, y Federico, con los brazos cruzados, contemplaba a Antonio.

—No te levantarás otra vez—dijo éste, dando con el pie al asesino muerto, que no era otro que el Rubio—. ¡Voto a Satanás!... Esto concluyó. Vámonos, pues...

—Otra vez os debo la vida...

—Y yo tengo otra prueba de lo que puede esperarse de esa víbora.

—Hemos sido demasiado generosos con ella.

—No importa; ya lo pagará todo de una vez... Vamos, que aquí nos comprometemos.

Y se alejaron calle de Toledo arriba.

CAPITULO XXII

No era el capitán Relámpago hombre a quien le agradaba perder el tiempo; así es que luego que entregó en la calle de San Nicolás la carta de la Morisca, se encerró en su habitación, y viendo que aún tenía que estar diez horas sin hacer nada, puesto que hasta la una de la noche no debía escapar doña María de su prisión, dió algunos pasos de extremo a extremo de la anchurosa alcoba que le había destinado Federico, y retorciéndose el bigote comenzó a buscar en su imaginación una idea que le sirviese de punto de partida para ocuparse en algo.

Pensó primero en la carta de que había sido portador; la carta le trajo a la memoria al señor Carlos, y éste la conversación que escuchó por la ventanita de su cuarto en la posada del Ave María, de Toledo.

—¡Ya está aquí, voto a Mahoma!—exclamó, parándose repentinamente—. Tengo en mis manos el precioso hilo de una rebelión que positivamente estallará y la veremos triunfante, porque el rey ignora la mitad de lo que pasa. ¿Qué parte tengo en este asunto? ¿Cómo debo intervenir en él? He ahí dos preguntas que necesito contestarme.

Nuestro capitán pensó algunos instantes, convenciéndose luego de que la parte que tenía en semejante negocio no era otra que la que puede tener un soldado que desea hacer fortuna, que quiere defender a su rey y que es amante de su patria. Con respecto a la segunda pregunta encontraba más dificultades, porque de ella se desprendía otra bastante más delicada. ¿Debía presentarse al rey y ponerle al corriente de todo? Esto tenía sus inconvenientes. Era muy probable que Felipe II, al saber de boca de Antonio los detalles de que éste estaba en-

terado, le hubiese mandado marchar a Valencia a las órdenes de aquel virrey, haciéndole responsable del resultado. Semejante determinación no le convenía, porque demasiado tarde quizás para cortar la rebelión, podía costarle la cabeza. Deseaba ir a Valencia, pero sin responsabilidad, y para conseguirlo sólo encontraba un medio. Si una persona bienquista en la corte ponía al rey corriente de todo, claro es que Su Majestad, averiguada la procedencia de la noticia, llamaría al caballero Relámpago para enterarse mejor, y éste, entonces, tenía ocasión de conseguir su deseo sin comprometerse, puesto que había sido preguntado.

Una vez decidido a ello, nuestro capitán se hizo una tercera pregunta. ¿De quién me valdré? En pocos minutos recorrió la lista de todos los cortesanos que le parecían más a propósito para su idea, y por último se decidió por el conde de Uceda, y sin más ni más se encaminó a su palacio. No le encontró, pero supo que a la noche estaría, y a las nueve repitió su visita. Cuando hubo llegado a la antesala dijo a un lacayo que deseaba hablar al conde, y el doméstico, después de hacer una cortesía y averiguar el nombre del capitán, se dispuso a anunciarle.

—No, no me anuncie—le dijo Antonio deteniéndole. Tengo que hablarle reservadamente, y lo que deseo es que se le pase un recado sin que nadie se entere.

—Eso es imposible—contestó el lacayo.

—Pues es preciso.

—Perdonad, caballero; pero esta es la hora en que el señor conde recibe a sus amigos y tiene mandado que no se le interrumpa, venga quien venga.

—¿Y se le podrá entrar una carta?

—Me comprometéis, caballero...

—El negocio es urgente.

—Bien... dádmela.

—La escribiré si me facilitáis lo necesario para ello.

El lacayo llamó a otro criado, y pronto tuvo Antonio pluma y papel, en el que comenzó a estampar algunas frases suplicando al conde le concediese unos minutos de audiencia.

En tanto que escribía, el barón de Chinchilla contaba la aventura del moro, y como lo hacía en voz alta, o más bien a gritos, se enteró de ello Antonio.

El tono sarcástico del barón, y sus palabras punzantes al hablar de una mujer, produjeron muy mal efecto en el capitán.

que sin explicarse el por qué, como sucede muchas veces, se indignó. Concluyó, pues, de escribir la carta, y entregándosela al criado le suplicó nuevamente se la entregase al conde; pero como este no podía abandonar su puesto, tuvo que ordenar buscasen a otro lacayo para que sin quebrantar la rigurosa etiqueta de aquel tiempo desempeñase la comisión.

En todo lo dicho se invirtieron algunos minutos, y entre tanto, nuestro capitán, que aun era tan curioso como cuando tenía doce años, se colocó como distraído cerca de la puerta de la sala. El barón continuaba su relato interrumpido de vez en cuando por el conde de Uceda, cuya defensa en favor de la dama desconocida hizo que Antonio se interesase más por ella, y tanto, que exaltado al fin, quitó la carta a un lacayo que en aquel momento se disponía a entrar para entregarla al conde, y levantando el tapiz que cubría la puerta, pronunció las palabras que oímos, antes que pudiera detenerle el cancebero. Lo que esto produjo lo sabemos, y por eso escusamos repetirlo.

Enteróse el conde de todo lo que se tramaba en Valencia, y deseoso de ser el primero que diese parte al rey, salió a las diez para el alcázar real.

Menester es que sepa el lector que Aljamin, después de cumplir los encargos del virrey, volvió a Valencia, y a la noche siguiente de su llegada, fué asesinado, sin que pudiera averiguarse quién era el autor del crimen, aunque nosotros sospechamos que alguno de los suyos le hizo pagar cara su traición. Este acontecimiento privó al virrey de un espía muy útil, y al rey de noticias detalladas; por lo cual, al enterarse de lo que el conde de Uceda le manifestó, no pudo menos de preguntar por quien tenía tan preciosos datos, y determinar al siguiente día saberlos de boca del mismo Antonio.

Tampoco habrán olvidado nuestros lectores que una de las cosas que movieron al conde de Santa Elena a hacer su viaje a Madrid, fué el obrar en contra de los proyectos de los moriscos; y en los cuatro días que llevaba en la corte, no había perdido el tiempo, pues en ellos había hablado al rey, y este, que tenía muy buenos antecedentes de la lealtad del conde, no sólo le recibió bien, sino que le consultó algunas veces sobre este asunto.

Con estos antecedentes, pues, continuaremos nuestro relato. Había pasado la noche en que escapó la Morisca, y eran las nueve de la mañana. El caballero Relámpago paseaba en su habitación, pensando en si había hecho o no bien en salir a la defensa de la hija del conde, cuando Fernando vino a inte-

rrumpirle para entregarle una orden del rey. Leyóla el capitán, y vió que se le mandaba presentarse inmediatamente en el alcázar real.

—¡Bueno!—exclamó—. Parece que todo viene a medida de mi deseo. Ahora falta ver qué tal te portas, caballero Relámpago.

Y tomando en seguida su sombrero, fué al alcázar donde el rey le recibió al momento.

Estaba Felipe de pie junto a un gran brasero que ardía en medio de la habitación, y cuando entró nuestro capitán fijó en él sus ojos como si hubiese querido leer en su corazón antes de escuchar sus palabras; pero el soldado no dejó ver en su rostro otra cosa más que alguna extrañeza, como si le hubiera sorprendido la orden real porque no sospechaba el motivo de ella.

—Os aguardaba con impaciencia, capitán—dijo Felipe II.

—V. M. me honra más de lo que merezco, señor.

—¿Ignoráis lo que pasa?

—No sé de qué quiere hablarme V. M.

—Habéis hecho una cosa muy buena para que la deshaga la torpeza de otros. La dama presa por vos, se ha escapado.

—¡Que se ha escapado! ¿Y qué hacían sus guardas?

—Una torpeza, como os he dicho. Han sido engañados; aunque pensando en el medio de que se ha valido esa mujer, dudo si a mí me hubiera sucedido otra cosa que a los que la vigilaban; parece invención del diablo. Lo extraño, caballero, es que vos hayáis dejado de estar a la mira de ella.

—No he dejado de velar un solo día. Ayer, sin ir más lejos, la visité para decirle que su criado estaba dispuesto a confesarlo todo, y que ella debía hacer otro tanto para atenuar su delito, así como al criado le dije lo mismo con respecto a su señora, y ya casi la dejé convencida de que el mejor camino era declarar la verdad; pero ya conocerá V. M. que de ningún modo podía constituirme en guardián suyo sin orden expresa. Sin embargo, señor, su fuga me ha sorprendido, porque estaba bien vigilada, y en verdad me desconcierta, pues si lo sabe su criado, quizás se resista a decir la verdad.

—Perded cuidado, caballero; apenas me dijeron la noticia mandé aplicar el tormento al sirviente, y hace una hora que ha dicho cuanto sabía. Vuestra responsabilidad ha cesado; pero quiero que hagáis algunas pesquisas con el fin de ver si dais con ella.

—Bien, señor.

—Con que es decir que ignorábais... ¡ah!... olvidaba lo que más interesa. Según se me ha dicho, tenéis noticias de ciertas tramas rebeldes de los moriscos valencianos, y estáis dispuesto a desbaratar sus planes; el asunto es delicado, caballero, y antes de comprometeros... aunque con los datos y auxilios que yo os diere creo que saldréis bien con vuestra empresa.

—Perdonad, señor; nunca he dicho que me comprometería a sofocar una rebelión tal vez triunfante a estas horas.

—Según el conde de Uceda, fuistéis a verle expresamente para ello.

—Cierto, señor; porque como fiel súbdito de V. M. y buen soldado, no podía ver con indiferencia que peligrase la paz del reino; pero esto no quiere decir que yo me atreva a comprometerme a concluir felizmente tan árdua empresa como la de desbaratar una conspiración que, como he tenido la honra de decir a V. M., quizás haya estallado a estas horas. Me considero muy poco para tanto.

—¿Y si yo os considerase suficiente?

—V. M. me haría mucho honor, pero no sería esto bastante para que yo pudiera decir: el éxito corresponderá a los deseos de V. M.

El rey examinó el rostro de Antonio, pero no vió en él otra cosa sino verdad.

—¿Es decir que no debo contar con vos para esta empresa?

—V. M. puede contar conmigo, porque yo obedeceré con la exactitud que siempre lo he hecho.

—¿Es decir que no debo contar con vos para esta empresa?

—V. M. puede contar conmigo, porque yo obedeceré con la exactitud que siempre lo he hecho.

—¿Nada más que obedecer?

—Haré también por mi parte todo lo que parezca oportuno; emplearé todos los medios que estén a mi alcance, pero sin decir a V. M. que conseguiré lo que desea.

—Tenéis razón—contestó Felipe mirando con cierta indiferencia al capitán—. No había pensado en que si llega a estallar la rebelión, sólo un hombre tengo que pueda sofocarla.

—¿Sólo un hombre?—preguntó Antonio, cuyas mejillas se tornaron rojas.

—Don Juan de Austria: el mismo que venció a los de Granada.

—Señor—dijo el capitán a la vez que brillaron sus ojos—reconozco en el noble don Juan al primer valiente de nuestro

suelo; pero a nadie le concederé más decisión para dar la vida por V. M., ni tampoco... Perdonadme... no sé hablar con los reyes porque soy muy rudo: sólo sé gritar en los combates.

Estas palabras francas y producidas por un valor sin igual, hicieron en el rey una impresión que no hubiera causado la hazaña más grande, y llenóse de orgullo al pensar que aquel hombre era español y uno de sus soldados.

—¡Sois tan valiente como don Juan!—exclamó—. Quiero que marchéis hoy mismo a Valencia. Tomad.

Y sentándose puso una orden para el virrey.

—¿Nada más?

—Obedeceréis las órdenes del virrey, en cuanto estén conformes con vuestros proyectos; así lo mando.

—Está bien, señor.

—Y... aguardad. Que os diga mi mayordomo dónde vive el conde de Santa Elena; iréis a verle ahora mismo, y os pondréis de acuerdo con él, porque como natural y muy relacionado en Valencia, os servirán de mucho sus instrucciones.

Antonio se sorprendió al oír el nombre de Santa Elena.

—¡Hola!—dijo para sí—éste es el padre de la dama en cuestión.

—Podéis marchar, caballero. Acreditad vuestro apodo, y tened presente que las heroicidades de mis soldados me llenan más de orgullo que a ellos mismos.

A estas palabras pareció dilatarse la frente del capitán; sintió palparle fuertemente el corazón, y arrebatado por el entusiasmo, dijo:

—Volveré vencedor o muerto, y lo juro por mi espada. ¿Qué me importa un puñado de perros? ¡Voto...! ¡Ah! señor, perdonadme... ya he dicho a V. M. que no sé hablar a los reyes.

—Pero sabéis defenderlos. Jurad, capitán, que cada juramento de un soldado como vos, es una piedra más al cimiento de mi trono.

Antonio hizo una reverencia, y salió exclamando:

—¡Rayos y centellas! ¡Voto al infierno, que no bastarán a mi tizona todos los moros que hay sobre la tierra! ¡Muerto o vencedor!

Muy pocas veces en su vida habló Felipe II en el tono que ahora le hemos oído, y por eso enorgullecieron más a Antonio aquellas palabras en boca del que por ningún aconte-

cimiento dejaba su grave continente; y sin embargo, para él, hijo del ventero Juan, tuvo alabanzas que difícilmente prodigaba.

En aquellos momentos daban las diez en un reloj del alcazar, y nuestro capitán, en tanto que hacía algunas reflexiones, aceleró el paso dirigiéndose a la plaza de San Salvador.

—Son las diez—decía—y a las once tengo que estar en San Jerónimo; preciso es andar ligero. Voy a conocer y entablar relaciones con el conde de Santa Elena, cuya hija me cuesta un duelo, y este duelo quizás me impida ir a Valencia. ¡Voto va! ¿Quién me mete a defender a una dama desconocida? ¡Bah! es muy sencillo: todo hombre debe evitar que se ultraje a una mujer, haya o no razón para ello, y con doble motivo si la ofende uno que se parezca al barón de Chinchilla, ente ridículo y que a nadie respeta, según es fama. Sin embargo, cuando la doncella por quien uno saca la espada... pero en fin esto no es del caso, ya no se puede retroceder... Y sobre todo, no hay por qué arrepentirse: bonito estaría que me pesara el haber provocado un desafío: por el contrario, si el conde me despacha al momento, no hay tanta prisa, y el dar cuatro estocadas me divertirá un rato... Pensemos un instante en los Moriscos. He prometido al rey volver triunfante, y esto es muy delicado: veamos qué hay que hacer. Una vez en Valencia... nada. ¡Voto a Mahoma! Tengo la desgracia de no poder formar un plan... ¡Rayos! ¡Ira de...! ¡Ah! Paciencia, caballero, que ya se encontrarán... ¡Bien! Una vez en Valencia debe hacerse lo siguiente: primero prisión de... ¿cómo se llamaba aquel moro?... de... de Mahomet-Benejí: segundo, registro de su casa; tercero ahogar a todos los moriscos... no, eso es una barbaridad... tercero... tercero, obrar según convenga. ¡Muy bien, Antonio! Te portas como un hombre pensador, porque has llegado a combinar un plan... no, eso no es plan: ¿a qué hincharme con la idea de que he podido...? ¡Bah, bah! Sea como quiera, apresuremos el paso por lo que pueda ocurrir, que... ¡Hola! ¡Pues si ya estoy a la puerta de la casa!

Efectivamente, Antonio se encontró a la puerta del caserón que habitaba el conde de Santa Elena, y saludando al portero, le preguntó:

—¿Está visible el señor conde de Santa Elena?

—Está y no está.

—¿Os burláis? ¡Voto a Judas!

—No, señor; no me burlo: he querido decir que el señor conde está para unas personas y para otras no, y como ignoro quién seáis...

—Quiero verle de parte del rey; mi nombre poco os importa.

—¡De parte del rey!... subid, caballero.

El capitán subió una ancha escalera y entró en una antecámara donde repitió a un lacayo las mismas palabras que al portero, y casi en seguida se vió en un espacioso salón suntuosamente amueblado, y en el que le esperaba el conde, que cambió con el capitán algunos cumplidos.

Ni al capitán disgustó el continente noble y severo del Mendoza, ni a éste la bizarría, apostura y enérgica expresión del hijo de Juan y Juana.

—Este hombre me gusta—dijo Antonio.

—Este capitán debe ser un héroe—pensó el conde.

Y luego en voz alta, añadió:

—¿Venís de parte de S. M.?

—Sí, señor conde.

—Sentáos caballero.

—Gracias.

—Os escucho.

—Según acaba de decirme S. M., tenéis bastantes noticias de ciertas tramas rebeldes en que se ocupan los moriscos valencianos, y me manda venir para que me informéis detalladamente de cuanto sepáis, indicándome al mismo tiempo los medios más a propósito para desbaratar semejantes planes.

El conde miró a Antonio como si dudase de que el rey le hubiese confiado tan delicada comisión y luego preguntó:

—El rey os ha dicho todo?...

—Sí, caballero; el rey me ha dicho todo lo que hay, porque el rey me conoce bien, y tanto, que marchó sólo, ¿entendéis? sólo y con una orden para el virrey a quien obedeceré cuando me plazca. Leed.

—Escuchadme, pues, caballero—contestó el conde después de haber visto la orden real. Hay en Valencia un morisco llamado Mahomet-Benejí, que posee muchas riquezas y que es el jefe de todos ellos.

—Lo sé.

—Este, que hace muy pocos días estuvo en Castilla...

—Lo sé, señor conde.

—Según parece, lo sabéis todo, caballero.

—No, señor, porque me faltan pormenores, como son: el

punto donde acostumbran a reunirse, quiénes sean los principales de ellos, con qué cuentan y demás.

—Ya os he dicho que Mahomet-Benejí es el jefe principal; luego tenéis a un tal Hazem, pero éste está en poder de la justicia; y sobre todo no olvidéis a un hijo de Mahomet, llamado Zayde, joven valiente y de talento, que es muy querido entre los suyos que se dejarían matar por él. Hace muy poco que este joven ha recibido el bautismo; mas no hay que fiarse, porque a mi entender esto ha sido un paso político y nada más; es el primero que debéis inutilizar, porque de todos los enemigos no hay uno más temible.

—¿Y sabéis para cuándo preparan el golpe?

—Aguardad a que se resuelva la cuestión que hay pendiente sobre si les han de recoger las armas.

—Creo que estáis equivocado, señor conde: la rebelión estallará antes.

—Entonces sabéis más que yo.

—No tal...; continuemos.

—Como os decía, el joven Zayde es muy peligroso; tengo noticias, aunque no por muy buen conducto, de que hace dos días llegó a Madrid, y creo que antes de marcharos deberíais ayudarme a hacer algunas averiguaciones, por si es cierto que ha venido. Entonces con poco trabajo estaría en nuestro poder.

Una idea atravesó la mente de nuestro capitán. ¿Sería aquel morisco el amante de la hija del conde? Había encarecido tanto la necesidad de perseguirle más que a su padre, a pesar de ser éste el jefe principal de los conspiradores, que esto le dió que sospechar. Era, pues, preciso convencerse.

—Según me han dicho—contestó Antonio—ese morisco tenía en Valencia no sé qué amores con una dama principal..

El conde palideció y en tanto Antonio continuaba.

—Esta dama parece que está en Madrid, y su amante, llevado de su pasión, ha venido en su busca, pero olvidando la político y todo, como sucede a los amantes, gente poco peligrosa porque no piensan más que en su dama. Tampoco sé yo esto por muy buen conducto, pero vos que tanto tiempo habéis vivido en Valencia, quizá estaréis enterado: en mi concepto, si es verdad lo de los amores, lo primero que se debe buscar es a la dama, pues que encontrada esa tendremos al galán muy cerca de ella.

El conde procuraba dominarse, pero inútilmente, porque ya el caballero Relámpago había visto pintarse en su rostro y

desaparecer luego tras la palidez el coraje, tras el coraje el desaliento.

—Esta es mi opinión, señor conde.

—Decís bien, caballero; pero ignoro todo eso de los amores, aunque me será muy fácil averiguar la verdad, y en ese caso, para que no detengáis vuestra marcha, yo me encargo de Zayde, si es que está en esta corte, y si no, a vos os le dejo.

—Soy de vuestra opinión, señor conde. Ahora me falta la segunda parte, es decir, las indicaciones de cómo será más acertado proceder con los moriscos.

—¿Queréis un consejo?

—Sí, señor, un consejo.

—Marchad a Valencia, caballero, marchad, que no habéis menester consejos míos; harto astuto y diligente sois.

—La astucia es vuestra si tan pronto me habéis conocido.

—Es fácil conoceros al primer golpe de vista.

—¿Sí? Pues a toda persona a quien se conoce no hay inconveniente en hacerle un favor, y puesto que me conocéis, señor conde, no me neguéis el que tengo que pedir, que es muy señalado y exige que me lo preste un caballero que sepa guardar reserva.

—Hablad, capitán, que si es cosa que en nada puede ofender, lo tenéis concedido. Algún día tendré yo también que pedir un favor y...

—Contad conmigo, señor conde. La mayor parte de mi vida la he pasado en los ejércitos de Italia y Flandes, y apenas conozco en Madrid, a dos o tres personas. A las once tengo que batirme con un hombre de elevada clase, me falta un padrino al menos, y vos podríais hacerme la honra de presentarme al duelo. El motivo no ha sido otro que los ultrajes hechos a una dama de noble alcurnia a quien ni siquiera conozco, pero que debía defender porque nunca hay razón para hablar en cierto tono de una doncella recatada. El nombre de ésta no os lo puedo decir; permitidme la reserva.

—Soy vuestro, caballero, aguardad algunos instantes, me vestiré y marcharemos, porque ya poco falta para la hora.

Convencido estaba el conde de que el caballero Relámpago no ignoraba los amores de su hija, y ésto le hizo preveer que alguna vez tendría que pedir al capitán algún favor. Conoció además que no hablaba a un hombre de vulgar talento, y que cuando le suplicaba asistiese al duelo, alguna razón poderosa tendría. Así no es de extrañar que sin más explicacio-

nes, entrara en su gabinete, saliendo a los pocos minutos dispuesto para ir a la calle.

Silenciosos, pero muy pensativo el conde, se dirigieron al convento de San Jerónimo el real, cuyos alrededores, en aquella época, no eran otra cosa que una extensión de terreno desigual y lleno de malezas, y un campo inculto y casi intransitable en el invierno lo que hoy ocupa el salón del Prado. Aunque no había llegado el barón, cuando nuestros amigos dieron vista al gótico edificio.

—Me alegro mucho haber venido el primero—dijo Antonio sentándose sobre una gran piedra que había a poca distancia del convento.

—Supongo que nuestro adversario no se hará esperar.

—Así lo creo, señor conde.

—¿Sabéis lo que pienso, capitán? Qué en este duelo voy a hacer un papel muy extraño.

—¿Y por qué, señor conde? Sin duda porque ignoráis el nombre de la dama en cuestión. ¿No es así?

—Exactamente.

—Razones muy poderosas me impiden deciroslo; creedme.

—No necesito más razones que vuestra palabra. Ahora me toca ver, oír y callar; pero de vos exijo otro tanto cuando os necesite.

—Os he dicho que soy enteramente vuestro... ¡calla! Me parece que ya tenemos aquí al señor barón de Chinchilla.

En efecto, el barón se acercaba acompañado de otros dos caballeros de la misma edad que él poco más o menos.

—Dios os guarde, señores—dijo haciendo una cortesía al capitán y a Santa Elena.

—Y a vos, señor barón—contestó Antonio, mientras el conde devolvía el saludo con una inclinación de cabeza.

—¿Me habéis esperado mucho tiempo?

—Diez minutos no más.

—Os pido mil perdones...

—Dejemos los cumplidos. Veo que os acompañan estos dos caballeros, yo no he podido hacerme acompañar más que de uno, porque a nadie conozco en Madrid; pero basta. Tengo pues, en honor de presentaros al señor conde de Santa Elena.

El barón quedó sorprendido.

—¡El señor conde de Santa Elena!... Me place en extremo conocerle.

—Ha tenido la condescendencia de servirme de testigo, aunque por razones que sabéis, ignora casi del todo el motivo de

nuestro duelo; sólo sabe que lo ha ocasionado una dama a quien injustamente habéis ofendido.

—Me parece—contestó el barón, pálido como la cera—que hubiéseis hecho mejor en elegir otro padrino.

—Cuidado, señor barón, no vayáis a decir lo que yo he llamado tan cuidadosamente—observó el capitán en cuyo rostro empezaba a dejarse ver la sonrisa de costumbre.

—Callaré si me parece conveniente, señor capitán.

—Pues hablad cuanto gustéis, pero tened entendido que a la menor indiscreción vuestra, haré lo que no pensaba que es mataros.

—No sois más que un fanfarrón, y si creéis que vuestras amenazas me intimidan, os equivocáis, porque de continuar así, me haréis que diga lo que vos calláis, pues nada me importa que el señor conde de Santa Elena lo sepa.

—Os cortaré la lengua, señor baron, como ya os lo he prometido. En cuanto a mis fanfarronadas... ¡voto a...! No quiero enfadarme porque no valéis la pena de ello. Contestadme, y fuera la espada. Os desdecís de todo lo que con respecto a una dama principal referisteis anoche en casa del señor conde de Uceda?

—No, caballero, no me desdigo, porque es la verdad y porque no acostumbro a retroceder.

—¡Rayos y centellas! ¡En guardia!—exclamó Antonio haciendo brillar en el aire su tizona.

Colocáronse a la conveniente distancia, cruzaron los aceros y el combate empezó.

El rostro del caballero Relámpago estaba sereno, ligeramente entreabierta su boca, en cuyos labios vagaba una leve sonrisa, y tranquila su mirada. Nada más bizarro que su apostura. Parecía que estaba clavado en tierra; pues sus pies no se habían movido una línea de donde los fijara. Los movimientos de su brazo derecho eran iguales, rápidos, y dejaban ver la más perfecta maestría, así como una firmeza sin igual, hija de una muñeca endurecida por el continuo ejercicio de las armas.

El barón de Chinchilla había perdido su aplomo; pero era, sin embargo, un adversario temible. Contraído el rostro, torva la mirada y apretados sus dientes, acometió sin descanso.

—Cuidado, señor barón—dijo el capitán con suave tono algo burlón; mirad que ya os habéis quedado dos veces en descubierto, a pesar de que manejáis bien la tizona. ¿Hábeis hecho la guerra?

—No.

—Parece que estáis enfadado, y en verdad que no tenéis motivo. Desarrugad el entrecejo... ¡Ah! No ha habido bastante ligereza en ese golpe; en otro seréis más feliz, si yo quiero... pues como os decía, fruncido el ceño no estáis tan hermoso como sois; y además... parad esta, señor barón: ¡ah! si no os lo advierto... Lo que es hoy no iréis a... inclinaos un poco hacia atrás, estáis en mala posición, y yo no quiero abusar de vuestro olvido, ya veis, soy bastante generoso..

—A un lado las bromas, señor capitán—contestó el barón.

—No os pido que seáis generoso, sino que aprovechéis mis descuidos y así acabaremos antes.

—No quiero aprovecharlos porque he pensado dejaros vivir... ¿Por qué no os habéis puesto hoy la ropilla que anoche llevábais? Aquella de alamares de plata y seda verde... os realizaba mucho porque...

—Caballero, no más burla ¡vive Dios! Porque ya pierdo la paciencia. Os defendéis sin atacarme; ¿a qué aguardáis?

—A que me deis permiso para desarmaros.

—Mucha confianza tenéis en vuestro brazo.

—Y con razón; si no, atended: al tercer golpe que os dirija, va vuestra espada a seis pasos de vos. Contadlos bien. No temáis nada al primero, afirmad el brazo al segundo y valeos de toda vuestra fuerza al tercero. Comienzo. ¡Uno!... ¡dos!... ¡tres!...

La espada del barón saltó de la mano.

—¡No obráis como caballero!—exclamó éste fuera de sí. Valiéndoo de un golpe que me es desconocido, queréis evitar el peligro de que continúe el combate.

—¡Voto a vuestra mala lengua! Recoged la espada, que os voy a dar una segunda lección.

El de Chinchilla tomó su espada, que cruzó de nuevo con la del capitán. ,

—Tenéis empeño—dijo éste—en saber de qué color es vuestra sangre, y ¡por mi ánima! que lo conseguiréis. Al tercer golpe os heriré el rostro para que todo el mundo os conozca. Luego os dirigiré cuatro estocadas, y a la última, cubrid el costado... aunque será inútil. ¡Atención! ¡Una!... ¡dos!... ¡tres!...

La punta de la espada del capitán pasó como un relámpago por delante de los ojos del barón, cuyo rostro se vio teñido en sangre.

—¡Vive Dios! señor soldado, que sois el primero que me ha hecho perder la calma. Defendeos, porque os mataré.

—Sosegaos, señor barón que continúa: ya sabéis, a la cuarta cubrid el costado. ¡Una!... ¡dos!... ¡tres!... ¡cuatro!...

Un rugido de cólera salió del pecho de Chinchilla, se escapó la espada de su mano, vaciló algunos instantes, y extendiendo los brazos cayó en tierra.

—No está muerto—dijo Antonio, de cuyo rostro había desaparecido la expresión burlona, sustituyéndole otra de nobleza. Hemos concluido. Soy vuestro, señores.

Estupefactos estaban los padrinos del barón, y tanto que no acertaron a contestar el saludo de Antonio. Este envainó su espada y se alejó acompañado del conde de Santa Elena.

—No me equivoqué, caballero—dijo el conde—. Al veros os creí un valiente.

—La costumbre, señor conde.

—Vuestra visita me privó de almorzar; ¿queréis acompañarme?

—Con mucho gusto, señor conde; porque la orden de presentarme al rey a las nueve de la mañana me tiene en ayunas.

Ambos caminaron sin volver a dirigirse la palabra: pensando el conde en que necesitaba captarse la voluntad del capitán, y éste en que ya que había expuesto su vida por Isabel, era preciso avisarla que su amante corría peligro.

Cuando llegaron a casa del conde, mandó éste servir el almuerzo, y luego que un criado avisó estaba cumplida la orden, hizo que llamasen a su hija.

A los pocos momentos entró Isabel. Sus mejillas estaban pálidas y en sus ojos se veían todas las señales de una noche de vigilia. Sus descoloridos labios revelaban que fuertes emociones, quizás de placer, habían agitado su espíritu y su cuerpo: una leve arruga atravesaba su frente, y su semblante, en fin, decía toda la tristeza e inquietud de su alma. Sus rubios cabellos estaban peinados o más bien solo recogidos sencillamente. Vestía un traje de lana encarnada salpicada de grandes flores negras.

El caballero Relámpago hizo una reverencia con toda la cortesanía que pudo.

—Dios os guarde, padre mío—dijo Isabel.

—El te proteja, hija mía: estás pálida.

—No ha sido muy buena la noche...

—Hoy almorzaremos en compañía de este caballero a quien

S. M. aprecia mucho y yo también. Es un valiente capitán, con un alma de esas que tú admiras.

—No soy más que un soldado sin educación—contestó Antonio, a la vez que contemplaba la hermosura de Isabel.

Esta fijó en él sus encantadores ojos, y dejó escapar una sonrisa tan dulce que impresionó por un momento a Antonio.

—No es difícil—dijo la joven,—conocer en la franca mirada de este caballero, que es valiente a la par que de noble corazón.

Cruzáronse algunas frases de este género, y en seguida comenzó el almuerzo.

Hablaron primero de cosas indiferentes, después de Valencia, y por último el capitán hizo recaer la conversación sobre el objeto de su viaje.

—Es bastante delicada la misión que llevo—dijo—y en verdad temo llegar tarde; pero si no es así, poco valdré o he de desbaratar los proyectos de esa gente.

—De vos todo lo espero—contestó el conde.

—Gracias: aunque yo creo que no es hacer gran cosa, porque nada más fácil que vencerles, si se corta el mal de raíz. Habrá muchas víctimas, es cierto, pero en estas cosas no hay otro recurso. Desaparezcan—añadió examinando el rostro de Isabel—los principales jefes y sus allegados, y todo habrá concluido.

Las mejillas de la joven se enrojecieron y luego se tornaron más pálidas que antes.

—Ya no me cabe duda—dijo para sí Antonio.

—¡Cuidad, caballero—contestó Isabel con acento levemente turbado—cuidad de que páguen sólo los culpables, pues en semejantes casos suelen engañar las apariencias: además, si la ley castiga a los jefes moriscos como a los principales causantes del delito, no comprendo, en mi pobre juicio al menos, que sus allegados deban sufrir pena alguna.

—Para eso—contestó el conde—sería preciso hacer un examen escrupuloso de la conducta de cada cual, y la premura que exige la paz del reino no lo permite.

—Decís bien, señor conde—repuso Antonio—. Es imposible verificar ese examen; y sobre todo, que ahorcar a una docena de esos rebeldes, y no hacer lo mismo con sus hijos es podar la viña para que retoñe con más fuerza.

Un ligero estremecimiento agitó a la joven que sintió helarse el corazón.

—¡Oh! no, caballero, eso es horrible, muy horrible, y la sombra de las víctimas inocentes os perseguirán! Para los padres basta un destierro, y para que olviden los hijos es suficiente la religión católica.

—¿Y sabéis si todos recibirían el bautismo?—replicó el capitán.

—Enhorabuena con los que se resistan a ser cristianos: pero no con los que abracen nuestra fe. ¿Qué mejor garantía queréis?

—¡Vanas teorías, hijas de un corazón tan puro como el vuestro! Sin duda ignoráis que en la guerra no hay más garantías que la sangre. ¡Ah, señora! La guerra es un monstruo sin corazón, sordo y ciego, que no se alimenta sino con sangre, y la busca ávido, bebiéndola donde la encuentra. Con toda mi alma seguiría vuestros consejos, pero me lo impide mi deber y la duda del resultado. «A Valencia, capitán», me ha dicho el rey. «Volveré vencedor o muerto», he contestado a S. M. Ya veis, señora, que es dura la alternativa.

—Enhorabuena, vencid, pero sin crueldad, sin rencor.

—No soy cruel ni rencoroso, pero soy soldado, es decir, un arma que hiere impulsada por el brazo de mi soberano, y éste brazo es tanto más duro cuanto más interesa la causa que defiende. ¿Qué es el soldado? Una máquina. Tengo un corazón, pero cuando desnudo la espada y gritó: «¡En nombre de mi rey!» con este grito le arrojé del pecho y entro en el combate frío, insensible, sin que los ayes de muerte penetren en mis oídos, sin que la sangre que salpica mi rostro me cause impresión; sin que me atormenten las heridas... en fin, no hago más que jurar por costumbre, matar por deber, y defenderme por instinto.

—Eso se comprende en medio del combate; pero antes o después, no. Si os veis precisado a pelear con los moriscos valencianos, jurad, matad, y defendeos; mas antes que haya sucedido esto, o cuando haya pasado, poned la mano sobre vuestro pecho, y al sentir palpitar el corazón, acordaos que sois un hombre y no un monstruo: castigad al culpable y no vertáis la sangre del inocente. ¿Qué culpa tienen los hijos de los crímenes de los padres?

—Ni uno sólo de ellos—dijo el conde—dejará de seguir la causa de su padre.

—Así lo creo—repuso el capitán—. Sobre todo no me es posible conocerles, tanto más cuanto que voy a un país donde nunca he puesto el pie... Y a propósito, señor conde. ¿que-

rriais indicarme el nombre de una persona de vuestra confianza que me diese alguna noticia local, si es que la necesito?

—Lo haré de varias, caballero. Dirigíos al Comendador don Diego de Mena, al regidor Pedro de Guevara o al señor Antolín Hurtado, recibidor general, todas personas de muchos conocimientos en el país; sólo con que les digáis mi nombre... y si queréis llevaros cartas...

—Mejor sería, señor conde, porque así me ayudarían más; y perdonad que tanto os incomode, pero el servicio de S. M. lo reclama... con que me deis una para cualquiera de ellos lo creo suficiente.

—Os daré para don Diego Mena y el señor Pedro Guevara.

Mientras estas palabras se cruzaron, Isabel examinó atentamente el rostro del capitán, y tan pronto se convencía de que no era posible abrigase aquel hombre la idea de derramar la sangre de los inocentes hijos de los revoltosos, como dudaba, recordando el tono con que le había oído hablar. ¿Corría su amante algún peligro a pesar de haberse bautizado y no estar ya en Valencia? A esta reflexión, una palidez mortal cubrió el rostro de la joven. Imposible era hacer a Antonio una pregunta directa, porque lo impedían su recato y la presencia de su padre; sin embargo, sufría horriblemente porque semejante temor le atormentaba.

El almuerzo concluyó, y el conde, levantándose, dijo a Antonio:

—Aguardadme un momento; voy a daros la carta.

En seguida salió, y nuestro capitán, en tanto que se retorció el bigote, fijó su mirada en Isabel, pero de un modo tan escudriñador, que esta, turbada y sin saber qué pensar de aquel hombre, dejó escapar involuntariamente una leve exclamación que reprimió al momento.

—¿Estáis indispuesta?

—No, caballero... Lo que estoy... es... admirada.

—¿De qué?

—De vos.

—Es extraño.

—¡Extraño cuando al hablar me parecéis una hiena, y al examinar vuestra franca mirada, el hombre más noble y generoso!

—No me conocéis; pero esto no es del caso: otra cosa interesa más, escuchadme: vuestro amante corre peligro...

No pudo continuar porque una exclamación de Isabel le interrumpió.

—¡Oh!... caballero...

—Atended. Le buscarán cerca de vos; así pues, tened gran cuidado, porque una de esas noches que canta bajo vuestras ventanas o trepa por ellas...

—Pero, caballero—interrumpió Isabel con agitada voz y trastornado el semblante.

—Señora, es inútil fingir, porque todo lo sé; pero no temáis nada de mí; por el contrario, os protegeré. Vuestro padre sabe que Zayde se encuentra en Madrid.

—¿Sois un hombre, o un espíritu al que nada se oculta? —preguntó la joven pasándose la mano por la frente como queriendo convencerse de que no dormía.

—Soy un hombre, y nada más; pero un hombre a quien habéis interesado lo bastante para que proteja vuestros amores.

—¡Ah!... caballero, ¿puedo fiarme?

—Sí, hermosa dama.

—No me había equivocado; tenéis un alma noble y generosa.

—No olvidéis mis advertencias.

—¡Oh! no las olvidaré.

El conde volvió, y dió a Antonio una carta.

Señor conde, tengo que alejarme, porque dentro de diez minutos quiero estar camino de Valencia.

—Adiós, señor capitán, no olvidéis mis consejos.

—Ante todo sed generoso—dijo Isabel mirando dulcemente al oficial.

Este hizo una cortesía y se alejó dirigiéndose a casa de Federico, a quien participó cuanto ocurría, y le dió minuciosas instrucciones de cómo debía conducirse durante su ausencia.

A los pocos momentos montaba a caballo y se alejaba de Madrid.

CAPITULO XXIII

La plaza Mayor, conocida en la época a que nos referimos, por la plaza del Arrabal, era como hoy un cuadrilongo; pero cercado de casas desiguales y feísimas, fangoso en invierno y sucio en todas las estaciones, y en cuyo punto se reunían multitud de vendedores ambulantes, pordioseros y vagos. En el lado del mediodía se levantaba un edificio de ladrillo bastante grande, compuesto de tres cuerpos. Una ancha puerta cuyas macizas hojas tachonadas de gruesos clavos giraban dos veces al día, es decir, al amanecer y después de anochecido, salvo los casos extraordinarios, daba entrada al caserón. Sobre esta puerta había escrito con humo de pez, y en letras desiguales, tanto por su tamaño como por su carácter, lo siguiente: «Posada del Santísimo Sacramento»; y encima un ancho balcón coronado a su vez por dos renglones que decían: «Ave María. Gratia plena». Ocho ventanas abiertas sin orden, y una gran reja a la derecha de la puerta, componían el resto de la fachada. Su interior, en el que había un espacioso patio, cuadras, cocina y diversas piezas en los pisos superiores; estaba siempre lleno de mercaderes e hidalgos que venían a la corte, ya a traer productos de nuestras riquísimas fábricas, ya a pretender para ellos o para sus hijos.

Una de las ventanas del primer piso correspondía a una salita amueblada casi con pobreza, y en la que había su correspondiente cama cubierta con una colcha de tela blanca de algodón. No lejos de la cama, la maciza mesa de nogal con pies retorcidos o la salomónica, indispensable en las habitaciones de toda posada, sostenía el brazo derecho de un hermoso joven que sentado en una silla de pino fijaba distraídamente sus ojos en un empolvado lienzo, colgado en la pared de en-

frente, y en el cual se representaba una virgen de los Dolores.

Aquel gallardo doncel era Zayde, o si quiere el lector, Enrique Alhamar. Parecía encontrarse en ese estado de enervación moral en que las ideas pasan por la imaginación como sombras apenas perceptibles y que carecen de forma, que no dejan recuerdo, que no halagan, pero tampoco atormentan; ese estado que unas veces anuncia el sueño, otras indica el fastidio, algunas la indolencia, y muchas no es más que un intermedio entre dos borrascas del espíritu. Y efectivamente era esto último.

Dos días llevaba el nuevo cristiano de experimentar grandes emociones. Había vuelto a ver a la hija del conde, y más feliz que nunca porque su amada supo arrostrarlo todo por su amor, encontraba en medio de su dicha inconvenientes casi imposibles, que hacían más triste su situación, cuanto más crítica era la de Isabel.

El conde de Santa Elena quería para su hija un opulento señor de reconocida nobleza, al menos tan antigua como la suya, y nunca consentiría en que su sangre se mezclase con la del morisco, por más que ya fuese cristiano. Esto amargaba las dulzuras de su amor, y en medio de sus instantes más felices, cuando sentado junto a Isabel bebía en sus ojos la inmensa pasión que sentía, una horrible idea venía a atormentarle cruelmente. «No será tuya sino ocultándote del mundo, irritando la justicia de Dios, y haciéndola morir de vergüenza porque has manchado su frente al romper el delicado fanal que cubría el inestimable tesoro de su pureza.» ¿Qué hacer? Buscaba el remedio, pero no lo encontraba. Dos noches de suprema felicidad, pero también de horrible tortura, habían sido las anteriores.

Sería la una de la tarde; la misma hora en que el caballero Relámpago salía para Valencia.

Algunos momentos pasó Zayde como le hemos visto, y quizá hubiera permanecido así largo rato a no sacarle de su distracción el ruido que hizo al abrirse la puerta de su cuarto, y por la que entró una como sirvienta de la posada, rechoncha y de encendidos mofletes, señalada de las viruelas y de relamido gesto.

—Alabado sea Dios, y con licencia de vuesarced—dijo con voz que lo mismo podía ser de hombre que de mujer—. ¿Quiere vuesarced que le ponga la comida?

—Todavía no—contestó Zayde.

—Es que ya ha dado la una.

—No importa.

—Es que...

—Es que no quiero, buena Petra.

—Lo entiendo, señor Enrique; pero hace una hora que está aguardando para hablar a vuesarced un hombre que ha llegado de Valencia, y no he querido que suba antes de que hubiese comido vuesarced.

—Sois bastante torpe. Que venga.

La criada salió, y pocos momentos después entraba un hombre como del pueblo, pero vestido con la decencia posible a su clase. Era un criado de Mahomet-Benejí.

—¿Qué te trae, Hamet?—preguntó Zayde.

—Vuestro padre me manda entregaros esta carta—contestó el recién llegado, sacando un papel.

Zayde le tomó, y después de desdoblárla, leyó lo siguiente, escrito en árabe:

Allah, poderoso sobre los poderosos y grande sobre los grandes, te proteja. El peligro es inminente si no se acude pronto al remedio. Mi cabeza, como la de otros muchos, caerá ensangrentando la homicida cuchilla de los castellanos. No soy tu padre, pero como hijo te he criado y te quiero. Ya que no tomes parte en nuestra empresa, ¿dejarás morir al que tanto te ama, sin estar a su lado? Nada me importa que seas cristiano; tenga el consuelo de verte junto a mí al dejar este mundo, y moriré contento. ¡En nombre de lo que más ames, vuelve a mis brazos!—MAHOMET-BENEJÍ.

Tornóse pálido el rostro de Zayde, dejó caer los brazos como una persona que desfallece, y luego exclamó:

—¡Oh! Mi religión... Mi gratitud... Isabel... ¡Mi padre!... ¡Horrible lucha!... ¡Dios mío!

Y es, en efecto, horrible la lucha en que el noble sentimiento de la gratitud pugna por vencer al sublime pensamiento de la religión, en que el amor filial choca con el amor que se tiene a una mujer; el corazón y el alma; el alma y el corazón.

Algunos instantes permaneció el joven en aquel abatimiento, y luego, recobrando instantáneamente sus fuerzas, dijo:

—Habla, Hamet; dime cuanto ocurra.

—Señor, se nos maltrata, se nos persigue, y pronto nos quitarán nuestras armas para convertirnos en instrumentos de su ambición; por esto hemos visto que no nos queda más re-

curso que rebelarnos. Todo está preparado y sólo se aguarda la señal de vuestro padre, que se detiene por veros a su lado. ¡Cómo padece! Con un corazón como el suyo llora lo mismo que una mujer. «¡Zayde querido!, exclama sin cesar.

Zayde se levantó; pintóse en su rostro la desesperación, y luego una mirada suplicante salló de sus ojos dirigiéndose al cielo.

—¡Qué hacer, Dios mío?—exclamó.

—Nada perdéis por venir. Tiempo tenéis de tornar a esta tierra de verdugos.

—¡Ay! Hamet, que no comprendes mi situación.

—Pero vuestro padre... Verdad que sois cristiano, aunque esto es una razón más, porque, según lo que dicen de esa religión...

—¡Oh! Sí, es una razzón más... Iré a Valencia... «Honrar padre y madre»... Hamet, manda disponer mi caballo, en tanto que como.

A la media hora, Zayde, acompañado de Hamet, salía de Madrid, tomando el camino de Valencia.

Esta es, pues, la ocasión de que digamos dónde se encontraba el capitán y la Morisca.

Cuando ésta se fugó la aguardaban a pocos pasos fuera de la puerta de Moros cuatro jinetes: era el uno el señor Carlos, el otro el escudero Fernán, y los restantes dos criados de confianza.

Doña María dió reservadamente minuciosas y extensas instrucciones al señor Carlos, despidió a los dos domésticos e hizo que Fernán la acompañase hasta una posada que casi a las puertas de Madrid había en el camino de Valencia. Allí pasó la noche, y a las once de la mañana siguiente emprendió la marcha con intento de dirigirse a esta ciudad: era el único refugio que le quedaba. Ir a Toledo no sería prudente, y volver a Madrid, peligroso.

Paso entre paso, porque embargada su cabeza con mil ideas distintas, ocupada en formar mil proyectos, olvidaba dar prisa a su cabalgadura, llegó a las tres de la tarde a una posada distante tres leguas de la corte. En la planta baja, y única del mesón, no había más que una espaciosa cocina con ventana al camino y la cuadra. En aquella cocina, pues, y junto a la ventana, sentóse doña María y enfrente su escudero, en tanto que les preparaban la comida.

El caballero Relámpago salió, como sabemos, de Madrid,

y a las dos de la tarde se encontraba justamente a la mitad del camino de la posada en que descansaba la Morisca. Un poco inclinada la cabeza, y espoleando por intervalos a su cabalgadura, pensaba, ya en la rebelión, ya en Isabel o en Federico, cuando sintió tras sí pisadas de caballos. Eran Zayde y Hamet, que a buen paso alcanzaron a nuestro caballero, dejándole atrás, no sin haberle antes saludado cortésmente.

—Soberbio animal monta ese doncel—dijo Antonio.

Y sin hablar más continuó su marcha.

Los dos caminantes se perdieron de vista, y al cabo de una hora entraba Zayde en el mesón, para aguardar a que Hamet compusiese una hebilla de la cincha de su caballo, que se había roto.

Lo primero que vió al poner los pies en la cocina fué a doña María y a Fernán, que en árabe seguían una conversación bastante animada, que no interrumpieron, bien ajenos de que el recién llegado les pudiera entender. He aquí lo que Zayde oyó.

—Soy de vuestra opinión, señora; en Valencia no tenéis nada que temer.

—Así lo creo, Fernán. Triunfaremos, porque aunque no he podido ocuparme del informe del arzobispo Quiroga, eso en nada debe haber disminuído las fuerzas y los recursos con que contaban los nuestros. Según las órdenes que di a Mahomet-Benejí, ya estará todo preparado, y si a nuestra llegada a Valencia no ha estallado la rebelión, haremos que estalle cuanto antes, y entonces, si el Relámpago me persigue se apagará en las olas de ese borrascoso mar de la rebelión. Además verá Felipe II que hay quien abata su poder a despecho aun del mismo destino.

—El Destino, señora, es muy poderoso...

—¡A pesar de todo, triunfaremos!—exclamó con entusiasmo la Morisca.

—¡Le galib ile Allah!—dijo Zayde gravemente.

Doña María y Fernán quedaron sorprendidos y fijaron una mirada de desconfianza y despecho en el que había pronunciado tales palabras en árabe, que para inteligencia de nuestros lectores diremos que significan: «¡Sólo Dios es vencedor!»

—Caballero—dijo doña María—, ¿acostumbráis a espiar las conversaciones de otros?

—Señora, no espío. He oído sin querer, y vuestra ha sido

la falta de cuidado al no pensar que era muy fácil entendiéndose yo vuestra lengua.

—Habéis oído cosas...

—Perded cuidado—interrumpió Zayde en lengua arábiga—, que nada podéis decir que yo no sepa. Según veo, sois esa dama que en Castilla agitaba nuestros negocios; sois la hermosa Zaruyemal, así como yo Zayde, el hijo de Mahomet-Benejí.

—Desconfío aún...

—Mirad—interrumpió el joven, a la vez que mostraba la carta de su padre adoptivo.

La Morisca leyó con avidez el escrito, y luego dijo:

—Encuentro aquí una cosa extraña... Vuestro padre me tiene hablado de vos, pero como hijo suyo, y según veo no lo sois.

—Señora—contestó Zayde, ruborizándose—, así lo creí siempre, pero cuando me bauticé me dijo quién era mi verdadero padre...

—¿Sois cristiano?

—Sí, señora. Zayde murió para que naciese Enrique de Alhamar.

—¡Alhamar! ¿Y os llamábais Zayde?—preguntó con ansiedad doña María.

—Sí, señora.

—¿El nombre de vuestro padre?

—Alí-Mulehy-Alhamar.

—¡Alí-Mulehy! ¿Vivió en Granada?—volvió a preguntar la Morisca con más ansiedad aún.

—Sí, señora; pero...

—¡Oh! ¿No me engañáis?

—Pero ese afán...

—¡Por Allah! Decid, ¿no me engañáis?

—Señora...

—Es que... ¡eres mi hermano!

Y se arrojó a los brazos del joven, derramando lágrimas. Zayde lo comprendió todo, y también se humedecieron sus pupilas.

Fernan y Hamet contemplaron mudos aquella escena.

—¡Hermano mío!—prosiguió la Morisca—. No sabes cuánto anhelaba verte. Desde que dejé a nuestro buen padre, siendo tú una tierna criatura... Despide a tu criado, tengo muchas cosas que preguntarte.

El joven hizo a Hamet seña de que saliese, y la Morisca ordenó lo mismo a Fernan.

Solos ya, porque la presencia del mesonero nada estorbaba, se sentaron, y Zayde dijo:

—No me hables del pasado, Zaruyemal: todo lo sé y el corazón se me desgarró de pena. Nuestro encuentro lo ha dispuesto la Providencia; oye, pues, mis palabras como saludables consejos.

—No, Zayde, preciso es que me escuches. Sabes que una vida relajada me ha hecho indigna de ti, pero ignoras lo que puede atenuar mi falta, y no has pensado en que una mujer despreciada por un hombre a quien ama, y privada por ese mismo hombre de un hermano querido, sostén y esperanza de su familia, se lanza tras el que la ha hecho infeliz, buscando la venganza, que encuentra, sí, pero cayendo sin saberlo en hondos precipicios, porque sola, joven y sin conocimiento del mundo, donde busca un amigo encuentra un seductor, donde ve una mano protectora no adivina el lazo que se tiende a su virtud.

—¡Señora, la venganza!...

—¿Qué puede esperarse de un corazón lleno de celos y una cabeza extraviada por el dolor de la pérdida de un hermano, y más si ese corazón y esa cabeza son de una mujer? Después, cuando los celos se han apagado y la razón ha vuelto, he llorado mi locura, me he arrepentido de mi proceder; pero ya era tarde para correr a los brazos de mi padre. Sin embargo, lejos de mi familia podía ser también virtuosa; así lo pensé, tratando de ponerlo en práctica.

—¿Y qué has hecho?—preguntó con ansiedad el joven.

—Primero, ser cristiana de todo corazón; ya estaba bautizada; hice una confesión general, cumplí mi penitencia y el sacerdote me absolvió. Luego, a pesar de ser católica, creí que debía favorecer a los desgraciados de mi raza, no por su religión, sino porque políticamente considerado tenía por injustas las humillaciones y malos tratamientos que sufren, y así lo he hecho. Ya sabes lo que en esto hay, y según veo, tú, aunque cristiano también, ayudas a los moros; sin duda por la misma razón que yo.

Zayde quiso evitar la contestación que debía dar a las últimas palabras de la Morisca, porque necesitaba sondear su corazón.

—¿Serás, pues, completamente feliz?

Un destello de ferocidad pasó rápido por los ojos de doña María.

—¡Feliz, ah! Bien pudiera serlo si un hombre infame, vomitado por el infierno, no se hubiese atravesado en mi camino, persiguiéndome cruelmente, poniendo en práctica todos los medios posibles para aniquilarme. ¡Oh, soy víctima de un odio sangriento que me obliga a esconderme, a huir como la cierva acosada por los perros!

—¿Y por qué te aborrece ese hombre?

Ya iba doña María a contestar: «Porque me ama y no he querido acceder a sus impuros deseos»; pero en aquel momento sintió la precipitada carrera de un caballo que se detuvo delante del mesón. El que lo montaba se apeó, diciendo a Fernán:

—¿Nuestra señora?...

—Ahí—contestó el criado.

El hombre entró, conociendo en él la Morisca a uno de sus sirvientes.

—¿A dónde vas?—le preguntó.

—En vuestro alcance. Tomad.

Y le entregó una carta que decía lo siguiente:

A las nueve entró en su casa un lacayo del rey. En seguida salió para el alcázar, luego fué a ver al conde de Santa Elena; salió con éste y se dirigió a San Jerónimo el Real, donde se ha batido, hiriendo o matando al barón de Chinchilla. Ha vuelto a casa del conde, de allí a su casa, y en seguida ha salido tomando el camino de Valencia. Esto podrá tener relación con lo nuestro, porque el conde de Santa Elena es valenciano. Por lo que pueda convenir, sabed que el motivo del duelo, que ya corre de boca en boca, es el haber hablado el barón en la tertulia del conde de Uceda de los amores que la hija del de Santa Elena se dice tiene con un morisco recién convertido por ella. Hace muy pocos días que el conde está en Madrid, y os será fácil averiguar en Valencia algo de esto, y entretanto procuraré saber si nuestro hombre está enamorado de la de Santa Elena, porque esto nos serviría de mucho. Lucas lleva orden de reventar caballos hasta alcanzaros.—Yo.

En un momento se agolparon mil ideas a la cabeza de doña María. Aquella imaginación fecunda combinó en un segundo sus planes. He aquí cómo razonó:

—Ha tenido un desafío. Bien; esto le comprometerá. El amante de la hija del conde es un morisco valenciano recién convertido... ¡Oh!... Zayde... Veamos.

Y luego añadió en voz alta:

—Dime, Zayde, ¿has conocido en Valencia al conde de Santa Elena?

El joven se sonrojó.

—Sí—dijo.

—¿Y a su hija?

—También—repuso Zayde con emoción que no pasó desapercibida por su hermana.

—¿Y a su amante, que es un morisco recién convertido?

—A su amante...; pero... Zaruyemal—contestó turbado el doncel.

«No me queda duda—pensó doña María—. El amante es él. Sabrás lo que son celos, pero no me vengarás.»

En seguida añadió:

—Es que quiero librar a ese amante de un gran peligro. El hombre de quien te he hablado, mi enemigo, mi perseguidor, ama también a la hija del conde, y será capaz de todo.

—¡A la hija del conde!—exclamó Zayde, cuyos ojos se iluminaron—. ¿Cómo se llama ese hombre? ¿Dónde se encuentra? ¿Estás cierta de lo que dices?

—Mira—dijo su hermana, dándole la carta.

El amante de Isabel la leyó, y sus mejillas palidieron. Después, apretando los puños, exclamó:

—¡Oh! ¿Es ese hombre la maldición de nuestra familia?

—¡Zayde!, palideces... Por ventura...

—¡El amante de la hija del conde soy yo!

—¡Dios mío! ¡Y he clavado este puñal en tu corazón! ¡Perdóname, hermano!... Aunque tal vez no haya lo que se sospecha.

—No, Zaruyemal; cuando ese hombre ha expuesto su vida por ella... Necesito encontrarle; aquí dice que va camino de Valencia.

—Sí; pero ha salido de Madrid después que yo, y, por consiguiente...

—Sin duda es el que he encontrado en el camino.

Se oyó el galope de un caballo. Doña María dirigió la vista al camino, y luego exclamó, a la vez que se ocultaba detrás de su hermano.

—¡Ese es!

Zayde se asomó a la ventana a tiempo que Antonio, hiriendo los ijares de su veloz caballo y soltando la rienda, pasaba por delante de ella.

No tuvo tiempo el doncel de examinar las facciones del ca-

pitán, así como cuando se le encontró en el camino no había fijado mucho la atención en él, y esto hizo que no le quedara más que un recuerdo muy vago de su rostro.

—¡Miserable!—exclamó fuera de sí, lanzándose hacia la puerta.

—¿Qué intentas?—le preguntó su hermana, deteniéndole.

—¡Déjame, Zaruyemal! Necesito matar a ese hombre o que me mate.

—¡Desgraciado! No le conoces, no sabes que un espíritu infernal le defiende! Cuando empuña la espada no hay poder que le resista; es nada para él un hombre, son poco dos, tres y aun cuatro. El acero no le hiere, las balas rechazan en su pecho y en su cabeza, y atropella, mata, veloz como un rayo. Todo lo vence, está en todas partes... ¡Qué bien justificado tiene su apodo! ¡Con cuánta razón le llaman el capitán Relámpago!

—¿Crees que me acobardo?

—No, Zayde, porque un Alhamar no puede ser cobarde. Pero no quiero que ahora le provoques, porque te costará la vida, y ¿qué sería entonces de tu pobre hermana a merced de esa fiera? ¿Qué de tu amada? Déjale, que pronto pagará sus crueldades. Ahora marcha sin duda a Valencia para contrarrestar nuestros proyectos de rebelión...; allí sucumbirá.

—Quiero matarle frente a frente, no quiero asesinarle.

—Sí, pero luego; ahora protégeme, y no olvides a tu amada. Fernan—prosiguió—, voy a escribir.

El criado abrió una maleta que llevaba a la grupa de su caballo, sacó una pluma, papel y un tintero de plata cerrado a tornillo. La Morisca escribió lo siguiente:

Estoy enterada. Haced que cunda lo del duelo. Al marqués, lo que os tengo encargado, y que cerca de Felipe haga lo posible. Os prevengo que no volváis a escribirme sino con los caracteres convenidos. Habéis estado imprudente. No perded instante.—VUESTRA SEÑORA.

Aquella carta, escrita con los mismos signos que la que Antonio llevara a la calle de San Nicolás, fué entregada al criado recién venido, el que montó, partiendo a escape.

—Y bien, Zaruyemal...

—Aguardaremos una hora; no nos conviene encontrar a ese hombre en el camino.

—¡Oh! Pero le encontraré en Valencia.

—Sí, y entonces me vengarás.

—Te vengaré.

—Júrame que le perseguirás hasta aniquilarle.

—Te lo juro, sí, le perseguiré hasta verle muerto a mis plantas.

—¡Muerto, sí, muerto!—exclamó doña María, cuyos ojos destellantes de furor parecía que iban a salirse de sus órbitas.

—¡Os pido fuerzas, Dios mío!—dijo el joven.

«¡Os pido toda la sangre de ese hombre!»—exclamó para sí la Morisca.

CAPITULO XXIV

En el mismo sitio en que hoy está situada la calle de Ramales se veía en aquel tiempo un gran edificio en cuyos dos extremos se levantaban dos torrecillas cuadradas e iguales, señal cierta de que su dueño gozaba, por su noble alcurnia, de ciertos fueros que le permitían habitar una casa construida de aquel modo y que tanto parecía una pequeña fortaleza por lo macizo de sus paredes y por sus pocas ventanas, como un templo, por el descomunal tamaño de su puerta de gusto gótico. Por el espacioso zaguán, en que permanecía inmóvil y grave un obeso portero, apoyada su diestra en un largo bastón con puño de plata en forma de porra, y que parecía estar muy satisfecho de su redonda humanidad envuelta en una especie de largo casacón galoneado de seda, atravesaban entrando, saliendo o paseándose muchos lacayos, que sin hacer nada se esforzaban en aparentar que hacían algo. Tras el zaguán veíase una ancha escalera de mármol que a su mitad se dividía en dos ramales que subían en dirección opuesta al primero y terminaban en un largo corredor, en cuyo extremo derecho había una puerta que daba paso a una antesala, que conducía, como es consiguiente, al salón con su gabinete, y después del gabinete a un despacho. En todas estas habitaciones no se veía más que terciopelo, damasco y oro, ricas maderas en el mueblaje y lienzos de gran mérito en sus paredes.

En el despacho, y sentado en un cómodo sillón, puestos los pies cerca de una gran chimenea, cuyo chisporroteo era el único ruido que allí se percibía, estaba un hombre como de cuarenta años, de abultadas mejillas, ojos pardos y sin expresión, nariz gruesa, prolongada boca, sedosa barba casi negra y cabellos que empezaban a encanecer. Su vestido de terciopelo azul con profusión de alamares de oro denotaba riqueza, pero poco gusto.

Era este hombre el marqués de Casa-Medina, el amante de doña María.

Sin que a fuerza de minuciosas observaciones en su rostro y su cabeza vengamos a deducir si tenía mucho talento, diremos que la Naturaleza no le había dotado en abundancia con tan precioso don, aunque no por esto se crea que dejaba de tener el que vulgarmente se encuentra en la mayor parte de los hombres.

Como hay muchas maneras de amar, o mejor dicho, como unos se apasionan de lo que otros despreciarían, o cuando más tendrían por un pasatiempo, es menester que sepan nuestros lectores que el marqués de Casa-Medina amaba a doña María si no como un mozalbete que gime lejos de su dama y suspira cerca de ella, al menos como un hombre de su edad, que preso en las garras de un pájaro tan diestro como la Morisca, si bien no se arde su pecho, porque ya no puede arderse, tampoco se deshace de los lazos que le sujetan, porque su voluntad está dominada por otra más firme.

Desde que doña María se decidió a alcanzar por cualquier medio el corazón de Federico, el marqués estaba privado de verla con frecuencia y no sabía explicarse los misterios de aquella mujer que desaparecía y aparecía sin saber cómo, y que luego, con una mirada o cuatro frases vacías de sentido, le convencía con la facilidad que se convence al que está apasionado, porque carece casi de razón. Desesperábase a veces y se preguntaba si gastando en sostener a aquella mujer la mitad de sus rentas no tenía derecho a exigirla que no se moviese sin su conocimiento y permiso. Esta desesperación, que siempre recaía sobre las costillas de algún lacayo, le decidían firmemente a abandonar a su querida; pero semejante propósito, hecho en muchas ocasiones, se desvanecía ante la luz de los hechiceros ojos de la hermosa morena que tenía que apaciguar tales borrascas con una caricia fingida o con ardiente beso.

Era éste uno de los días en que el marqués se encontraba de muy mal humor. Ya había solfeado las robustas espaldas de un galopín de cocina y había aturdido con un grito a su ayuda de cámara, que tuvo la desgracia al arreglarle la barba de que una punta de las tijeras le punzase levemente el rostro. La tormenta se sosegó un poco con la comida, y hacía dos horas que permanecía inmóvil en el sitio donde le hemos visto.

Las cuatro de la tarde daban, y estamos en el mismo día.

en que Antonio salió para Valencia y Zayde encontró a su hermana.

—¡Canalla!—exclamó el marqués con ronca voz—. ¡Julián o demonio!

El ayuda de cámara entró.

—¿No han traído ningún recado para mí?

—En este momento acaba de venir la señora Guiomar, y justamente me disponía...

—¡Basta! Que entre.

Guiomar apareció casi en seguida, hizo tres o cuatro reverencias al marqués y luego aguardó.

—¿Qué hay vieja hipócrita?—preguntó el marqués.

—Señor...

—No prosigáis, porque no quiero saber lo que pasa. Si venís a darme satisfactorias explicaciones de tantos enredos como hace algunos días me vuelven loco, hablad; pero si no, marchaos y decid a vuestra señora que estoy cansado de ella.

—Explicaciones venía a daros, pero tratáis de un modo a mi señora, que estaba por marcharme. ¡Cuando todos esos enredos no son más que penas que sufre por vos!

—¿Se quejará todavía? ¿No está contenta con gastarme la mitad de mis rentas?

—Harto le cuestan.

—Sí; le cuestan divertirse a mi costa.

—Padece, porque ha tenido la desgracia de apasionarse de vos. ¡Decidme lo que pasa, a mí, que la veo llorar noche y día!

—Sos tan embustera como fea. Por más que se esfuerce vuestra señora, no podrá convencerme de esas idas y venidas, ese aparecer y desaparecer... ¡Bab! Si no hay explicación posible.

—Pues bien, señor; ya que lo queréis, sabedlo todo; pero no os quejéis después si os amargan los celos.

—¡Los celos! No adivino.

—Escuchadme y luego juzgaréis.

—Os escucho; pero tened cuidado de no mentir. Habéis pronunciado una palabra terrible: los celos.

—Sí, señor marqués, y aun cuando me tiene prohibido mi señora que os hable de esto, a menos que vos lo exijáis formalmente... ¡Pobre señora mía, y cómo ha apurado las amargas heces!...

—Dejaos de lamentaciones, y decid lo que hay.

—Pues bien, señor; sabed que desde que ese maldito capi-

tán, ese demonio a quien llaman el caballero Relámpago...

—No me parece muy justo que le recriminéis cuando doña María le debe la libertad en pago de haberle expuesto a perderse.

—He aquí lo que no comprendéis, señor marqués. Desde que ese segundo Satanás, ¡Jesús, María y José!, vino a España y vió a mi señora, se prendó de ella. Hizo mil tentativas para ser correspondido, y nada, todo fué en vano, hasta que por último, ¿lo creéis?, la amenazó con mataros. Como para ese hombre sanguinario no hay nada imposible, y ya tiene hechas otras hazañas de ese género, temió mi señora y quiso inutilizarle haciéndole portador de la orden falsificada, porque así podría recaer la culpa sobre él. Esto no es muy santo, pero el amor que os profesa la condujo a ello. Ya sabéis el resultado, pero ignoráis que si la ha libertado no ha sido más sino porque creía que en pago iba a recibir lo que tanto deseaba. Mi señora le prometió todo sin intención de cumplir, y efectivamente, se ha resistido hasta el punto de costar la vida a uno de los criados que anoche la aguardaban para acompañarla, porque el tal capitán quiso a viva fuerza apoderarse de ella, aunque milagrosamente se salvó huyendo, en tanto que los nuestros peleaban con él. Esto es horrible.

—¡Cómo!—exclamó el marqués, apretando los puños—. ¿Se atreverá ese menguado a poner los ojos en una mujer a quien amo?

—Ya se ha atrevido y se atreverá a más si no se acude al remedio.

—¿Y qué remedio? ¿He de batirme con él?

—De ningún modo, señor. porque os mataría. No le conocéis: en dos por tres deja sin vida a cuantos se le ponen por delante. ¡Ay! ¡Si le hubierais visto echar a rodar alguaciles, matar hidalgos, aplastar plebeyos y... qué sé yo que más, cuando sacó de Toledo presa a mi señora... él solo! Y esta mañana ha matado o herido peligrosamente por lo menos al señor barón de Chinchilla, ya le conocéis, un joven tan valiente y que dicen es la primera espada de la corte.

—¿Con que no hay medio?

—Sólo uno: valerse..., porque... en fin, señor, con semejante hombre, que ha pensado mataros, no hay que tener escrúpulos: únicamente por medio de alguna intriga que le hiciera caer en desgracia del rey, y, tras esto, en manos del señor inquisidor...

—Pues dejadle que persiga a mi señora para que nunca podáis verla, y por conclusión os mate.

—Pero...

—Sí, y al cabo alcanzará lo que desea de mi señora, porque ya veis, una mujer sin apoyo, no puede resistirse sino hasta cierto punto.

—¡Eso no!—exclamó el marqués, atormentado por los celos—. Intrigaré; pero necesito alguna cosa, por pequeña que sea, para cimentar la intriga.

—La tendréis. Entretanto ved de alcanzar el indulto para mi señora, y así podrá volver a vuestro lado.

—¿Dónde está doña María?

—Camino de Valencia.

—Escribidle, y que inmediatamente os mande a decir cuál será el mejor medio para inutilizar a ese hombre.

—No es menester; si queréis, entenderos con el señor Carlos.

—¡Siempre ese maldito viejo intrigante y falso!

—Señor, se trata de intrigas, y nadie mejor que un intrigante...

—Que venga, pues.

Guíomar salió, y a la media hora el señor Carlos estaba en presencia del marqués. En nada habían variado el aire humilde y las maneras del vejete.

—Señor marqués—dijo—, ya tengo combinado el plan.

—Veamos.

—Hay una larga historia de ciertos amores entre el comendador don Federico Rivero y esa hija del rey, novicia hoy en el convento de Santa Ursula, de Toledo. El capitán Relámpago protege esos amores de la manera más decidida; y si Su Majestad sabe esto, basta para que le corte la cabeza, o al menos, lo mande a galeras. Fundado en esto podéis inventar el cuento más bonito del mundo.

—¿Cómo?

—Supongamos que entre el comendador y doña María existen amores antiguos, y que ésta, celosa como es natural, al saber que el capitán ha encontrado medio de sacar a la novicia del convento, hace llegar a sus manos la orden falsa para inutilizarle, puesto que las sospechas recaerán en él.

—Basta, todo lo comprendo—contestó el marqués, tan satisfecho como si hubiera adivinado una gran cosa—. Eso servirá a la vez para probar que ningún trato tengo con doña María.

—Exactamente, señor; tenéis un singular talento.

—¿Y qué debo hacer ahora?

—Ver mañana al rey. Pero advertid que en la manera de decirlo está el éxito de la intriga.

—¿Y podré garantizar el hecho?

—Con vuestra cabeza.

—¿Y si Su Majestad quiere pruebas?

—Las tendrá al momento.

—¿Será conveniente hablarle del duelo de hoy? Eso haría más criminal al capitán.

—De ningún modo. Mal se puede pedir perdón de un delito a la vez que el castigo de otro. No debe el rey sospechar que tenéis interés en hacer daño al caballero Relámpago; que entienda sólo que si habláis de los amores de María, no es más que para ver la causa de la falsificación de la orden, causa, si se quiere, inocente, o al menos, sin mala intención para otro que el capitán, y eso porque una mujer arrebatada de los celos hace cualquier locura.

—Sois tan astuto como embustero y ridículo. Estoy muy satisfecho de vos.

Una mirada de orgullo y casi de grandeza brotó de los ojos del señor Carlos, que apretó los puños disimuladamente, y por un segundo pareció otro hombre.

—Me honráis demasiado, señor marqués—dijo, dominando su pasajera impresión.

—Podéis marcharos.

El vejete salió, yendo en seguida a la casa de la calle de San Nicolás. Ya solo en una habitación, levantó la cabeza con altivez y exclamó, no con el melifluo acento de siempre, sino con voz firme:

—¡Barón del Pinar, orgulloso señor, sufre como el león aprisionado, que algún día sacudirás con tu melena y espantarás con tus rugidos, ahogados por largo tiempo!

Luego se puso a escribir, y a corto rato un jinete corría camino de Valencia.

FIN DE «EL CAPITAN RELAMPAGO»

La acción de esta fascinante novela termina en

EL SECRETO DE LA MORISCA

(Segunda parte de *El capitán Relámpago*)

No deje usted de adquirirlo en esta misma colección